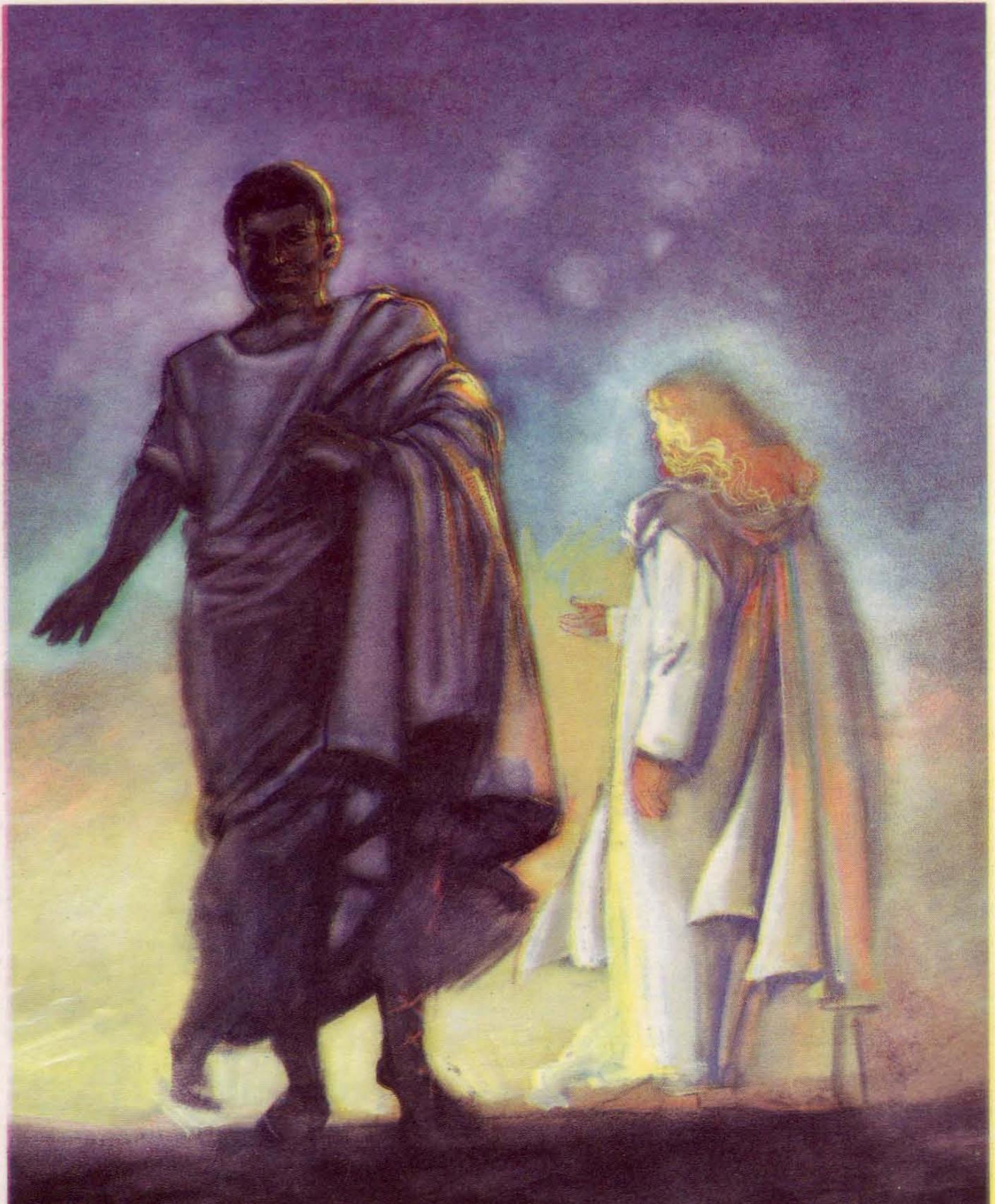


HACE 2000 AÑOS

FRANCISCO CANDIDO XAVIER
EMMANUEL



HACE 2000 AÑOS...

FRANCISCO CÁNDIDO XAVIER
HACE 2000 AÑOS...

EPISODIOS DE LA HISTORIA
DEL
CRISTIANISMO EN EL SIGLO I

Romance de
EMMANUEL

INDICE

En la intimidad de Emmanuel	11
-----------------------------------	----

PRIMERA PARTE

I – Dos amigos	17
II – Un esclavo	29
III – En casa de Pilatos	44
IV – En Galilea	57
V – El Mesías de Nazaret	70
VI – El rapto	83
VII – Las prédicas del Tiberiades	99
VIII – En el gran día del Calvario	112
IX – La calumnia victoriosa	124
X – El Apóstol de Samaría	142

SEGUNDA PARTE

I – La muerte de Flaminio	181
II – Sombras y nupcias	201
III – Planes de la tiniebla	216
IV – Tragedia y esperanzas	230
V – En catacumbas de la fe y en el circo del martirio	252
VI – Alboradas del Reino del Señor	287
VII – Tramas del infortunio	300
VIII – En la destrucción de Jerusalén	324
IX – Recuerdos amargos	346
X – En los últimos minutos de Pompeya	355

EN LA INTIMIDAD DE EMMANUEL

AL LECTOR

Lector, antes de penetrar al umbral de esta historia, es justo que presentemos, a tu curiosidad, algunas observaciones de Emmanuel, el ex-senador Publio Léntulus, descendiente de la orgullosa “genealogía Cornelia”, recibidas de ese generoso Espíritu, en la intimidad del grupo de estudios espiritualistas de Pedro Leopoldo, Estado de Minas Gerais.

A través de estas observaciones, quedarás conociendo las primeras palabras del Autor, con respecto a esta obra, y sus impresiones más profundas, en el curso del trabajo, que fue llevado a efecto, del 24 de octubre de 1938 al 9 de febrero de 1939, según las posibilidades de tiempo de su médium y sin perturbar otras actividades del propio Emmanuel, junto a los sufridores que, frecuentemente, lo procuran, y junto al esfuerzo de propaganda del Espiritismo cristiano en la Patria del Cruzeiro.

El 7 de septiembre de 1938, afirmaba él en pequeño mensaje dirigido a sus amigos encarnados:

- “Algún día, si Dios me lo permitiere, os hablaré del orgulloso patricio Publio Léntulus, a fin de que algo aprendáis en las dolorosas experiencias de una alma indiferente e ingrata.
- Esperamos el tiempo y el permiso de Jesús”.

Emmanuel no olvidó la promesa. Como en efecto, el 21 de octubre del mismo año, volvía a recordar en otro comunicado familiar:

“Si la bondad de Jesús nos lo permitiere, iniciaremos nuestro esfuerzo, dentro de algunos días, esperando yo por la posibilidad que escribamos nuestras reminiscencias del tiempo en que se verificó el paso del Divino Maestro sobre la faz de la Tierra.

No se si conseguiremos realizar también, como lo deseamos, semejante intento. Sin embargo, de antemano, quiero señalar mi confianza en la misericordia de Nuestro Padre de Infinita Bondad”.

De hecho, el 24 de octubre referido, recibía el médium Xavier la primera página de este libro y, al día siguiente, Emmanuel volvía a decir:

- “Iniciamos, con el amparo de Jesús, un sencillo trabajo más. Permita Dios que podamos llevarlo a buen término.

Ahora verificaréis la extensión de mis flaquezas en el pasado, sintiéndome confortado en aparecer con toda la sinceridad de mi corazón, ante el plenario de vuestras conciencias. Orad conmigo, pidiendo a Jesús para que yo pueda completar ese esfuerzo, de modo que el plenario se dilate, más allá de vuestro medio, a fin de que mi confesión sea un derrotero para todos”.

Durante todo el esfuerzo de psicografía, el Autor de este libro, no perdió la ocasión de enseñar la humildad y la fe a cuantos lo acompañaban. El 30 de diciembre de 1938 comentaba, en nuevo mensaje afectuoso:

“Agradezco, mis hijos, el precioso concurso que me venís prestando. Me he esforzado, cuanto era posible, para adaptar una historia tan antigua al sabor de las expresiones del mundo moderno, mas, relatando la verdad, somos llevados a penetrar, ante todo, en la esencia de las cosas, de los hechos y de las enseñanzas.

Para mí, esas recordaciones han sido muy suaves, pero también muy amargas. Suaves por la rememoración de las reminiscencias amigas, pero, profundamente dolorosas, considerando mi corazón empedernido, que no supo aprovechar el minuto radiante que sonara, en el reloj de mi vida de Espíritu, hace dos mil años.

Permita Jesús que pueda yo alcanzar los fines que me propuse,

presentando, en este trabajo, no una historia interesante acerca de mi pobre personalidad, sino, tan solo una experiencia para los que hoy trabajan en la siembra y en las mies de Nuestro Divino Maestro”.

Otras veces, Emmanuel enseñaba, a sus compañeros

encarnados, la necesidad de nuestra ligazón espiritual con Jesús, en el desempeño de todos los trabajos. El día 04 de enero de 1939, escribía él esta oración, donde se refería aún a sus memorias del pasado remoto:

- “¡Jesús, Cordero Misericordioso del Padre de todas las gracias, han pasado dos mil años y mi pobre alma aún revive sus días, amargos y tristes!...

¿Qué son dos milenios, Señor, en el reloj de la Eternidad?

Siento que tu misericordia nos responde en sus ignotas profundidades... Sí, el tiempo es el gran tesoro del hombre y veinte siglos, como veinte existencias diferentes, pueden ser veinte días de pruebas, de experiencias y de luchas redentoras.

¡Sólo tu bondad es infinita! Solamente tu misericordia puede abarcar todos los siglos y todos los seres, porque en ti vive la gloriosa síntesis de toda la evolución terrestre, fermento divino de todas las culturas, alma sublime de todos los pensamientos.

Delante de mis pobres ojos, se perfila la vieja Roma de mis pesares y de mis caídas dolorosas... Siéntome aún envuelto en la miseria de mis flaquezas y contemplo los monumentos de las vanidades humanas... ¡Expresiones políticas, variando en sus características de libertad y de fuerza, detentoras de la autoridad y del poder, señoras de la fortuna y de la inteligencia, grandezas efímeras que perduran apenas por un día fugaz! ¡Tronos y púrpuras, mantos preciosos de los honores terrestres, togas de la deficiente justicia humana, parlamentos y decretos supuestamente irrevocables!... En silencio, Señor, viste la confusión que se estableciera entre los hombres inquietos y, con el mismo desvelado amor, salvaste siempre a las criaturas en el instante doloroso de las ruinas supremas... ¡Diste la mano misericordiosa e inmaculada a los pueblos más humildes y más frágiles, confundiste la ciencia mentirosa de todos los tiempos, humillaste a los que se consideraban grandes y poderosos!...

Bajo tu mirada compasiva, la muerte abrió sus puertas de sombra y las falsas glorias del mundo fueron derruidas en el torbellino de las ambiciones, reduciéndose todas las vanidades a un acervo de cenizas...

Ante mi alma, surgen las reminiscencias de las construcciones elegantes de las célebres colinas; veo el Tíber que pasa recogiendo los detritos de la gran Babilonia Imperial, los acueductos, los mármoles

preciosos, las termas que parecían indestructibles... Veo aún las calles con su movimiento, donde una plebe miserable espera la misericordia de los grandes señores, las limosnas de trigo, los fragmentos de paño para resguardarse del frío la desnudez de la carne.

Regurgitan los circos... ¡Hay una aristocracia del patriciado observando las pruebas elegantes, en el campo de Marte, y, en todo, desde las vías más humildes hasta los palacios más suntuosos, se habla de César, el Augusto!...

¡Dentro de esas recordaciones, paso yo Señor, entre harapos y esplendores, con mi orgullo miserable! De los velos espesos de mis sombras, tampoco yo te podía ver, en lo Alto, donde guardas tu solio de gracias inagotables...

¡Mientras el gran imperio se deshacía en sus luchas inquietantes, traías tu corazón en silencio y, como los demás, yo no percibía que vigilabas!

Permitiste que la Babel romana se levantase muy alto, pero, cuando viste que se amenazaba la propia estabilidad de la vida en el planeta, dijiste: - “¡Basta! Han llegado los tiempos de trabajar en la mies de la verdad!”. ¡Y los grandes monumentos, con las estatuas de los dioses antiguos, rodaron de sus pedestales maravillosos! Un soplo de muerte barrió las regiones infestadas por el virus de la ambición y del egoísmo desenfrenado, despoblándose, entonces, la gran metrópolis del pecado. Desmoronándose los circos formidables, cayeron los palacios, ennegreciéranse los mármoles lujosos...

¡Bastó una palabra tuya, Señor, para que los grandes señores, volviesen a las márgenes del Tíber, como esclavos misérrimos!... ¡Deambulábamos, así, dentro de nuestra noche, hasta el día en que nueva luz brotara en nuestra conciencia. Fue preciso que los siglos pasasen para que aprendiéramos las primeras letras de tu ciencia infinita, de perdón y de amor!

¡Y aquí estamos, Jesús, para loarte la grandeza! Permite que podamos recordarte en cada paso, oírte la voz en cada sonido distraído del camino, para huir de la sombra dolorosa!... ¡Extiéndenos tus manos y

háblanos aún de tu Reino!... Tenemos sed inmensa de aquella agua eterna de la vida, que figuraste en la enseñanza a la Samaritana...

¡Ejercito de operarios de tu Evangelio, nosotros nos movemos bajo Tus determinaciones suaves y sacrosantas! Ampáranos, Señor, y no nos retires de los hombros la cruz luminosa y redentora, más bien, ayúdanos a sentir, en los trabajos de cada día, la luz eterna e inmensa de tu Reino de paz, de concordia y de sabiduría, en nuestra senda de lucha de solidaridad y de esperanza!...

El 8 de febrero último, víspera del término de la recepción de este libro, agradecía Emmanuel el concurso de sus compañeros encarnados, en comunicado familiar, del cual destacamos algunas frases:

- “Mis amigos, Dios os auxilie y recompense. Nuestro modesto trabajo está por terminar. Pocas páginas le restan y yo os agradezco de corazón.

Reencontrando a los Espíritus amigos de las épocas muertas, siento el corazón satisfecho y confortado, al verificar la dedicación de todos al firme pensamiento de evolución, hacia delante y hacia lo alto, pues no es sin razón de ser que hoy trabajamos en el mismo taller de esfuerzo y buena voluntad.

Jesús habrá de recompensar la cuota de esfuerzo, amigo y sincero, que me prestasteis y que su infinita misericordia os bendiga es mi oración de siempre”.

Aquí quedan algunas de las anotaciones íntimas de Emmanuel, suministradas en la recepción de este libro. La humildad de ese generoso Espíritu, viene a demostrar que en el plano invisible hay, también, necesidad de esfuerzo propio, de paciencia y de fe para las realizaciones.

Las notas familiares del Autor son una invitación para que todos nosotros sepamos orar, trabajar y esperar en Jesucristo, sin desfallecimientos, en la lucha que la bondad divina nos ofrece para nuestro rescate, en el camino de la redención.

Pedro Leopoldo, 2 de marzo de 1939.

La Editora

PRIMERA PARTE

I

DOS AMIGOS

Las últimas claridades de la tarde había caído sobre el caserío romano.

Las aguas del Tíber, ladeando el Aventino, dejaban retratados los postreros reflejos del crepúsculo, mientras en las calles estrechas pasaban literas apresuradas, sostenidas por esclavos musculosos y alegres.

Nubes pesadas se amontonaban en la atmósfera, anunciando aguaceros, próximos y las últimas ventanas de las residencias, particulares y colectivas, cerrábanse con estrépito, al soplo de los primeros vientos de la noche.

Entre las construcciones elegantes y sobrias, que exhibían mármoles preciosos, en la falda de la colina, había un edificio que reclamaba la atención del forastero por la singularidad de sus columnas severas y majestuosas. Una simple mirada a su alrededor indicaba la posición del propietario, dado el aspecto artístico e imponente.

Era, de hecho, la residencia del Senador Publio Léntulus Cornelius, hombre aún joven, que, a la manera de la época, ejercía en el Senado funciones legislativas y judiciales, de acuerdo con los derechos que le competían, como descendiente de antigua familia de senadores y cónsules de la República.

El Imperio, fundado con Augusto, había limitado los poderes senatoriales, cuyos detentores ya no ejercían ninguna influencia directa en los asuntos privativos del gobierno imperial, pero se había mantenido la herencia de los títulos y dignidades de las familias patricias, estableciéndose las más nítidas líneas de separación de las clases, en la jerarquía social.

Eran las diecinueve horas de un día de mayo del 31 de nuestra era. Publio Léntulus, en compañía de su amigo Flaminio Severus, reclinado en el triclinio,

terminaba de cenar, mientras Livia, la esposa, expedía órdenes domésticas a una joven esclava etrusca.

El anfitrión era un hombre relativamente joven, aparentando menos de treinta años, no obstante, su perfil orgulloso y austero, aliado a la túnica de amplia banda púrpura, que imponía cierto respeto a cuantos se le aproximaban, contrastando con el amigo que, revistiendo la misma indumentaria de senador, dejaba entrever edad madura, iluminada de canas precoces, en señal de bondad y experiencia de la vida.

Dejando a la joven señora entregada a los cuidados domésticos, ambos se dirigieron al peristilo, para buscar un poco de oxígeno de la cálida noche, si bien el aspecto amenazador del firmamento anunciase lluvia eminente.

- La verdad, mi querido Publio – exclamaba Flaminio, pensativo -, es que te consumes a simple vista. Se trata de una situación que precisa modificarse sin pérdida de tiempo. ¿Ya recurriste a todos los facultativos en el caso de tu hijita?

- Desgraciadamente – contestaba el patricio con amargura – ya eché mano a todos los recursos a nuestro alcance. Aun en estos últimos días, mi pobre Livia la llevó a distraerse en nuestra vivienda de Tíbur¹, procurando uno de los mejores médicos de la ciudad, que afirmó se trataba de un caso sin remedio en la ciencia de nuestros días. El facultativo no llegó a confirmar el diagnóstico, ciertamente, en razón de su conmiseración por la enfermita y por nuestra paternal desesperación; pero, según nuestras observaciones, creemos que el médico de Tíbur presume que se trata de un caso de lepra.

- ¡Es una presunción atrevida y absurda!

- Entretanto, si no podemos admitir ninguna duda con relación a nuestros antepasados, sabes que Roma está llena de esclavos de todas las regiones del mundo y son ellos los instrumentos de nuestros trabajos de cada día.

- Es verdad... - concordó Flaminio, con amargura.

¹ Hoy Tívoli (Nota de la Editora)

Una nube de perspectivas sombrías se hacía transparente en la frente de los dos amigos, mientras las primeras gotas de lluvia satisfacían la sed de los rosales floridos que adornaban las columnas graciosas y claras.

- ¿Y el pequeño Plinio? – preguntó Publio como deseoso de proporcionar nuevo rumbo a la conversación.

- Ese, como sabes, continúa sano, demostrando óptimas disposiciones. Calpurnia se preocupa, a cada momento, para satirifacerle los caprichos de sus doce incompletos años. A veces, es voluntarioso y rebelde, contrariando las observaciones del viejo Parménides, sólo entregándose a los ejercicios gimnásticos cuando le place; no obstante, tiene gran predilección por los caballos. Imagina que, en un momento de irreflexión propia de su edad, burlando toda la vigilancia del hermano, concurrió a una corrida de bigas realizada en los terrenos comunes de un establecimiento deportivo del Campo de Marte, obteniendo uno de los lugares más destacados. Cuando contemplo a mis hijos, me recuerdo siempre de tu pequeña Flavia Lentulia, porque bien sabes de mis propósitos de estrechar los antiguos lazos que prenden a nuestras familias.

Publio oía al amigo, callado, como si la envidia le acribillase el corazón cariñoso de padre.

- Sin embargo – contestó -, a pesar de nuestros proyectos, los augurios no favorecen nuestras esperanzas, porque la verdad es que mi pobre hija con todos nuestros cuidados, más parece una de esas infelices criaturitas lanzadas al Velabro ¹

- No obstante, confiemos en la magnanimidad de los dioses...

- ¿De los dioses? – Repitió Publio, con mal disfrazado desaliento -. A propósito de ese recurso imponderable, he excogitado mil teorías en el cerebro hirviente. Hace tiempo, en visita a tu casa, tuve ocasión de conocer, más íntimamente, a tu viejo griego. Parménides me habló de su juventud y permanencia en la India, dándome cuenta de las creencias hindúes, con sus cosas misteriosas del alma.

¹ Barrio de la antigua Roma que se localizaba sobre un pantano.

¿Crees que, cada uno de nosotros, puede regresar, después de la muerte, al teatro de la vida, en otros cuerpos?

- De ningún modo – replicó Flaminio, enérgicamente. – Parménides, no obstante su precioso carácter, lleva muy lejos sus divagaciones espirituales.

- Entretanto, mi amigo, comienzo a pensar que él tiene la razón, ¿Cómo podríamos explicar la diversidad de la suerte en este mundo? ¿Por qué la opulencia de nuestros barrios aristocráticos y las miserias del Esquilino? La fe en el poder de los dioses no consigue elucidar esos problemas torturantes. Viendo a mi desventurada hijita con la carne dilacerada y pútrida, siento que tu esclavo está con la verdad. ¿Qué habría hecho Flavia, en sus siete años incompletos, para merecer tan horrendo castigo de las potestades celestiales? ¿Qué alegría podrían encontrar nuestras divinidades en los sollozos de una niña y en las lágrimas dolorosas que nos calcinan el corazón? ¿No será más comprensible y aceptable que hayamos venido de tan lejos con nuestras deudas para con los poderes del Cielo?

Flaminio Severus meneó la cabeza, como quien desea apartar una duda, pero, tomando de nuevo su aspecto habitual, obtemperó con firmeza:

- Haces mal en alimentar semejantes conjeturas en tu fuero íntimo. En mis cuarenta y cinco años de existencia, no conozco creencias más preciosas que las nuestras, en el culto venerable de los antepasados. Es preciso considerar que la diversidad de las posiciones sociales es un problema oriundo de nuestra jerarquía política, la única que estableció una división nítida entre los valores y los esfuerzos de cada uno; en cuanto a la cuestión de los sufrimientos, conviene recordar que los dioses pueden probar nuestras virtudes morales, con las mayores amenazas a las fibras de nuestro ánimo, sin que necesitemos adoptar los absurdos principios de los egipcios y de los griegos, principios, además, que los redujeron al aniquilamiento y al cautiverio. ¿Ya ofreciste algún sacrificio en el templo, después de tan angustiosas dudas?

- He hecho sacrificios a los dioses, según nuestros hábitos – respondió Publio, compungidamente – y nadie más que yo se siente orgulloso de las gloriosas virtudes de nuestras tradiciones familiares. Entretanto, mis observaciones no surgen tan solo a propósito de la hijita. Hace muchos días ando torturado con el espantoso enigma de un sueño.

- ¿Un sueño? ¿Cómo puede la fantasía sacudir de ese modo, la fibra de un patricio?

Publio Léntulus recibió la pregunta sumergido en profundas meditaciones. Sus ojos extáticos presumían devorar un paisaje que el tiempo distanciara en el transcurso de los años.

La lluvia, ahora en chaparrones pesados, caía continuamente, haciendo los más fuertes desbordamientos del impluvio y represándose en la piscina que adornaba el patio del peristilo.

Los dos amigos se había recogido en un largo banco de mármol, reclinándose en los estofos orientales que lo forraban, prosiguiendo en la charla amistosa.

- Hay sueños – prosiguió Publio que se distinguen de la fantasía, tal es su expresión de realidad irreplicable.

- Volvía yo de una reunión en el Senado, donde habíamos discutido un problema de profunda delicadeza moral, cuando me sentí preso de inexplicable abatimiento.

Recogiéndome temprano y, cuando parecía divisar junto amí la imagen de Temis, que guardamos en el altar doméstico, considerando las singulares obligaciones de quien ejerce las funciones de la justicia, sentí que una fuerza extraordinaria me sellaba los párpados cansados y adoloridos. No obstante, veía otros lugares reconociendo paisajes familiares a mi espíritu, de los cuales me había olvidado enteramente.

Realidad o sueño, no lo sé decir, pero me vi revestido de las insignias de cónsul, al tiempo de la República. Me parecía haber retrocedido a la época de Lucio Sergius Catilina, pues lo veía a mi lado, así como a Ciceron, que se me figuraban en dos personificaciones, la del mal y del bien. Me sentía ligado al primero por fuertes e indestructibles lazos, como si estuviese viviendo la época tenebrosa de su conspiración contra el Senado, y participando, con él, de la trama ignominiosa que apuntaba a la más íntima organización de la República. Le prestigiaba las intenciones criminales, adhiriéndome a todos sus proyectos con mi autoridad administrativa, asumiendo la dirección de reuniones secretas, donde decreté asesinatos nefastos... En un relámpago, reviví toda la tragedia, sintiendo que mis manos estaban manchadas de la sangre y de las lágrimas de los inocentes. Contemplé, atemorizado como si estuviese regresando, involuntariamente, a un pretérito oscuro y doloroso, la red de infamias perpetradas con la revolución, en buena hora aplastada por la influencia de Ciceron; y el detalle más terrible, es que yo había asumido uno de los papeles más importantes y destacados en la ignominia... Todos los cuadros sórdidos del tiempo, pasaron, entonces, frente a mis ojos espantados...

Pero, lo que más me humillaba en esas visiones del pasado culposo, como si mi personalidad actual se avergonzase de semejantes reminiscencias, es que me prevalecía de la autoridad y del poder, para, aprovechando la situación, ejercer las más acerbadas venganzas contra enemigos personales, contra quienes expedía órdenes de prisión, bajo las más terribles acusaciones. Y, a mi corazón desalmado, no bastaba el recogimiento de los enemigos a los calabozos infectados, con la consecuente separación de los afectos más queridos y más dulces de la familia. ¡Ordené la ejecución de muchos, en la obscuridad de la noche, acrecentando la circunstancia que a muchos adversarios políticos mandé arrancar los ojos, en mi presencia, contemplándoles los tormentos con la frialdad brutal de las venganzas crueles!... ¡Hay de mí que esparcía la desolación y la desventura en tantas almas, porque un día acordaron eliminar al verdugo cruel!

Después de toda la serie de escándalos, que me apartaron del Consulado, sentí el término de mis actos infames y misérrimos, delante de verdugos inflexibles que me condenaron al terrible suplicio del estrangulamiento, experimentando, entonces, todos los tormentos y angustias de la muerte.

Pero, lo más interesante, es que volvía a ver el inenarrable instante de mi paso por las aguas oscuras del Aqueronte, cuando me parecía haber descendido a los lugares sombríos del Averno, donde no penetran las claridades de los dioses. La gran multitud de víctimas se acercó, entonces, a mi alma angustiada y sufridora, reclamando justicia y reparación, y reventando en clamores y sollozos, que me parecían en lo recóndito del corazón.

¿Por cuánto tiempo estuve, así, prisionero de ese martirio indefinible? No sé decirlo. Apenas me recuerdo de haber percibido la figura celeste de Livia, que, en medio de ese vórtice de pavores, me extendía las manos fúlgidas y cariñosas.

Parecíame que mi esposa me era familiar de épocas remotísimas, porque no hesité un instante en tomarle las manos suaves, que me condujeron a un tribunal, donde se alineaban figuras extrañas y veneradas. Canas respetables adornaban el semblante sereno de esos jueces del Cielo, emisarios de los dioses para juzgar a los hombres e la Tierra. La atmósfera se caracterizaba por extraña suavidad, llena de luces cariciosas que iluminaban, ante todos los presentes, mis más secretos pensamientos.

Livia debía ser mi ángel tutelar en ese consejo de magistrados intangibles, porque su diestra acariciaba mi cabeza, para imponerme resignación y serenidad, a fin de oír las sentencias supremas.

Innecesario será hablarte de mi espanto y de mi recelo, ante ese tribunal que yo desconocía, cuando la figura de aquél que me pareció ser la autoridad central me dirigió la palabra, exclamando:

- Publio Léntulus, la justicia de los dioses, en su misericordia, determina tu regreso al torbellino de las luchas del mundo, para que laves las manchas de tus culpas en los llantos remisorios. ¡Vivirás en una época de maravillosos fulgores espirituales, luchando con todas las situaciones y dificultades, no obstante, la cuna de oro que te recibirá al renacer, a fin de que edifiques tu conciencia ennegrecida, en los dolores que purifican y regeneran!... Feliz de ti si supieres aprovechar bien la oportunidad bendita de la rehabilitación por la renuncia y por la humildad... Se determinó que seas poderoso y rico, a fin de que, con tu desprendimiento de los caminos humanos, en el instante preciso, puedas ser un elemento valioso para tus mentores espirituales. ¡Tendrás la inteligencia y la salud, la fortuna y la autoridad, como posibilidades para la regeneración integral de tu alma, porque llegará un momento en que serás compelido a despreciar todas las riquezas y todos los valores sociales, si supieres preparar bien el corazón para la nueva senda de amor y humildad, de tolerancia y perdón, que será rasgada, en breves años, a la faz obscura de la Tierra!... La vida es un juego de circunstancias que todo espíritu debe engranar para el bien, en el mecanismo de su destino. Aprovecha, pues, esas posibilidades que la misericordia de los dioses coloca al servicio de tu redención. No desprecies el llamado de la verdad, cuando suene la hora del testimonio y de las renunciaciones santificadoras... Livia seguirá contigo por la vía dolorosa del perfeccionamiento, y en ella encontrarás el brazo amigo y protector para los días de pruebas rípidas y acerbas. Lo esencial es tu firmeza de ánimo en el camino escabroso, purificando tu fe y tus obras, en la reparación del pasado delictuoso y obscuro...

A esa altura, la voz altiva del patricio se iba tornando angustiada y dolorosa. Amargas conmociones íntimas se le represaban en el corazón, atormentado por incoercible desaliento.

Flaminio Severus lo oía con interés y atención, rebuscando el medio más fácil de desvanecerle impresiones tan penosas. Sentía ímpetus de desviarle el curso de los pensamientos, arrancándole el espíritu de aquel mundo de emociones impropias de su formación intelectual, apelando a su educación y a su orgullo; pero, al mismo tiempo, no conseguía calmar sus propias dudas íntimas, en base a aquel sueño, cuya nitidez y aspecto de realidad, lo dejaban aturdido. Comprendía que era necesario restablecer primero su fortaleza de ánimo, entendiendo que la lógica de la suavidad debería ser el escudo de sus palabras, para esclarecimiento del amigo, que él más consideraba como hermano.

Fue así que, posando la mano larga y blanca en sus hombros, preguntó con amable dulzura.

- ¿Y después, qué más viste?

Publio Léntulus, sintiéndose comprendido, recobró nueva energía y continuó:

- Después de las exhortaciones de aquél juez severo y venerable, no percibí más la figura de Livia a mi lado, pero otras criaturas graciosas, envueltas en peplos que me parecían de nieve translúcidas, me reconfortaban el corazón con sus sonrisas acogedoras y bondadosas.

Atendiéndoles al llamado cariñoso, sentí que mi espíritu regresaba a la Tierra.

Observé a Roma, que ya no era la ciudad de mi tiempo; un soplo de belleza estaba reconstituyendo su parte antigua, porque noté la existencia de nuevos circos, teatros suntuosos, temas elegantes y palacios encantadores, que mis ojos no habían conocido antes.

Tuve ocasión de ver a mi padre entre sus papiros y pergaminos, estudiando los procesos del Senado, tal cual como se verifica hoy con nosotros, y, después de implorar la bendición de los dioses, en el altar doméstico de nuestra casa, experimenté una sensación de angustia en lo íntimo de mi alma. Me pareció haber sufrido dolorosa conmoción cerebral y quedé adormecido en un vértigo indefinible...

No sé describir literalmente lo que pasó, pero desperté con fiebre alta, como si aquella disgregación del pensamiento, por los mundos de Morfeo, me hubiese traído al cuerpo dolorosa sensación de cansancio.

Ignoro tu juicio, en vista de esta confidencia amarga y penosa, pero desearía me explicases algo al respecto.

- ¿Explicarte? – obtemperó Flaminio intentando imprimir a la voz una tonalidad de convicción enérgica – Bien sabes del respeto que me inspiran los augures del templo, mas, al final, lo que te ocurrió no puede, pasar, simplemente, de un sueño, y tu no ignoras como debemos temer a la imaginación dentro de nuestras perspectivas de hombres prácticos. Por soñar en exceso, los atenienses ilustres se transformaron en esclavos misérrimos, constituyendo obligación de nuestra parte el reconocimiento de la bondad de los dioses que nos concedieron el sentido de la realidad; necesario para nuestras conquistas y triunfos. ¿Sería lícito que renunciases al amor de ti mismo y a la posición de tu familia, tan solo llevado por la fantasía?

Publio dejó que el amigo discurriese abundantemente sobre el asunto, recibéndole las exhortaciones y consejos, pero después, tomándole las manos generosas, exclamó angustiado:

- Mi amigo, yo sería indigno de la magnanimidad de los dioses si me dejase conducir al sabor de los acontecimientos. Un simple sueño no me daría margen a tan dolorosas conjeturas, pero la verdad es que aún no te lo dije todo.

Flaminio Severus frunció el entrecejo, rematando:

- ¿Aún no me lo dijiste todo? ¿Qué significan éstas afirmaciones?

En su íntimo generoso, angustiosa duda fuera implantada ya con la descripción minuciosa de aquel sueño impresionante y doloroso, y era con gran esfuerzo que su corazón fraternal trabajaba por ocultar al amigo las penosas emociones que íntimamente lo atormentaban.

Publio, mudo le tomó del brazo, conduciéndolo a las galerías del tablino localizado a un canto del peristilo, en las proximidades del altar doméstico, donde se oficiaban los más puros y más santos afectos de la familia.

Los dos amigos penetraron al escritorio y a la sala archivo con profundas señales de respetuoso recogimiento.

A un canto, se disponían en orden numerosos pergaminos y papiros, mientras, en las galerías abultaban retratos de cera, de antepasados y abuelos de la familia.

Publio Léntulus tenía los ojos húmedos y la voz trémula, como si profundas emociones lo dominasen en aquellas circunstancias. Aproximándose a una imagen de cera, entre las muchas que allí se alineaban, llamó la atención de Flaminio, con una simple palabra:

- ¿Reconoces?

- Sí – respondió el amigo, - estremeciendo -, reconozco esta efigie. Se trata de Publio Léntulus Sura, tu bisabuelo paterno, estrangulado hace casi un siglo, en la revolución de Catilina.

- Hace precisamente noventa y cuatro años que el padre de mi abuelo fue eliminado en esas tremendas circunstancias – exclamó Publio, con énfasis, como quien está en posesión de toda la verdad. – Observa bien los trazos de esta figura, para que verifiques la semejanza perfecta que existe entre mí y ese lejano antepasado. ¿No estaría aquí la clave de mi sueño doloroso?

El noble patricio observó la notable identidad de trazos fisonómicos de aquella esfinge muerta con el semblante del amigo presente. Sus vacilaciones alcanzaron el auge, en vista de aquellas demostraciones alucinantes. Iba a elucidar el asunto, encareciendo la cuestión del linaje y la herencia, pero el interlocutor, como si adivinase los mínimos detalles de sus dudas, anticipó el juicio, exclamando.

- Yo también participé de todas las hesitaciones que hieren tu raciocinio, luchando contra la razón, antes de aceptar la tesis de nuestras conversaciones de esta noche. La semejanza por la imagen, aun la más extrema, es natural y es posible; pero, esto no me satisface plenamente. Expedí, en estos últimos días, a uno de los siervos de nuestra casa, a Taominina, en cuyas adyacencias poseemos antigua vivienda, donde se guardaba el archivo del extinto, que hice transportar hasta aquí.

Y, en un movimiento de quien estaba seguro de todos sus conceptos, sostenía en las manos nerviosas varios documentos, exclamando.

- ¡Analiza estos papiros. Son notas de mi bisabuelo, acerca de sus proyectos en el Consulado. Encontré en éste acervo de pergaminos, diversas minutas de sentencias de muerte, las cuales ya había observado en mis disgregaciones del sueño inexplicable... ¡Confronta éstas letras! ¿No se parecen con las mías? ¿Qué desearíamos más allá de estas pruebas de caligrafías? Hace muchos días que vivo este oscuro dilema en lo íntimo del corazón... ¿Seré yo Publio Léntulus Sura reencarnado?

Flaminio Severus dejó pender la frente, con patente inquietud e indecible amargura.

Numerosas habían sido las pruebas de la lucidez y de la lógica del amigo. Todo conspiraba para que su castillo de explicaciones desmoronase, fragorosamente, delante de los hechos consumados, pero procuraría nuevas fuerzas, a fin de salvaguardar el patrimonio de las creencias y tradiciones de sus mayores, intentando esclarecer el espíritu del compañero de tantos años.

- Mi amigo – murmuró, abrazándolo -, concuerdo contigo, frente a estos acontecimientos alucinantes. Los hechos son de los que arrebatan el espíritu más frío, pero no podemos arriesgar nuestras responsabilidades en el rumbo incierto de las primeras impresiones. Si él nos parece la realidad, existen alas realidades inmediatas y positivas, aguardando nuestro concurso activo. Considerando tus ponderaciones y creyendo incluso en la veracidad del fenómeno, no pienso que debamos sumergir el raciocinio en estos asuntos misteriosos y trascendentes. Estoy en contra de estas investigaciones, ciertamente en virtud de mis experiencias de la vida práctica. Concordando, de modo general, con tu punto de vista, te recomiendo no extenderlo más allá del círculo de nuestra intimidad fraternal, porque, no obstante la propiedad de los conceptos con que me das testimonio de tu lucidez, te siento cansado y abatido en ese torbellino de trabajos del ambiente doméstico y social.

Hizo una pausa en sus observaciones conmovidas, como quien razonase procurando un recurso eficaz para remediar la situación y sugirió con dulzura:

- Podrías descansar un poco en Palestina, llevando la familia para esa estación de reposo.

Existen allí regiones de clima adorable, que operarían, tal vez la cura de tu hijita, restableciendo simultáneamente tus fuerzas orgánicas. ¿Quién sabe? Olvidarías el tumulto de la ciudad, regresando más tarde a nuestro medio, con energías nuevas. El actual Procurador de Judea es nuestro amigo. Podríamos armonizar varios problemas de nuestro interés y de nuestras funciones, por cuanto no me sería difícil obtener del Emperador dispensa de tus trabajos en el Senado, de modo que continuases recibiendo los subsidios del Estado, mientras permanecieses en Judea. ¿Qué juzgas al respecto? Podrías partir tranquilo, pues yo tomaría a mi cargo la dirección de todos tus negocios en Roma, celando por tus intereses y por tus propiedades.

Publio dejó transparentarse en la mirada una llama de esperanza, y, como quien estuviese examinando, íntimamente, todas las razones favorables o contrarias a la ejecución del proyecto, ponderó:

- La idea es providencial y generosa, pero la salud de Livia no me autoriza a tomar una resolución pronta y definitiva.

- ¿Por qué?

- Esperamos, pronto, el segundo retoño de nuestro hogar.

- ¿Y para cuándo esperas ese advenimiento?

- Dentro de seis meses.

- ¿Te interesa el viaje después del invierno próximo?

- Sí.

- Pues bien: estarás, entonces en Judea, precisamente de aquí a un año.

Los dos amigos reconocieron que la charla había sido larga.

Cesara el aguacero. El firmamento resplandecía de constelaciones lavadas y límpidas.

Se iniciara ya el tráfico de las carrozas y barullos, con los ritos poco amales de los conductores, porque en la Roma imperial, las horas del día eran reservadas de un modo absoluto, al tráfico de los palanquines patricios y al movimiento de los pedestres.

Flaminio se despidió conmovedoramente del amigo, tomando de nuevo la suntuosa litera, con el auxilio de sus esclavos prestos y hercúleos.

Publio Léntulus, tan pronto como se vio solo, se encaminó a la terraza, donde corrían céleres las brisas de la media noche.

A la claridad de la opulenta luna, contempló el caserío romano, esparcido por las colinas sagradas de la ciudad gloriosa. Explayó los ojos en el paisaje nocturno, considerando los problemas profundos de la vida y del alma, dejando pender la frente entristecido. Incoercible tristeza le dominaba el ánimo voluntarioso y sensible, mientras una onda de amor propio y de orgullo le contenía las lágrimas íntimas del corazón, atormentado por angustiosos pensamientos.

II

UN ESCLAVO

Desde los primeros tiempos del Imperio, la mujer romana se había entregado a la disipación y al lujo excesivo, en detrimento de las obligaciones santificadoras del hogar y de la familia.

La facilidad en la adquisición de esclavos, empleados en los servicios más groseros, como en los más elevados menesteres de orden doméstico, incluso en los de la educación e instrucción, había determinado gran caída moral en el equilibrio de las familias patricias, por cuanto la diseminación de los artículos de lujo, venidos del Oriente, aliado a la ociosidad debilitara las fibras, de energía y de trabajo, de las matronas romanas, encaminándolas a las frivolidades de la indumentaria, a las intrigas amorosas, preludiando la más completa desorganización de la familia, en el olvido de sus tradiciones más apreciables.

Sin embargo, algunas casas habían resistido, heroicamente, a esa invasión de fuerzas pervertidas y criminosas.

Había mujeres, para la época, que se enorgullecían del patrón de las antiguas virtudes familiares, de cuantas las habían antecedido en la labor constructiva de las generaciones de tantas almas sensibles y notables.

Las esposas de Publio y Flaminio eran de ese número. Criaturas inteligentes y valerosas, ambas huían de la onda corruptora de la época representando dos símbolos de buen sentido y simplicidad.

Las últimas expresiones del invierno ya habían desaparecido, en el año 32, entornando por la tierra, primaveral y alegre, una taza inmensa de flores y perfumes...

En un día claro y asoleado, vamos a encontrar a Livia y Calpurnia, en la residencia de la primera, en amable conversación, mientras dos niñitos dibujaban, distraídamente, en un rincón de la sala.

Las dos señoras organizan los aprestos del viaje, corrigiendo defectos de algunas piezas de lana y cambiando impresiones íntimas, a media voz, en tono amigo y discreto.

En dado momento, los dos muchachos alcanzan uno de los cuartos contiguos, mientras Livia llama la atención de la amiga, en estos términos:

- ¿Tus pequeños no tienen hoy los ejercicios habituales?

- No, mi buena Livia – respondió Calpurnia, con delicadeza fraternal, adivinándole las intenciones -, no sólo Plinio, sino, también, Agripa, consagraron el día de hoy a la enfermita. Adivino sus vacilaciones y escrúpulos maternos, considerando la buena salud de nuestros hijitos; pero, tus recelos son infundados...

- Sin embargo, saben los dioses, como he vivido en estos últimos tiempos, desde que oí la opinión franca y sincera del médico de Tíbur. Bien sabes que, para él, el caso de mi hija es un mal doloroso y sin cura. Desde entonces, toda mi vida ha sido una serie de preocupaciones y martirios. Tomé todas las providencias para que la pequeña fuese aislada del círculo de nuestras relaciones, atendiendo a los imperativos de la higiene y a la necesidad de circunscribir, con nuestro propio esfuerzo, la terrible molestia.

- Pero ¿quién te dice que el mal es incurable? ¿Acaso semejante opinión proviene de la palabra infalible de los dioses? ¿No sabes cuán engañosa es la ciencia de los hombres?

Hace tiempo, mis dos hijos enfermaron con fiebre insidiosa y destructora. Llamados los médicos, observé que ellos se revezaban en el ministerio de salvar a los dos enfermos, sin resultados apreciables. Después, reflexioné mejor en la providencia de los cielos e, inmediatamente, ofrecí un sacrificio en el templo de Castor y Pólux, salvándolos de una muerte segura. Gracias a esa providencia, hoy los veo sonrientes y felices.

Ahora que no tienes, sólo a la pequeña Flávia, sino también al pequeño Marcus, te aconsejo hacer lo mismo recurriendo a los dioses gemelos.

- Es verdad, mi buena Calpurnia, así lo haré antes de nuestra próxima partida.

- Y por hablar del viaje, ¿cómo te sientes ante esta mudanza imprevista?

- Bien sabes que haré todo por la tranquilidad de Publio y por nuestra paz doméstica. Hace mucho, noto a Publio abatido y doliente, en razón de sus luchas exhaustivas al servicio del Estado. Jovial y expansivo, de un tiempo a esta parte, se volvió taciturno e irritadizo. Molesto con todo y por todo, creyendo yo que la salud precaria de nuestra hijita contribuya decisivamente para su misantropía y mal humor.

Considerando esas razones me dispongo, con satisfacción, a acompañarlo a Palestina, pesándome en lo íntimo sólo la circunstancia de ser obligada, aunque temporalmente, a alejarme de tu intimidad y de tus consejos.

- Descanso al oírte hablar así, porque a nosotros no nos compete examinar la situación de aquellos que nuestro corazón eligió para compañeros de toda la vida, debiendo hacer el mayor esfuerzo por suavizarles los aborrecimientos del mundo.

Publio es un buen corazón, generoso e idealista, pero como patricio descendiente de una de las familias más ilustres de la República, sentido psicológico por parte de la mujer, siendo justo y necesario que aparentes igualdad absoluta de sentimientos, de modo que puedas conducirlo siempre por el mejor camino.

Faminio me dio a conocer todas las circunstancias de tu permanencia en Judea, pero, existen algunos pormenores que aún desconozco. ¿Permanecerás de hecho en Jerusalén?

- Sí, Publio desea que nos fijemos en la misma residencia de su tío Salvio, en Jerusalén, hasta que podamos elegir el mejor clima del país, de manera que se beneficie la salud de nuestra hijita.

- Está bien – exclamó Calpurnia, asumiendo aires de la mayor discreción, - en vista de tu inexperiencia, estoy en la obligación de esclarecer a tu espíritu, considerando la posibilidad de cualquier complicación futura.

Livia se sorprendió con la observación de la amiga, pero toda oídos, contestó impresionada:

- Pero ¿qué quieres decir?

- Sé que no tienes un conocimiento detallado de los parientes de tu marido, que hace tanto tiempo se conservan ausentes de Roma – murmuró Calpurnia, con las particularidades características del espíritu femenino – y constituye un deber de amistad aclarar a tu espíritu, a fin de que no te conduzcas con demasiada confianza por donde pases.

El pretor Salvio Léntulus, que hace muchos años fue destituido del gobierno de las provincias, y ahora tiene simples atribuciones de funcionario, junto al actual Procurador de Judea, no es un hombre idéntico a tu marido, que, si tiene ciertos defectos de familia, es un espíritu muy franco y sincero. Eras muy joven cuando se verificaron acontecimientos deplorables en nuestro ambiente social, con referencia a las criaturas con quien vas a convivir ahora. La esposa de Salvio, que aún debe ser una mujer joven y bien cuidada, es hermana de Claudia, mujer de Pilatos, a quien tu marido va recomendado en camino de la alta administración de la provincia.

En Jerusalén, vas a encontrar a toda esa gente, de costumbres muy diferentes a las nuestras, y necesitas pensar que vas a convivir con criaturas disimuladas y peligrosas.

No tenemos el derecho de reprobar los actos de nadie, a no ser en presencia de aquellos que consideremos culpados o pasibles de recriminaciones, pero, debo prevenirte que el Emperador fue compelido a designar a esa gente para servicios en el exterior, considerando graves asuntos de familia, en la intimidad de la Corte.

Que los dioses me perdonen las observaciones en su ausencia, pero es que, en tu condición de romana y mujer de un senador aún joven, serás homenajeadada por nuestros coterráneos distantes, homenajes que recibirás, en sociedad, como ramilletes de rosas llenos de perfumes, pero también llenos de espinas...

Livia oyó a la amiga, entre espantada y pensativa, exclamando con discreción, como quien quisiese deshacer una duda:

- ¿Pero, el pretor Salvio no es hombre de edad?

-Estás engañada. Es un poco más joven que Flaminio, pero, sus esmeros de caballero hacen de su personalidad un tipo de soberbia apariencia.

- ¿Cómo podré llevar a buen término mis deberes, en caso de que me cerquen las perfidias sociales, tan comunes en nuestro tiempo, sin agravar el estado espiritual de mi esposo?

- Confiemos en la providencia de los dioses – murmuró Calpurnia, dejando entrever la magnífica fe de su corazón maternal.

Pero, las dos no pudieron proseguir en la conversación. Un ruido más fuerte denunciaba la aproximación de Publio y Flaminio que atravesaban el vestíbulo, procurándolas.

- ¿Entonces? – exclamó Flaminio de buen humor, asomando a la puerta, con maliciosa sonrisa. – Entre la costura y la conversación, debe sufrir la reputación de alguien, en esta sala, porque ya decía mi padre que mujer solita piensa siempre en la familia; pero, si está con otra, piensa enseguida en los ... otros.

Una sonrisa sana y general coronó sus palabras alegres, mientras Publio exclamaba contento:

- Estemos sosegados, mi Livia, porque todo está listo y a nuestras entera satisfacción. El Emperador se ofreció para auxiliarnos generosamente con sus órdenes directas, y de aquí a tres días, una galera nos esperará en las cercanías de Ostia, de modo que viajemos tranquilamente.

Livia sonrió, satisfecha y confortada, mientras del apartamento de la pequeña Flavia asomaban dos cabezas risueñas, preparándose Flaminio para recibir en los brazos, de una sola vez, a los dos hijitos.

- ¡Vengan acá, ilustres pillos! ¿por qué huyeron ayer de las clases? Hoy recibí la queja del colegio, en ese sentido, estoy muy contrariado con ese procedimiento...

Plinio y Agripa oyeron la reprimenda paterna, sorprendidos, respondiendo el más viejo, con humildad:

- Pero, papá, yo no soy culpable. Como el señor sabe, Plinio huyó de los ejercicios, obligándome a salir para procurarlo.

- Eso es una vergüenza para usted, Agripa – exclamó Flaminio, paternalmente -, su edad no le permite más la participación en las travesuras de su hermano.

Iba la escena a esa altura cuando Calpurnia intervino, apaciguando:

- Todo es verdad, pero tendremos que resolver el asunto en casa, porque la hora no permite discusiones entre padre e hijos.

Ambos niños fueron a besar la mano materna, como si le agradeciesen la intervención cariñosa, y, de ahí a algunos minutos, se despedían las dos familias, con la promesa de Flaminio, en el sentido de acompañar a los amigos hasta Ostia, en las proximidades de la desembocadura del Tíber, en el día del embarque.

Transcurridas aquellas setenta y dos horas de barullo y preparativos, vamos a encontrar a nuestros personajes en una galera confortable y elegante en las aguas de Ostia, donde aún no existían las construcciones del puerto, edificadas allí más tarde por Claudio.

Plinio y Agripa ayudaban a acomodar la pequeña enferma en el interior, instigados por los padres, que los preparaban desde temprana edad para las delicadezas de la vida social, mientras Calpurnia y Livia instruían a una sierva, con respecto a la instalación del pequeñito Marcus. Publio Flaminio intercambiaban impresiones, a distancia, oyéndose la recomendación del segundo, que elucidaba al amigo confidencialmente.

- Sabes que los súbditos conquistados por el Imperio muchas veces nos miran con envidia y despecho, haciéndose necesario que nunca desmerezcamos de nuestra posición de patricios.

Algunas regiones de Palestina, según mis propios conocimientos, están infestadas de malhechores y es necesario que estés precavido contra ellos, principalmente en tu marcha en demanda de Jerusalén. Lleva contigo, tan pronto aportes con la familia, el mayor número de esclavos para tu garantía y la de los tuyos, y, en la hipótesis de ataques, no hesites en castigar con severidad y aspereza.

Publio recibió la exhortación, atentamente, y, en algunos minutos más, se movilizaban ambos en el interior de la nave, donde el viajero interpelaba al jefe de los servicios:

- Entonces, Aulus, ¿todo está listo?

- Sí, ilustrísimo. Sólo aguardamos vuestras órdenes para la partida. En cuanto a nuestros trabajos, podéis quedar tranquilos, porque escogí uno por uno a los mejores cartaginenses para el servicio de los remos.

Como en efecto, comenzaron allí las últimas despedidas. Las dos señoras se abrazaban con lágrimas enternecedoras y afectuosas, mientras se expresaban promesas de perenne recuerdo y votos a los dioses por la tranquilidad general.

Postreros abrazos conmovidos y largaba la suntuosa galera donde la bandera del águila romana tremolaba orgullosa, al soplo suave de las brisas marinas. Los vientos y los dioses eran favorables, porque, en breve, al esfuerzo hercúleo de los esclavos en el ritmo de los poderosos remos, los viajeros contemplaban de lejos la cinta verdosa de la costa italiana, como si avanzasen en la masa líquida hacia inmensidades insondables del infinito.

Transcurría el viaje con el máximo de serenidad y calma.

Publio Léntulus, no obstante la belleza del paisaje en la travesía del Mediterráneo y a la novedad de los aspectos exteriores, considerada la monotonía de sus quehaceres en la vida romana, junto a los numerosos procesos del Estado, tenía el corazón lleno de sombras. En balde la esposa procuraba aproximarse a su espíritu irritado, buscando tañer asuntos delicados de la familia, con el fin de conocer y suavizarle los sinsabores íntimos. Experimentaba él la impresión de que caminaba hacia emociones decisivas en el desenvolvimiento de su existencia. Conocía parte del Asia, porque, en la juventud, había servido un año en la administración de Esmirna, para integrarse, de la mejor manera, en el mecanismo de los trabajos del Estado, pero no conocía a Jerusalén, donde los esperaban como enviado del Emperador, para la solución de varios problemas administrativos, de los que fuera incumbido junto al gobierno de Palestina.

¿Cómo encontraría a tío Salvio, más joven que su padre? Hacía muchos años que no lo veía personalmente, entretanto, era un poco más viejo que él mismo. ¿Y aquella Fulvia, liviana y caprichosa, que le desposara al tío en el torbellino de sus numerosos escándalos sociales, tornándose casi indeseable en el seno de la familia? Recordaba los pormenores más íntimos del pasado, pero, se abstenía, de comunicarle a su esposa las más penosas expectativas. Reflexionando, igualmente, en la situación de la esposa y de los dos hijitos, encaraba con ansiedad los primeros obstáculos a su permanencia en Judea, en calidad de patricios, mas también como extranjeros, considerando que las amistades que los aguardaban eran problemáticas.

Entre sus meditaciones y las súplicas de la esposa, estaba por terminar,

la travesía del Mediterráneo, cuando llamó la atención de su siervo de confianza, en estos términos:

- Comenio, dentro de poco estaremos a las puertas de Jerusalén; pero antes que eso se verifique, tendremos que realizar una pequeña marcha, después del punto de desembarque, reclamándose mucho cuidado de mi parte, con relación al transporte de la familia. Se esperan algunos representantes de la administración de Judea, pero, ciertamente, estaremos acompañados de tus cuidados, pues vamos a aportar a una región para mi desconocida y extranjera. Reúne a todos los siervos bajo tus órdenes, de modo que garanticemos absoluta seguridad por el camino.

- Señor, contad con nuestro desvelo y dedicación – respondió el servidor, entre respetuoso y conmovido.

Al siguiente día, Publio Létulus y la comitiva desembarcaban en el pequeño puerto de Palestina, sin incidentes dignos de mención.

Lo esperaban, además del delegado del Procurador, algunos lictores y numerosos soldados pretorianos, comandados por Sulpicio Tarquinius, provistos de todos los aprestos y elementos exigidos para un viaje tranquilo y confortable, por las vías de Jerusalén.

Después del necesario reposo, la caravana se puso en camino, pareciendo antes una expedición militar que el transporte de simple familia, a través de las estaciones periódicas de descanso.

Las armaduras de los caballos, los capacetes romanos reluciendo al Sol, los trajes extravagantes, palanquines adornados, animales de tracción y los carros pesados del equipaje daban idea de expedición triunfal, si bien apresurada y silenciosa.

Iba la caravana a buen término, cuando en las proximidades de Jerusalén, ocurre un imprevisto. Un cuerpo silvante cortó el aire fino y claro, alojándose en el palanquín del senador, oyéndose al mismo tiempo un grito estridente y lamentoso. Minúscula piedra hiriera levemente el rostro de Livia, determinando gran alarma en la masa enorme de siervos y caballeros. Entre los carros y los animales que pararon asustados, numerosos esclavos rodean a los señores, buscando, con precipitación, enterarse del hecho. Sulpicio Tarquinius, en un golpe de vista, da largas al galope de la montada, buscando prender a un joven que se alejaba, receloso de las márgenes del camino. Y, culpable o no, fue presentado un joven de sus dieciocho años a los viajeros, para la punición necesaria.

Publio Léntulus recordó la recomendación de Flamínio, momentos antes de la partida, y, ahogando sus mejores sentimientos de tolerancia y generosidad, resolvió prestigiar su posición y autoridad a los ojos de cuantos hubiesen de seguirle la permanencia en aquel país extranjero.

Ordenó medidas inmediatas a los lictores, que lo acompañaban, y allí mismo, ante las claridades mordientes del Sol abrazador y bajo la mirada espantada de algunas decenas de esclavos y numerosos centuriones, determinó que castigasen sin conmiseración al joven, por su liviandad.

La escena era desagradable y dolorosa.

Todos los siervos acompañaban compungidos el estallido del chicote en el dorso semidesnudo de aquel hombre joven, que gemía, las órdenes impiadosas, hasta que Livia, no consiguiendo contemplar por más tiempo la rudeza del espectáculo, pidió al esposo, en voz suplicante.

- Basta, Públio, porque los derechos de nuestra condición no traducen deberes de impiedad...

El senador consideró, entonces, su severidad excesiva y rigurosa, ordenó la suspensión del castigo doloroso, pero, a una pregunta de Sulpicio, en cuanto al nuevo destino del infeliz, habló en todo rudo e irritado:

-¡Para las galeras!...

Los presentes estremecieron, porque las galeras significaban la muerte o la esclavitud para siempre.

El desventurado se amparaba, exánime, en las manos de los centuriones que lo rodeaban, sin embargo, al oír las tres palabras de la sentencia condenatoria, echó a su orgulloso juez una mirada de odio supremo y de supremo desprecio. En lo íntimo de su alma brillaban relámpagos de venganza y de cólera, cuando la caravana se puso nuevamente en camino, entre el ruido de los carros pesados y el tintinear de las armaduras, al movimiento de los caballos fogosos e irrequietos.

La llegada a Jerusalén transcurrió sin otros hechos dignos de nota.

La novedad de los aspectos y la diversidad de las criaturas es lo que más impresionaron a los viajeros, en su primer contacto con la ciudad, cuya fisonomía, con raras mudanzas, en el transcurso de todos los siglos, fue siempre la misma, triste y desolada, preludiando los paisajes resecaos del desierto.

Pilatos y su mujer se encontraban en las solemnidades de la recepción al senador, que iba, como enviado de Tiberio, adjunto a la administración de la provincia, encarnando el principio de la ley y de la autoridad.

Salvio Léntulus y la esposa, Fulvia Prócula, recibieron a los parientes con ostentación y prodigalidad. Numerosos homenajes fueron prestados a Publio Léntulus y a su mujer, destacándose que Livia, fuese en razón de las advertencias de Calpurnia, o en vista de su agudeza psicológica, reconoció, de inmediato, que en aquel ambiente no palpitaban los corazones generosos y sinceros de sus amigos de Roma, experimentando, en lo íntimo, dolorosa sensación de amargura y ansiedad. Verificada, con satisfacción, que su pequeña Flavia había mejorado, no obstante el viaje exhaustivo, pero, al mismo tiempo, se torturaba percibiendo que Fulvia no poseía amplitud de corazón para acogerlos siempre con cariño y bondad. Notara que, al presentarle a la hijita enferma, la patricia vanidosa hiciera un movimiento instintivo de retroceso, apartando a su pequeña Aurelia, hija única del matrimonio, del contacto con la familia, presentando pretextos inaceptables. Bastó un día de permanencia en aquel hogar extraño, para que la pobre señora comprendiese la extensión de las angustias que la esperaban allí, calculando los sacrificios que la situación exigiría de su corazón sensible y cariñoso.

Y no era solamente el cuadro familiar, en sus detalles impresionantes, que le torturaba la mente llena de expectativas pungentes. Deparándosele Poncio Pilatos, en el mismo momento de su llegada, sintiera, en lo íntimo, que había encontrado un rudo y poderoso enemigo.

Fuerzas ignoradas del mundo intuitivo hablaban a su corazón de mujer, como si voces del plano invisible le preparasen el espíritu para las pruebas aspérrimas de los días venideros. Sí, porque la mujer, símbolo del santuario del hogar y de la familia, en su espiritualidad, puede, muchas veces, en una simple reflexión, descubrir insondables misterios de los caracteres y de las almas, en la tela espesa y sombría de las reencarnaciones sucesivas y dolorosas.

Publio Léntulus, al contrario, no experimentó las mismas emociones de la compañera. La diversidad del ambiente le modificara un tanto las disposiciones íntimas, sintiéndose moralmente reconfortado frente a la tarea que le competía desempeñar en el escenario nuevo de sus actividades de hombre de Estado.

En el segundo día de permanencia en la ciudad, tan pronto regresara de la primera visita a las instalaciones de la Torre Antonia, donde se acuartelaban contingentes de las fuerzas romanas, observando el movimiento de los casuistas y de los doctores, en el Templo famoso de Jerusalén, fue procurado por un hombre humilde y relativamente joven, que presentaba como credencial, tan sólo, el corazón afligido y cariñoso de padre.

Obedeciendo más a los imperativos de orden político que al sentimiento de generosidad del corazón, el senador quebró las etiquetas del momento, recibéndolo en su gabinete privado, dispuesto a oírlo.

Un judío, poco más viejo que él mismo, en actitud de respetuosa humildad y expresándose difícilmente, para hacerse comprender, le habló en estos términos:

- Ilustrísimo senador, soy André, hijo de Gioras, operario modesto y paupérrimo, no obstante tengo numerosos miembros de mi familia con importantes atribuciones en el Templo y en el ejercicio de la Ley. Oso venir hasta vos, reclamando a mi hijo Saúl, preso, hace tres días, por vuestra orden y remitido directamente para el cautiverio perpetuo de las galeras... Os pido clemencia y caridad en la reparación de esa sentencia de terribles efectos para la estabilidad de mi pobre casa... Saúl es mi primogénito y en él he puesto toda mi esperanza paternal... Reconociéndole la inexperiencia en la vida, no vengo a declararlo inocente de la culpa, sino a apelar a vuestra clemencia y magnanimidad, en vista de su ignorancia de joven, jurándoos, por la Ley, encaminarlo de ahora en adelante por la senda del deber austeramente cumplido...

Públio recordó la necesidad de hacer sentir la autoridad de su posición, contestando con el orgullo característico de sus resoluciones:

- ¿Cómo osa discutir mis determinaciones, cuando guardo la conciencia de haber practicado la justicia? No puedo modificar mis deliberaciones, extrañando que un judío ponga en duda la orden y la palabra de un senador del Imperio, formulando reclamaciones de esta naturaleza.

- Pero, señor, yo soy padre...

- Si lo eres, ¿por qué hiciste de tu hijo un vagabundo y un inútil?

- No puedo comprender los motivos que llevaron a mi pobre Saúl a comprometerse de esa manera, pero, os juro que él es el brazo fuerte de mis trabajos de cada día.

- No me cabe examinar las razones de tu sentimiento, porque mi palabra está dada irrevocablemente.

- André de Gioras miró a Públio Léntulus de arriba abajo, herido en su emotividad de padre y en su sentimiento de hombre, descargando de dolor y de cólera reprimida. Sus ojos húmedos traían íntima angustia, en vista de aquella negativa formal e inapelable, pero, despreciando todos los convencionalismos humanos, habló con orgullosa firmeza:

- ¡Senador, yo descendí de mi dignidad para implorar vuestra compasión, mas, acepto vuestra negativa ignominiosa!...

¡Acabáis de comprar, con la dureza del corazón, un enemigo eterno e implacable! ¡Con vuestros poderes y prerrogativas, podéis eliminarme para siempre, sea reduciéndome al cautiverio o condenándome a perecer de muerte infamante; pero prefiero afrontar vuestra soberbia orgullosa!... ¡Plantasteis ahora, un árbol de espinas, cuyo fruto, un día, amargaré, sin remedio, a vuestro corazón duro e insensible, porque mi venganza puede tardar, pero, como vuestra alma inflexible y fría, ella será también indefectible y tenebrosa!...

El judío no esperó la respuesta de su interlocutor, amargamente emocionado con la vehemencia de aquellas palabras, saliendo del recinto con paso firme y rostro erguido, como si hubiese obtenido los mejores resultados de su corta y decisiva entrevista.

En una mezcla de orgullo y ansiedad, Publio Léntulus experimentó, en aquel instante, las más variadas gamas de sentimiento dominándole el corazón. Deseó determinar la prisión inmediata de aquel hombre que le lanzara en el rostro las más duras verdades, sintiendo, simultáneamente, el deseo de llamarlo a sí, prometiéndole el regreso del hijo querido, a quien protegería con su prestigio de hombre de Estado; pero la voz se le sumió en la garganta, en aquel complejo de emociones que de nuevo le robara la paz y la serenidad. Dolorosa

opresión le paralizó las cuerdas vocales, mientras en el corazón angustiado repercutían las palabras candentes y amargas.

Una serie de reflexiones penosas se alineó en su mundo íntimo, señalando los más fuertes conflictos de sentimientos. También él ¿no era padre y no procuraba retener a los hijitos cerca de su corazón? Aquel hombre poseía las más fuertes razones para considerarlo un espíritu injusto y perverso.

Recordó el sueño inexplicable que, relatado a Flaminio, fuera la causa directa de su venida a Judea y consideró las lágrimas de compunción que derramara, en contacto con el torbellino de recuerdos perniciosos de su existencia pasada, frene a tantos crímenes y desvíos.

Se retiró del gabinete con la solución mental de la cuestión enfocada, ordenando que trajesen al joven Saúl a su presencia, con la urgencia que el caso requería, a fin de enviarlo nuevamente a la casa paterna, y modificando, de esa manera, las penosas impresiones que había causado al pobre André. Sus órdenes fueron expedidas sin demora; pero, lo esperaba desagradable sorpresa, con las informaciones de los funcionarios a quienes competía la responsabilidad de semejantes servicios.

El joven Saúl desapareciera de la cárcel, haciendo creer en una fuga desesperada e imprevista. Los informes fueron transmitidos a la autoridad superior, sin que Publio Léntulus viniese a saber que los malos servidores del Estado negociaban, muchas veces, los prisioneros jóvenes con los ambiciosos mercaderes de esclavos, que operaban en los centros más populosos de la capital del mundo.

Informado que el prisionero se evadiera, el senador sintió la conciencia aliviada de las acusaciones que le pesaban íntimamente. Al final, pensó que se trataba de un caso de menor importancia, por cuanto el joven, distante de la cárcel, procuraría inmediatamente la casa paterna; y, consolidando su tranquilidad, expidió órdenes a los dirigentes del servicio de seguridad, recomendando que e abstuviesen de cualquier persecución al forajido, a quien se llevaría oportunamente, el indulto de la ley.

Pero, el camino de Saúl, fue otro muy diferente.

En casi todas las provincias romanas funcionaban terribles agrupaciones de malhechores, que, viviendo a la sombra de la máquina del Estado, se habían transformado en mercaderes de conciencias.

El joven judío, con su juventud promisor y saludable, fuera víctima de esas criaturas desalmadas. Vendido clandestinamente a poderosos tratantes de esclavos de Roma, en compañía de muchos otros, fue embarcado en el antiguo puerto de Jope, con destino a la Capital del Imperio.

Anticipándonos en la cronología de nuestras narrativas, vamos a encontrarlo, de ahí a algunos meses, en un gran tablado, cerca del Foro, donde se alineaban, en penosa promiscuidad, hombres, mujeres y niños, casi todos en míseras condiciones de desnudez, teniendo cada cual una pequeña etiqueta colgando al pescuezo. Ojos chispeando sentimientos de venganza, allá se encontraba Saúl, medio desnudo, una gorra de lana blanca cubriéndole la cabeza y con los pies descalzos levemente untado de yeso.

Junto aquella masa de criaturas desventuradas, paseaba un hombre de aire innoble y repulsivo, que exclamaba con la voz gritante a la multitud de curiosos que lo rodeaba:

- Ciudadanos, tened la bondad de apreciar... ¡Como sabéis, no tengo prisa en disponer de la mercadería, porque no debo a nadie, mas aquí estoy para servir a los ilustres romanos!...

Y, deteniéndose en el examen de ese o de aquel infeliz, proseguía en su arenga grosera e insultante:

- ¡Ved a este mancebo!... Es un ejemplar soberbio de salud, frugalidad y docilidad. Obedece a la primera señal. Prestad buena atención al aplomo de su carne firme. Ninguna enfermedad tendrá fuerza sobre su organismo.

¡Examinad a este hombre! ¡Sabe hablar griego correctamente y es bien hecho de la cabeza a los pies!...

En sus gestos de negociante, continuó la propaganda individual, teniendo en cuenta la multitud de compradores que lo asediaba, hasta que tocó el turno al joven Saúl, que dejaba traslucir, en el aspecto miserable, sus ímpetus de cólera y sentimiento crueles:

- ¡Observad bien este mancebo! Acaba de llegar de Judea, como el más bello ejemplar de sobriedad y salud, de obediencia y de fuerza. Es una de las más ricas muestras de mi lote de hoy! ¿Prestad atención a su juventud, ilustres romanos!... ¡Os lo daré al precio reducido de cinco mil sestercios!...

El joven esclavo contempló al mercader con el alma escaldante de odio y alimentando, íntimamente, las más feroces promesas de venganza. Su semblante judío impresionó a la multitud que estacionaba en la plaza, aquella mañana, porque un intenso movimiento de curiosidad le rodeó la figura interesante y originalísima.

Un hombre se destacó de la multitud, procurando al mercader, a quien se dirigió a media voz, en estos términos:

- Flacus, mi señor necesita de un joven elegante y fuerte para las bigas de los hijos. Ese joven me interesa. ¿No lo darías al precio de cuatro mil sestercios?

-¡Cómo no! – murmuró el otro en tono de negociante -, mi interés es servir bien a la ilustre clientela.

El comprador era Valerio Brutus, capaz de los servicios comunes de la casa de Flaminio Severus, que le ordenara adquirir un esclavo nuevo y de buena apariencia, destinado al servicio de las bigas de los hijos, en los grandes días de las fiestas romanas.

Fue así que, imbuido de sentimientos innobles y deplorables, Saúl, el hijo de André, fue introducido, por las fuerzas del destino, junto a Plinio y Agripa, en la residencia de la familia Severus, en el corazón de Roma, al precio miserable de cuatro mil sestercios.

III

EN CASA DE PILATOS

La sequedad de la naturaleza, donde se yergue Jerusalén, proporciona, a la célebre ciudad, una belleza melancólica, tocada de pungente monotonía.

En el tiempo de Cristo, su aspecto era casi igual al que se observa hoy. Apenas la colina de Mizpa, con sus tradiciones suaves y lindas, representaba un rincón verde y alegre, donde reposaban los ojos del forastero, lejos de la aridez y de la ingratitud del paisaje.

Empero, debemos registrar que, en la época de la permanencia de Publio Léntulus y de su familia, Jerusalén acusaba novedades y esplendores de la vida nueva. Las construcciones herodianas pululaban en sus alrededores, revelando nuevo sentido estético por parte de Israel. La predilección por los monolitos tallados en roca viva, característica del antiguo pueblo israelita, fuera sustituida por las adaptaciones del gusto judío a las normas griegas, renovando los paisajes interiores de la famosa ciudad. Sin embargo, la joya maravillosa era, el Templo, todo nuevo en la época de Jesús. Su reconstrucción fuera determinada por Herodes, en el año 21, notándose que sólo los pórticos llevaron ocho años para edificarse, y considerándose, además, que los planos de la obra grandiosa, continuados lentamente en el curso del tiempo, solamente quedaron concluidos poco antes de su completa destrucción.

En los inmensos patios, se reunía diariamente la aristocracia del pensamiento israelita, localizándose allí el foro, la universidad, el tribunal y el templo supremo de toda una raza.

Incluso los procesos civiles, después de las discusiones ingeniosas de orden teológico, recibían allí las decisiones finales, resumiéndose, en el templo imponente y grandioso, todas las ambiciones y actividades de una patria.

Los romanos, respetando la filosofía religiosa de los pueblos extraños, no participaban de las tesis sutiles y de los sofismas debatidos y examinados todos los días, pero la Torre Antonia, donde se acuartelaban las fuerzas armadas del Imperio, dominaba el recinto, facilitando la fiscalización constante de todos los movimientos de los sacerdotes y de las masas populares.

Publio Léntulus, después del incidente del prisionero, que continuaba considerando como un episodio sin importancia, tomaba cierta serenidad para el desempeño de sus obligaciones consuetudinarias. Los aspectos áridos de Jerusalén tenían, para sus ojos cansados, un encanto nuevo, en el cual el pensamiento reposaba de las numerosas e intensas fatigas de Roma.

En cuanto a Livia, ésta guardaba el corazón vuelto hacia sus afectos distantes, analizando la aridez de los espíritus al alcance de su convivencia. Como por milagro, la pequeña Flavia había mejorado, observándose notable transformación en las heridas que le cubrían la epidermis. Pero, las actitudes hostiles de Fulvia, que no le perdonaba la simplicidad encantadora y los dotes preciosos de inteligencia, sin perder ocasión para echarle en el rostro pequeñas indirectas, a veces irónicas y mordientes, le dejaban el espíritu aturdido en un torbellino de expectativas alucinantes. Semejantes acontecimientos eran desconocidos por el marido, a quien la pobre señora se abstenía de relatar sus más íntimos disgustos.

Pero, esos hechos, no eran los elementos que más contribuían para apesadumbrarla en aquel ambiente de penosas incertidumbres.

Hacía una semana que se encontraban en la ciudad y se notaba que, contrariando tal vez sus hábitos, Poncio Pilatos comparecía diariamente a la residencia del pretor, con el pretexto de sentir predilección por la conversación con los patricios recién llegados de la Corte. Horas al hilo eran empleadas en ese menester, mas Livia, con las secretas intuiciones de su alma, comprendía los pensamientos inconfesables del gobernador al respecto, recibiendo con el espíritu prevenido sus amables madrigales y alusiones indirectas.

En esas aproximaciones de sentimientos, que prenuncian el pleamar de las pasiones, se veía, también, la contrariedad de Fulvia, llena de venenosos celos en vista de la situación que la actitud de Pilatos iba creando. Por detrás de aquellos bastidores brillantes del escenario de la amistad artificial, con que fueron recibidos, Publio y Livia deberían comprender que existía una marisma de pasiones inferiores, que seguramente, habrían de tizar la tranquilidad de sus almas. Sin embargo, no entendieron los detalles de la situación y penetraron, con el espíritu confiante e ingenuo, en el camino obscuro y doloroso de las pruebas que Jerusalén les reservaba.

Reafirmando incesantes obsequios y multiplicando gentilezas, Pilatos puso énfasis en ofrecer una cena, en la cual toda la familia se reconfortase y la fraternidad y la alegría fuesen perfectas.

En el día convenido, Salvio y Publio, acompañados por los suyos, comparecían a la residencia señorial del gobernador, donde Claudia igualmente los esperaba con una sonrisa bondadosa y acogedora.

Livia estaba pálida, en su traje simple y sencillo, siendo de notar que, contra toda la expectativa del esposo, pusiera énfasis en llevar a su hijita enferma, en el supuesto caso de que sus cuidados maternos representasen algo contra las pretensiones del conquistador que su corazón de mujer adivinaba, a través de las actitudes indiscretas y atrevidas del anfitrión de aquella noche.

La cena se servía en condiciones especialísimas, según los hábitos más rigurosos y elegantes de la corte.

Livia estaba aturdida con aquellas solemnidades que se desdoblaban con la más alta suntuosidad de la etiqueta romana, costumbres esas oriundas de un medio del cual ella y Calpúrnia siempre se habían apartado, en su simplicidad de corazón. Numerosa falange de esclavos se movilizaba en todas las direcciones, como verdadero ejército de servidores, frente a tan reducido número de comensales.

Después de los platos preparados, llegan los vocalizadores recitando los nombres de los invitados, mientras los infertores traen los platos dispuestos con singular simetría. Los convidados, entonces, se recuestan en los triclinios, forrados de cojines de plumas y pétalos de flores. Las carnes son presentadas en platos de oro y los panes en azafatas de plata, multiplicándose los siervos para todos los menesteres, inclusive aquellos que debían probar los manjares

a fin de certificarse de su sabor, para que fuesen servidos con la máxima confianza. Los coperos sirven un vino palermitano precioso y antiguo, mezclado de aromas, en tazas incrustadas de piedras preciosas, mientras otros siervos los acompañan presentando, en bandejas de plata, el agua natural o fría, al gusto de los invitados. Junto a los lechos, donde cada comensal debe recostarse cómodamente, se conservan esclavos jóvenes trajeados con esmero y ostentando en la frente gracioso turbante, brazos y piernas semidesnudos, cada cual con su función definida. Algunos agitan en las manos largos ramos de mirto, ahuyentando las moscas, mientras otros, curvados a los pies de los invitados, son obligados a limpiar discretamente las señales de su guía e intemperancia.

Quince platos diferentes se sucedieron a través de los esfuerzos de los esclavos dedicados y humildes, cuando, después del banquete, brindaron los salones con centenares de antorchas, oyéndose agradables sinfonías. Siervos jóvenes y bien puestos ejecutan danzas apasionadas y voluptuosas en homenaje a sus señores, mimoseándoles los sentimientos inferiores con su arte exótico y espontáneo, y, solamente no fue llevado a efecto un número de gladiadores, según la costumbre de los grandes banquetes de la Corte, porque Livia, con los ojos suplicantes, pidió que eliminasen en aquella fiesta el doloroso espectáculo de sangre humana.

La noche era de las más cálidas de Jerusalén, motivo por el cual, finalizada la cena y las ceremonias complementarias, la caravana de amigos, acompañada ahora de Sulpicio Tarquinius, se dirigía hacia la amplia y bien ordenada terraza, donde jóvenes esclavos tocaban deliciosa música del Oriente.

- No juzgaba poder encontrar en Jerusalén, una noche patricia como ésta – exclamó Publio, sensibilizado, dirigiéndose al gobernador con respetuosa cortesía. – Debo a vuestra bondad hidalga y generosa la satisfacción de revivir el ambiente y la vida inolvidable de la Corte, donde los romanos distantes guardan el corazón y el pensamiento.

- Senador, esta casa os pertenece – replicó Pilatos con intimidad. – Ignoro si mi sugerencia os será agradable, pero solo tendríamos razón para agradecer a los dioses, si nos concedieseis la honrosa alegría de hospedaros aquí con vuestros dignos familiares. Creo, que la residencia del pretor Salvio, no os ofrece el necesario confort, y, añadiendo la circunstancia del íntimo

parentesco que une a mi mujer con la esposa de vuestro tío, me siento a gusto para hacer este ofrecimiento, sin violentar nuestras costumbres, en sociedad.

- ¡Vaya eso sí que no!, exclamó por su parte el pretor, que acompañara atento la gentileza de la oferta. – Yo y Fulvia nos oponemos a la realización de esa medida. – Y, dirigiéndose confiante a la consorte, terminaba su ponderación -, ¿no es verdad, querida mía?

Fulvia, entretanto, dejando transparentar una pizca de contrariedad, contestó, para sorpresa de todos los presentes:

- De pleno acuerdo. Publio y Livia son nuestros huéspedes efectivos; sin embargo, no podemos olvidar que el objetivo de su viaje se prende a la salud de la hijita, objetivo de todas nuestras preocupaciones en el momento, siendo justo que no los privemos de cualquier recurso que se venga a verificar, a favor de la pequeña enferma...

Y dirigiéndose instintivamente hacia el banco de mármol, donde descansaba la enfermita, exclamó para escándalo general.

- Además, esta niña representa una seria preocupación para todos nosotros. Su epidermis dilacerada acusa síntomas especiales, recordando...

Pero, no consiguió terminar la exposición de sus recelos escrupulosos, porque Claudia, alma noble y digno, constituyendo una antítesis de la hermana que el destino le había dado, comprendiendo la situación penosa que sus conceptos iban creando, se le adelantó redargüiendo.

- No veo razones que justifiquen esos temores; supongo a la pequeña Flavia mucho mejor y más fuerte. Hasta quiero creer, que bastará el clima de Jerusalén para su curación completa.

Y avanzando hacia la enfermita, como quien desease deshacer la dolorosa impresión de aquellas observaciones indelicadas, la tomó en los brazos, besándole el rostro infantil, cubierto de tonos violáceos de mal disfrazadas heridas.

Livia, que traía el semblante sonrojado por la humillación de las palabras de Fulvia, recibió la gentileza como un bálsamo precioso para sus inquietudes maternas; en cuanto a Publio, este amargamente sorprendido, consideró la necesidad de restablecer su serenidad y energía varonil, disimulando el disgusto que el episodio le causara, tomando la dirección de la conversación, conmovido sobremanera:

- Es verdad, amigos. La salud de mi pobre Flavia representa el objeto primordial de nuestro largo viaje hasta aquí. Resueltos los problemas del Estado, que me trajeron a Jerusalén, hace algunos días que examino la posibilidad de localizarme en cualquier región del interior, de modo que la hijita pueda recuperar el precioso equilibrio orgánico aspirando un aire más puro.

- Pues bien – replicó Pilatos, con seguridad -, en asuntos de clima, soy aquí un hombre entendido. Hace seis años que me encuentro en estos parajes en función del cargo y he visitado casi todos los rincones de la provincia y de las regiones vecinas, teniendo motivos para afianzar que Galilea está en primer plano. Siempre que puedo reposar de las labores intensas que me atan aquí, busco inmediatamente nuestra villa en los alrededores de Nazaret, para gozar la serenidad del paisaje y las brisas deliciosas de su inmenso lago. Concuerdo en que la distancia es muy larga, pero la verdad es que si permaneciese en las cercanías de la ciudad, en mis estaciones de reposo, perdería el tiempo, atendiendo a las solicitudes incesantes de los rabinos del templo, siempre abrazados a innumerables peticiones. Por cierto que ahora Sulpicio habrá de partir, a fin de dirigir algunos trabajos de reparación de nuestra residencia, pues intentamos seguir hacia allá dentro de poco tiempo, a rehacer las energías agotadas en la lucha cotidiana.

Puesto que mi hospedaje no os será necesario en Jerusalén, ¿quién sabe si tendremos el placer de hospedaros, más tarde, en la villa que me refiero?

- Noble amigo – exclamó el senador, agradecido -, debo ahorrarme tanto trabajo, pero, os quedaría inmensamente agradecido si vuestro amigo Sulpicio providenciase en Nazaret la adquisición de una casa confortable y simple, que me sirva, reformándola de conformidad con nuestros hábitos familiares, y donde podamos residir despreocupadamente por algunos meses.

- Con el máximo placer.

- Muy bien – atajó Claudia, con bondad, mientras Fulvia mal disimulaba el venenoso despecho -, quedaré con la incumbencia de adaptar a nuestra buena Livia a la vida campestre, donde la gente se siente también al contacto directo con la naturaleza.

- Siempre, que no se transformen en judías... - dijo el senador, de buen humor, mientras todos sonreían alegremente.

En ese momento, oyendo sobre los detalles de los servicios le serían confiados en los próximos días, Sulpicio Tarquinius, hombre de confianza del gobernador, se sintió con libertad de intervenir en el asunto, exclamando, con su sorpresa a cuantos le oían:

- Y por hablar de Nazaret, ¿ya oísteis hablar de su profeta?

- ¿?

- Sí – continuó -, Nazaret posee ahora un profeta que viene realizando grandes cosas.

- ¿Qué es eso, Sulpicio? – preguntó Pilatos, irónicamente - ¿pues no sabes que de los judíos nacen profetas todos los días? ¿Acaso las luchas en el templo de Jerusalén se verifican por otra cosa? Todos los doctores de la Ley se consideran inspirados por el Cielo y cada cual es dueño de una nueva revelación.

- Pero, ese, señor, es muy diferente.

- ¿Estarás, acaso convertido a una nueva fe?

- De ningún modo, inclusive porque comprendo el fanatismo y la obcecación de esas miserables criaturas; pero quedé realmente intrigado con la figura impresionante de un galileo aún joven, cuando pasaba, hace algunos días, por Cafarnaúm.

Al centro de una plaza, acomodada en bancos improvisados, hechos de piedra y arena, vi a considerable multitud que le oía la palabra, en éxtasis de admiración y conmoción...

Yo también, como si fuera tocado por una fuerza misteriosa e invisible, me senté para oírlo.

De su personalidad, extraordinaria de belleza simple, venía un “no se qué” dominando a la turba que se aquietaba, suavemente, oyéndole las promesas de un eterno reinado... sus cabellos revoloteaban a las brisas de la tarde mansa, como si fuesen hilos de luz desconocida en las claridades serenas del crepúsculo; y de sus ojos compasivos parecía nacer una onda de piedad y conmiseración infinitas. Descalzo y pobre se le notaba la limpieza de la túnica cuya blancura se adaptara, a la levedad de sus trazos delicados. Su palabra era como un cántico de esperanza para todos los sufridores del mundo, suspendido

entre el cielo y la tierra, renovando los pensamientos de cuantos lo escuchaban... Hablaba de nuestras grandezas y conquistas como si fuesen cosas bien miserables, hacía amargas afirmativas acerca de las obras monumentales de Herodes, en Sebaste, aseverando que por encima de César está Dios Todopoderoso, providencia de todos los desesperados y de todos los afligidos... En su enseñanza de humildad y amor, considera a todos los hombres como hermanos muy amados, hijos de ese Padre de misericordia y justicia, que nosotros no conocemos.

La voz de Sulpicio estaba saturada del tono emocional característico de los sentimientos hijos de la verdad.

El auditorio se había contagiado de la conmoción de su narrativa, escuchándole la palabra con el mayor interés.

Sin embargo, Pilatos, sin perder el hilo de sus vanidades de gobernador, lo interrumpió exclamando:

- ¡Hermanos todos! Eso es un absurdo. La doctrina de un Dios único no es una novedad para nosotros, en esta tierra de ignorantes; pero, no podemos concordar con ese concepto de fraternidad irrestricta. ¿Y los esclavos? ¿Y los vasallos del Imperio? ¿Dónde quedan las prerrogativas del patriciado?

- Pero, lo que más me admira – exclamó con énfasis, dirigiéndose particularmente al narrador -, es que siendo tú un hombre práctico y decidido, te hayas dejado llevar por las palabras locas de ese nuevo profeta, mezclándote con la turba para oírlo. ¿No sabes que la anuencia de un licor puede significar enorme prestigio para las ideas de ese hombre?

- Señor – respondió Sulpicio, sorprendido -, yo mismo no sabría explicar la razón de mis observaciones de aquella tarde. Consideré, igualmente, de pronto, que las doctrinas predicadas por él son subversivas y peligrosas, por igualar los siervos a los señores, pero observé, también, sus penosas condiciones de pobreza, consideradas por sus discípulos y seguidores como un estado alegre y feliz, lo que, de algún modo, no constituye motivo de recelo para las autoridades provinciales.

Por lo demás, esas prédicas no perjudican a los campesinos, porque son hechas generalmente en las horas de ocio y descanso, en el intervalo de los trabajos de cada día, notándose igualmente que sus compañeros predilectos son los pescadores más ignorantes y más humildes del lago.

- Pero, ¿cómo te dejaste arrebatar así por ese hombre? – retornó Pilatos, con energía.

- Os engañáis, en cuanto a eso – respondió el lictor, más señor de sí – no me siento impresionado, como suponéis, tanto así que, notándole la originalidad simple y hermosa, no le reconozco privilegios sobrenaturales y creo que la ciencia del Imperio elucidará el hecho que voy a narrar, respondiendo a vuestra argumentación del momento.

No sé si conocéis a Coponio, viejo centurión destacado en la ciudad a la que me referí; de todas formas me corresponde informaros del hecho observado por mí. Después que la voz del profeta de Nazaret había dejado una dulce quietud en el ambiente, mi conocido le presentó al hijito moribundo, implorando caridad para el niño que agonizaba. Lo vi elevar los ojos radiantes al firmamento, como si suplicase la bendición de nuestros dioses y, después, noté que sus manos tocaban al niño, que, a su vez, parecía haber recibido un flujo de vida nueva, levantándose inmediatamente, llorando y buscando el cariño paterno, después de descansar en el profeta los ojitos enternecidos...

- Pero, ¿hasta centuriones ya se meten con los judíos en sus arengas? Necesito comunicarme con las autoridades del Tiberiades, sobre esos hechos – exclamó el gobernador, visiblemente contrariado.

- El caso es curioso – dijo Publio Léntulus, intrigado con la narrativa.

- No obstante, la verdad, mi amigo – objetó Pilatos, dirigiéndose a él -, es que en estos parajes nacen religiones todos los días. Este pueblo es muy diferente del nuestro, reconociéndose visible deficiencia de raciocinio y sentido práctico. Un gobernador, aquí, no puede dejarse aprehender por las figuras sino lo que debe hacer es mantener rígidos los principios, en el sentido de salvaguardar la soberanía inviolable del Estado. Es por ese motivo que, atendiendo a las sabias determinaciones de la sede del gobierno, no me detengo en los casos aislados, para ponderar tan solo las razones de los sacerdotes del Sinédrio que representan el órgano del poder legítimo, apto para armonizar con nosotros la solución de todos los problemas de orden político y social.

Publio se daba por satisfecho con el argumento, pero las señoras presentes, con excepción de Fulvia, parecían profundamente impresionadas

con la descripción de Sulpicio, inclusive la pequeña Flavia, que le bebiera las palabras con la máxima curiosidad infantil.

Un velo de preocupaciones obscureciera la dicha de todos los presentes, pero el gobernador no se resignó con la actitud general, exclamando:

- ¡Óiganme! ¡un lictor que, en vez de hacer la justicia a nuestro bien, actúe contra nosotros mismos, obscureciendo nuestro ambiente alegre, merece severa punición por sus narrativas inoportunas!...

Una risa general le siguió la palabra ruidosa y ligera, mientras remataba:

- Descendamos al jardín para oír nueva música, limpiando el corazón de esos aborrecimientos imprevistos.

La idea fue aceptada con agrado general.

La pequeña Flavia fue instalada por la dueña de la casa en un apartamento confortable, y, en pocos minutos los presentes se dividían en tres grupos distintos, a través de las alamedas del jardín, alumbrado por antorchas brillantes, al sonido de músicas caprichosas y lascivas.

Publio y Claudia hablaban del paisaje y de la naturaleza; Pilatos multiplicaba gentilezas junto a Livia, mientras Sulpicio se colocaba al lado de Fulvia, habiendo el pretor Léntulus resuelto permanecer en el archivo, examinando algunas obras de arte.

Distanciándose a propósito de los demás grupos, el gobernador notaba la palidez de la compañera que, en aquella noche, se le figuraba más seductora y más bella.

El respeto que su discreta hermosura le infundía en el alma, parecía aumentar, en aquella hora, el ardor del corazón apasionado.

- Noble Livia – exclamó con emoción -, no puedo guardar por más tiempo los sentimientos que vuestras virtudes llenas de belleza me inspiran. ¡Sé de la natural repulsión de vuestra alma digna, frente a mis palabras, mas lamento que no comprendáis el corazón tocado de esa admiración que me avasalla!...

- También yo – replicó la pobre señora con dignidad y energía espontáneas – lamento haber inspirado a vuestro espíritu semejante pasión. Vuestras palabras me sorprenden amargamente, no sólo porque parten de un patricio revestido de las elevadas responsabilidades de procurador del Estado, sino también por considerar la amistad confiante y noble que o consagra mi esposo.

- Pero, en asuntos del corazón – atajó él, solícito - ¡no pueden prevalecer las formalidades de la convención política, aun las más elevadas! ¡Tengo de mis deberes la más alta comprensión y sé encarar la solución de todos los problemas de mi cargo, mas no me recuerdo donde os habría visto antes!... La realidad es que, hace una semana, tengo el corazón dilacerado y oprimido... Encontrándoos, parecía deparármese esta imagen adorada e inolvidable. ¡Todo hice por evitar esta escena desagradable y penosa, pero, confieso que una fuerza invencible me confunde el corazón!...

- ¡Os engañáis señor! Entre nosotros no puede existir otro lazo, más allá del inspirado por el respeto a la identidad de nuestras condiciones sociales. Si tenéis en tal alta cuenta vuestras obligaciones de orden político, no debéis olvidar que el hombre público debe cultivar las virtudes de la vida privada, incentivando, en sí mismo, la veneración y la incorruptibilidad de conciencia.

Pero, vuestra personalidad me hace olvidar todos esos imperativos. ¿Dónde os habría visto, finalmente para que me sintiese arrebatado de esta manera?

- ¡Callaos, por los dioses! – murmuró Livia, asustada y con evidente palidez. ¡Nunca os vi, antes de nuestra llegada a Jerusalén, y apelo a vuestra caballerosidad de hombre, a fin de evitarme estas referencias que me amargan!... Tengo razones para creer en vuestra ventura conyugal, junto a una mujer digna y pura, tal como la veo, reputando como una locura las propuestas que vuestras palabras me dejan entrever...

Pilatos iba a proseguir en su argumentación, cuando la pobre señora, amargamente sorprendida, se sintió desfallecer. En balde movilizó ella sus energías vitales, con el fin de evitar el deliquio.

Presa de singular abatimiento, se recostó a un árbol del jardín, donde se desarrollaba la conversación que acabamos de oír. Recelando las consecuencias, el gobernador le tomó la mano delicada y mimosa, torturado por sus inconfesables pensamientos, pero, a su contacto ligero, la naturaleza orgánica de Livia parecía reaccionar con decisión e inquebrantable firmeza.

Recobrando las fuerzas, hizo con la cabeza una leve señal de agradecimiento, mientras Publio y Claudia se acercaban a ambos, renovándose la charla general, con la satisfacción de todos.

Entretanto, la escena provocada por los excesos de afecto del gobernador no quedó circunscrita sólo a los dos actores que la vivieron intensamente.

Fulvia y Sulpicio la acompañaron en sus mínimos detalles, a través de los claros abiertos en el ramaje sombrío.

- ¡Vaya! – exclamó el lictor a la compañera, observando los pormenores de la charla que acabamos de describir. - ¿Entonces, ya perdiste las buenas gracias del procurador de Judea?

A esa pregunta, Fulvia, que a su vez no sacaba los ojos de la escena, se estremeció compulsivamente, dando guarida a los más grandes sentimientos de celo y despecho.

- ¿No respondes? – continuaba Sulpicio, gozando el espectáculo. - ¿Por qué me rechazas tantas veces, si tengo para ofrecerte un sentimiento profundo de dedicación y lealtad?

La interpelada continuó en silencio, en su puesto de observación, rugiendo de cólera íntima, cuando vio que el gobernador guardaba, entre las suyas, la mano exánime de la compañera, pronunciando palabras que sus oídos no escuchaban, pero sus sentimientos inferiores presumían adivinar en aquel coloquio inesperado.

Pero, tan pronto, Claudia y Publio figuraron en el escenario, Fulvia se volvió para el compañero, murmurando con voz cavernosa:

- Accederé a todos tus deseos, si me auxilias en un ardid.

- ¿Cuál?

- El de llevar al conocimiento del senador, en tiempo oportuno, la historia de la infidelidad de su mujer.

- Pero, ¿cómo?

- Primeramente, evitarás la instalación de Publio en Nazaret, para llevarlo más distante, de modo que dificultemos las relaciones entre Livia y el gobernador, en ocasión de su ausencia de Jerusalén, porque estoy adivinando que ella deseará transferirse para Nazaret, en pocos días. En seguida procuraré interferir, personalmente, de manera que seas designado para proteger al senador en su estación de reposo e, investido en ese cargo, encaminarás los acontecimientos para la consecución de nuestros planes. Hecho eso, sabré recompensar tus esfuerzos y buenos servicios de siempre, con mi dedicación absoluta.

El lictor oyó la propuesta, silenciando, indeciso. Pero, la interlocutora, como si estuviese ansiosa por sellar la siniestra alianza, interrogó con la voz firme:

- ¿Todo combinado?

- ¡De pleno acuerdo!... respondió Sulpicio, ya resuelto.

Y las dos personificaciones del despecho y de la lascivia se reunieron a la caravana fraterna con la máscara de las alegrías aparentes, después de concluido el pacto tenebroso.

Las últimas horas fueron consagradas a las despedidas, con la afabilidad exterior del convencionalismo social.

Livia se abstuvo de relatar al esposo la escena penosa del jardín, considerando no solo su necesidad de reposo íntimo, sino también la importancia social de las personalidades en juego, prometiendo a sí misma evitar, a todo trance, cualquier expresión indigna en el terreno del escándalo por las palabras.

IV

EN GALILEA

En el día inmediato a estos acontecimientos, en las primeras horas de la mañana, Publio Léntulus fue procurado, en la intimidad de su escritorio particular, por Fulvia, que se le dirigió, criminalmente, en esos términos:

- Senador, el ascendente de nuestras ligazones familiares me obliga a procuraros para tratar de un asunto desagradable y doloroso, pero, con mis experiencias de mujer, me corresponde aconsejarlo para resguardar a su esposa de la insidia de sus propios amigos, puesto que, aun ayer, tuve la oportunidad de sorprenderla en íntimo coloquio con el gobernador...

El interpelado extrañó aquella actitud insólita, grosera, contraria a todos sus métodos de hombre de bien.

Repelió dignamente la embestida, encareciendo la nobleza moral de su esposa, pasando Fulvia a relatarle, con los más exaltados adornos de su imaginación enfermiza, la escena de la víspera, en sus más mínimos detalles.

El senador quedó pensativo, pero se sintió con el preciso coraje moral para repeler la insinuación calumniosa.

- Pues bien – dijo ella, terminando la denuncia -, muy lejos lleváis vuestra confianza y buena fe. Un hombre nunca pierde por oír los consejos de la experiencia femenina. La prueba de que Livia camina en la senda ancha de

la prevaricación la tendréis pronto, por cuanto ella ha de preferir la partida inmediata para Nazaret, donde el gobernador buscará encontrarla.

Y, diciendo esto, se retiró apresuradamente, dejando al senador algo desalentado y compungido, pensando en los corazones mezquinos que lo rodeaban, porque, en el tribunal de la conciencia, no se sentía dispuesto a aceptar la idea que viniese a ensuciar la valerosa nobleza de su mujer.

Inmenso velo de sombras le cubrió el espíritu sensible y afectuoso. Sintió que, en Jerusalén, conspiraban contra él todas las fuerzas tenebrosas de su destino, experimentando vasto desierto en el corazón.

Allí, no encontraría la palabra prudente y generosa de un amigo como Flaminio, con quien pudiese desahogar sus profundas amarguras.

Absorto en esas meditaciones angustiosas, no vio que los pétalos de las horas marchaban incesantemente, en los torbellinos del tiempo. Solo mucho después percibió el vocerío de uno de sus criados de confianza, viniendo a saber que Sulpicio Tarquinius le solicitaba el favor de una entrevista particular, pedido que atendió con la máxima disponibilidad.

Admitido en el interior de la oficina, el lictor se refirió, sin preámbulos, a los fines de la visita, explicando con desembarazo:

- Senador, honrado con la confianza en el caso de vuestra transferencia para una estación de reposo, vengo a sugeriros el arrendamiento de rica propiedad perteneciente a un compatriota nuestro en los alrededores de Cafarnaúm, encantadora ciudad de Galilea, situada en el camino de Damasco. Es verdad que ya escogisteis Nazaret, pero, a lo largo de la planicie de Esdrelón, las casas confortables son muy raras, añadiendo que seréis obligado a enormes dispendios en servicios de remodelación y bienhechurías. Sin embargo, en Cafarnaúm, el caso es diferente. Tengo un amigo allí, Caio Gratus, decidido a arrendar por tiempo indeterminado, su espléndida villa, que es una heredad provista de todo el confort, con pomares preciosos, en un ambiente de absoluto sosiego.

El senador oía al delegado de Pilatos como si el espíritu anduviese en otra parte; pero, como si tuviese la atención súbitamente despertada, exclamó, en la actitud de quien argumenta consigo mismo:

- De Jerusalén a Nazaret, tenemos setenta millas... ¿Dónde queda Cafarnaúm?...

- Muy distante de Nazaret – obtemperó Publio, con aires de quien tomó una resolución íntima -, estoy muy agradecido por tu gentileza, que no olvidaré de recompensar en tiempo oportuno. Acepto tu sugestión que reputo sensata, inclusive porque, de hecho, no me puede interesar la adquisición definitiva de ningún inmueble en Galilea, teniendo en cuenta la necesidad de regresar a Roma, dentro de poco. Quedas autorizado a concluir el negocio, por cuanto me honro en tus informaciones, descansando, confiadamente, en tu conocimiento del asunto.

Secreta satisfacción le brillaba en los ojos de Sulpicio, que se despidió con fingido reconocimiento.

Publio Léntulus descansó nuevamente los codos en la mesa de trabajo, inmerso en profundas reflexiones.

Aquella sugestión de Sulpicio llegaba en el instante psicológico de sus angustiosas cogitaciones, porque, en vista de esa nueva providencia, conseguiría instalar a la familia lejos de cualquier influencia de la casa del procurador de Judea, salvando, así, su reputación de las salpicaduras ignominiosas de la maledicencia.

Entre tanto, la denuncia de Fulvia, desdoblaba sucesivas preocupaciones en su íntimo. Fuese por lo inopinado de la calumnia, o por el espíritu de perversidad con el que la misma fuera urdida, su pensamiento se sumergió en ansiosas expectativas.

A la noche de aquel mismo día, después de la cena, vamos a encontrarlo a solas con Livia, en la terraza de la residencia del pretor, que, por su vez, se ausentara de casa por algunas horas, en compañía d sus familiares, para atender a imperativos de ciertas obligaciones.

Notándole en el rostro las señales evidentes de profunda contrariedad, rompió la esposa con la encantadora intimidad de su corazón femenino:

- Querido, me pesa verte así, doblado bajo el yugo de tamaños disgustos, cuando este largo viaje debería restituírnos la tranquilidad necesaria al desenvolvimiento de tus encargos... Oso pedir que apresures nuestra mudanza de Jerusalén para un ambiente más calmo, donde nos sintamos más a solas,

fuera de éste círculo de criaturas cuyos hábitos no son los nuestros, y cuyos sentimientos desconocemos. ¿Cuándo partiremos para Nazaret?

- ¿Para Nazaret? – repitió el senador, con voz irritada y sombría, como si lo tocase el espíritu venenoso de los celos recordando, involuntariamente, las acusaciones infundadas de Fulvia.

- Sí – prosiguió Livia, suplicante y cariñosa -, pues ¿no fueron esas las providencias enunciadas ayer?

- ¡Es verdad, querida! – exclamó Publio, ya pesaroso, volviendo en sí de los malos pensamientos que había abrigado por un instante – pero resolví después de instalarnos en Cafarnaúm, contrariando las últimas decisiones...

Y tomando la mano de la compañera, como si buscase un bálsamo para el alma herida, le susurró suavemente:

- ¡Livia, eres todo lo que me resta en este mundo!... ¡Nuestros hijos son flores de tu alma, que los dioses nos dieron para mi alegría!... ¡Perdóname, querida!... Hace cuánto tiempo he vivido absorto y taciturno, olvidando tu corazón sensible y cariñoso! Me parece estar despertando ahora de un sueño muy doloroso y muy profundo pero despertando con el alma recelosa y oprimida. Ándanme, en lo íntimo, amargos vaticinios... Temo perderte, cuando quisiera encerrarte en el pecho, guardándote en el corazón eternamente... Perdóname...

Mientras ella lo contemplaba, sorprendida, sus labios sedientos le cubrían las manos de besos ardientes. Y no fueron solo los besos afectuosos que brotaron en esas manifestaciones de cariño. Una lágrima goteó de los ojos cansados, mezclándose con las flores de su amor.

- ¿Qué es eso, Publio? ¿Lloras? – exclamó Livia, enternecida y angustiada.

- ¡Sí! Siento los genios del mal cercándome el corazón y la mente. Mi íntimo está poblado de visiones sombrías, prenunciando el fin de nuestra felicidad; pero yo soy un hombre y soy fuerte... ¡Querida, no me niegues tu mano para que atravesemos juntos el camino de la vida, porque, contigo venceré incluso lo imposible!...

Ella estremeció en vista de esas observaciones, que no le eran familiares.

En un segundo, retrocedió a la noche anterior, considerando el atrevimiento del gobernador, que dignamente repeliera, experimentando, al lado de la aflicción por el compañero, soberana tranquilidad de conciencia y, tomando ligeramente las manos del esposo, lo llevó a un rincón de la terraza, donde se apostó frente a una arpa armoniosa y antigua, cantando bajito, como si su voz, en aquella noche, fuese el gorgojéo de una alondra apuñalada:

“Alma gemela de mi alma,
Flor de luz de mi vida,
Sublime estrella caída
De las bellezas de la creación!...
Cuando yo erraba en el mundo
Triste y solo, en mi camino,
Llegaste, a mi destino,
Y me henchiste el corazón.

Venías en la bendición de los dioses,
En la divina claridad,
A tejerme la felicidad,
En sonrisas de esplendor!...
Eres mi tesoro infinito,
Júrote eterna alianza,
Porque yo soy tu esperanza,
Como eres todo mi amor!”

Se trataba de una composición de él, en la mocedad, tan al gusto de la juventud romana, dedicada a ella misma, y que su talento musical guardaba siempre, para circunstancias especiales de su sentimiento.

Pero en aquel instante, su voz tenía tonalidades diferentes, como si hubiera encerrado en la garganta una gurruca divina, exiliada de los prados brillantes del Paraíso.

En la última nota, tocada de tristeza y angustia indefinibles, Publio la atrajo suavemente hasta abrazarla, con fuerza y resolución, como si quisiese retener para siempre, en el corazón, su joya de imaginable pureza.

Ahora, era Livia, quien lloraba copiosamente en los brazos del compañero al besarla éste en los transportes de su alma leal y, a veces, impulsiva.

Después de aquel arrobamiento emotivo, Publio se sintió sereno y satisfecho.

- ¿Por qué no regresamos a Roma cuanto antes? – preguntó Livia, como si su espíritu estuviese clarificado por luces proféticas, con relación a los días futuros. - ¡Junto a los hijitos tomaríamos de nuevo nuestras obligaciones habituales, conscientes de que la lucha y el sufrimiento están en todos los lugares y de que toda alegría significa, en este mundo, una bendición de los dioses!...

El senador ponderó la propuesta de la compañera, estableciendo el análisis de toda la situación en su íntimo y, obtemperando, por fin:

- ¡Tu observación es justa y providencial, querida mía, pero, qué dirían nuestros amigos cuando supiesen que, después de tantos sacrificios con el viaje, habíamos resuelto la permanencia de apenas una semana en una región tan distante! ¿Y nuestra enfermita? ¿Su organismo no ha reaccionado de modo eficaz, en contacto con el nuevo clima? Estemos confiantes y tranquilos. Apresuraré la partida para Cafarnaúm y, en breves días, estaremos en un nuevo ambiente, según nuestros deseos.

Y así aconteció, efectivamente.

Reaccionando a las vibraciones perniciosas del medio, Publio Léntulus providenció la solución de todos los problemas atinentes a la mudanza, haciéndose él desentendido frente a las indirectas de Fulvia, mientras Livia, escudándose en la superioridad de su alma, buscaba aislarse dentro del pequeño mundo de amor de los dos hijitos, huyendo a la presencia del gobernador, que no desistiera de sus asedios, y junto a quien la figura noble de Claudia sabía despertar, en todos, la más sincera simpatía.

Dos siervas fueron admitidas al servicio del matrimonio, en la perspectiva de su transferencia para Cafarnaúm; no es que fuesen indispensables al desdoblamiento de las actividades domésticas, en vista de los numerosos siervos traídos de Roma; sin embargo, el senador examinara la utilidad de esa providencia, considerando que él y la familia habrían de necesitar de un contacto más directo con las costumbres y dialectos del pueblo, reconocida la circunstancia de que ambas conocían a Galilea.

Ana y Sémele, recomendadas por amigos del pretor, fueron recibidas al servicio de Livia que las acogió con bondad y simpatía.

Treinta días pasaron en los preparativos del proyectado viaje.

Sulpicio Tarquinius, estimulado por las ventajas de sus propios intereses materiales, no perdió oportunidad de captar la plena confianza del senador, organizando la propiedad con detalles de atención y gentileza, provocando el contentamiento y el elogio de todos.

En vísperas de la partida, Publio Léntulus compareció al despacho de Pilatos, para el agradecimiento de las despedidas.

Después de saludarlo cordialmente, exclamó el gobernador, con forzada jovialidad:

- Es una pena, querido amigo, que las circunstancias lo conduzcan para Cafarnaúm, cuando esperaba tener la satisfacción de retenerlo en las cercanías de nuestra casa en Nazaret.

Pero, mientras permanezcáis en Galilea, en ocasión de mis habituales visitas al Tiberíades, procuraré el norte para encontrarnos.

Publio le manifestó su gratitud y reconocimiento y, cuando se preparaba para salir, el procurador de Judea continuó, en tono afectuoso y aconsejador:

- Senador, o sólo como responsable por la situación de los patricios en la provincia, sino también en calidad de amigo sincero, no puedo dejarlo partir de la merced del acaso, tan solo en la compañía de esclavos y siervos de confianza. Acabo de designar a Sulpicio, hombre que me merece confianza, para dirigir los servicios de seguridad que os son debidos. Además de él, otro lictor y algunos centuriones partirán para Cafarnaúm, donde permanecerán a sus órdenes.

Publio agradeció cortésmente, sintiéndose confortado con el ofrecimiento, aunque la persona del gobernador le causase poca simpatía íntima.

Al final, terminados los arreglos del viaje, la compacta caravana se puso en movimiento, atravesando los territorios de Judá y las montañas verdes Samaria, en demanda de su estación de destino.

Algunos días fueron gastados a través de los caminos que contornan muchas veces las aguas suaves y límpidas del Jordán.

Prestos a llegar a Cafarnaúm, a distancia de medio kilómetro del camino, entre árboles frondosos, junto al lago de Genezaret, una heredad imponente aguardaba a nuestros personajes para su estación de reposo.

Sulpicio Tarquinius se desvelara en los más íntimos detalles, en lo concerniente con el buen gusto de la época.

La propiedad estaba situada en una pequeña elevación de terreno, rodeada de árboles frutales de los climas fríos, pues, hace dos mil años, Galilea, hoy transformada en polvoriento desierto, era un paraíso de verdor. En sus paisajes maravillosos, desabotonaban flores de todos los climas. Su inmenso lago, formado por las aguas cristalinas del río sagrado del Cristianismo, era tal vez el lugar donde más abundaba la pesca en todo el mundo, descansando sus olas mansas y perezosas al pie de los arbustos ricos de sabia, cuyas raíces se tocaban del perfume agreste de los laureles y de las flores silvestres. Nubes de aves cariciosas cubrían, en bandos compactos, aquellas aguas hechas de un prodigioso azul celeste, hoy encarceladas entre peñascos quemados y ardientes.

Al norte, las cumbres nevadas del Hermon se figuraban en líneas alegres y blancas, divisándose al occidente las elevadas planicies de la Gaulanítida y de de Perea, envueltas de sol, formando, juntas, una gran meseta que se alarga de Cesárea de Filipe hacia el Sur.

Una vegetación maravillosa y única, operando la emanación incesante del aire más puro, temperaba el calor de la región, donde el lago se localiza, mucho más abajo del nivel del Mediterráneo.

Publio y su esposa sintieron una onda de vida nueva, que sus pulmones aspiraban en grandes inhalaciones.

Entretanto, no acontecía lo mismo con la pequeña Flavia, cuyo estado general empeoraba al extremo, contra todas las previsiones.

Agravararse las heridas que le cubrían el rostro enflaquecido y la pobre niña no conseguía separarse del lecho, donde se conservaba en profunda postración.

Se acentuaba, de ese modo, la angustia paterna que, en balde, recurrió a todos los medios para mejorar las condiciones de la enfermita.

Un mes había transcurrido en Cafarnaúm, donde, más en contacto con los dialectos del pueblo, ya no les era desconocida la fama de las obras y de las prédicas de Jesús.

Innumerables veces, pensó Publio en dirigirse al taumaturgo, a fin de solicitar su intervención a favor de la hijita, atendiendo a un llamado secreto del corazón. Pero, reconocía en lo íntimo, que semejante actitud representaba una humillación para su posición política y social, a los ojos de los plebeyos y vasallos del Imperio, examinando las consecuencias que podrían advenir de tal procedimiento.

No obstante esas ponderaciones, permitía que numerosos siervos de su casa asistiesen, los sábados, a las prédicas del profeta de Nazaret, inclusive Ana, que se colmara de respetuosa veneración por aquél a quien los humildes llamaban Maestro.

De él tejían los esclavos las más encantadoras historias, en las cuales el senador nada veía, más allá de los arrebatos instintivos del alma popular, si bien no dejase de sorprenderlo la opinión lisonjera de un hombre como Sulpicio.

Pero, una tarde, los padecimientos de la pequeña habían alcanzado el auge. Además de las heridas que, desde hacía muchos años, se habían multiplicado en el cuerpecito gracioso, otras úlceras surgieron en las regiones de la epidermis, antes violáceas, transformándole los órganos delicados en una pústula viva.

Publio y Livia, íntimamente consternados, aguardaban un fin próximo.

En ese día, después de la cena muy ligera, Sulpicio se demoró hasta más tarde, con el pretexto de confortar al senador con su presencia.

Es así que vamos a encontrarlos a ambos en la espaciosa terraza donde Publio le habla en estos términos:

- Mi amigo, ¿qué me dices de esos rumores propalados por aquí, acerca del profeta de Nazaret? Habitado a no dar oídos a la palabra ignorante del pueblo, me gustaría oír nuevamente sus impresiones sobre ese hombre extraordinario.

- ¡Ah! Sí – dijo Sulpicio, como quien se esfuerza por recordarse de algo - , intrigado con aquella escena que hace tiempo presencié y que tuve ocasión de relatar en la residencia del gobernador, he procurado seguir las actividades de ese hombre, en la medida de mis posibilidades de tiempo.

Algunos compatriotas nuestros lo tienen como visionario, opinión que comparo en lo que se refiere a sus prédicas, llenas de parábolas incomprensibles, pero no en lo que respecta a sus obras, que nos tocan el corazón.

El pueblo de Cafarnaúm anda maravillado con sus milagros y puedo aseguráros que, en torno a él, ya se formó una comunidad de discípulos dedicados, que se disponen a seguirlo por todas partes.

- Pero, finalmente, ¿qué enseña él a las multitudes? – preguntó Publio, interesado.

- Predica algunos principios que hieren nuestras más antiguas tradiciones, como, por ejemplo, la doctrina del amor a los propios enemigos y la fraternidad absoluta entre todos los hombres. Exhorta a los oyentes a buscar el reino de Dios y su justicia, pero no se trata de Júpiter, el Señor de nuestras divinidades; al contrario, habla de un Padre misericordioso y compasivo, que nos sigue del Olimpo y para quien están patentes nuestras ideas más secretas. En otras ocasiones, el profeta de Nazaret se expresa acerca de ese reino del cielo con apólogos interesantes e incomprensibles, en los cuales hay reyes y príncipes creados por su imaginación soñadora, que nunca podrían haber existido.

Sin embargo, lo peor, - remató Sulpicio prestando grave entonación a las palabras -, es que ese hombre singular, con esos principios de un nuevo reino, crece en la mentalidad popular como un príncipe surgido para reivindicar prerrogativas y derechos de los judíos, de los cuales, tal vez, quiera asumir la dirección algún día...

- ¿Qué medidas adoptan las autoridades de Galilea, en el examen de esas ideas revolucionarias? – indagó el senador, con mayor interés.

- Aparecen ya los primeros indicios de reacción, por parte de los elementos más ligados a Antipas. Hace algunos días, cuando pasé por Tiberíades, noté que se formaban algunas corrientes de opinión, en el sentido de llevar el asunto a la consideración de las más altas autoridades.

- Bien se ve – exclamó el senador – que se trata de un simple hombre del pueblo, a quien el fanatismo de los templos judaicos hinchó de pruritos de reivindicaciones injustificables. Supongo que la autoridad administrativa nada tiene que recelar de semejante predicador, maestro de una humildad y fraternidad incompatibles con las conquistas contemporáneas. Por otro lado, al oír de tu boca la descripción de sus hechos, siento que ese hombre no puede ser una criatura tan vulgar, como venimos suponiendo.

- ¿Desearíais conocerlo de cerca? – preguntó Sulpicio, atento.

- De ningún modo – respondió Publio, alardeando superioridad. – Tal cometimiento de mi parte quebraría la compostura de los deberes que me competen como hombre de Estado, desmoralizándose mi autoridad, ante el pueblo. Además, considero que los sacerdotes y predicadores de Palestina deberían hacer pasantías de trabajo, y de estudio, en la sede del gobierno imperial, a fin de que se renueven de ese espíritu de profetismo que se observa aquí en todas partes. En contacto con el progreso de Roma habrían de reformar sus concepciones íntimas acerca de la vida, de la sociedad, de la religión y de la política.

Mientras los dos mantienen esa charla sobre la personalidad y las enseñanzas del maestro de Nazaret, penetremos en el interior de la casa.

En el cuarto de la enfermita, vamos a encontrar a Livia y a Ana limpiando las heridas que cubrían la epidermis de la pequeñita enferma, transfiguradas ahora en una sola úlcera generalizada.

Ana, corazón bondadoso y tierno, poco más vieja que su señora, se había transformado en compañera predilecta, en el círculo de sus quehaceres domésticos. En aquel desierto de corazones, era en aquella sierva, inteligente y afectuosa, que el alma sensible de Livia encontrara un oasis para las confidencias y luchas de cada día.

- ¡Ah! Señora – exclamaba la sierva, con sincero cariño que se revelaba de los ojos y de los gestos -, guardo en el corazón profunda fe en los milagros del Maestro, creyendo incluso que, si llevásemos a esta niña para recibir la bendición de sus manos, sanarían las llagas y ella resurgiría para su amor maternal... ¿Quién sabe?

- Desgraciadamente – respondió Livia, con ponderación y tristeza – yo no me atrevería a sugerir esa providencia, consciente de que Publio habría de rechazarla, dada nuestra posición social; pero, francamente, desearía ver a ese hombre caritativo y extraordinario del que siempre me hablas.

- aún el último sábado, señora – respondió la sierva, animada por las palabras de simpatía que acababa de oír -, el profeta de Nazaret recibió en los brazos a numerosos niños.

Al salir de la barca de Simón, nosotros lo esperábamos en masa, para beberle las enseñanzas consoladoras. Nos precipitamos a él, ansiosos todos de recibir al mismo tiempo los sagrados efluvios de su presencia confortalecedora, pero, ese día, muchas madres comparecieron a la prédica, conduciendo a los hijitos que se confundían en la algazara ensordecedora, como una bandada de pajaritos inconscientes. Simón, y algunos discípulos más, comenzaron a reprender severamente a los niños, a fin de que no perdiésemos el encanto suave y dulce de las palabras del Maestro. Pero, cuando menos lo esperábamos, sentóse Él en la piedra acostumbrada y exclamó con indecible ternura: - “Dejad venir a mí a los pequeños, porque el reino del cielo les pertenece”. Hubo, entonces, prodigioso silencio entre los oyentes de Cafarnaúm y los peregrinos que habían llegado de Corazim y de Magdala, mientras aquellos pequeños inquietos acudían a su regazo amoroso, besándole la túnica con indefinible alegría.

Muchos niños eran enfermos que las madres conducían a las prédicas del lago para que se curasen d heridas antiguas, o de dolencias consideradas incurables...

- Lo que me cuentas es de una belleza edificante – exclamó Livia, profundamente emocionada -; entre tanto, teniendo a la mano todos los recursos materiales, siento que no podré recibir los altos beneficios de tu Maestro.

- Es una pena, señora, porque muchas mujeres de posición lo acompañan en la ciudad. No somos solo los más humildes que comparecemos a sus prédicas; hay también numerosas señoras destacadas en Cafarnaúm, esposas de funcionarios de Herodes y de publicanos, que asisten a las lecciones cariñosas del lago, confundiéndose con los pobres y los esclavos. Y el profeta no desdeña a nadie. A todos invita para el reino de Dios y su justicia. Contrariamente a todos los enviados del cielo, que conocemos, él que se esquila de los favorecidos de la suerte, para mantener relaciones con las criaturas más infelices, considerando a todos como hermanos muy amados de su corazón...

Livia escuchaba la palabra de la sierva con atención y embebecimiento. La figura de aquel hombre, famoso y bueno, ejercía singular atracción en su espíritu.

Y, mientras sus grandes ojos expresaban el mayor interés por las narraciones encantadoras y simples de la sierva leal, no se daban cuenta que la enfermita las acompañaba con aguzada curiosidad, característica de las almas infantiles, no obstante la fiebre alta que lo devoraba el organismo.

En este instante, el senador, después de las despedidas de Sulpicio, busca el apartamento de la pequeña enferma, satisfaciendo su ansiedad paternal.

Ante él, se callan las dos mujeres, entregándose tan solo a los quehaceres que las retenían junto al lecho de la pequeñita, ahora gimiendo dolorosamente.

Publio Léntulus se recostó sobre el lecho de la hija, con los ojos rasos de llanto.

Jugó con sus manitas escuálidas y heridas, haciéndole gracias, con el corazón lleno de infinita amargura.

- Hijita, ¿Qué quieres hoy para dormir mejor? – preguntó con voz estrangulada, arrancando lágrimas de los ojos de Livia.

Compraré para ti muchos juguetes y muchas novedades... Dile a papá lo que deseas...

Copioso sudor empastaba las excrescencias ulcerosas de la enfermita, que dejaba traslucir angustiada ansiedad. Se le notaba el gran esfuerzo como si estuviese realizando lo imposible para responder a la pregunta paterna.

- Habla, hijita – murmuraba Publio, sofocado, observándole el deseo de expresar cualquier respuesta.

Buscaré todo lo que quieres... Mandaré a Roma un portador especialmente para traer todos tus juguetes...

Al cabo de visibles esfuerzos, pudo la pequeñita murmurar con la voz cansada y casi imperceptible:

- Papá... yo quiero... al profeta... de Nazaret...

El senador bajó los ojos, humillado y confundido en vista de lo imprevisto de aquella respuesta, mientras Livia y Ana, como si fuesen tocadas por una fuerza invisible y misteriosa, por lo inopinado de la escena, escondían el rostro inundado de llanto.

V

EL MESÍAS DE NAZARET

El día siguiente amaneció trayendo las más serias preocupaciones a Publio y a su familia.

Aún temprano, vamos a encontrarlo en íntimo coloquio con la esposa, que se le dirige en voz suplicante y afectuosa:

- Considero, querido, que debías atenuar un poco los rigores de la posición en que el destino nos colocó, procurando a ese hombre generoso, para beneficio de nuestra hija. Todos se refieren a sus acciones, extasiados por su bondad edificadora, y yo creo que su corazón se apiadará de nuestra desdichada situación.

El senador la oyó preocupado e incierto, exclamando al final:

- Pues bien, Livia; accederé a tus deseos, pero solo la angustia que nos va en el alma me hizo transigir, de manera tan ruda, con mis principios.

Sin embargo, no procederé, conforme sugieres. Iré solito a la ciudad, como si me encontrase en la hora de simple entretenimiento, pasando por el trecho del camino que nos conduce a las márgenes del lago, sin llegar al cúmulo de abordar personalmente al profeta, para no descender de mi dignidad social y política, y, en caso de sobrevenir alguna circunstancia favorable, le haré sentir el placer que nos causaría su visita, con el fin de reanimar a nuestra enfermita.

- ¡Muy bien! – dijo Livia, entre confortada y agradecida – guardo en el alma la más sincera y profunda fe. ¡Sí ve, querido!... Quedaré rogando la bendición de los cielos para nuestra iniciativa. ¡El profeta que ahora surge como verdadero médico de las almas, sabrá que detrás de tu posición de senador del Imperio, hay corazones que sufren y lloran!...

Publio notó que la esposa se exaltaba en sus consideraciones, dejándose conducir por lo que juzgaba un exceso de flaqueza y sentimentalismo; entretanto, nada le amonestó al respecto, en vista de las amarguras del momento, susceptibles de desvariar al cerebro más fuerte.

Dejó que las horas de mayor movimiento, del día transcurriesen con las claridades del poniente y, cuando el crepúsculo entornaba sus medias tintas en el paisaje maravilloso, salió, fingiendo distracción y esparcimiento, como si desease conocer de cerca la antigua fuente de la ciudad, motivo de atracción para todos los forasteros.

Después de haber recorrido unos trescientos metros de camino, encontró transeúntes y pescadores, que se recogían y lo encaraban con mal disfrazada curiosidad.

Una hora pasó sobre sus amargas cogitaciones íntimas.

Un velo inmenso de sombras invadía toda la región, llena de vitalidad y de perfumes.

¿Dónde estaría el profeta de Nazaret, en aquel instante? No sería una ilusión la historia de sus milagros y de su encantadora magia sobre las almas? ¿No sería un absurdo procurarlo a lo largo de los caminos, abstrayéndose de los imperativos de la jerarquía social? En todo caso, debería tratarse de un hombre simple e ignorante, dada su preferencia por Cafarnaúm y por los pescadores.

Dando curso a las ideas que le fluían de la mente incendiada y abatida, Publio Léntulus consideró difícilísima la hipótesis de su encuentro con el maestro de Nazaret.

¿Cómo se entenderían?

No le interesa el conocimiento minucioso de los dialectos del pueblo y, ciertamente, Jesús le hablaría en el arameo usado comúnmente, en las vertientes ribereñas del Tiberiades.

Profundas reflexiones se le volcaban del cerebro para el corazón, como las sombras del crepúsculo que precedían a la noche.

El cielo a aquella hora era de un azul maravilloso, mientras las claridades opalinas de la luna no habían esperado que se cerrase absolutamente el abanico inmenso de la noche.

El senador sintió el corazón perdido en un abismo de cogitaciones infinitas, oyéndole el palpar desacompasado en el pecho oprimido. Dolorosa emoción le compungía ahora las fibras más íntimas del espíritu. Apoyárase insensiblemente, en un banco de piedras adornado de silvas, y dejárase quedar allí, sondeando lo ilimitado del pensamiento.

Nunca había experimentado una sensación idéntica, sino en el sueño memorable relatado únicamente a Flaminio.

Recordábase de los menores hechos de su vida terrestre, creyendo haber abandonado, temporalmente, la cárcel del cuerpo material. Sentía profundo éxtasis, ante la Naturaleza y sus maravillas, sin saber como expresar la admiración y reconocimiento a los poderes celestiales, tal era la clausura en la que siempre mantuviera el corazón insumiso y orgulloso.

De las aguas mansas del lago de Genezaret le parecía que manaban suavísimos perfumes, casándose deliciosamente al aroma agreste del follaje.

Fue en ese instante que, con el espíritu como si estuviese bajo el imperio de extrañamiento y suave magnetismo, oyó pasos suaves de alguien que buscaba aquel sitio.

Ante sus ojos ansiosos, se detuvo una personalidad inconfundible y única. Se trataba de un hombre aún joven, que dejaba traslucir en los ojos, profundamente misericordiosos, una belleza suave e indefinible. Largos y sedosos cabellos le moldeaban el semblante compasivo, como si fuesen hilos castaños, levemente dorados por una luz desconocida. Sonrisa divina, revelando al mismo tiempo inmensa bondad y singular energía, irradiaba de su melancólica y majestuosa figura una fascinación irresistible.

Publio Léntulus no tuvo dificultad en identificar a aquella criatura impresionante, mas, en su corazón se agitaban ondas de sentimientos que, hasta entonces, le eran ignorados. Ni en su presentación a Tiberio, en las magnificencias de Capri, le había impreso tal emotividad al corazón. Lágrimas ardientes le rodaron de los ojos, que raras veces habían llorado y una fuerza misteriosa e invencible lo hizo arrodillarse en el césped, bañado por la claridad lunar. Deseó hablar, pero tenía el pecho sofocado y oprimido. Fue entonces, cuando, en un gesto de dulce y soberana bondad, el tierno Nazareno caminó hacia él, cual visión concreta de uno de los dioses de sus antiguas creencias, y, posando cariñosamente la diestra en su frente, exclamó en lenguaje encantador,

que Publio entendió perfectamente, como si oyese el idioma patricio, dándole la inolvidable impresión de que la palabra era de espíritu a espíritu, de corazón a corazón:

- Senador, ¿por qué me procuras? – y, explayando la mirada profunda en el paisaje, como si desease que su voz fuese oída por todos los hombres del planeta, remató con serena nobleza: - ¡Fuera mejor que me buscases públicamente en la hora más clara del día, para que pudieses adquirir, de una sola vez y para toda la vida, la lección sublime de la fe y de la humildad... Pero, yo no vine al mundo para derogar las leyes supremas de la Naturaleza y vengo al encuentro de tu corazón desfallecido!...

Publio Léntulus nada pudo expresar, aparte de sus copiosas lágrimas, pensando amargamente en la hijita; mas el profeta, como si prescindiese de sus palabras articuladas, continuó:

- Sí... no vengo a buscar al hombre de Estado, superficial y orgulloso, que solo los siglos de sufrimiento pueden encaminar al regazo de mi Padre; vengo a atender las súplicas de un corazón desdichado y oprimido y, aún así, mi amigo, no es tu sentimiento que salva a la hijita leprosa y desvalida por la ciencia del mundo, porque tienes aún la razón egoísta y humana; es, sí, la fe y el amor de tu esposa, porque la fe es divina... Basta un solo rayo de sus energías poderosas para que se pulvericen todos los monumentos de las vanidades de la Tierra...

Conmovero y magnetizado, el senador consideró, íntimamente, que su espíritu fluía en una atmósfera de sueño, tales eran las conmociones desconocidas e imprevistas que se le represaban en el corazón, queriendo creer que sus sentidos reales se hallaban trabados en un juego incomprensible de completa ilusión.

- No, mi amigo, no estás soñando.... – exclamó dulce y enérgico el Maestro, adivinándole los pensamientos. – Después de largos años de desvío del buen camino, por el sendero de los errores clamorosos, encuentras, hoy, un punto de referencia para la regeneración de toda tu vida.

Pero, está, en tu querer el aprovecharlo ahora, o de aquí a algunos milenios... Si el desdoblamiento de la vida humana está subordinado a las circunstancias, eres obligado a considerar que ellas existen en toda la Naturaleza, cumpliendo a las criaturas la obligación de ejercitar el poder de la

voluntad y del sentimiento, buscando aproximar sus destinos a las corrientes del bien y del amor a los semejantes.

Suena para tu espíritu, en este momento, un minuto glorioso, si consiguieres utilizar tu libertad para que sea él, en tu corazón, de ahora en adelante, un cántico de amor, de humildad y de la fe, en la hora indeterminada de la redención, dentro de la eternidad...

Mas, ¡nadie podrá actuar contra tu propia conciencia, si quisieres despreciar indefinidamente este minuto dichoso!

¡Pastor de las almas humanas, desde la formación de este planeta, hace muchos milenios, vengo procurando reunir a las ovejas perdidas, intentando traerles al corazón las alegrías eternas del reinado de Dios y de su justicia!...

Publio miró a aquel hombre extraordinario, cuya serenidad provocaba admiración y espanto.

¿Humildad? ¿qué credenciales le presentaba el profeta para hablarle así, a él, senador del Imperio, revestido de todos los poderes delante de un vasallo?

En un minuto, recordó la ciudad de los césares, cubierta de triunfos y glorias, cuyos monumentos y poderes creía, en aquel momento, fuesen inmortales.

- Todos los poderes de tu imperio son bien pequeños y todas sus riquezas bien miserables...

Las magnificencias, de los césares son ilusiones efímeras de un día, porque todos los sabios, como todos los guerreros, son llamados en el momento oportuno a los tribunales de la justicia de mi Padre que está en el Cielo. Un día, dejarán de existir sus águilas poderosas, bajo un puñado de cenizas misérrimas. Sus ciencias se transformarán al soplo de los esfuerzos de otros trabajadores, más dignos de progreso, sus leyes inicuas serán tragadas en el abismo tenebroso de estos siglos de impiedad, porque sólo una ley existe y sobrevivirá a los escombros de la inquietud del hombre – la ley del amor, instituida por mi Padre, desde el principio de la creación...

Ahora, vuelve al hogar, consciente de las responsabilidades de tu destino...

¡Si la fe instituyó en tu casa lo que consideras la alegría con el restablecimiento de tu hija, no te olvides que eso representa un agravio de deberes para tu corazón, ante nuestro Padre, Todopoderoso!

El senador quiso hablar, pero la voz se le tornara embargada de conmoción y de profundos sentimientos.

Deseó retirarse, pero, en ese momento, notó que el profeta de Nazaret se trasfiguraba con los ojos fijos en el cielo...

Aquél sitio debería ser un santuario de sus meditaciones y de sus plegarias, en el corazón perfumado de la Naturaleza, porque Publio adivinó que él oraba intensamente, observando que lágrimas copiosas le lavaban el rostro, bañado entonces por una claridad suave, evidenciando su belleza serena e indefinible melancolía.

En ese instante, suave adormecimiento paralizó las facultades de observación del patricio, que se aquietó aterrorizado.

Debían ser las veintiuna horas, cuando el senador sintió que despertaba.

Leve brisa le acariciaba los cabellos y la Luna entornaba sus rayos argentinos en el espejo cariñoso e inmenso de las aguas.

Guardando, en la memoria, los mínimos pormenores de aquel minuto inolvidable, Publio se sintió humillado y disminuido, en vista de la flaqueza de la que diera testimonio ante aquel hombre extraordinario.

Un torrente de ideas antagónicas se le represaba en el cerebro, acerca de sus amonestaciones y de aquellas palabras archivadas ahora para siempre en lo íntimo de su conciencia.

¿No poseía también Roma sus feticheros? Buscó rememorar todos los dramas misteriosos de la ciudad distante, con sus figuras impresionantes e incomprensibles.

¿No sería aquel hombre una copia fiel de los magos y adivinos que preocupaban igualmente a la sociedad romana?

¿Debería él, entonces, abandonar sus más queridas tradiciones de patria y familia para volverse un hombre humilde y hermano de todas las criaturas? Sonreía consigo mismo, en su presumida superioridad, examinando la inanidad de aquellas exhortaciones que consideraba despreciables. Entretanto, subíanle del corazón al cerebro otros llamados conmovedores. ¿No hablara el profeta de la oportunidad única y maravillosa? ¿No hablara el profeta de la oportunidad única y maravillosa? ¿No prometiera, con firmeza, la cura de la hijita debido a la ardiente de Livia?

Sumergido en esas reflexiones íntimas, abrió cautelosamente la puerta de la residencia, encaminándose ansioso al cuarto de la enferma y, ¡Oh! ¡suave milagro! La hijita reposaba en los brazos de Livia, con absoluta serenidad.

Sobrehumana y desconocida fuerza le mitigara los padecimientos atroces, porque sus ojos dejaban entrever una dulce satisfacción infantil, iluminándole el semblante risueño. Livia le contó, entonces, llena de júbilo maternal, que, en dado momento, la pequeñita dijera experimentar en la frente el contacto de unas manos cariñosas, sentándose enseguida en el lecho, como si una energía misteriosa le vitalizase el organismo de manera imprevista. Se alimentara, la fiebre había desaparecido contra todas las expectativas; ella ya mostraba actitudes de convaleciente charlando con la madrecita, con la gracia espontánea de su niñez.

Terminado el relato, la joven señora concluyó con entusiasmo:

- ¡Desde que saliste, yo y Ana oramos con fervor junto a nuestra enfermita, suplicando al profeta que atendiese a tu imploración, oyendo nuestros ruegos y, ahora, he aquí que nuestra hijita se restablece!... Querido, ¿Podrá, haber mayor felicidad que ésta?... ¡Ah! ¡Jesús debe ser un emisario directo de Júpiter, enviado a este mundo en gloriosa misión de amor y de alegría para todas las almas!...

Entretanto, Ana, que escuchaba conmovida, intervino en un gesto espontáneo e incoercible, oriundo de la grata satisfacción de aquel momento.

- ¡No, mi señora!... Jesús no viene de parte de Júpiter. Él es el Hijo de Dios, su Padre y nuestro Padre que está en los cielos, y cuyo corazón está siempre lleno de bondad y misericordia para todos los seres, conforme el Maestro nos enseña. Alabemos, pues, al Todo Poderoso, por la gracia recibida, agradeciendo a Jesús con una plegaria de humildad...

Publio Léntulus acompañó la escena, en silencio, íntimamente contrariado, por verificar la intimidad estrecha de su mujer con una simple sierva de la casa. Observó, con profundo desagrado, no solo la espontaneidad de la gratitud y el entusiasmo de Livia, como la intromisión de Ana en la conversación, lo que consideraba una osadía. En un momento, movilizó todas las reservas de su orgullo para restablecer la disciplina interna de su casa, y, tomando de nuevo el aspecto altivo de su expresión fisonómica, se dirigió secamente a la esposa.

- ¡Livia, se hace necesario que te cohíbas en estos arrebatamientos! Al final, no veo nada de extraordinario en lo que acaba de ocurrir. Nada ha faltado a nuestra enferma, en lo tocante al tratamiento y cuidados necesarios, y era lógico que esperásemos una reacción saludable del organismo, en vista de nuestra continuada asistencia.

En cuanto a ti, Ana – dijo, volviéndose con arrogancia hacia la sierva intimidada -, creo que está ya cumplida la misión que te hacía demorar en este cuarto, por cuanto, considerando la mejoría de la niña, no veo necesidad de tu permanencia junto a la patrona, que trajo de Roma las siervas de su servicio personal.

Ana miró compungidamente a la señora, que mostraba en el rostro las señales evidentes de su amargura por lo imprevisto de aquellas palabras intempestivas, y haciendo ligera y respetuosa medida, salió del aposento, donde había empleado las mejores energías de su fraternal abnegación.

- ¿Qué es esto, Publio? – preguntó Livia profundamente conmovida - ¿Justamente ahora, cuando deberíamos mostrar a la dedicada sierva la alegría de nuestro reconocimiento, procedes con semejante aspereza?

- Tus infantilidades me obligan a hacerlo. ¿Qué dirán de la matrona que se da con el alma abierta a sus esclavos más humildes? ¿Cómo se comportará tu corazón con estos excesos de confianza? Noto con disgusto que entre nosotros existen, ahora, profundas divergencias. ¿Por qué esa demasía de confianza en el profeta de Nazaret, cuando él no es superior a los magos y feticheros de Roma? Y, aparte de eso, ¿dónde colocas las tradiciones de nuestras divinidades familiares, sino sabes guardar la fe en torno al altar doméstico?

- no concuerdo contigo, querido, en estas ponderaciones. Tengo plena convicción de que nuestra Flavia fue sanada por ese hombre extraordinario... En el instante de su mejoría súbita, cuando ella nos hablaba de las manos sublimadas que la acariciaban, vi, con mis ojos, que el lecho de la enfermita estaba saturado de una luz diferente, como nunca había visto, hasta entonces...

- ¿Luz diferente? Seguramente desvariabas, después de tantas fatigas; o entonces estás contagiada de las alucinaciones de este pueblo de fanáticos, en cuyo seno tuvimos la poca suerte de caer...

- No, mi amigo, no se trata de desvarío. No obstante tus palabras, que reconozco partidas del corazón que más adoro y admiro en la Tierra, tengo la certeza de que el Maestro de Nazaret acaba de curar a nuestra hijita; y, en cuanto a Ana, querido, encuentro injusta tu actitud, además, en desacuerdo con tu proverbial generosidad con los siervos de nuestra casa. No podemos ni debemos olvidar que ella ha sido de una dedicación a toda prueba, junto a mí y a nuestra hija, en estos lugares apartados. Otras pueden ser sus creencias, pero presumo que su conducta honesta y santificante solo puede honrar el servicio de nuestra casa.

El senador consideró la elevación de los conceptos de la mujer, sintiéndose arrepentido de su acto de impulsividad, y capituló ante el buen sentido de aquellas palabras.

- Está bien, Livia, te aprecio la nobleza de corazón y estimaré la continuidad de Ana en tus servicios privados; pero, no transijo en el caso de la cura de nuestra hijita. No admito que se atribuya al mago de Nazaret el restablecimiento de la misma. En cuanto a los demás, deberás recordar siempre, que me complace saber que está reservada tu confianza e intimidad solo para mí. A siervos o desconocidos, no debe el patricio, y especialmente la matrona romana, abrir las puertas del corazón.

- Sabes cómo acato tus órdenes – le dijo la esposa, más confortada, dirigiéndole una mirada cariñosa y agradecida - ¡y te pido perdonarme si te ofendí el alma generosa y sensible!...

- No, querida mía, si existe aquí un problema de perdón, soy yo quien debe pedirlo, aunque no desconoces que esta región me atormenta y espanta. Me siento reconfortado, reconociendo la reacción benéfica de la naturaleza orgánica de nuestra hijita, porque esto significa nuestro regreso a Roma en breve tiempo. Esperaremos, apenas, algunos días más y mañana pediré a Sulpicio iniciar las providencias para nuestra vuelta.

Livia concordó con las observaciones del marido, acariciando a la hijita reanimada y rehecha del abatimiento profundo que la postrara por espacio de muchos días. Íntimamente, agradecía, satisfecha, a Jesús, pues hablábale el corazón que el acontecimiento era una bendición que el Padre de los Cielos le enviara al espíritu maternal, a través de las manos caritativas y santas del Maestro.

Sin embargo, Publio obedeciendo al impulso de sus vanidades personales, no deseaba recordar la figura extraordinaria que tuviera ante los ojos deslumbrados. Edificaba castillos de teorías en su imaginación súper excitada, para alejar la interferencia directa de aquel hombre en el caso de la cura de la hijita, respondiendo, así, a las objeciones de su propio espíritu observador y analista meticulado.

No podía olvidar que el profeta lo envolviera en fuerzas ignoradas, enmudeciéndole la voz y haciéndolo arrodillarse, doliéndole a su orgullo despótico esa circunstancia, considerada como dolorosa humillación.

Ideas martirizantes le poblaban el cerebro exhausto de tantas luchas interiores y, después de una invocación a los genios protectores de la familia, en el altar doméstico, buscó reposar de las amargas fatigas íntimas.

Empero, aquella noche, su alma experimentaba las mismas recordaciones de la existencia anterior, en las alas embaladoras del sueño.

Vióse vestido con las mismas insignias de Cónsul al tiempo de Cicerón, volvió a ver las atrocidades practicadas por Publio Léntulus Sura, su expulsión del Consulado, las reuniones secretas de Lucio Sergius Catilina, las perversidades revolucionarias, sintiéndose de nuevo llevado a la presencia de aquel mismo tribunal de jueces austeros y venerados, que en el sueño anterior le habían notificado su renacimiento en la Tierra, en una época de grandes claridades espirituales.

Ante aquellos magistrados venerables, ostentando togas albas de nieve, experimentó amarga sensación de angustia, batiéndole desacompasadamente el corazón.

El mismo juez respetable se levantó, en el ambiente sublimado de luces espirituales, exclamando:

- Publio Léntulus ¿por qué despreciaste el minuto glorioso, con el cual podrías haber comprado la hora interminable y radiante de tu redención en la eternidad?

¡Estuviste, esta noche, entre dos caminos – el del siervo de Jesús y el del siervo del mundo. En el primero, el yugo sería suave y el fardo leve; pero escogiste el segundo, en el cual no existe amor suficiente para lavar toda la iniquidad... Prepárate, pues, para trillararlo con valor, porque preferiste el camino más escabroso, en el cual faltan las flores de la humildad, para atenuar el rigor de las espinas venenosas!...

Sufrirás mucho, porque en esa senda el yugo es inflexible y el fardo pesadísimo; pero actuaste con libertad de conciencia, en el juego amplio de las circunstancias de tu vida... Conducido a una oportunidad maravillosa, perseveraste en el propósito de recorrer la vía amarga y dolorosa de las pruebas más ríspidas y más agudas.

¡No te condenamos, para lamentar solamente el endurecimiento de tu espíritu frente a la verdad y la luz! ¡Robustece todas las fibras de tu “yo”, pues enorme ha de ser de ahora en adelante tu lucha!...

Oía, atento, aquellas exhortaciones conmovedoras, pero, en ese instante, despertó para las sensaciones de la vida material, experimentando singular abatimiento psíquico, a la par de tristeza indefinible.

Temprano aún, su atención fue reclamada por Livia, que le presentaba a la pequeña Flavia, convaleciente y feliz. La epidermis como si se alisara, sometida a un proceso terapéutico desconocido y maravilloso, desapareciendo los tonos violáceos que anteriormente precedían las rosas de llaga viva.

El senador recuperó parte de su serenidad íntima, al verificar las mejorías positivas de la hijita, que apretó amorosamente en un abrazo, exclamando más tranquilo:

- Livia, es verdad que ayer, en la noche, estuve con el llamado de Nazaret, pero con la lógica de mi educación y de mis conocimientos, no puedo admitir que sea él, el autor del restablecimiento de nuestra hija.

Y, en seguida, pasó a relatar de modo superficial los acontecimientos que ya conocemos, pero si referir los pormenores que más lo impresionaron.

Livia oyó atentamente la narrativa, pero, notándole las íntimas disposiciones para con el profeta, que ella consideraba una criatura superior y venerable, no quiso exteriorizar su pensamiento en torno al asunto, recelosa de un roce de opiniones, inoportuno e injustificable. En su corazón agradecía a aquel Jesús cariñoso y compasivo, que le atendiera a las angustiosas súplicas maternas y, en lo íntimo del alma, acariciaba la esperanza de besarle la fimbria de la túnica con humildad, en testimonio de su sincero reconocimiento, antes de regresar a Roma.

Transcurridos cuatro días, la enferma presentaba evidentes señales de seguro restablecimiento físico, dando motivo al más amplio júbilo de todos los corazones.

En radiante mañana, vamos a encontrar a la joven Livia arrullando al hijito, que pronto completaría un año, e instruyendo a la criada de nombre Sémele, de origen judío, designaba para velar por el niño, tal era el interés que demostraba por el pequeñito Marcus, desde el instante de su admisión al servicio. En dado momento, exclama la sierva, señalando para el largo camino empedrado:

- Señora, allá vienen dos caballeros desconocidos, a todo galope.

Oyéndole la observación, Livia pudo verlos, igualmente, a lo largo de la senda amplia, y después se fue para el interior, a fin de prevenir al marido.

Efectivamente, en algunos minutos llegaban a la puerta dos caballos sudorosos y jadeantes. Un hombre trajeado a la romana, en compañía de un guía judío, se apeaba rápido y bien dispuesto.

Tratábase de Quirilius, liberto de confianza de Flaminio Severus, que venía, en nombre del patrón, a traer a Publio y familia algunas noticias y numerosos regalos.

Esa sorpresa amable llenó el día de gratas recordaciones y saludables placeres, motivando horas de las más inefables alegrías. El noble patricio no olvidara a los amigos distantes, y entre las noticias reconfortales y la considerable remesa de dinero, vinieron dulces recuerdos de Calpurnia, dirigidos a Livia y a los dos hijitos.

Aquel día, Publio Léntulus se ocupó tan solo de llenar numerosos rollos de pergamino, para mandar al compañero de lucha minuciosas noticias de todas las ocurrencias. Entre ellas estaba la buena nueva del restablecimiento de la hijita, atribuido al clima adorable de Galilea. Mas, como poseía en aquel valeroso descendiente de los Severus un alma de hermano dedicado y fiel, a cuyo corazón jamás dejara de confiar las más recónditas emociones de su espíritu, le escribió larga carta, en suplemento con vistas al Senado Romano, sobre la personalidad de Jesucristo, encarándola serenamente, bajo el estricto punto de vista humano, sin ningún arrebatamiento sentimental. Y, por fin, Publio y Livia enunciaban alegremente a sus amigos distantes que retornarían a Roma posiblemente dentro de un mes, dado el perfecto restablecimiento de la pequeña Flavia.

Terminado el largo expediente, ya era tarde; pero, en ese mismo día, al caer de la noche, cuando los dos esposos se entretenían en el triclinio relejendo las dulces palabras de los queridos ausentes, tejiendo las esperanzas risueñas del breve regreso, he aquí que Sulpicio se hace anunciar en compañía de un mensajero de Pilatos.

Atendiéndole en su oficina particular, el senador de Judea os participa haber llegado a su residencia de los alrededores de Nazaret, donde espera el grato placer de vuestras órdenes y noticias.

- Ilustrísimo, el señor gobernador de Judea os participa haber llegado a su residencia de los alrededores de Nazaret, donde espera el grato placer de vuestras órdenes y noticias.

- ¡Agradecido! – replicó Publio, de buen humor, agregando: - ¡Aunque el Señor procurador no está distante, ocasionalmente me queda poco tiempo en Jerusalén debido a mi regreso a Roma en pocos días!...

Algunas expresiones protocolares fueron intercambiadas, pero Publio Léntulus no observó la actitud de Sulpicio, que le dirigía significativas miradas.

VI

EL RAPTO

En los tiempos de Cristo, Galilea era un vasto granero que abastecía a casi toda Palestina.

En esa época, el hermoso lago de Genezaret, no presentaba un nivel tan bajo, como en la actualidad. Todo el terreno circunvecino era de regadío, en vista de las numerosas fuentes, de los canales y del servicio de las norias que elevaban las aguas, dando origen a una vegetación lujuriente que adornaba de frutos y henchía de perfumes aquellos paisajes paradisíacos.

El trigo, la cebada, las calabazas, las lentejas, los higos y las uvas eran elementos de siembra y cosecha en todo el año, dando a la vida satisfacción y abundancia. En las colinas, mezclándose a los extensos viñedos y olivares, se elevaban palmeras y dátiles preciosos, cuyos frutos eran los más ricos de Palestina.

En Cafarnaúm, aparte de esas riquezas, prosperaba la industria de la pesca, dada la abundancia de peces en el entonces llamado “Mar de Galilea”, lo que resumía una vida simple y tranquila. Entre todos los otros pueblos de los centros galileos, el de Cafarnaúm se distinguía por su belleza espiritual, sencilla y sin pretensiones. Concienzudo y creyente, aceptada la Ley de Moisés, pero estaba muy lejos de las manifestaciones hipócritas del fariseísmo de Jerusalén. Fue en virtud de esa simplicidad natural, y de esa fe espontánea y

sincera, que el paisaje de Cafarnaúm sirvió de palco a las primeras lecciones inolvidables e inmortales del Cristianismo, en su primitiva pureza. Allí encontró Jesús el cariño de corazones consagrados y valerosos, y fue allí que el mundo espiritual encontró los mejores elementos para la formación de la escuela inolvidable, donde el Divino Maestro ejemplificaría sus enseñanzas.

En todas las ciudades de la región habían sinagogas, para que las lecciones de la Ley fuesen dadas los sábados, día en que todos los individuos deberían dedicar exclusivamente al descanso del cuerpo y a las actividades del espíritu. En esas pequeñas sinagogas, se daba la palabra a cuantos desearan usarla, pero Jesús prefería el templo suave de la Naturaleza para la difusión de sus enseñanzas.

Todas las clases humildes asistían a sus prédicas al aire libre, cuya extraordinaria belleza seducía a los corazones más empedernidos.

Una antigua costumbre, entre los señores, determinaba el reposo de los siervos en el día consagrado a los estudios de la Ley, e incluso los romanos procuraban cultivar aquellas tradiciones regionales, buscando la simpatía del pueblo conquistado.

En esa época, era grande la afluencia de esclavos a las prédicas consoladoras del Mesías de Nazaret.

Una semana había transcurrido después de recibir las noticias de Roma y, en ese sábado, a las primeras horas de la tarde, vamos a encontrar a Livia y Ana en conversación íntima y cariñosa.

- Sí – decía la joven patricia a la sierva, que se encontraba en traje de salir -, ¡si te fuere posible, hoy, agradecerás de viva voz al profeta, en mi nombre, ya que me siento tan feliz, gracias a su infinita bondad. Y dile que, si pudiere, en las vísperas de partir para Roma, procuraré conocerlo, a fin de besarle las manos generosas, en testimonio de mi reconocimiento!...

- No olvidaré vuestras órdenes y espero que podáis ir hasta la casa de Simón para visitarlo, antes de retiraros de estos lugares... Aún hoy – prosiguió en tono confidencial – debo encontrar, en la ciudad, al viejo tío Simón, que vino de Samaria especialmente para recibir su bendición y sus enseñanzas. No sé si la señora sabe que, entre los samaritanos y los galileos, hay contiendas muy antiguas; pero, el Maestro, muchas veces, en sus lecciones de amor y fraternidad, ha alabado a los primeros por su caridad leal y sincera. Numerosos milagros ya fueron efectuados por él, en Samaria, y mi tío es uno de esos beneficiados que hoy vendrá a recibir la bendición de sus manos consoladoras!...

Una dulce y conmovedora fe ungía el alma de aquella mujer del pueblo, intensificando en Livia el deseo de conocer aquel hombre extraordinario que sabía iluminar, con sus gracias, los corazones más ignorantes y más sencillos.

- Ana, espera un poco – le dijo, sensibilizada, dirigiéndose a sus aposentos. Y volviendo con la fisonomía radiante, satisfecha por comenzar allí mismo su confraternidad cristiana, dio a la empleada algunas monedas, exclamando con la mayor alegría:

- Lleva este dinero al tío Simón, en mi nombre... ¡Él vino de lejos para ver al Mesías y tiene necesidad de recursos!

Ana recibió el numerario, que era de algunos denarios, agradeció, radiante, aquella dádiva considerada como una verdadera fortuna y, en algunos minutos más, con Sémele y otras compañeras, se dirigió por el camino de Cafarnaúm en demanda del lago, donde aguardarían la caída de la tarde, cuando la barca de Simón Barjona trajese al Mesías para las prédicas acostumbradas.

En la ciudad, su primer cuidado fue correr a una choza pobre y antigua, donde el viejo Simón la estrechó cariñosamente en los brazos, llorando de alegría. Gran júbilo alborozó enseguida a aquellos corazones abandonados por la suerte, en vista de la generosa oferta de Livia, la cual significaba para ellos un pequeño tesoro.

Dejando a las compañeras en el sitio de costumbre, en virtud de aquella circunstancia, Ana no pudo observar que, inmediatamente después de su ausencia, Sémele se retiró apresuradamente en demanda de una casa oculta entre numerosos olivos, al final de una callejuela casi abandonada por completo.

Algunos golpes en la puerta y una señora de buena apariencia vino a atenderla, solícita.

- ¿Llegó nuestro amigo? – preguntó la empleada, fingiendo despreocupación.

- Sí, el señor André está aquí, desde ayer, a su espera. Haga el favor de aguardar un poco.

En algunos minutos, un personaje de nuestro conocimiento venía a encontrarse con Sémele, en uno de los ángulos de la sala, abrazándola con efusión, como si fuese una persona de su profunda estima.

Era André de Gioras, que venía a Cafarnaúm para el golpe de represalia, favorecido por una aliada que su sed de venganza consiguiera colocar, en Jerusalén, en la casa de Publio Léntulus, a través de una sagacidad cruel.

Después de una larga charla en voz muy baja, oigamos a la sierva del senador, que le habla en estos términos:

- ¡No hay duda... Ya conseguí captar toda la confianza de los patrones y la simpatía del pequeño. Puede, pues, quedar tranquilo, porque el momento es oportuno, visto que el senador pretende volver para Roma en pocos días!

- ¡Infame! – exclamó André, lleno de cólera – entonces, ¿ya piensa, en el regreso? ¡Muy bien!... ¡Aquel maldito romano consiguió esclavizar para siempre a mi pobre hijo, desatendiendo a mis súplicas paternas, pero ha de pagar muy caro su osadía de conquistador, porque su hijo ha de ser un siervo de mi casa! ¡Un día, le he de mostrar mi venganza, probándole que yo también soy un hombre!...

Estas palabras las decía él entredientes, con la voz triste, con los ojos fijos y brillantes, como si apostrofase a seres invisibles.

- ¿Entonces, todo listo? – preguntó a Sémele, denunciando una resolución definitiva.

- Perfectamente – respondió la sierva, con la mayor serenidad.

- Pues bien; de hoy a tres días iré hasta allá, a caballo, en las primeras horas de la madrugada.

Y entregándole un frasco minúsculo, que ella ocultó cuidadosamente en sus propias vestiduras, continuó con la voz sofocada:

- Bastan veinte gotas para que el niño adormezca y no despierte sino después de doce horas... Cuando sea medianoche, aplíquele al brebaje un poco de agua levemente mezclada de vino suave y espere mi señal. Estaré en las proximidades de la casa, que desde ayer conocí, aguardando la preciosa carga. Abrigaré usted al niño adormecido, de tal manera que el volumen no denuncie el contenido, visto desde alguna distancia, y, como en asuntos de esa naturaleza se ha de contar con la posibilidad del testimonio de ojos extraños, iré vestido a la romana, esperando que usted consiga vestir una de las túnicas de la patrona, para evitar que la culpa de ese rapto vaya a recaer sobre alguien de nuestra raza, en caso que surja algún testigo inoportuno e imprevisto... Dada la señal de mi presencia, en el camino que va al margen del pomar, usted vendrá hacia mí, entregándome el precioso fardo.

Y, con los ojos perdidos en la visión anticipada de su venganza, André de Gioras exclamó, cerrando los puños:

- ¡Si los malditos romanos nos esclavizan los hijos, sin piedad, podemos también esclavizar a sus desgraciados descendientes!... Los hombres nacieron con iguales derechos en este mundo...

Oyéndole las palabras, atentamente, objetó Sémele, algo amedrentada:

- ¿Pero, y yo? ¿No acompañaré al pequeñito Marcus en la misma noche?

- Sería una gran imprudencia. Usted deberá quedarse en Cafarnaúm todo el tiempo necesario, hasta que se pierdan todas las pistas del futuro senador, que no pasará, por lo demás, de futuro esclavo. Su fuga sería un indicio seguro, ahora o más tarde, y nosotros necesitamos obstruir ese camino seguro.

Como sabe, tengo parientes afortunados en Judea, y no es de más esperar que un golpe de la suerte me conceda el lugar preeminente a que aspiro, en el templo de Jerusalén. Por lo tanto, no podemos mantener complicaciones con la justicia, pudiendo usted quedar tranquila, pues, más tarde, su esfuerzo de hoy será ampliamente recompensado.

La sierva suspiró resignada, accediendo a todas las sugerencias de aquel espíritu vengativo.

En algunas horas más, al caer de la noche, volvían a la heredad los siervos de Publio, en conversación animada y alegre, comentando los pequeños incidentes y preocupaciones del día.

Sémele no parecía preocupada, porque, hacía mucho tiempo, que venía siendo instruida pacientemente por André, para colaborar decididamente en aquel plan de venganza. Numerosos lazos le ligaban a la familia de Gioras, y, cooperando en aquella trama siniestra a favor de la venganza, no hacía, más, según suponía, que rescatar numerosas deudas de orden material.

Al final, pensaba para sí, liquidando el caso del pequeñito, regresaría a Jerusalén cuando le placiese, consciente de haber cumplido un deber, obedeciendo a las tremendas exigencias de André.

Al día siguiente, calculó todas las posibilidades de éxito del cometimiento, y, en la fecha convenida, tomó todas las providencias necesarias.

La obtención de una túnica del uso particular de Livia no le era difícil. La señora las poseía en gran cantidad y, casi a diario, Ana se incumbía de preparar las que se encontraban fuera de sus apartamentos privados, para el necesario servicio de higiene; y fue así que, burlando la dedicación y vigilancia de la colega, consiguió Semele una túnica elegante y discreta, de la señora, para observar, integralmente, las advertencias de aquél que se hiciera su cómplice.

En casa, nunca el senador y su mujer habían vivido momentos de tanta paz y de tantas esperanzas, desde que llegaron a Palestina. La cura de la hija era la dulce felicidad de cada instante, aguardando los más cariñosos planes de ventura para los días del porvenir.

Livia ya organizaba todos sus pertrechos de viaje, considerando que, en pocos días, estarían en el antiguo puerto de Jope, de regreso a la metrópolis querida.

Una serenidad, que parecía imperturbable, descansaba ahora sobre el matrimonio, haciéndole los corazones tranquilos y dichosos.

Publio había olvidado las advertencias del sueño, que consideraba tan solo como resultado de su conversación impresionante con el profeta de Nazaret, y el corazón se le serenó ponderando el valor de los poderes humanos, dentro de la vanidad orgullosa que le ocultaba todas las preocupaciones de orden espiritual. Un solo pensamiento le dominaba el corazón – volver a Roma, dentro de pocos días.

Sin embargo, en esa noche, iban a desmoronarse todas sus esperanzas y a modificarse, para siempre, las líneas de su destino en la Tierra.

Quién conociese la trama urdida en la sombra por el espíritu vengativo de André, después de la media noche podría oír un largo silbido que se repitió tres veces, en el sombrío silencio de la arboleda.

Un hombre trajeado a la romana se apareara del fogoso corcel, a algunos metros de la casa, en el largo camino que separaba la vegetación del campo de los árboles fructíferos. Enseguida, una puerta se abrió furtivamente y una mujer vestida a la moda patricia vino a encontrarse con el caballero que la esperaba ansioso, poniéndole en las manos, con el máximo cuidado, un envoltorio voluminoso.

- Semele – exclamó él bajito - ¡ésta hora es decisiva en nuestros destinos!

La sierva de Léntulus nada pudo responder, sintiendo el pecho oprimido.

En ese instante, los actores de la escena no observaron la aproximación de un hombre que se parara, a algunos pasos de distancia, en la espesura de los ramajes sombríos.

- Ahora – volvió a decir el caballero, antes de partir en desaforada carrera - ¡no se olvide que el silencio es oro y que, si algún día usted fuere ingrata, puede pagar con la vida el descubrimiento de nuestro secreto!...

Dicho esto, André de Gioras partió precipitadamente, a largo trote, por los caminos ensombrecidos, llevando consigo el fardo para él tan precioso.

La sierva aún lo acompañó con la mirada por algunos instantes, entre asustada y compungida, recogándose a pasos tambaleantes.

Ambos no sabían que los ojos de un calumniador son peores que los brazos de un ladrón y que esos ojos los espiaban en la soledad de la noche.

Era Sulpicio que, por coincidencia, se recogía tarde aquella noche, sorprendiendo la escena pálidamente iluminada por los rayos de la Luna.

Observando, de lejos, que un hombre y una mujer, vestidos a la romana, se encontraban en el camino a una hora tan inapropiada, amortiguó los pasos de felino, entre los árboles, con el fin de identificarlos más de cerca.

Pero, la escena pasó, muy rápida, llegándole tan solo a los oídos las últimas palabras “nuestro secreto”, proferidas por André, en su promesa odiosa y amenazadora.

Enseguida, observó que la mujer, con la retirada del caballero, regresaba al interior a pasos vacilantes, como si estuviese presa de incoercible abatimiento. Apresuró entonces los pasos para sorprenderla, observando la figura a pocos metros de distancia. Pero, no se atrevió a aproximarse, identificando apenas las características de la vestimenta, a la luz débil de la noche. Aquella túnica le era conocida. Aquella mujer, a su ver, era Livia, la única que podría vestir de tal modo, en aquellos parajes.

En un instante, sus ideas rápidas de hombre experimentado en las peores acciones del mundo, asociaron hechos, personalidades y cosas. Recordó, en sus íntimos pormenores, la escena que tuviera la ocasión de presenciar en el jardín de Pilatos, creyendo que la esposa de Publio se hiciera amante del gobernador,

cuyo corazón ella avasallara en pocos minutos, en virtud de su peregrina belleza; recordó, por último, la estadía del procurador de Judea, en Nazaret, concluyó, monologando:

- Un gobernador, en su alta posición, no dejará, por eso de ser un hombre, y un hombre es muy capaz de cubrir toda la noche, en una buena cabalgadura, una distancia como la que va de Cafarnaúm a Nazaret, para encontrarse con la mujer amada... ¡Vaya! ¡Vaya!... tendremos que proseguir ahora, observando a esta pareja de apasionados... El único acontecimiento extrañable es la facilidad con la que esa mujer, aparentemente tan austera, se dejó dominar de esa manera. ¡Pero, como tengo mis intereses con Fulvia, vamos a examinar el mejor modo de poner al tanto a ese pobre hombre que, siendo senador, tan joven y tan rico, es un marido tan desventurado!...

Y después de monologar así cautelosamente, Sulpicio se recogió íntimamente satisfecho, por verse dueño de la situación gozando por anticipado el instante en el que haría a Publio conocedor de su secreto, a fin de exigir más tarde, en Jerusalén, el precio de ignominioso de su perversidad, según las promesas de Fulvia.

El día inmediato constituyó dolorosa sorpresa para el senador y su esposa, aturdidos con el inopinado acontecimiento.

Nadie conocía las circunstancias en las que se verificara el rapto del niño, en el silencio de la noche.

Como loco, Publio Léntulus tomó todas las medidas posibles junto a las autoridades de Cafarnaúm, sin lograr ningún resultado favorable. Numerosos siervos de su confianza fueron expedidos a fin de buscar en los alrededores, sin resultados positivos, y, mientras el marido se multiplicaba en órdenes y providencias, Livia se recogía en el lecho, presa de indefinible angustia.

Sémele, que fingía la más profunda consternación, auxiliaba los desvelos de Ana, junto a la señora, sucumbida de dolor.

Aquella misma tarde, Publio ordenó a Comenio, entonces con las honras de capataz de todos los trabajos de las heredades, la reunión general de los siervos de la casa, a fin de que aprendiesen en el castigo severo, infligido a los esclavos incumbidos del servicio nocturno de vigilancia, y, durante todas las horas del crepúsculo, trabajó el azote en la carne de tres hombres robustos, que en balde imploraban clemencia y misericordia, protestando su inocencia.

Solamente delante de aquellas criaturas injustamente castigadas, consideró a Sémele la extensión de su procedimiento, pero, íntimamente asustada con las consecuencias que pudiesen devenir del delito, cobró ánimo para ocultar, aún más, la culpa y el terrible secreto.

Proseguían las acciones punitivas, hasta que Livia, atormentada por aquellos gritos lancinantes y conmovedores, se levantó con extrema dificultad y, llamando al esposo a un rincón de la barandilla, de donde él asistía impasible al horrible sacrificio de aquellas miserables criaturas, le habló suplicante:

- ¡Publio, basta de castigo para esos hombres débiles e infelices!... ¿No sería un exceso de rigor de nuestra parte para con nuestros siervos a causa de tan dolorosa punición de los dioses para nosotros? ¿Esos esclavos no son también hijos de personas que mucho los amaron en este mundo? En mi angustia maternal, considero que aún poseemos derechos y recursos para mantener junto a nosotros a los hijitos idolatrados; pero, como será torturante el martirio de la madre de un desventurado, que se ve arrebatado de sus brazos cariñosos para ser vendido por innobles mercaderes de conciencias humanas!...

-Livia, el sufrimiento te sugirió singulares desvaríos del corazón – exclamó el senador, con serena energía.

¿Cómo podrías pensar en una igualdad absurda de derechos, entre la ciudadana romana y la sierva miserable? ¿No ves que entre tú y la madre de un cautivo existen considerables diferencias de sentimiento?

- Pienso que te engañas – contestó la esposa, con intraducible amargura -, porque incluso los animales poseen los más elevados instintos, tratándose de la maternidad...

Y aún así, querido, inclusive, si yo no tuviese ninguna razón, manda el raciocinio que examinemos nuestra posición de padres, para considerar que nadie, más que nosotros mismos, es pasible de culpa por lo acontecido, visto que los hijos son un depósito sagrado de los dioses, que nos los confían al corazón, imponiéndonos como deber de cada minuto la multiplicación del cariño y vigilancia necesaria; si sufro amargamente, es por considerar el amor sublime que nos une a los hijos, sin poder atinar con la causa de este crimen misterioso, sin poder imputar a nuestros siervos la culpa de ese tenebroso acontecimiento...

Pero, la voz de Livia, se extinguía rápidamente. Un delirio fue el resultado de sus palabras vehemente, al finalizar aquel día de tantas y tan amargas emociones. Amparada por las manos cariñosas y desveladas de Ana, la pobre señora se recogió al lecho con fiebre alta. En cuanto a Publio, éste, como sentía que las verdades amargas de la mujer le dolían profundamente en el corazón, mandó a cesar inmediatamente el castigo, con el alivio general, recogiendo al gabinete para meditar la situación.

Aquella misma noche, recibió la visita de Sulpicio, que le vino a traer el infructífero resultado de sus indagaciones, en la pista del pequeño Marcus.

Al despedirse, exclamó al lictor, con gran sorpresa de Publio, que le observaba el tono enigmático de las palabras:

- Senador, yo no puedo descifrar ese doloroso enigma de la desaparición de vuestro hijito, pero tal vez pueda orientaros en alguna pista segura, con mis observaciones personales, relativas al asunto.

- Pero, si tienes semejantes elementos, ábrete sin recelos – exclamó Publio, con el máximo interés.

- Mis elementos de observación no son puntos de aclaración positiva, y, como existen algunos remedios que en vez de curar una herida producen otras úlceras incurables, creo mejor aplazar para mañana a la noche mis impresiones individuales sobre los hechos.

Gozando con la actitud de estupefacción del interlocutor, profundamente impresionado con sus insinuaciones criminales, Sulpicio remató las despedidas, agregando intencionalmente:

- Mañana estaré aquí a estas mismas horas y, si hoy no os satisfago el deseo, permaneciendo aquí hasta más tarde, es que me esperan algunos quehaceres en mi gabinete de trabajo, en vista de algunos pedidos de informaciones de nuestras autoridades administrativas.

Dominado por las expresiones de aquel enigma, Publio Léntulus le presentó las despedidas de la noche, teniendo fuerzas para murmurar:

- Entonces, hasta mañana. Esperaré el cumplimiento de tu promesa, para que se me alivien los recelos del corazón.

Quedando a solas, el senador se sumergió en el mar profundo de sus inquietudes y recelos.

Justamente cuando contaba regresar a Roma, he aquí que surge lo inesperado, con peores características que la misma molestia de la hija, soportada tantos años con serenidad y resignación, porque, ahora, era el rapto inexplicable de un niño, envolviendo serias cuestiones de la moralidad de su casa, y la propia honra de la familia.

Íntimamente, se sentía como un hombre sin enemigos en Palestina, por cuanto, con excepción del joven Saúl, hijo de André, que, a su ver, debería estar tranquilo en el hogar paterno, nunca había humillado los bríos de ningún israelita, visto que a todos dispensaba el máximo de su atención personal.

¿Dónde estaba la causa de aquel crimen misterioso?

En sus reminiscencias, afloró la palabra segura de Flaminio Severus, cuando le aconsejó mucha prudencia y valor individual, en Palestina, en razón de ciertos malhechores que infestaban la región; pero, por otro lado, recordaba el sueño simbólico y, con los ojos de la imaginación, parecía percibir la figura venerada de aquel juez austero e incorruptible, que le había profetizado una existencia fértil de amargas, dando su desprecio e indiferencia por las verdades salvadoras de Jesús de Nazaret.

Consumido por el dolor de angustiosos pensamientos, se recostó en la mesa de trabajo y dejó que el orgullo herido llorase copiosamente, considerando su impotencia para conjurar las fuerzas ocultas e impiadosas que conspiraban contra su ventura, en los caminos ensombrecidos de su doloroso destino.

Tarde ya, procuró desahogar el corazón, junto a la cariñosa solicitud de la esposa, intercambiando ambos sus lamentaciones y sus lágrimas.

- Publio – exclamaba ella, con la ternura característica de su corazón -, ¡procuremos reanimar nuestras energías a favor de nosotros mismos!... ¡No todo está perdido!... Con los derechos que nos competen, podemos determinar todas las providencias necesarias, en busca de nuestro angelito. Aplazaremos el regreso a Roma, indefinidamente, si tanto fuere necesario, y el resto lo harán los dioses por nosotros, reconociendo nuestra angustia y abnegación.

Lo que no es justo es que nos entreguemos, irremediabilmente, a nuestra desesperación, inutilizando las postreras fuerzas para la lucha.

La pobre señora movilizaba los últimos recursos de sus energías maternas para proferir aquellas palabras de esperanza y consolución. Sabía Dios, de sus inenarrables torturas íntimas, en aquellos momentos angustiosos, y solo su sentimiento acrisolado, de renuncia y de amor, transformaría en fuerzas las fragilidades e la mujer, para poder confortar el corazón angustiado del esposo, en tan penosas coyunturas.

- Sí, querida mía, haré todo lo que estuviera a mi alcance para esperar la providencia de los dioses – dijo el senador, más o menos reanimado en vista del valor del cual ella daba testimonio.

El día siguiente transcurrió en las mismas expectativas angustiosas, con los mismos movimientos inciertos de búsquedas infructíferas.

A la noche, según prometiera, allá estaba Sulpicio Tarquinius esperando su momento decisivo.

Después de la cena, a la que Livia no pudo comparecer, en virtud de su profundo abatimiento físico. Publio recibió al lictor con toda la intimidad, allí mismo en el triclinio, en cuyos lechos suaves ambos se estiraron para la conversación de costumbre.

- Entonces, ayer – exclamó el senador, dirigiéndose al supuesto amigo -, despertaste mi paternal interés, hablándome de tus observaciones personales, que solamente hoy me podrías transmitir...

- ¡Ah! Sí – contestó el lictor, con fingida sorpresa -, es verdad que desearía solicitar vuestra atención para las ocurrencias misteriosas de estos últimos días. ¿Tenéis algún enemigo, aquí en Palestina, interesado en la continuidad de vuestra permanencia en regiones poco adaptables a los hábitos de un patricio romano?

- De modo alguno – replicó el senador, eminentemente sorprendido – Supongo estar en un ambiente de amistades sinceras, en lo que respecta a nuestras autoridades administrativas, y creo que nadie se haya interesado de mi ausencia de Roma. Quedaría muy satisfecho si esclarecieses mejor tus observaciones.

- Es que en Judea, hace algunos años, hubo un caso idéntico al vuestro.

Cuéntase que uno de los antecesores del gobernador actual se dejó apasionar perdidamente por la esposa de un patricio romano, que tuvo la poca suerte de residenciarse en Jerusalén y, conquistados sus objetivos, hizo de todo por obstaculizar el regreso de sus víctimas a la sede del Imperio. Y cuando notó que nada valían los impedimentos de su autoridad, cometió el crimen de secuestrar a un hijito del matrimonio, haciendo acompañar el hecho de otras atrocidades, que quedaron impunes, dado su prestigio político ante el Senado.

Publio oyó esas observaciones con el pensamiento candente.

En razón de su intensidad emotiva, la sangre le afluyó al cerebro, pareciendo represarle en largas corrientes junto al dique de las témporas. Una palidez de cera cubrió, en seguida, su rostro, en una faz cadavérica, sin poder definir la emoción que le asaltaba lo íntimo, en vista de tales insinuaciones en contra de su dignidad personal y contra las honrosas tradiciones de la familia.

En un instante, revivió todas las acusaciones de Fulvia y, juzgando a sus semejantes, por la medida de sus propios sentimientos, no podía admitir en el espíritu de Sulpicio una ferocidad de tal magnitud.

Mientras sumergía el pensamiento en reflexiones atroces, sin responder al lictor, que lo observaba gozando el efecto de sus tenebrosas revelaciones, prosiguió el calumniador, con fingida humildad:

- Bien reconozco el alcance de mis palabras, para las cuales, además, suplico la benevolencia de vuestra discreción, pero yo no abriría el corazón en este sentido, sino estuviese lleno del profundo interés que vuestra amistad consiguió inspirar a mi alma dedicada y sincera. Francamente, no deseaba constituirme en delator de quien quiera que sea, ante vuestro espíritu justo y generoso; sin embargo, pasaré a narraros lo que vi con mis propios ojos, para orientar con mayor seguridad el esfuerzo de vuestras investigaciones en busca del niño.

Y Sulpicio Tarquinius, con la falsa modestia de sus palabras venenosas, desfiló un rosario extenso de calumnias, alternando los argumentos de consecutivos tragos de vino, lo que exaltaba aún más la fuente prodigiosa de sus fantasías.

Contó a su interlocutor, que lo oía atónito, por la coincidencia de sus observaciones con las denuncias de Fulvia, los más íntimos pormenores de la escena del jardín en casa de Pilatos, y, enseguida, narró lo que observara la noche del rapto, destacando la coincidencia de la estadía del gobernador en Nazaret.

El senador le oía la narración, ocultando, con mucho esfuerzo, su espanto doloroso. La prevaricación de la esposa, según aquella denuncia espontánea, era un hecho indudable. Entretanto, él quería creer lo contrario. Durante todo el tiempo de la vida conyugal, Livia había manifestado el más pronunciado retraimiento de los ambientes sociales, viviendo tan sólo para él y para los hijitos idolatrados. Era en su palabra, sincera y de buen criterio, que su espíritu iba a buscar las necesarias inspiraciones para el éxito en las luchas de la vida; pero aquella denuncia le atolondraba el corazón y anulaba todos los factores de la antigua confianza. Además de eso, penosas coincidencias venían a herir su raciocinio, despertándole amargas sospechas en lo íntimo del alma.

¿No fuera de ella la que había intercedido a favor de los esclavos, en el momento del castigo, suplicante, como si la culpa de lo acontecido también le pesase en el corazón?

Aún en la víspera, sugiriera la continuidad de la permanencia de ambos en Palestina, demostrando un valor poco común. ¿No sería eso un gesto de supuesta consolación para el marido ultrajado, obedeciendo a designios inconfesables?

Un torbellino de ideas antagónicas se entrecrocaba en el mar de sus meditaciones dolorosas...

Por otro lado, consideró, en un momento, su posición de hombre de Estado, las responsabilidades austeras que le competían en el organismo social.

El cargo prominente, las severas obligaciones a las que se consagrara en el mecanismo de las relaciones de cada día, el orgullo del nombre y las tradiciones de familia, lograron la energía necesaria para dominar las emociones del momento, y, escondiendo al hombre sentimental que era por naturaleza, para solamente revelar el hombre público, tuvo fuerzas para exclamar:

- Sulpicio, agradezco tu interés, siempre que tus palabras sean el reflejo de tu generosidad sincera, pero debo considerar, ante el concepto que acabas de exponer sobre mi mujer, que no acepto ningún argumento que le hiera la dignidad y austera nobleza, predicados esos que nadie, más que yo, debo conocer.

La entrevista en el jardín de Pilatos, a la que te refieres, fue autorizada por mí, y tus observaciones en la noche del rapto no están bien definidas, dado el carácter positivo que se requiere en nuestras investigaciones.

Así, pues, te agradezco la dedicación en mi favor, pero tu opinión abre entre nosotros, de ahora en adelante, una línea divisoria que mi confianza no osará trasponer nunca más.

Quedas, así, dispensado del servicio que te retenía junto a mi familia, además que la perspectiva de mi vuelta a Roma se desvaneció con la desaparición del pequeño. No podremos regresar a la sede del Imperio, mientras no logremos su reaparición o la certeza dolorosa de su muerte.

De ese modo, yo sería imprudente exigiendo la continuidad de tus servicios en Cafarnaúm, sacrificando decisiones de tus superiores jerárquicos, razón por la que serás demitido de mi casa sin escándalos que perjudiquen tu carrera profesional.

Aguardaré la ocasión de comunicarme con el gobernador, al respecto, y será entonces cuando quedarás desligado oficialmente de mi servicio, sin ningún perjuicio para tu nombre.

Según, ves, que, como hombre de Estado, agradezco tu interés y sé apreciar tu dedicación, pero, como amigo, no me es posible seguir depositando en ti el mismo grado de confianza.

El lictor, que no esperaba semejante respuesta, quedó lívido en su patente contrariedad, pero se atrevió aún a replicar, fingidamente:

- Señor senador, llegará el instante en que habréis de valorizar mi celo, no solo como servidor de vuestra casa, sino también como amigo desvelado y sincero. Y ya que no tenéis otra recompensa mejor que el desprecio injusto para corresponder a mi impulso de amistad, es con placer que me siento desligado de las obligaciones que me retenían junto a vuestra autoridad.

Enseguida, Sulpicio pronunció algunas palabras de despedida, a las que Publio respondió secamente, atormentado por los más profundos disgustos.

En el silencio de su gabinete, examinó la gran energía que las circunstancias habían exigido de su corazón en tan penosas coyunturas. Bien reconocía que había adoptado con el lictor la actitud más conveniente y adecuada con la situación, pero, en lo íntimo, guardaba la angustiada incertidumbre, acerca de la conducta de Livia. Todo conspiraba contra ella, tendiendo a presentarle, a su corazón de marido respetable, como la personificación de la falsa inocencia.

En aquel tiempo, aún no se hiciera común en el mundo el “orad y vigilad” de las enseñanzas eternamente dulces de Cristo, y el senador, entregándose casi totalmente al imperio de las amargas emociones que lo afligían, se recostó sobre numerosos rollos de pergaminos, entrando a llorar convulsivamente.

VII

LAS PRÉDICAS DEL TIBERÍADES

Algunos días habían transcurrido sobre los hechos que acabamos de narrar.

En Cafarnaúm, no sólo el escenario, sino también los actores, guardaban la misma fisonomía.

Compelido por la actitud irrevocable y enérgica del senador, Sulpicio Tarquinius regresara a Jerusalén, obedeciendo las órdenes de Pilatos, quien, a su vez, había recibido la notificación de Publio Léntulus, referente a la dispensa de lictor.

No debemos olvidar que Publio permanecía en Palestina con amplios poderes, en calidad de emisario de César y del Senado, y a quien todas las autoridades de la provincia, inclusive el gobernador, estaban obligados a acatar con especial atención y máximo respeto.

El procurador de Judea no había omitido, por tanto, sustituir a Sulpicio, del mejor modo posible, buscando conocer, con interés, los motivos de su alejamiento, asunto que el senador solucionó con el más amplio espíritu de superioridad, desde el punto de vista político. Pilatos coadyuvó, con la mejor buena voluntad, al servicio de la investigación, sobre el paradero del pequeño Marcus, movilizando funcionarios de su entera confianza, y viniendo personalmente a Cafarnaúm, a fin de conocer en sus detalles las diligencias efectuadas.

El senador le recibió la visita con las más altas muestras de consideración y le aceptó que cooperase, sinceramente confortado, en vista de que los acontecimientos desmentían, ante su foro íntimo, las calumniosas acusaciones de las que era víctima la esposa.

Entretanto, su vida doméstica, sufriera las más profundas alteraciones. Ya no sabía vivir aquellas horas de coloquio feliz con la esposa, de la cual lo separaba un velo de dudas amargas e infinitas.

Varias veces intentó, inútilmente, readquirir la antigua confianza y su espontaneidad afectiva.

Arrugas de pesar le marcaron entonces el semblante, ordinariamente altivo y orgulloso, esfumándole los trazos fisonómicos en una nube de preocupaciones angustiosas.

Todos sus íntimos, inclusive la esposa, atribuían a la desaparición del hijito tan singular metamorfosis.

En las horas habituales de las comidas, se le notaba el esfuerzo para descargar el semblante.

Dirigíase, entonces, a la mujer o respondía a sus preguntas cariñosas con monosílabos apresurados, acentuando las palabras con una lacónica incomprensible.

Sufriendo amargamente con aquella situación, Livia se presentaba cada vez más abatida, intentando en vano descifrar el motivo de tantas pruebas e infortunios.

Muchas veces procuró sondear el espíritu de Publio, para llevarle un poco de cariño y consuelo, pero él evitaba las expansiones afectuosas, con pretextos decisivos. Casi siempre aparecía tan solo en el triclinio y, hecha la refección acostumbrada, e retiraba, abruptamente, al gran salón del archivo, donde pasaba todas sus horas en inquietantes meditaciones.

De Marcus, ninguna noticia había, que le proporcionase la más ligera sombra de esperanza.

En una hermosa mañana de Galilea vamos a encontrar a Livia en conversación íntima con la sierva dedicada y amiga fiel, a quien contesta en estos términos, después de ser cariñosamente inquirida, acerca de su estado de salud.

- ¡Siéntome bien mal, mi buena Ana!... Por la noche, el corazón me bate desacompadamente y, hora a hora, veo como me crece íntimamente dolorosa impresión de amargura. No podría definir bien mi estado, aunque lo quisiese...

La desaparición del pequeño me llena el alma de lúgubres presagios, multiplicando el peso de mis aflicciones maternas cuando no puedo vislumbrar, ni siquiera levemente, la causa de tamaños padecimientos...

Y ahora es, sobre todo, el estado de Publio lo que más me preocupa. Él fue siempre un hombre puro, leal y generoso; pero, de algún tiempo a esta parte, le noto singulares diferencias en el temperamento, agravándole los síntomas enfermizos con mayor intensidad, después de la incomprensible desaparición de nuestro hijito.

Me parece que él viene sufriendo los más fuertes disturbios sentimentales, con serios perjuicios para la salud...

- ¡Bien veo, señora, cuanto sufrís! – expuso la sierva cariñosa. – Sé que soy una criatura humilde y sin ningún valor, pero pediré a Dios que os proteja incesantemente, restableciendo la paz de vuestro corazón.

- ¿Criatura humilde y sin valor? – dijo la pobre señora, buscando demostrarle el grado de su estimación sincera. – No digas eso, porque yo no soy de esas almas que afieren el valor de cada uno por las posiciones que disfruta o por las honras que recibe.

Hija única de padres que legaron considerable fortuna, ciudadana romana, con las prerrogativas de ser mujer de un senador, ves cuanto sufro en los trabajos amargos de este mundo.

Los títulos que la cuna me otorgó no consiguieron eliminar las pruebas que el destino también me trajo, con la juventud y la fortuna fácil.

Reconoce, pues, que, siendo yo patricia y tu una sierva, no poseemos un corazón diferente, sino el mejor sentimiento de fraternidad, que nos abre la puerta de una comprensión cariñosa, valiendo como asilo suave en los días tristes de la vida.

Siempre supuse, contrariamente a la educación recibida, que todas las criaturas son hermanas, hijas de un origen común, sin conseguir atinar con las líneas divisorias entre aquellos que poseen muchos haberes y muchos títulos y los que nada poseen en este mundo además del corazón, donde acostumbro localizar los valores de cada uno, en esta vida.

- Señora – exclamó la sierva, tocada de la más grata sorpresa -, vuestras palabras me conmueven, no solo por partir de vuestros labios, de los cuales me habitué a oírlos siempre con cariño y veneración, sino también, porque el profeta de Nazaret nos ha dicho la misma cosa en sus prédicas.

- ¡¿Jesús?!... – preguntó Livia, con los ojos brillantes, como si aquella referencia le recordase una fuente de consolación, de la cual se hubiese momentáneamente olvidado.

- Sí, mi señora, y por hablar de él, ¿por qué no buscáis un poco de consuelo en sus divinas palabras? ¡Os juro que sus expresiones, sabias y amorosas, os consolarían en medio de todos los pesares, proporcionándoos sensaciones de vida nueva!... Si quisieseis, yo podría conducirlos a la casa de Simón, discretamente, a fin de que recibáis el beneficio de sus lecciones cariñosas. Recogeríais, así la alegría de su bendición, sin exponeros a las críticas ajenas, nutriendo vuestro corazón de sus luminosas enseñanzas.

Livia pensó intensamente en aquella idea, que le parecía una providencia salvadora, respondiendo, por fin:

- Los sufrimientos de la vida muchas veces me han dilacerado el corazón, renovando mis raciocinios acerca de los principios que me fueron enseñados desde la cuna, y es por eso que, acogiendo tu planteamiento, encuentro que mi deber es procurar a Jesús públicamente, como hacen otras mujeres de estos lugares.

Era mi intención buscarlo antes de nuestro regreso a Roma, para manifestar mi reconocimiento por la cura de Flavia, hecho que me dejó profundamente impresionada, pero que no nos fue posible comentar, en razón de la actitud hostil de mi marido; ahora, nuevamente desamparada, en la ebullición de mis dolores, recurriré al profeta para obtener un lenitivo al corazón oprimido y torturado.

Mujer de un hombre que, por fuerza de su carrera política, ocupa ahora el más alto cargo de esta provincia, iré a Jesús como criatura desheredada de la suerte, en busca de amparo y consolación.

- Señora, ¿y vuestro esposo? – preguntó Ana, previniendo las consecuencias de aquella actitud.

- Procuraré informarle de mi resolución; pero, si Publio esquivase, otra vez mi presencia para un entendimiento íntimo, iré inclusive sin oírlo, con respecto a este asunto. Vestiré los trajes humildes de esta región de criaturas

simples, iré a Cafarnaúm, hospedándome con tus parientes, en las horas necesarias, y, en el momento de las prácticas, quiero oír la palabra del Mesías, con el corazón contrito y el alma compadecida por los infortunios de mis semejantes...

Siéntome profundamente aislada en estos últimos días y tengo necesidad de consuelo espiritual para mi corazón afligido por las pruebas ásperas.

- Señora, Dios bendiga vuestros buenos propósitos. En Cafarnaúm, mis parientes son muy pobres y muy humildes, pero vuestra figura está allí en el santuario de la gratitud de todos, bastando una palabra vuestra para que se pongan a su disposición, como esclavos.

- Para mí no existe fortuna que se iguale a esa, de la paz y del sentimiento.

No buscaré al profeta para solicitarle atenciones especiales, porque basta su caridad, en el caso de mi hija, hoy sana y fuerte, gracias a su piedad de justo, sino tan solo para encontrar consuelo a mi corazón dilacerado.

Presiento que, oyéndole las exhortaciones cariñosas y amigas, alcanzaré energías nuevas para enfrentar las pruebas más amargas y rudas.

Sé que él me conocerá en los trajes pobres de Galilea; y con su intuición divinadora comprenderá que, dentro del pecho de la romana, pulsa un corazón amargado e infeliz.

Las dos acordaron, entonces, ir juntas a la ciudad, en la tarde del primer sábado.

En balde, buscó Livia una oportunidad para solicitar el ambicionado permiso del marido, a favor de su pretensión. Innumerables veces trató, inútilmente, de sondear el espíritu de Publio, cuya frialdad le ahuyentaba el coraje para la necesaria consulta.

Pero, ella, había resuelto ir al encuentro del Maestro, de cualquier manera. Abandonada en una región en la que solamente el marido podía comprenderla integralmente, dentro de su esfera de educación, y rudamente probada en las fibras más sensibles de su alma femenina, de esposa y madre, la pobre señora deliberó así con pleno asentimiento de su conciencia honesta y pura.

Entalló una ropa nueva, de conformidad con los usos galileos, para no ser notada en la multitud común en las prédicas del lago, e, informando a Comenio de la necesidad que tenía de salir aquel día, a fin de que su marido fuese avisado al a hora de cenar, se dirigió a la hora previamente determinada, por los caminos, que ya conocemos en compañía de la sierva de confianza.

En la humilde residencia de pescadores, donde se abrigaban los familiares de Ana, Livia se sintió envuelta en radiantes vibraciones de serenidad amiga y dulce. Era como si su corazón desalentado encontrase una claridad nueva en aquel ambiente de pobreza, de humildad y ternura.

La figura patriarcal del viejo Simón, de Samaria, se destacaba a sus ojos entre todos los que la recibieron con las más elevadas demostraciones de cariñosa bondad. De su mirada profunda y de las canas venerables emanaban las dulces irradiaciones de la maravillosa simplicidad del antiguo pueblo hebreo, y su palabra, ungida de fe, sabía tocar los corazones en las cuerdas más sensibles, cuando narraba las acciones prodigiosas del Mesías de Nazaret.

Livia, acogida por todos con franca simpatía, parecía descubrir un mundo nuevo, hasta entonces desconocido, en su existencia. Le confortaba, sobremanera, la expresión de sinceridad y pureza, de aquella vida simple y humilde, sin atavíos ni artificios sociales, y tampoco sin prejuicios ni fingimientos perniciosos.

A la tardecita, confundida con los pobres y los dolientes que iban a recibir las bendiciones del Señor, vamos a encontrarla con el corazón aliviado y sereno, esperando el momento dichoso de oír del Maestro una palabra de amor y consolación.

El crepúsculo de un día claro y caliente prestaba un reflejo de luz dorada a todas las cosas y a todos los contornos suaves del paisaje. Se encrespaban las aguas mansas del Tiberíades al soplo cariñoso de los favonios de la tarde, que se impregnaban del perfume de las flores y de los árboles. Brisas frescas eliminaban el calor del ambiente, esparciendo sensaciones agradables de vida libre, en el seno robusto y repleto de la Naturaleza.

Al final, todas las miradas se dirigían hacia un punto obscuro que se diseñaba en el espejo cristalino de las aguas, muy a lo lejos, en el horizonte.

Era la barca de Simón, que traía al Maestro para las acostumbradas disertaciones.

Una sonrisa de ansiedad y de esperanza clareó, entonces, todos aquellos semblantes que lo aguardaban, desalentados por sus sufrimientos.

Livia observó a aquella turba que, a su vez, también le notara la extraña presencia. Operarios humildes, pescadores rudos, numerosas madres en cuyos rostros macerados se podían leer las historias amargas de los más increíbles padecimientos, criaturas de la plebe anónima y sufridora, mujeres adúlteras, publicanos gozadores de la vida, enfermos desesperados y numerosos niños, que traían consigo los estigmas del más doloroso desamparo.

Conservábase Livia al lado del viejo Simón, cuya expresión fisonómica de firmeza y dulzura inspiraba el más profundo respeto a los que se le aproximaban; y cuantos le notaban el delicado perfil romano, vestida con la simplicidad del traje galileo, presumían en su figura a alguna joven de Samaria de Judea, que hubiese venido igualmente de lejos, atraída por la fama del Mesías.

La barca de Simón se acostara suavemente a la orilla, dando ocasión a que el Maestro se dirigiese al sitio acostumbrado de sus lecciones divinas. Su fisonomía parecía transfigurada en resplandeciente belleza. Los cabellos, como de costumbre, le caían en los hombros, a la moda de los nazarenos, fluctuando levemente los besos acariciantes de los vientos suaves de la tarde.

La esposa del senador no pudo desplegar más los ojos deslumbrados, de aquella figura simple y maravillosa.

Comenzó el Maestro un sermón de belleza inconfundible y sus palabras parecían tocar los espíritus más empedernidos, pareciendo que sus enseñanzas resonaban en los campos de toda Galilea, repitiendo el eco por el mundo entero, previamente modelados para caminar en el mundo con la eternidad misma.

“¡Bienaventurados los humildes de espíritu, porque a ellos pertenecerá el reino de mi Padre que está en los cielos!...

“¡Bienaventurados los pacíficos, porque poseerán la Tierra!...

“¡Bienaventurados los sedientos de justicia, porque ellos serán saciados!...

“¡Bienaventurados los que sufren y llora, porque serán consolados en las alegrías eternas del Reino de Dios!...”

Y con su palabra enérgica y dulce habló de la misericordia del Padre Celestial; de los bienes terrestres y celestes; del valor de las inquietudes y angustias humanas, agregando que viniera al mundo no para los más ricos y más felices, sino para consolar a los más pobre y desheredados de la suerte.

La asamblea heterogénea lo escuchaba embebecida en sus transportes de esperanza y gozo espiritual.

Una luz serena y acariciante parecía venir del Hebrón, clarificando el paisaje en tonalidades de ópalo y zafiro eterizados.

La hora era avanzada y algunos apóstoles del Señor resolvieron traer algunos panes a los más necesitados de alimento. Dos grandes cestos de merienda frugal fueron traídos, pero los oyentes eran en demasía numerosos. Pero, Jesús, les bendijo el contenido y, como en un suave milagro, la escasa provisión fue partida en pequeños pedazos, que fueron religiosamente distribuidos por centenares de personas.

Livia recibió igualmente su parte y, al ingerirla, sintió un sabor diferente, como si hubiese sorbido un remedio apto para curarle todos los males del alma y del cuerpo, porque una cierta tranquilidad le anestesió el corazón flagelado y desilusionado. Conmovida hasta las lágrimas, vio que el Maestro atendía, caritativamente, a numerosas mujeres, entre las cuales habían muchas, según el conocimiento del pueblo de Cafarnaúm, que eran de vida disoluta y criminal.

El viejo Simón quiso también aproximarse al Señor, en aquella hora memorable de su paso por el planeta. Livia lo acompañó automáticamente, y, en pocos minutos, se hallaban ambos delante del Maestro, que los acogió con su generosa y profunda sonrisa.

- Señor – exclamó, respetuosamente, el anciano de Samaria -, ¿Qué deberé hacer para entrar, un día, en vuestro reino?

- En verdad te digo – le contestó Jesús, cariñosamente – que muchos vendrán del Occidente y del Oriente, buscando las puertas del Cielo, pero solamente encontrarán el reino de Dios y su justicia aquellos que amaren profundamente, por encima de todas las cosas de la Tierra, a nuestro Padre que está en los Cielos, amando al prójimo como a sí mismos.

Y explayando la mirada compasiva y misericordiosa por encima de la vasta asamblea, continuó con dulzura:

- También, ¡muchos, de los que fueron llamados aquí, serán escogidos para el gran sacrificio que se aproxima!... ¡Esos me encontrarán en el reino celestial, porque sus renunciaciones han de ser la sal de la Tierra y el sol de un nuevo día!...

- ¡Señor! – aventuró el anciano, con los ojos rasos de lágrimas -, todo lo haría por ser uno de vuestros escogidos!...

Pero, Jesús, mirando fijamente al patriarca de Samaria, murmuró con infinita ternura:

- Simón, ve en paz y no tengas prisa, porque, en verdad, aceptaré tu sacrificio en el momento oportuno...

Y extendiendo el rayo de luz de sus ojos hasta la figura de Livia, que le devoraba las palabras con la sed ardiente de su atención, exclamó con las claridades proféticas de sus exhortaciones:

- En cuanto a ti, regocíjate en Nuestro Padre, porque mis palabras y enseñanzas te calaron para siempre el corazón. ¡Ve y no dejes de tener fe, porque tiempo vendrá en que sabré aceptar tus abnegaciones santificantes!

Esas palabras fueron dichas en una actitud tal, que la esposa del senador no tuvo dificultad en aprenderles el sentido profundo, para un futuro distante.

Al poco tiempo, se dispersó la gran asamblea de los pobres, de los enfermos y de los afligidos.

Era de noche cuando Livia y Ana regresaron a la casa solariega, confortadas por las gracias recibidas de las manos caritativas del Mesías.

Profunda sensación de alivio y consuelo le inundaban el alma.

Entretanto, al penetrar, en sus aposentos, Livia encontró de frente la figura enérgica del marido, que dejaba mostrar en la fisonomía cargada, las más intensas señales de irritación, como acontecía en los momentos de su más ríspido mal humor. Ella le notó la exacerbación de ánimo, pero, al contrario de otras veces, parecía enteramente preparada para vencer las más tremendas luchas del corazón, porque, con serenidad imperturbable, le encaró faz a faz, enfrentándole la mirada sospechosa. Le parecía que la flor de eterna paz espiritual le desabotonara en lo íntimo, al suave calor de las palabras de Cristo,

por cuanto le parecía haber alcanzado el terreno, hasta entonces desconocido, de serenidad extraña y superior.

Después de mirarla de arriba abajo con su mirada dura e inquisidora, exclamó Publio, mal controlando la cólera incomprensible:

- Entonces ¿qué es eso? ¿Qué poderosas razones llevarían a la señora a ausentarse de casa en horas tan inapropiadas para las madres de familia?

- Publio – respondió con humildad, extrañando aquel tratamiento ceremonioso -, por más que busqué comunicarte mi resolución de salir en la tarde de hoy, huiste siempre de mi presencia, esquivándote a mi consulta y yo necesitaba encontrar al Mesías de Nazaret, para calmar mi corazón desventurado...

- ¿Y necesitabas del disfraz para encontrar al profeta del pueblo? – cortó el senador, con ironía.

Es la primera vez que noto a una patria usando tales artificios para consolar el corazón. ¿Llega a tanto, así, su menosprecio por nuestras más sagradas tradiciones familiares?

- Supuse que no me quedaría bien hacerme notar en la multitud de personas pobres e infelices que buscan a Jesús en las orillas del lago, e, identificándome con los sufridores, no presumí desacatar nuestras costumbres familiares, más bien, creí actuar a favor de nuestro nombre, considerando la circunstancia de tener en esta provincia, la más alta jerarquía del Imperio.

- ¡Al menos que esté disfrazando algún otro sentimiento, como disimula la posición social con esta indumentaria, mucho erró buscando al Mesías en estos trajes, porque, al final, estoy investido de poderes para requerir la presencia de cualquier persona de la región en mi casa!...

- Pero Jesús – contestó Livia, valerosamente – debe estar para nosotros muy por encima de los poderes humanos, que sabemos tan precarios, a veces. Creo que la cura de nuestra hijita, ante la cual todos nuestros recursos fueron impotentes, es bastante para hacerlo acreedor de nuestra eterna gratitud.

- Ignoraba que su organización mental fuese tan frágil en vista a los sucesos del Maestro de Nazaret, aquí en Cafarnaúm – continuó el senador, ásperamente.

¿La cura de nuestra hija? ¿Cómo asegurar una cosa que su argumentación personal no puede probar con datos positivos? ¡Y aunque ese hombre, revestido de fuerzas divinas para el espíritu simple e ignorante de los pescadores galileos, hubiese operado esa cura con su intervención sobrenatural, viniendo a este mundo de parte de los dioses, podríamos llamarle impiadoso y cruel, sanando a una niña enferma desde tantos años y permitiendo que los genios del mal y de la perversidad nos arrebatasen al hijito sano y cariñoso, en cuya frente colocaba, mi ternura de padre, todo un futuro brillante y promisorio!

- ¡Cállate; Publio! – replicó ella, poseída por una fuerza superior que le conservaba toda la serenidad del corazón. – Recuerdate que los dioses pueden humillarnos, con dureza, la vanidad y el orgullo absurdos... Si Jesús de Nazaret nos curó a la hijita bien amada, que apretábamos en los brazos frágiles contra los poderes inmensos de la muerte, podía permitir que fuésemos tocados en el más sagrado sentimiento de nuestra alma, con la incomprensible desaparición de nuestro Marcus, para que nos sintiésemos inclinados a la piedad y a la conmiseración por nuestros semejantes!...

- La señora se compromete con esa tolerancia en demasía, que va al absurdo de la fraternidad con los esclavos – dijo Publio, con rispidez y austera severidad.

Tal actitud de su parte me hace pensar, seriamente, que su personalidad cambió en el curso de este año, porque sus ideas, lejos del nivel social de la sede del Imperio, bajaron al terreno de los sentimientos más relajados, en vista de la compostura que se exige de la mujer de un senador, o de la matrona romana.

Livia oyó, angustiosamente, las palabras injustificables del marido. Nunca lo había visto tan irritado, en todo el transcurso de la vida conyugal; pero, verificara, también en sí misma, una renovación singular, como si el pan rústico, bendecido por el Maestro, le transfigurase las más recónditas fibras de la conciencia. Sus ojos se henchían de lágrimas, no por el orgullo herido o por la ingratitud que aquellas amonestaciones injustas revelaban, sino con profunda compasión del esposo, que no la comprendía, y adivinando la dolorosa tempestad que le fustigaba el corazón generoso, pero arbitrario, en el plano de sus resoluciones. Serena y silenciosa, no se justificó ante las severas reprimendas.

Fue entonces, cuando, comprendiendo que aquellos roces no deberían proseguir, se dirigió el senador a la puerta de salida del apartamento, abriéndola estrepitosamente, y exclamando:

- ¡Jamás hice un viaje tan penoso y tan infeliz! Genios malditos parecen presidir mis actividades en Palestina, porque, si curé a una hija, perdí un hijito en el desconocido y comienzo a perder a la mujer en el abismo de las irreflexiones de la incoherencia; y acabaré, también, perdiéndome para siempre.

Diciendo así, golpeo la puerta con toda la fuerza de sus movimientos instintivos, encaminándose al gabinete, mientras la esposa, con el corazón reverente, dirigía el pensamiento hacia aquel Jesús cariñoso y tierno, que viniera al mundo para salvar a todos los pecadores. Lágrimas dolorosas le fluían de los ojos, fijos aún en el paisaje del Lago de Genezaret, a donde parecía haber regresado en espíritu, nuevamente. Allí estaba el Maestro, en actitudes dulces de plegaria, clavando en las estrellas del cielo sus ojos fulgurantes.

Parecióle que Jesús también le notara la presencia en aquella hora sombría de la noche, porque desviara la mirada fúlgida del firmamento estrellado y le extendía los brazos compasivos y misericordiosos, exclamando con infinita dulzura:

-Hija, ¡deja que lloren tus ojos las imperfecciones del alma que Nuestro Padre destinó para gemela de la tuya!... No esperes de este mundo más que lágrimas y padecimientos, porque es en el dolor que los corazones se iluminan para el cielo... Un momento llegará en el que te sentirás en la cumbre de las aflicciones, pero no dudes de mi misericordia, porque en el momento oportuno, cuando todos te desprecien, yo te llamaré a mi reino de divinas esperanzas, donde podrás aguardar a tu esposo, en el curso incesante de los siglos!...

Parecióle que el Maestro continuaba arrullándole el corazón con suaves y cariñosas promesas de bienaventuranzas, pero, un ruido la separó de aquella visión de luz y de felicidad indefinible.

Quebrárase el cuadro de su preocupación espiritual como si fuese hecho de tenuísimas filigranas.

Sin embargo, la esposa del senador, comprendió que no había sido víctima de una perturbación alucinatoria, y, guardó, con amor, en lo íntimo del corazón, las dulces palabras del Mesías. Y, mientras se despojaba de los trajes

galileos, a fin de tomar nuevamente el curso de sus obligaciones domésticas, con el alma límpida y consolada, parecía, aún, divisar la figura serena y amada del Señor, en las colinas verdosas de las márgenes del Tiberíades, a través de la neblina suave, que le empañaba los ojos húmedos de llanto.

VIII

EN EL GRAN DÍA DEL CALVARIO

Desde su altercado con la esposa, encerrárase Publio Léntulus en la más penosa taciturnidad.

Dolorosas sospechas le flagelaban el corazón impulsivo, acerca del procedimiento de aquella que el destino encadenara a su espíritu, para siempre, en el instituto de la vida conyugal. No pudiera comprender el disfraz del que Livia se valiera para el encuentro con el profeta de Nazaret, pues su temperamento orgulloso se revelaba contra aquella actitud de la mujer, considerando su posición social un símbolo de la veneración y del respeto de todos, y dando guarida, así, a las más penosas desconfianzas, intoxicado por las calumnias de Fulvia y Sulpicio.

Había transcurrido algún tiempo y, mientras tanto, él se encerraba en su mutismo y en su melancolía, Livia se abroquelaba en la fe, en las palabras cariñosas y persuasivas del Nazareno. Nunca más volviera ella a Cafarnaúm, con el fin de oír las consoladoras prédicas del Mesías; pero, por intermedio de Ana, que comparecía allá puntualmente, procuró auxiliar, siempre que le fuese posible, a los pobres que buscaban la palabra de Jesús, en la medida de sus recursos materiales. Profunda tristeza le invadía el corazón sensible y generoso, al observar las actitudes incomprensibles del compañero; pero, la verdad es que ya no colocaba sus esperanzas en ninguna realización del orbe terrestre volviendo las más ardientes aspiraciones para aquel reino de Dios,

maravilloso y sublime, donde todo debía transpirar amor, ventura y paz, en el seno repleto de soberanas consolaciones celestes.

Aproximábase la Pascua en el año 33. Numerosos amigos que Publio habían aconsejado su regreso temporal a Jerusalén, a fin de intensificar los servicios de búsqueda del hijito, en el curso de las festividades que concentraban, en la época, las mayores multitudes de Palestina, estableciendo posibilidades más amplias para el reencuentro del desaparecido. Incontables peregrinos, de todas las regiones de la provincia, se dirigían a Jerusalén, para participar de los grandes festejos, ofreciendo, simultáneamente, los tributos de su fe, en el suntuoso templo. La nobleza autóctona también se hacía notar allí, en tales circunstancias, a través de sus elementos más representativos. Todos los partidos políticos se organizaban para los servicios extraordinarios de las solemnidades que reunían las mayores masas del judaísmo, encaminándose hacia allá los hombres más importantes de su tiempo. Por su parte, las autoridades romanas, se concentraban, igualmente, en Jerusalén, en la misma ocasión, reuniéndose en la ciudad casi todos los centuriones y legionarios, destacados al servicio del Imperio, en los parajes más remotos de la provincia.

Publio Léntulus no desdeñó la ocasión y, antes que la ciudad se hinchese de peregrinos y aventureros, ya se encontraba allí con la familia, suministrando instrucciones a los siervos de confianza, concedores del pequeño Marcus, para establecer un cordón de investigadores atentos y permanentes, mientras perdurasen los festejos.

En Jerusalén, el convencionalismo social no se había modificado, notándose apenas la circunstancia de Publio haber dejado la residencia del tío Salvio, adquiriendo una villa confortable y graciosa en una calle plena de movimiento, de donde pudiese observar, igualmente, las manifestaciones.

Llegó la víspera de Pascua con el voluminoso pleamar de peregrinos de todas las clases y de todas las localidades provinciales. Era interesante observar, en aquellos bloques heterogéneos de pueblo, los hábitos más dispares entre sí.

Innumerables caravanas, revelando las más exquisitas costumbres, atravesaron las puertas de la ciudad, patrulladas por numerosos soldados pretorianos.

Y mientras el senador hacía comparaciones de orden económico, social y político, observando las masas del pueblo que afluían a sus calles en movimiento, vamos a encontrar a Livia en charla íntima con la sierva de su amistad y confianza.

- ¿Sabéis, señora, que también el Mesías llegó ayer a la ciudad? – exclamaba Ana, con un rayo de alegría en los grandes ojos.

- Sí, desde ayer llegó Jesús a Jerusalén, saludado por grandes manifestaciones populares.

La resurrección de Lázaro, en Betania, confirmó sus divinas virtudes de Hijo de Dios, entre los hombres más incrédulos de esta ciudad, y acabo de saber que su llegada fue objeto de inmensas alegrías por parte del pueblo. ¡Todas las ventanas se adornaron de flores para su paso triunfal, los niños esparcieron palmas verdes y perfumadas en el camino, en homenaje a él y a sus discípulos!... Mucha gente acompañó al Maestro desde las márgenes del lago de Genezaret, siguiéndolo hasta aquí, a través de todas las localidades.

Quien me trajo la noticia fue un conocido personal, enviado de tío Simón, que también vino a Jerusalén, en esa gran caminata, a pesar de su avanzada edad...

- Ana, esa noticia es muy reconfortalecedora – le dijo la señora, con bondad – y si yo pudiese iría a oír las palabras del Maestro, donde quiera que fuese; pero, bien sabes, las dificultades para la consecución de ese intento. Entretanto, quedas libre de tus obligaciones y trabajos, durante la permanencia de Jesús en Jerusalén, para que puedas aprovechar bien las fiestas de la Pascua, oyendo, al mismo tiempo, las prédicas del Mesías, que tanto bien nos hacen al corazón.

Y, entregando a la criada el indispensable auxilio pecuniario, observaba que Ana partía satisfecha en demanda de las cercanías del Monte de los Olivos, donde se estacionaba una masa compacta de peregrinos, entre los cuales se notaba la presencia del viejo Simón, de Samaria, apóstol valiente que no dudara, a pesar de la avanzada edad, en adherirse al movimiento de las peregrinaciones por los más escabrosos y largos caminos.

En casa de Léntulus no había tanto interés por las grandes festividades del judaísmo.

Un solo motivo justificaba la presencia del senador en Jerusalén, en aquellos días turbulentos: el de la búsqueda incesante del hijo, que parecía perdido para siempre.

Diariamente oía a los siervos de confianza, después de las diligencias emprendidas y, de instante a instante, se sentía más agobiado por acerbas desilusiones, considerando la lucha inútil en aquellas investigaciones exhaustivas e infructíferas.

En la vivienda clara y ornada de jardines, las horas pasaban lentas y tristes. En balde se sentía el movimiento de las calles, patrulladas por soldados y llenas de criaturas de todos los matices sociales. El vocerío de las ruidosas manifestaciones populares transponían aquellas puertas casi silenciosas, como ecos apagados de rumores lejanos.

La penosa situación conyugal, en la que se había colocado, separaba al senador de la mujer, como si estuviesen irremediablemente distantes uno del otro y destruidos los lazos sagrados del corazón.

Fue a ese retiro de calma aparente que Ana volvió, cierta mañana, pasados algunos días, a fin de informar a la señora de la inesperada prisión del Mesías.

Con la simplicidad espontánea y sincera del alma popular, que ella encamaba, la sierva humilde contó, con los más mínimos pormenores, la escena provocada por la ingratitud de uno de los discípulos, en virtud del despecho y de la ambición de los sacerdotes y fariseos del templo de la gran ciudad israelita.

Amargamente compungida en vista del acontecimiento, Livia consideró que, si fuese en otro tiempo, recurriría inmediatamente a la protección política del marido, para proteger al profeta de Nazaret de los ataques de las ambiciones desmesuradas. Sin embargo, reconocía que ahora, no le era posible valerse del prestigio del compañero, en tales circunstancias. Aún así, procuró aproximarse a él, por todos los medios, si bien inútilmente. Desde una sala contigua a su gabinete, notó que Publio atendía a numerosas personas que lo buscaban particularmente, en actitud discreta; y lo interesante es que, según sus observaciones, todos exponían al senador el mismo asunto, esto es, la prisión inesperada de Jesús Nazareno – acontecimiento que había desviado todas las atenciones de las festividades de la Pascua, tal era el interés despertado por los hechos del Maestro, en todos los espíritus. Algunos solicitaban su intervención en el proceso del acusado; otros, de parte de los fariseos ligados a los sacerdotes del Sinedrio, encarecían a sus ojos el peligro de las prédicas de Jesús, presentado por muchos como revolucionario inconsciente, contra los poderes políticos del Imperio.

En balde esperó Libia que el marido le concediese dos minutos de atención, en el compartimento próximo a su gabinete privado.

Su ansiedad tocaba el apogeo, cuando observó la figura de Sulpicio Tarquinius, que venía de parte de Pilatos para solicitar al senador que, por favor, compareciese, inmediatamente, en el palacio de gobierno provincial, a fin de resolver un caso de conciencia.

Publio Léntulus no se hizo rogar.

Ponderando los deberes de hombre de Estado, concluyó que debería olvidar cualquier prevención de su vida particular y privada, marchando al encuentro de las obligaciones que debía al Imperio.

Livia perdió, entonces, toda la esperanza de implorarle auxilio para el Maestro, en aquel día. Sin saber porqué, intensa amargura le invadía el mundo íntimo. Y fue con el alma envuelta en sombras que elevó al Padre Celestial sus plegarias fervorosas y sinceras, por aquel que su corazón consideraba lúcido emisario de los cielos, suplicando, a todas las fuerzas del bien, que librasen al Hijo de Dios de la persecución y de la perfidia de los hombres.

Al llegar a la corte provincial romana, en aquel día inolvidable de Jerusalén, Publio Léntulus fue tomado por extraordinaria sorpresa.

Olas compactas de pueblo se aglomeraban en la extensa plaza, en gritería ensordecedora.

Pilatos lo recibió con deferencia y solicitud, conduciéndolo a un gabinete amplio, donde se reunía pequeño número de patricios, escogidos uno por uno en Jerusalén. El pretor Salvio, funcionarios destacados, militares graduados y algunos civiles romanos, de renombre, que pasaban eventualmente por la ciudad, se aglomeraban allí, convocados por el gobernador, que se dirigió a Publio Léntulus, en estos términos:

- Senador, no sé si tuvisteis ocasión de conocer, en Galilea, a un hombre extraordinario que el pueblo se habituó a llamar Jesús de Nazaret. Ese hombre fue preso ahora, en virtud de la condenación de los miembros del Sinedrio, y la masa popular que lo había recibido, en ésta ciudad, con palmas y flores, pide ahora, en esta plaza, su juicio inmediato por parte de las autoridades provinciales, en confirmación de la sentencia proferida por los sacerdotes de Jerusalén.

Yo, francamente, no le veo culpa alguna, sino la de ardiente visionario de cosas que no puedo y no sé comprender, sorprendiéndome amargamente su penoso estado de pobreza.

En ese instante, penetraron en la sala las dos hermanas, Claudia y Fulvia, que tomaron asiento en ese consejo íntimo de patricios.

- Incluso esta noche -, parece que los augurios de los dioses se manifestaron por mi orientación, pues Claudia soñó que una voz le recomendaba que yo no debería arriesgar mi responsabilidad en el juicio de este hombre justo.

Por tanto, resolví, actuar en conciencia, reuniendo aquí a todos los patricios y romanos notables de Jerusalén, para examinar el asunto, de modo que mi actuación no perjudique los intereses del Imperio, ni colida con mi ideal de justicia.

¿Qué decís, pues, de mis escrúpulos, en calidad de representante directo del Senado y del Emperador, entre nosotros, en éste momento?

- Vuestra actitud – obtemperó el senador, compenetrado de sus responsabilidades – revela el máximo criterio en las cuestiones administrativas.

Y, recordando, íntimamente, los bienes que había recibido del profeta con la cura de la hijita, no obstante las dudas levantadas por orgullo y vanidad, continuó:

- Conocí de cerca al profeta de Nazaret, en Cafarnaúm, donde nadie lo tenía en cuenta como conspirador o revolucionario. Sus acciones, allí, eran las de un hombre superior, caritativo y justo, y jamás tuve conocimiento de que su palabra se irguiese contra alguna institución social o política, del Imperio. Ciertamente, alguien lo toma aquí como si pretendiese la autoridad política de Judea, cebándose en su nombre las ambiciones y el despecho de los sacerdotes del templo. Mas, y que guardáis en el corazón los mejores escrúpulos, ¿por qué no enviáis el prisionero al juicio de Antipas, a quien, con mayor propiedad, debe interesar la solución de semejante asunto? Representando, en estos días, al gobierno de Galilea aquí en Jerusalén, creo que nadie, mejor que Herodes, puede resolver en sana conciencia un caso como éste, considerándose la circunstancia de que juzgará a un compatriota suyo, ya que no os suponéis en posesión de todos los elementos para proferir la sentencia definitiva en este proceso insólito.

La idea fue aceptada por unanimidad, siendo el acusado conducido a presencia de Herodes Antipas, por algunos centuriones, obedeciéndose, rigurosamente, las determinaciones de Pilatos en ese sentido.

Pero, en el palacio del tetrarca de Galilea, fue recibido Jesús de Nazaret con profundo sarcasmo.

Apellidado por a gente simple como “Rey de los Judíos” y simbolizando la esperanza de ciertas reivindicaciones políticas para numerosos seguidores suyos, entre los cuales se incluía al famoso discípulo de Keiroth, el Maestro de Nazaret fue tratado por el príncipe de Tiberíades como vulgar conspirador, humillado y vencido.

Pero, Antipas, para hacer sentir al Procurador de Judea la manera ridícula en que tomaba sus escrúpulos, mandó a que se tratase al prisionero con el máximo de ironía.

Lo visitó con una túnica blanca, igual a la indumentaria de los príncipes de la época, colocándole en los brazos una caña inmunda a la manera de cetro, y coronándole la frente abatida con una aureola de venenosas espinas, devolviéndolo a la sanción de Pilatos, en el torbellino de griterías del pueblo exacerbado.

Muchos soldados romanos rodeaban al acusado, protegiéndolo de las embestidas de la masa furiosa e inconsciente.

Jesús, vistiendo, por irrisión, la túnica de la realeza, coronado de espinas y empuñando una caña como símbolo de su reinado en el mundo, dejaba traslucir, en los ojos profundos, indefinible melancolía.

Comprobando que el prisionero era devuelto por Antipas a su juicio, el gobernador se dirigió nuevamente a sus conterráneos, exclamando:

- Mis amigos, no obstante nuestros esfuerzos, Herodes apela también a nosotros, a fin de que se confirme la pieza condenatoria del profeta Nazareno, recambiándolo con su situación penosamente agravada ante el pueblo, por cuanto, como suprema autoridad en Tiberíades, trató al prisionero, con repugnante sarcasmo, dándonos a entender el desprecio con el que supone deba él ser encarado por nuestra justicia y administración.

Tan amarga situación me entristece bastante, porque el corazón me dice que ese hombre es un justo; pero, ¿qué haremos en semejante coyuntura?

De la cámara aislada, donde se reunía el apresurado y reducido consejo de patricios, podrían observarse los ecos rumorosos de la turba amotinada, en espantosa gritería.

Un ayudante a las órdenes del gobernador, de nombre Polibius, hombre sensato y honesto, penetró en el recinto, pálido y casi trémulo, dirigiéndose a Pilatos:

- Señor Gobernador, la multitud enfurecida amenaza invadir la casa, sino confirmáis la sentencia condenatoria de Jesús, el Nazareno, dentro del menor plazo posible...

- Pero, eso es absurdo – contestó Pilatos, emocionado - ¿Y, al final, qué dice el profeta, en tales circunstancias? ¿Sufre todo sin una palabra de recriminación y sin una apelación oficial a los tribunales de justicia?

- Señor – replicó Polibius, igualmente impresionado -, el prisionero es extraordinario en la serenidad y en la resignación. ¡Se deja conducir por los verdugos con la docilidad de un cordero y nada reclama, ni siquiera el supremo abandono en el que lo dejaron casi todos los dilectos discípulos de su doctrina!

Conmovero con sus padecimientos, fui a hablarle personalmente e, inquiriéndole sobre sus martirios, afirmó que podría invocar a las legiones de sus ángeles y pulverizar a toda Jerusalén dentro de un minuto, pero que eso no estaba en los designios divinos y, sí, su humillación infamante, para que se cumpliesen las determinaciones de las Escrituras. Le hice ver, entonces, que podría recurrir a vuestra magnanimidad, a fin de que se ordenase un proceso dentro de nuestros dispositivos judiciales, de manera que comprobase su inocencia y, también, se negó a semejante recurso, alegando que prescinde de toda la protección política de los hombres, para confiar tan solo en una justicia que dice ser la de su Padre que está en los cielos!

- ¡Hombre extraordinario!... – contestó Pilatos, mientras los presentes lo acompañaban estupefactos.

- Polibius – continuó él -, ¿qué podríamos hacer para evitar la muerte nefasta, en las manos criminales de la masa inconsciente?

- Señor, en vista de la necesidad de una resolución rápida, sugiero la pena de los azotes en la plaza pública, para ver si así conseguimos amainar la ira popular, evitando al prisionero la muerte ignominiosa, en las manos de perversos sin conciencia...

- ¡Pero, ¿los azotes?! – dijo Publio Léntulus, admirado, previendo las torturas del horrible suplicio.

- Sí, mi amigo – replicó el gobernador, dirigiéndole la palabra con atención respetuosa -, la idea de Polibius es acertada. Para evitarle al acusado la muerte ignominiosa, tenemos que echar mano a este recurso. Viviendo en Judea, desde hace casi siete años, conozco a este pueblo y sé de sus temibles actitudes, cuando sus pasiones se desencadenan.

El suplicio fue ordenado, entonces, con el propósito de evitar males mayores.

Delante de todos, Jesús fue azotado, de manera impiadosa, frente a los alaridos estridentes de la multitud amotinada.

En ese instante doloroso, Publio y algunos romanos se ausentaron por momentos de la cámara privada donde se reunían, a fin de observar los movimientos de la cámara privada donde se reunían, a fin de observar los movimientos instintivos de la masa fanática e ignorante. No parecía que los peregrinos de Jerusalén habían acudido a la ciudad para las conmemoraciones alegres de la Pascua, sino, tan solo, para proceder a la condenación del humilde Mesías de Nazaret. De cuando en cuando, se hacía necesario el concurso decidido de centuriones valientes, que dispersaban a ciertos grupos más exaltados, a golpes de espada.

El senador trató de aproximarse al martirizado, en sus pruebas dolorosas y extremas.

Aquel rostro enérgico y dulce, en el que sus ojos habían divisado una aureola de luz suave y misericordiosa, en las márgenes del Tiberíades, estaba ahora bañado en su sudor sangriento manándole de la frente dilacerada por las espinas perforantes, mezclándose con las lágrimas dolorosas; sus delicados trazos fisonómicos parecían invadidos de palidez angustiosa e indescriptible; los cabellos le caían en la misma disposición encantadora sobre los hombros semidesnudos y, que estaban ahora, desaliñados por la imposición de la corona ignominiosa; el cuerpo vacilaba, trémulo, a cada castigo más fuerte, pero la mirada profunda se saturaba, trémulo, a cada castigo más fuerte, pero la mirada profunda se saturaba de la misma belleza inexpresable y misteriosa, revelando amarga e indefinible melancolía.

Por un momento, sus ojos encontraron a los del senador, que bajó la frente, tocado por la imperecedera impresión de aquella sobrehumana majestad.

Publio Léntulus volvió íntimamente compungido al interior del palacio, donde, en pocos minutos, retomaba Polibius, advirtiendo al gobernador que la pena de los azotes no había saciado, desgraciadamente, las iras de la población enfurecida, que reclamaba la crucifixión del condenado.

Penosamente sorprendido, exclamó el senador, dirigiéndose a Pilatos, con intimidad:

- ¿No tenéis, por ventura, a algún prisionero con el proceso consumado, que pueda sustituir al profeta en tan horrorosas penas? Las masas poseen alma caprichosa y voluble y es muy posible que la de hoy se satisfaga con la crucifixión de algún criminal, en lugar de este hombre, que puede ser un mago o visionario, pero es un corazón caritativo y justo.

El gobernador de Judea se concentró por un momento, recurriendo a la memoria, con el fin de encontrar la deseada solución.

Se recordó, entonces, de Barrabás, personalidad terrible, que se encontraba en la cárcel aguardando la última pena, conocido y odiado de todos por su comprobado espíritu de perversidad, respondiendo al final:

- ¡Muy bien!... ¡Tenemos aquí a un perverso, en la cárcel, para alivio de todos, y que podría, con efecto, sustituir al profeta en la muerte infamante!...

Y mandando a hacer el posible silencio, de una de las eminencias del edificio, ordenó que el pueblo escogiese entre el bandido y Jesús.

Pero, con gran sorpresa de todos los presentes, la multitud gritaba con siniestro alarido, en un torrente de improperios:

- ¡Jesús!... ¡Jesús!... ¡Absolvemos a Barrabás!... ¡Condenamos a Jesús!... ¡Crucifícadlo!... ¡Crucifícadlo!...

Todos los romanos se aproximaron a las ventanas, observando la inconsciencia de la masa criminal, en el ímpetu de sus instintos desencadenados.

- ¿Qué hacer ante tal cuadro? – preguntó Pilatos, emocionado, al senador que lo oía atentamente.

- Mi amigo – respondió Publio, con energía -, si la decisión dependiese tan solo de mí, la fundamentaría en nuestros códigos judiciales, cuya evolución no comporta más una condenación tan sumaria como está, y mandaba a dispersar a la multitud inconsciente usando los caballos; pero, considero que

mis atribuciones transitorias junto a vuestro gobierno, no me otorgan derecho a tales desmanes y, aparte de eso, tenéis aquí una experiencia de siete años consecutivos.

De mi parte, supongo que todo fue hecho para que las decisiones no fuesen precipitadas.

Antes de todo, el prisionero fue enviado al juicio de Antipas, que complicó la situación, ante la poblada irresponsable, dentro de sus infelices nociones de la tarea de un gobierno, dejándoos la responsabilidad de la última palabra sobre el asunto; enseguida, determinasteis el suplicio del azote para satisfacer al pueblo amotinado, y, ahora, acabáis de indicar a un criminal para su crucifixión, en lugar del acusado. Todo inútilmente.

Como hombre, estoy contra este pueblo inconsciente e infeliz y todo lo haría por salvar al inocente; pero, como romano, creo que una provincia, como ésta, no pasa de una unidad económica del Imperio, no siendo de nuestra competencia, el derecho a interferir en sus grandes problemas morales y presumiendo, de ese modo, que le responsabilidad de esta muerte nefasta debe caer ahora, exclusivamente, en esa turba ignorante y desesperada y en los sacerdotes ambiciosos y egoístas que la dirigen.

Pilatos enterró la frente en las manos, como para reflexionar sosegadamente en aquellas ponderaciones; pero, antes que pudiese exteriorizar su opinión, he aquí que Polibius aparece afligido, exclamando en actitud discreta:

- Señor gobernador, es necesario apresurar vuestra decisión. Espíritus de difamadores comienzan a dudar de vuestra fidelidad a los poderes del César, compelidos por la intriga de los sacerdotes del templo, colocando a vuestra dignidad en terreno equivocado para todos... Además de eso, el populacho intenta invadir la casa tornándose necesario que asumáis una actitud decisiva, sin pérdida de tiempo.

Pilatos quedó rojo de cólera, ante semejantes imposiciones, exclamando irritado, como si estuviese bajo el yugo de la más singular de las determinaciones:

- ¡Está bien! ¡Me lavaré las manos de este ignominioso delito! El pueblo de Jerusalén será satisfecho...

Y, procediendo a ese acto que lo inmortalizará para siempre, dirigió algunas palabras al condenado, mandando, enseguida, a recogerlo en una celda, donde pudiese permanecer algunos minutos, sin las groseras vestidas de la turba impetuosa, antes que la multitud lo condujese al Gólgota, que, en el lenguaje actual, deberá ser traducido por Lugar de la Calavera.

Un sol abrazador volviera sofocante e insoportable la atmósfera.

Saciada, al final, la furia de la multitud en sus desvaríos infelices, numerosos soldados siguieron al prisionero, que demandaba el monte de la crucifixión, a pasos vacilantes bajo el madero de la ignominia, que la justicia de la época destinaba a los bandidos y a los ladrones.

Hasta el momento de su salida bajo la cruz, nadie se había interesado por él, ante la autoridad del gobernador de Judea.

Dedujo de ahí el senador que, cuantos seguían al Maestro de Nazaret en las márgenes del lago, en Cafarnaúm, lo habían abandonado enteramente.

De una de las ventanas del palacio consideró, apenado, el desprecio infligido a aquel hombre que, un día, lo dominara con la fuerza magnética de su personalidad incomprensible, observando la ondulación de la turba enfurecida, al salir el inolvidable cortejo.

Al lado del Maestro no se veía más la cariñosa asistencia de los discípulos y sus numerosos seguidores. Sólo algunas mujeres – entre las cuales se destacaba la figura impresionante y afligida de su madre – lo amparaban afectuosamente, en el último y doloroso trance.

En seguida, la extensa plaza se aquietó al calor sofocante de la tarde que se avecinaba.

A distancia, se oía aún el vocerío de la plebe, aliada al rechinar de los caballos y al tintinar de las armaduras.

Impresionados con el espectáculo que, además, no era raro en Palestina, se reunieron los romanos en una de las amplias salas del palacio gubernamental, en animada charla, comentando los instintos y pasiones feroces de la plebe endurecida.

En algunos minutos, Claudia mandaba a servir dulces, vinos y frutas, y mientras la conversación analizaba los problemas de la provincia y las intrigas de la corte de Tiberio, mal imaginaba aquel puñado de criaturas que en la cruz grosera y humilde del Gólgota, iba a encenderse una gloriosa luz para todos los siglos terrestres.

IX

LA CALUMNIA VICTORIOSA

Si Jesús de Nazaret había sido abandonado por sus discípulos y seguidores más directos, lo mismo no se verificara en cuanto al gran número de criaturas humildes que lo acompañaban con devoción purificada y sincera.

Es verdad que esas almas, raras, no revelaron francamente sus simpatías ante la turba desvariada, temiéndole las sañas destructoras, pero, muchos espíritus piadosos, como Ana y Simón, contemplaron de cerca los martirios del Señor, bajo el azote infamante, llenos de lágrimas angustiosas y esperando que, a cada momento, se pudiese manifestar la justicia de Dios contra la perversidad de los hombres, a favor del Mesías.

Sin embargo, se les desvanecieron las últimas esperanzas, cuando, bajo el peso de la cruz, el martirizado caminó a pasos tambaleantes, hacia el monte de la última injuria, después de ser confirmada la despreciable sentencia.

Fue así que Ana y su tío, reconociendo inevitable el martirio de la crucifixión, deliberaron ir a la residencia de Publio, para suplicar el patrocinio de Livia, junto al gobernador.

Mientras el cortejo siniestro e impresionante se ponía en marcha con sus movimientos lentos, ambos se desviaron de la masa, encaminándose por una callejuela aislada, en busca del ansiado socorro.

Penetrando en la residencia, mientras Simón la esperaba, pacientemente, en una calzada próxima, se dirige Ana a la esposa del senador, que la recibió sorprendida y angustiada.

- Señora – le dijo, sin poder ocultar las lágrimas -, ¡el profeta de Nazaret ya está camino de la muerte ignominiosa en la cruz, entre ladrones!...

Una emoción muy fuerte le embargara la voz, sofocada de llanto.

- ¿Cómo? – respondió Livia, penosamente sorprendida - ¿Si la prisión data de tan pocas horas?

- Pero es verdad... - contestó la sierva, compungida. - ¡Y en nombre de aquellos mismos sufridores que visteis consolados por su palabra cariñosa y amiga, junto a las aguas del Tiberíades, yo y mi tío Simón venimos a implorar vuestro auxilio personal ante el gobernador, a fin de hacer un último esfuerzo por el Mesías!...

- Pero, una condenación, como esa, sin estudio, sin examen, ¿es posible? ¿Vivirá, entonces, aquí, este pueblo sin otra ley que no sea la de la barbarie? – exclamó la señora, visiblemente molesta con la inopinada noticia.

Como si desease arrancarla de cualquier divagación incompatible con el momento, la sierva insistió con decisión y amargura:

- Entretanto, señora, no podemos perder un minuto.

- Pero, antes de todo, yo necesitaba consultar a mi marido sobre el asunto... - monologó la esposa del senador, recordándose, repentinamente, de sus deberes conyugales.

¿Dónde estaría Publio en aquel instante? Desde la mañana, no había regresado a la casa, después del llamado insistente de Pilatos. ¿Habría colaborado en la condenación del Mesías? En un instante, la pobre señora examinó toda la situación en sus mínimos detalles, recordando, igualmente, los bienes infinitos que su corazón había recibido de las manos caritativas y complacientes del Maestro Nazareno, y, como si estuviese iluminada por una fuerza superior que le hacía olvidar todas las cuestiones transitorias de la Tierra, exclamó con heroica resolución:

- Está bien, Ana, iré en tu compañía a pedir la protección de Pilatos para el profeta.

Espérame un momento, mientras voy a ponerme de nuevo aquellos trajes galileos que me sirvieron aquella tarde de Cafarnaúm, dirigiéndome, de esta manera, al gobernador, sin provocar la atención de la turbamulta desenfrenada.

En pocos minutos, sin reflexionar en las consecuencias de su desesperada actitud, Livia estaba en la calle, nuevamente, vestida con los trajes simples de la gente pobre de Galilea, intercambiando amargas impresiones con el anciano de Samaria y su sobrina, acerca de los dolorosos acontecimientos.

Aproximándose a la sede del gobierno provincial, su corazón palpitó con más fuerza, obligándola a más profundos pensamientos.

¿No sería una temeridad de su parte buscar al gobernador, sin previo conocimiento del marido? Pero, ¿no había ella, hecho de todo en vano para acercarse al esposo esquivo e irritado, tratando de erigir su antigua confianza? ¿Y Pilatos? En su imaginación guardaba aún los pormenores de las amargas conmociones de aquella noche en la que fuera él más franco, en cuanto a los sentimientos inconfesables que su figura de mujer le había inspirado.

Livia hesitó al penetrar en uno de los ángulos de la gran plaza, adormecida ahora por un sol cáustico, de brazas vivas.

Su raciocinio contrariaba la actitud que asumiera frente a las exhortaciones de la sierva, que representaba, a sus ojos, la súplica angustiada, de innumerables espíritus desvalidos; pero, su corazón, sancionaba plenamente aquel último esfuerzo a favor del emisario celeste que le había curado las llagas de la hijita, llenando de tranquilidad inalterable su corazón atormentado de esposa y madre, tantas veces del incomprendido. Aparte de todo, en ese conflicto interior de la razón y del sentimiento, este último le hacía recordar que Jesús, en las márgenes del lago, le hablara de amargos sacrificios por su gran causa, y ¿no sería aquella la hora sagrada de la gratitud de su fe ardiente y de su testimonio de reconocimiento? Aliviada por la íntima satisfacción del cumplimiento de su cariñoso deber, avanzó entonces, valerosamente, dejando a los dos compañeros a la espera, en uno de los largos pasillos de la plaza, mientras procuraba ganar las adyacencias del edificio, con ligera facilidad.

Batíale el corazón desacompasadamente.

¿Cómo encontrar al gobernador de Judea en aquella hora? Un sol ardiente concentraba, en todo, calor intolerable y sofocante.

El cortejo, en demanda del Gólgota, partiera hacia casi una hora y el palacio parecía ahora sumergido en una atmósfera de silencio y de sueño, después de las penosas confusiones de aquel día.

Apenas algunos centuriones montaban guardia en el edificio y, cuando Livia alcanzó la poca distancia entre las puertas principales de acceso al interior, he aquí que se le depara la figura de Sulpicio, a quien se dirigió con el máximo de confianza y de inocencia, pidiéndole el favor de solicitar una audiencia privada e inmediata al gobernador, en su nombre, a fin de hablarle sobre la dolorosa situación de Jesús de Nazaret.

El lictor la miró de arriba abajo con la mirada de lascivia y avidez que le eran características y, creyendo firmemente en las relaciones ilícitas de aquella mujer con el Procurador de Judea, en virtud de sus observaciones personales, por coincidencias que se le figuraban la realidad perfecta de aquella supuesta prevaricación, presumió, en aquel acto insólito, no el motivo presentado, que le pareció óptimo pretexto para apartar cualquier desconfianza, sino el objetivo que era el de encontrarse con el hombre de sus preferencias.

Criatura perversa, de la que se valía el gobernador como instrumento de sus pasiones malignas, entendió que semejante entrevista debería ser llevada a efecto en la mayor intimidad; y, sabiendo que Publio Léntulus aún se encontraba allá en animada conversación con los compañeros, condujo a Livia a un gabinete perfumado, donde se alineaban preciosos vasos de aromas del Oriente, saturados de fluidos sutiles que entontecían, y donde Pilatos recibía, a veces, la visita furtiva de las mujeres de conducta equivocada, invitadas a participar de sus licenciosos placeres.

Ignorando, por completo, el mecanismo de circunstancias que la conducían a una penosísima situación, Livia acompañó al lictor al gabinete aludido, donde, si bien extrañando la suntuosidad extravagante del ambiente, se demoró algunos minutos, a solas, aguardando ansiosamente el instante de implorar, a viva voz, al procurador de Judea, su prestigiosa interferencia a favor del generoso Mesías de Nazaret.

Entretanto, ni ella, ni Sulpicio, llegaron a percibir que unos ojos escrutadores los acompañaron con profundo interés, desde el exterior del edificio al gabinete privado al que nos referimos.

Era Fulvia, que, conociendo semejante apartamento del palacio, sorprendiera a la esposa del senador, bajo el disfraz de aquella túnica humilde, de la vida rural, hinchiéndosele el corazón de pavorosos celos, al verificar aquella visita inesperada.

Mientras Sulpicio Tarquinius hacía una señal familiar al gobernador, a la que éste atendió de inmediato, yendo enseguida a su encuentro en un amplio corredor, donde murmuraron ambos algunas palabras en tono discreto, enterándose Pilatos de la ansiada entrevista en particular, aquella maliciosa criatura demandaba alcobas de su íntimo conocimiento, para asegurarse, positivamente, a través de los reposteros, de la presencia de Livia en la cámara privada del gobernador, destinada a sus expansiones licenciosas.

Certificada, en absoluto, del acontecimiento, la calumniadora gozó anticipadamente el instante en que tomaría a Publio por las manos, a fin de conducirlo a la visión directa del supuesto adulterio de su mujer y, cuando regresaba al amplio salón, dejando traslucir levemente la siniestra satisfacción de su alma, aun oyó a Pilatos exclamar con delicadeza a sus invitados:

- ¡Mis amigos, espero me concedan algunos minutos para atender a una entrevista privada y urgente, que yo no esperaba en éste momento. Creo que, consumada la condenación del Mesías de Nazaret, tocan ya a estas puertas los que no tuvieron coraje para defenderlo públicamente, en el momento oportuno!... ¡Vamos a ver!

Y retirándose con el consentimiento unánime de los presentes, el gobernador alcanzaba el gabinete reservado, donde, eminentemente sorprendido, encontró la figura noble de Livia, más bella y más seductora en aquellos trajes sencillos y simples, y que le habló en estos términos:

- Señor gobernador, aunque sin el consentimiento previo de mi marido, resolví llegar hasta aquí, en virtud de la urgencia del asunto, a suplicar vuestro amparo político para la absolución del profeta de Nazaret. Hombre humilde y bueno, caritativo y justo, ¿qué mal habría practicado para morir así, de muerte ignominiosa, entre dos ladrones? ¡Es por eso que, conociéndolo personalmente y teniéndolo en cuenta de un inspirado del cielo, oso invocar vuestras elevadas cualidades de hombre público, a favor del acusado!...

Su voz era trémula, indicando las emociones que le brotaban del alma.

- Señora – respondió, haciendo lo posible para sensibilizar y seducirle el corazón, con la ternura fingida de sus palabras -, todo lo hice para evitar a Jesús la muerte en el madero infamante, venciendo todos mis escrúpulos de hombre de gobierno, pero, desgraciadamente, todo está consumado. Nuestra legislación fue vencida por la ira de la multitud delincuente, en las explosiones injustificadas de su odio incomprensible.

- Entonces, ¿no es lícito que esperemos ninguna providencia más en beneficio de ese hombre caritativo y justo, condenado como un vulgar malhechor? ¿Será él, entonces, crucificado por el crimen de practicar la caridad y plantar la fe en el corazón de sus semejantes, que aún no saben adquirirla por sí mismos?

- Desgraciadamente, así es... - replicó Pilatos, de mal humor.- Todo lo hicimos a fin de evitar los desatinos de la plebe amotinada, mas mis escrúpulos no consiguieron vencer, siendo obligado a confirmar la pena a Jesús, en contra de mi voluntad.

Por un momento, se entregó Livia a sus meditaciones dolorosas, como si estuviese inquiriendo, de sí misma, cualquier nueva medida de adoptar sin pérdida de tiempo.

En cuanto al gobernador, después de imprimir una pausa a sus palabras, dejó que los instintos del hombre surgiesen, plenamente, en aquellas circunstancias.

Aquel día había sido de luchas penosas e intensas. Singular abatimiento físico le dominaba los centros más poderosos de la fuerza orgánica, pero, delante de sus ojos habituados a la conquista y, muchas veces, a los recursos de la crueldad misma, estaba aquella mujer, que le resistiera... Poderosa cadena parecía imantarlo a su personalidad simple y cariñosa, y él, más que nunca, deseó poseerla, volviéndola, como las otras, un instrumento de sus transitorias pasiones. El ambiente, sobre todo, le conturbaba las fuentes más puras del raciocinio. Aquél gabinete estaba destinado, exclusivamente, a sus extravagancias nocturnas, y fluidos entontecedores flotaban en todos sus rincones, embotando los más nobles pensamientos.

Veía a la mujer ambicionada, perdida por algunos segundos en graciosas reflexiones, delante de su presencia dominadora.

Aquella gracia simple, saturada de generosidad casi infantil y aliada a los ojos límpidos y profundos de madona del hogar, obscureciéndole la caballerosidad que, a veces, afloraba en el modo brusco de sus injusticias y crueldades de hombre de la vida particular y de la vida pública.

Avanzando como si estuviese tomado por una fuerza incoercible, exclamó inopinadamente, haciéndole sentir el peligro de la posición en la que se colocara:

- Noble Livia – comenzó él, en la inquietud de sus impuros pensamientos -, nunca más olvidé aquella noche, llena de música y de estrellas, en la que os revelé por primera vez el ardor de mi corazón apasionado... Olvidad, por un momento, a esos judíos incomprensibles y oíd, aun otra vez, la palabra sincera de los profundos sentimientos que me inspirasteis con vuestras virtudes y peregrina belleza!...

- ¡Señor!... – tuvo fuerzas para exclamar la pobre señora, procurando aliviarse de la afrenta.

Pero, el gobernador, con la osadía de los hombres impetuosos, no tuvo otro gesto sino el de obedecer a sus caprichos impulsivos, tomándole las manos, con atrevimiento.

Sin embargo, Livia, no movilizandó todas sus energías, alcanzó recursos para zafarse de sus brazos largos y fuertes redargüiendo, con intrepidez.

- ¡Para atrás, Señor! ¿Acaso será ése el tratamiento de un hombre de Estado para con una ciudadana romana esposa de un senador ilustre del Imperio? Y, aunque me faltasen todos esos títulos, que me deberían dignificar a vuestros ojos ávidos e inhumanos, supongo que no deberías faltar, en este momento, al simple deber, e caballerosidad respetuosa, que cualquier hombre está obligado a dispensar a una mujer!

El gobernador se detuvo ante aquel gesto heroico e imprevisto, tan habituado estaba él a los más avanzados procesos de seducción.

La resistencia de aquella mujer instigaba los deseos de vencerle el orgullo noble y la virtud incorruptible.

Tenía ímpetus de lanzarse sobre aquella criatura delicada y frágil, en el torbellino de lascivia y voluptuosidad que le enturbiaban el raciocinio; no obstante, una fuerza incoercible parecía imponerse a sus caprichos peligrosos de apasionado, inutilizándole las fuerzas necesarias a la ejecución de semejante mala acción.

En ese momento, la esposa del senador lanzándole una mirada dolorosa donde se podía leer toda la extensión de su sufrimiento y de su desprecio en vista del ultraje recibido, se retiró profundamente emocionada, con el cerebro hirviente con los más descontrolados pensamientos.

Pero, antes, de que la veamos salir del gabinete, somos obligados a retroceder algunos minutos, cuando Fulvia solicitó al sobrino de su marido le permitiese unas palabras en particular, poniéndolo al corriente de todo lo que pasaba.

El senador sufrió un choque terrible en el corazón, presintiendo que la prevaricación de la mujer estaba pronta para confirmarse ante sus propios ojos, y, con todo esto, vaciló aún creer en semejante villanía.

- ¿Livia, aquí? – preguntó tristemente a la esposa del tío, dando a entender, por la inflexión de la voz, que todo no pasaba de una criminosa calumnia.

- ¡Sí! – exclamó Fulvia, ansiosa por suministrarle la prueba tangible de sus aserciones -, ella está en coloquio con el gobernador, en su compartimiento privado, sin juzgar la situación y las circunstancias en los que se verifica tal encuentro, porque, al final, Claudia aún está en esta casa y, ante la ley, mi hermana es la esposa legítima de Pilatos, mal habituado con las costumbres disolutas de la Corte, de donde fue enviado para acá en virtud de serios incidentes de esa misma naturaleza!

Publio Léntulus abrió desmesuradamente los ojos, en su ingenuidad, dando guarida a los más horribles sentimientos, intoxicándose con el veneno de la más cruel desconfianza, en vista de que todas las circunstancias operaban en contra de su mujer, si bien juzgase él en el asunto con los más vastos caudales de su tolerancia y liberalidad.

Su actitud de expectativa revelaba, aún, el máximo de incredulidad, con respecto a las acusaciones que oyera, pero, observando la calumniadora su angustioso silencio, acudió ansiosa, exclamando:

- Senador, acompañadme a través de estas salas y os entregaré la llave del enigma, por cuanto verificaréis la liviandad de vuestra esposa, con vuestros propios ojos.

- ¿Desvariáis? – preguntó él, con terrible serenidad – un jefe de familia de nuestra estirpe social, a menos que una confianza muy fuerte le otorgue ese derecho, no debe conocer las intimidades domésticas de una casa que no sea la suya.

Percibiendo, que el golpe había fallado, volvió Fulvia a exclamar con la misma firmeza:

- Está bien, ya que no deseáis huir a vuestros principios, aproximémonos a una de esas ventanas. De aquí mismo, podréis observar la veracidad de mis palabras, con la retirada de Livia de los apartamentos privados de este palacio.

Y casi tomando al interlocutor por las manos, pues tal era el abatimiento moral que se posesionara de él, la mujer del pretor se aproximó al parapeto de una ventana próxima, seguida del senador, que le acompañaba, tambaleante.

No fueron necesarios otros argumentos que lo convenciesen mejor.

Llegados al sitio preferido de Fulvia, como puesto de observación, en pocos segundos vieron abrirse la puerta, del gabinete indicado, al mismo tiempo que Livia se retiraba, con su disfraz de galilea, dejando entrever en la fisonomía las señales evidentes de su emoción, como si quisiese huir de la situación que la abrumaba penosamente.

Publio Léntulus sintió el alma dilacerada para siempre. Consideró, en un momento, que había perdido todos los patrimonios de nobleza social y política, cubierta con las aspiraciones más sagradas de su corazón. Frente a la actitud de su mujer, consideraba por él como indeleble ignominia que le infamaba el nombre para siempre, se supuso el más desventurado de los hombres. Todos sus sueños estaban muertos ahora, y perdidas, terriblemente, todas las esperanzas. Para el hombre, la mujer escogida representa la base sagrada de todas las realizaciones de su personalidad en los embates de la vida, y él sintió que esa base le huía desequilibrándole el cerebro y el corazón.

Pero, en ese torbellino de fantasmas de su imaginación superexcitada, que escarnecían de sus mentirosas venturas, divisó la figura suave y dulce de los hijitos, que lo miraban silenciosos y conmovidos. Uno de ellos vagaba en lo desconocido, pero la hija le esperaba el cariño paternal y debería ser, de ahora en adelante, la razón de su vida y la fuerza de todas sus esperanzas.

- ¿Qué decís ahora? – exclamó Fulvia, triunfante, arrancándolo de su doloroso silencio.

- ¡Vencisteis! – respondió secamente, con la voz embargada de emoción.

Y, dando a la expresión fisonómica el máximo de energía, volvió al extenso salón, a pasos pesados y tristes, despidiéndose heroicamente de los amigos, con el pretexto de una leve jaqueca.

- Senador, esperad un momento. El gobernador aún no volvió de sus aposentos particulares – exclamó uno de los patricios presentes.

- ¡Muy agradecido! – dijo Publio, gravemente. – Pero los apreciados amigos han de disculpar la insistencia, presentando mis despedidas y agradecimientos a nuestro generoso anfitrión.

Y, sin más demoras, mandó a preparar la litera que lo conduciría de regreso al hogar, por las manos fuertes de los esclavos, para proporcionar algún reposo al corazón torturado por emociones dolorosas e inolvidables.

Mientras el senador se retira profundamente contrariado, acompañemos a Livia, de vuelta a la plaza, a fin de notificar a los dos amigos el resultado improfícuo de su tentativa.

Profundas amarguras le pungían el corazón.

Jamás pensara, en su generosidad simple y confiante, que el procurador de Judea pudiese recibirle la súplica con tamaña demostración de indiferencia e impiedad por su situación de mujer.

Procuró rehacerse de aquellas emociones, aproximándose a Ana y al tío, por cuanto le competía ocultar aquel disgusto en lo más íntimo del corazón.

Junto a los compañeros humildes, de la misma creencia, dejó expandir su angustia, exclamando pesarosa:

¡Ana, desgraciadamente todo está perdido! ¡La sentencia fue consumada y no hay ningún otro recurso!... ¡El problema cariñoso de Nazaret nunca más volverá a Cafarnaúm para llevarnos sus consolaciones suaves y amigas!... ¡La Cruz de hoy será el premio, de este mundo, a su bondad sin límites!...

Todos tres tenían los ojos llenos de lágrimas.

- Hágase, entonces, la voluntad del Padre que está en los cielos – exclamó la sierva, prorrumpiendo en sollozos.

- Hijas – dijo, entonces, el anciano de Samaria, con la mirada profunda y límpida, fija en el cielo, donde fulguraban las irradiaciones del sol ardiente -, ¡el Mesías nunca nos ocultó la verdad de sus sacrificios, de los martirios que lo aguardaban en estos sitios, a fin de enseñarnos que su reino no está en este mundo! En las sombras de mi vejez, estoy apto para reconocer la gran realidad de sus palabras, porque honras y vanaglorias, juventud y fortuna, así como las alegrías pasajeras del plano terrestre, de nada valen, pues todo aquí viene a ser ilusión que desaparece en los abismos del dolor y del tiempo... La única realidad tangible es la de nuestra alma camino, de ese reino maravilloso, cuya belleza y cuya luz nos fueron traídas por sus lecciones inolvidables y cariñosas...

- Pero – obtemperó Ana, entre lágrimas, - ¡nunca más veremos a Jesús de Nazaret, confortándonos el corazón!

- ¿Qué dices, hija? – exclamó Simón, con firmeza. - ¿No sabes, entonces, que el Maestro afianzó que su presencia consoladora es siempre inalterable entre los que se reúnen y se reunirán, en este mundo, en su nombre? Regresando, ahora, a Samaria, levantaré una cruz a la puerta de nuestra choza y reuniré, allí, a la comunidad de los creyentes que deseen continuar las amorosas tradiciones del Mesías.

Y, después de una pausa en la que parecía despertar bajo el peso de pungentes preocupaciones, acentuó:

- Pero, no tenemos tiempo que perder... Sigamos hacia el Golgota... ¡Vamos a recibir, una vez más, las bendiciones de Jesús!

- Sería muy grato para mi acompañarlos – contestó Livia, impresionada - ; pero, urge que vuelva a casa, donde me esperan los cuidados con la hija. Sé que han de perdonar mi ausencia, porque la verdad es que estoy, en pensamiento, junto a la cruz del Maestro, meditando en sus martirios e innominales padecimientos... Mi corazón acompañará esa agonía indescriptible, y que el Padre de los cielos nos conceda la fuerza necesaria para soportar valientemente el angustioso trance!

- Id, señora, que vuestros deberes de esposa y madre son también más que sagrados – exclamó Simón, cariñosamente.

Y mientras el viejo y la sobrina se dirigían al Calvario, escalando las vías públicas que demandaban la colina, Livia regresaba al hogar, apresuradamente,

buscando los caminos más cortos a través de los callejones estrechos, para volver, cuanto antes, no solo por la circunstancia inesperada de salir a la calle con vestidos diferentes, compelida por los imperativos del momento, y también porque inexplicable angustia le fustigaba el corazón, haciéndole tener una necesidad mayor de plegarias y meditaciones.

Llegando al hogar, su primer cuidado fue cambiarse la túnica habitual, buscando un lugar silencioso en su apartamento, para orar con fervor al Padre de infinita misericordia.

En algunos minutos, oyó los ruidos indicativos de la vuelta del esposo, notó que se recogía a su gabinete particular, cerrando la puerta estrepitosamente.

Recordó, entonces, que de su casa era posible avistar a lo lejos los movimientos del Golgota, procurando un ángulo de la ventana, de donde consiguiese contemplar los penosos sacrificios del Maestro de Nazaret. Bastó que buscase hacerlo, para divisar en la cúspide del monte la gran aglomeración del pueblo, mientras levantaban las tres cruces famosas, de aquel día inolvidable.

La colina era estéril, sin belleza, y a través de la distancia podían sus ojos observar los caminos polvorientos y el paisaje desolado y árido, bajo un sol abrazador.

Livia oraba con toda la intensidad emotiva de su espíritu, dominada por angustiosos pensamientos.

A su visión espiritual, surgieron aún los cuadros suaves y encantadores del mar de Galilea, conociendo que a la memoria le volvía nuevamente aquel crepúsculo inolvidable, cuando, entre criaturas humildes y sufridoras, aguardaba el dulce momento de oír la confortalecedora palabra del Mesías, por primera vez. Veía aún la tosca barca de Simón recostándose a las flores mimosas de las márgenes, mientras la orla blanca de la espuma lamía los cantos claros de la playa... Jesús estaba allí, junto a la multitud de los desesperados y desilusionados, con sus grandes ojos tiernos y profundos...

Sin embargo, aquella cruz que se levantaba, en el monte del calvario, le traía el corazón en amargas reflexiones.

Después de orar y meditar largamente, examinó de lejos los tres maderos, presumiendo escuchar el vocerío de la multitud criminal, que se aglomerara junto a la cruz del Maestro, en terribles improperios.

De repente, se sintió tocada por una onda de consolaciones indefinibles. Le parecía que el aire sofocante de Jerusalén se había poblado de vibraciones melodiosas e intraducibles. Extasiada, observó, en la retina espiritual, que la gran cruz del Calvario estaba rodeada de numerosas luces.

Al calor sofocante de aquel día, nubes oscuras se habían concentrado en la atmósfera, anunciando tempestad. En pocos minutos, toda la bóveda celeste permanecía represada de sombras espesas. No obstante, en aquel momento, Livia notara que se había rasgado en largo camino entre el Cielo y la Tierra, por donde descendían al Gólgota legiones de seres graciosos y angelicales. Concentrándose, por millares, alrededor del madero, parecían transformar la cruz del Maestro en fuente de claridades perennes y radiantes.

Atraída por aquel inmenso foco de luz resplandeciente, sintió que su alma desligada del cuerpo carnal se transportaba a la cumbre del Calvario, a fin de prestar a Jesús el último homenaje de su devoción. ¡Sí! Veía, ahora, al Mesías de Nazaret rodeado de sus lúcidos mensajeros y de las legiones poderosas de sus ángeles. Jamás había supuesto verlo tan divinizado y tan bello, con los ojos vueltos hacia el firmamento, como en visión de gloriosas beatitudes.

Ella lo contempló, por su parte, tocada de su maravillosa luz, ajena a todos los rumores que la rodeaban, implorándole fortaleza, resignación, esperanza y misericordia.

En dado momento, su espíritu se sintió bañado de indefinible consolación. Como si estuviese extasiada por la mayor emoción de su vida, notó que el Maestro desviara levemente la mirada, posándola en ella, en una onda de amor intraducible y de luminosa ternura. Aquellos ojos serenos y misericordiosos, en los tormentos extremos de la agonía, parecían decirle: - “¡Hija, aguarda las claridades eternas de mi reino, porque, en la Tierra, es así que todos nosotros debemos morir!...”

Deseaba responder a las exhortaciones suaves del Mesías, pero su corazón estaba sofocado en una onda de radiante espiritualidad. Íntimamente, afirmó, como si estuviese hablando para sí misma: - “¡sí, es de ese modo que debemos morir!... ¡Jesús, concédenos aliento, resignación y esperanza para cumplir con vuestras enseñanzas, para alcanzar, un día, vuestro reino de amor y de justicia!...”

Copiosas lágrimas le bañaban el rostro, en aquella visión beatífica y maravillosa.

Pero en ese momento, la puerta se abrió con estrépito y la voz lúgubre y desesperada del marido vibró en el aire sofocante, despertándola bruscamente, arrancándola de sus visiones consoladoras.

¡Liva! – gritó él, como si estuviese tomado por conmociones decisivas y desesperadas.

Publio Léntulus, regresando al hogar, se encaminó inmediatamente al gabinete, quedándose por mucho tiempo, sumergido en atroces pensamientos. Después de sentir el cerebro agobiado por las más antagónicas resoluciones, se recordó de que debería suplicar la piedad de los dioses para sus penosos trances. Se dirigió al altar doméstico donde reposaban los símbolos inanimados de sus divinidades familiares, pero, mientras Livia alcanzara el precioso consuelo, aceptando en el corazón las enseñanzas de Jesús en el perdón, la humildad y la práctica del bien, en balde el senador procuró esclarecimiento y consuelo, elevando sus oraciones a los pies de la estatua de Júpiter, impasible y orgulloso. En balde suplicó la inspiración de sus divinidades domésticas, porque esos dioses eran la tradición corporificada del imperialismo de su raza, tradición que se constituía de vanidad y de orgullo, de egoísmo y de ambición.

Fue así que, intoxicado por los celos, buscó a la esposa, sin más demoras, a fin de escupirle en el rostro todo el desprecio de su amarga desesperación.

Al llamarla, bruscamente, observó que sus ojos entornados estaban llenos de lágrimas, como contemplando alguna visión espiritual inaccesible a su observación. Jamás Livia le pareciera tan espiritualizada y tan bella, como en aquel instante; pero el demonio de la calumnia le hizo sentir, inmediatamente, que aquel llanto nada representaba sino la señal del remordimiento y compunción ante la falta cometida, consciente, como debería hallarse la esposa, de su presencia en el palacio gubernamental, desprendiéndose de ahí que ella debería esperar la posibilidad de su severa punición.

Arrancada de su éxtasis por la voz vibrante del marido, la pobre señora observó que su visión se desvaneciera enteramente, y que el cielo de Jerusalén fuera invadido por intensa obscuridad, oyéndose los estruendos formidables de truenos lejanos, mientras terribles relámpagos trazaban la atmósfera en todas las direcciones.

- Livia – exclamó el senador, con la voz fuerte y pausada, dando a entender el esfuerzo que despendía para dominar el complejo de sus emociones -, las lágrimas de arrepentimiento son inútiles en este momento doloroso de nuestros destinos, porque todos los lazos de afectividad común, que nos unían, están rotos ahora para siempre...

- ¿Pero qué es eso? – pudo ella decir, revelando el pavor que tales palabras le producían.

- Ni una palabra más – replicó el senador, pálido de cólera, dentro de una serenidad y feroz e implacable -, observé, con mis propios ojos, su nefasto delito ay ahora conozco la finalidad de sus disfraces humildes de galilea!... Habrá de oírme, señora, hasta el fin, eximiéndose de cualquier justificativa, porque una traición como la suya sólo podrá encontrar justo castigo en el silencio profundo de la muerte.

Pero, no quiero matarla. Mi formación moral no se compadece con el crimen. No porque haya piedad en mi alma, en vista del posible arrepentimiento de su corazón, en el tiempo oportuno, sino porque tengo aún una hija sobre cuya frente recaería mi gesto de crueldad contra su felonía, que basta para volvernos infelices por toda la vida.

Hombre honesto y dispuesto a enfrentarme a cualquier ultraje, tengo mucho amor a mi nombre y a las tradiciones de mi familia, para no volverme un padre desnaturalizado y criminal.

Podría abandonarla para siempre, en consideración de su acto de extrema deslealtad, pero los siervos de esta casa se alimentan igualmente en mi mesa, y, sin reconocer los otros títulos que me ligaban a la señora, en la intimidad doméstica, veo aún en su persona a la madre de mis hijos desventurados. Es por eso que, de ahora en adelante, desprecio, en vista de las pruebas palpables de su deshonestidad, en este día nefasto de mi destino, todas las expresiones morales de su personalidad indigna, para conservar en esta casa, tan solo, su expresión de maternidad, que me habitué a respetar en los irracionales más humildes.

Los ojos suplicantes de la calumniada dejaban entrever los indecibles martirios que le dilaceraban el corazón cariñoso y sensibilizado.

Arrodillárase a los pies del esposo, con humildad, mientras las lágrimas dolorosas le rodaban por la faz pálida.

En ese instante, se recordaba, Livia, de Jesús, en sus intraducibles padecimientos. Sí... ella recordaba sus palabras y estaba dispuesta para el sacrificio. En medio de sus dolores, parecía sentir aún el sabor de aquel pan de vida, bendecido por sus divinas manos, y se sentía lavada de todas las preocupaciones mundanas. La idea del reino de los cielos, donde todos los afligidos son consolados, le anesthesiaba el corazón adolorido, en sus primeras reflexiones con respecto a la calumnia de la que era víctima su espíritu fustigado por las pruebas aspérrimas.

No obstante esa actitud de serena humildad, el senador continuó en el auge de la angustia moral:

- Le di todo lo que poseía de más puro y más sagrado en este mundo, en la esperanza de que correspondiese a mis ideales más sublimes; entretanto, relegando todos los deberes que le competían, no vacilé en derramar sobre nosotros un puñado de lodo... Prefirió, a la convivencia de mi corazón, las costumbres disolutas de esta época de criaturas irresponsables, en el capítulo de la familia, resbalando hacia el desfiladero que conduce a la mujer a los abismos del crimen y de la impiedad.

Pero, ¡oiga bien mis palabras que señalan los más terribles disgustos de mi corazón!

Nunca más se apartará de las labores domésticas, de las obligaciones diarias de mi casa. Un acto más, con que provoque las últimas reservas de mi tolerancia, no deberá esperar otra providencia que no sea la muerte.

No me solicite las manos honestas para un acto de tal naturaleza. Si las tradiciones familiares desaparecieron en lo íntimo de su espíritu, continúan ellas cada vez más vivas en mi alma, que las desea cultivar, incesantemente, en el santuario de mis recordaciones más queridas. Viva con su pensamiento en la ignominia, pero absténgase de zumbiar públicamente de mis sentimientos más sagrados, porque la paciencia y la libertad también tienen sus límites.

¡Sabré resurgir de esta caída en la que sus liviandades me lanzaron!...

De ahora en adelante, la señora será en esta casa apenas una sierva, considerando la función maternal que hoy la exime de la muerte; pero, no intervenga en la solución de ningún problema educativo de mi hija. Sabré conducirla sin su concurso y buscaré al hijito perdido tal vez por su inconsciencia criminal, hasta el fin de mis días. Concentraré en los hijos la parcela inmensa de amor que le reservara, dentro de la generosidad de mi confianza, porque de ahora en adelante, no me debe buscar con la intimidación de

la esposa, que no supo ser, por su injustificable deslealtad, sino con el respeto que una esclava debe a sus señores!...

Mientras se verificaba una ligera pausa en las palabras acerbadas y amargas del senador, Livia le dirigió una mirada de angustia suprema.

Deseaba hablarle como antes, entregándole el corazón sensible y cariñoso; Pero, conociéndole el temperamento impulsivo, adivinó la inutilidad de cualquier tentativa para justificarse.

Pasadas las primeras reflexiones y oyendo, con dolor y amargura, aquella terrible insinuación acerca de la desaparición del hijito, dejó vagar en el corazón numerosas vacilaciones injustificables. Ante aquellas calumnias que la hacían tan desdichada, llegaba a pensar si las buenas acciones no serían vistas por aquel Padre de infinita bondad, que ella creía velando, desde los cielos, por todos los sufridores, de conformidad con las promesas sublimes del Mesías Nazareno. ¿No guardara ella una conducta noble y ejemplar, como madre dedicada y esposa cariñosa? ¿Todo su corazón no estaba puesto en tributos de esperanza y de fe en aquel reino de soberana justicia, que se localizaba fuera de la vida material? Aparte de eso, su ida precipitada a Pilatos, sin la audiencia previa del marido, había sido tan solo con el elevado propósito de salvar a Jesús de Nazaret de la muerte infamante. ¿Dónde estaba el socorro sobrenatural que no llegaba para esclarecer la penosa situación de ella tal injusticia?

Lágrimas angustiosas le nublaron los ojos cansados y abatidos.

Pero, antes que el marido siguiese con las acusaciones, se vio de nuevo frente a la cruz, en pensamiento.

Una brisa suave parecía amenizar las úlceras que el libelo del esposo le abriera en el corazón. Una voz, que le hablaba a los rincones más íntimos de la conciencia, le recordó al espíritu sensible que el Maestro de Nazaret también era inocente y expirara en aquel día, en la cruz, bajo los insultos de verdugos impiadosos. Y él era justo, bueno y compasivo. De aquellos a quien más había amado, recibiera la traición y el abandono en la hora extrema del testimonio y, de cuantos había servido con su caridad y amor, había recibido las espinas envenenadas de la más acerba ingratitud. Ante la visión de sus martirios infinitos, Livia consolidó su fe y rogó al Padre Celestial que le concediese la intrepidez necesaria para vencer las pruebas aspérrimas de la vida.

Sus meditaciones angustiosas habían durado un momento. Un minuto apenas, después del cual, continuó Publio Léntulus con la voz desesperada:

- ¡Aguardaré dos días más, en las investigaciones de mi hijito desventurado! Transcurridos estas pocas horas volveré a Cafarnaúm para afrontar el paso del tiempo... Quedaré en este escenario maldito, mientras fuere necesario y, en cuanto a la señora recójase de ahora en adelante en su propia indignidad, porque, con el mismo ímpetu generoso con que le regalo la existencia en este momento, no vacilaré en infligirle la última punición en el momento oportuno!...

Y, abriendo la puerta de salida, que estremeciera como el estruendo del trueno, exclamó con terrible acento:

- Livia, este momento doloroso señala la perpetua separación de nuestros destinos. No ose transponer la frontera que nos aísla a uno del otro, para siempre, en el mismo hogar y dentro de la misma vida, porque un gesto de esos puede significar su inapelable sentencia de muerte.

Detrás de él, se cerrara la puerta con estrépito, irritado por los rumores de la tempestad.

Jerusalén estaba bajo un verdadero ciclón de destrucción, que iba a dejar, después de su paso, señales de ruina, desolación y muerte.

Quedando sola, Livia lloró amargamente.

Mientras la atmósfera se lavaba con la lluvia torrencial que descendía a cántaros en el fragor de las tormentas, también su alma se despojaba de las ilusiones amargas y purificadoras.

Sí... estaba sola y profundamente desventurada.

De ahora en adelante, no podría contar con el amparo del marido, ni con el afecto suave de la hijita, pero un ángel de serenidad velaba en su cabecera, con la dulzura de los centinelas que nunca se apartan de su puesto de amor, de redención y de piedad. Y fue su espíritu luminoso que, haciendo gotear el bálsamo de la esperanza en el cáliz de su corazón angustiado, le dio a sentir que aún poseía mucho: - el tesoro de la fe, que la unía a Jesús, al Mesías de la renuncia y de la salvación, esperándole en su reino de luz y de misericordia.

X

EL APÓSTOL DE SAMARIA

Al siguiente día, Publio Léntulus incentivó las investigaciones sobre el hijito, entre cuantos peregrinaban en las fiestas de la Pascua, en Jerusalén, instituyendo el premio de un Gran Sestercio ¹, o sea, dos mil quinientos ases, para quien presentase a sus siervos el niño desaparecido.

No debemos olvidar que la criada Sémele, así como sus compañeras de servicio fueron sometidas al más riguroso interrogatorio, en ocasión del castigo a los siervos imprevisores, encargados de la vigilancia nocturna en casa del senador.

Publio no admitía castigos físicos a las mujeres, pero, en el caso misterioso de la desaparición del hijito, sometió a las criadas a un interrogatorio francamente impiadoso.

Inútil declarar que Sémele protestara la más absoluta inocencia, sin demostrar nada que pudiese comprometer su conducta.

Entretanto, las tres siervas que más directamente cuidaban del pequeño,

¹ Mil sestercios.

entre las cuales estaba ella incluida, fueron obligadas a colaborar con los esclavos en la búsqueda de Marcus, por las plazas y caminos de Jerusalén, aunque tuviesen sus horas diarias consagradas al descanso. Esas horas, las aprovechaba Sémele para visitar o ver de nuevo relacionados y amigos, pasando la mayor parte del tiempo en el sitio donde André cultivaba sus olivares y viñedos frondosos, a poca distancia de la vía hacia los centros principales.

En ese día, vamos a encontrarla allí en animada conversación con el raptor y su mujer, mientras el niño dormía en el canto de un compartimento.

- ¿Con qué entonces, el senador instituyó el premio de un Gran Sestercio a quien le devuelva al niño? – preguntó André de Gioras, admirado.

- Es verdad – exclamó Sémele, pensativa. Y, en realidad, se trata de una gran suma de dinero romano, que nadie ganaría fácilmente en este mundo.

- Si no fuese mi justo y ardiente deseo de venganza – replicó el raptor con su maliciosa sonrisa -, era la ocasión de ir a obtener esa respetable cantidad. ¡Pero, estemos tranquilos que no necesitamos de semejante dinero! nada necesitamos de esos malditos patricios!

Sémele lo escuchaba indiferente y casi completamente ajena a la conversación, entre tanto, el interlocutor no perdía de vista las características fisonómicas de su cómplice, como si intentase descubrir, en su modo simple y humilde, algún pensamiento reservado.

Fue así que, con la intención de sondearle la actitud psicológica, dijo en tono aparentemente calmado y despreocupado, como inquiriendo sus propósitos más secretos:

- Sémele, ¿cuáles son las últimas noticias de Benjamim?

- Vaya, Benjamim – respondió ella aludiendo al novio – aún no se resolvió a marcar en definitiva la fecha de casamiento, atento a nuestras innumerables dificultades.

Como no ignora, todo mi deseo en el trabajo se resume a la consecución de nuestro ideal de adquirir aquella casita de Betania, ya conocida por usted, y tan pronto logremos conseguir nuestro deseo estaremos unidos para siempre.

- Vaya, vaya – dijo André, con la actitud psicológica de quien encontrara la llave de un enigma -, con el tiempo habrán de conseguir todo lo necesario para la ventura de los dos. De mi parte, puede quedar descansada, porque haré lo posible por auxiliarla paternalmente.

- ¡Muy agradecida! – exclamó la joven, con reconocimiento, - Ahora permítame que vuelva al trabajo, porque las horas están avanzadas.

- ¡Todavía no – habló André resueltamente -, espere un momento. Quiero darle a probar nuestro vino viejo, abierto hoy solamente para conmemorar la circunstancia feliz de encontrarnos con vida, después del tremendo temporal de ayer!

Y, corriendo al interior, penetró en la bodega, donde tomó de una vasija de vino espumante y claro, henchéndolo, con abundancia, en una taza antigua. En seguida, fue a un cuarto contiguo, de donde trajo un tubo pequeñito, dejando caer, en la taza, algunas gotas del contenido, monologando bajito:

- ¡Ay! Sémele, bien podrías vivir sino hubiese surgido ese maldito premio, que te condena a la muerte!... Benjamim... el casamiento es una situación de amargura pobreza. – Una suma de mil sestercios constituye una tentación que no podría resistir el espíritu más bien intencionado y más puro... Mientras fueron los interrogatorios y otros castigos, estaba seguro, pero ahora es el dinero y el dinero acostumbra condenar a las criaturas humanas a la muerte!...

Y, mezclando el tóxico violento en el vino que espumaba, continuó, refunfuñando:

- De aquí a seis horas mi pobre amiga estará penetrando el reino de las sombras... ¿Qué hacer? ¡Nada me resta sino desearle buen viaje! ¡Y nunca más sabrá nadie, en este mundo, que en mi casa existe un esclavo con la sangre noble de los aristócratas del Imperio Romano!...

En dos minutos la desventurada sierva del senador ingería satisfecha el contenido de la taza, agradeciendo la siniestra gentileza con palabras conmovedoras.

Desde la puerta de su vivienda empedrada, observó André los últimos pasos de su cómplice, transponiendo las curvas del camino.

Nadie más pelearía el Gran Sestercio ofrecido por la desesperación de Léntulus, porque, precisamente a la nohecita, casi a las diecinueve horas, Sémele sintió una sensación de súbito malestar, recogándose al lecho inmediatamente.

Abundantes sudores fríos le levantaron el rostro demacrado, donde se notaba el palor característico de la muerte.

Ana, que ya había regresado, compungida, a los quehaceres domésticos, fue llamada apresuradamente, a fin de suministrarle el socorro necesario, sin embargo, la encontró, en el auge de la aflicción que señala a los moribundos prestos a liberarse de la cárcel de materia.

- Ana... - exclamó la agonizante, en voz baja -, yo muero... pero tengo la... conciencia... pesada... intranquila...

- ¿Sémele, qué es eso? – replicó la otra, profundamente conmovida. ¡Confiemos en Dios, nuestro Padre Celestial, y confiemos en Jesús, que aún ayer nos contemplaba desde la cruz de sus sufrimientos, con una mirada de infinita piedad!

- Siento... que es... tarde... - murmuró la agonizante, en las ansias de la muerte -, yo... sólo... quería... un perdón...

Sin embargo, la voz entrecortada y ronca no pudo continuar. Un sollozo más fuerte ahogara las últimas palabras, mientras el rostro se cubría de tonos violáceos, como si el corazón se hubiese parado instantáneamente, quebrado por incontrastable fuerza.

Ana comprendió que era el fin y suplicó a Jesús que recibiese en su reino misericordioso el alma de la compañera, perdonándole las faltas graves que, seguramente, habían dado motivo a las palabras angustiosas de los últimos momentos.

Llamado un médico para examinar el cadáver, verificó, con el empirismo de su ciencia, que Sémele había expirado por deficiencia del sistema cardíaco y, lejos de descubrirse la verdadera causa de aquel hecho inesperado, el secreto de André de Gioras se envolvía en las sombras espesas del túmulo.

Ana y Livia tuvieron la ocasión de intercambiar impresiones sobre el doloroso acontecimiento, pero ambas, a pesar de la profunda impresión que les causaban las últimas palabras de la muerta, encaraban su paso para la otra vida, como una de esas fatalidades irremediabiles.

Publio Léntulus, después de ese hecho, apresuró el regreso a la vivienda de Cafarnaúm, que adquiriera al antiguo dueño, en carácter definitivo, previniendo la posibilidad de larga permanencia en tales lugares. El regreso fue triste, jornada trabajosa y sin esperanzas.

Los numerosos siervos no llegaron a percibir la profunda divergencia existente ahora entre él y la esposa, y fue así que, verdaderamente separados por el corazón, continuaron en el hogar la misma tradición de respeto ante los subordinados.

Después de algunos días, de su segunda instalación en la ciudad próspera y alegre donde Jesús tantas veces hiciera sonar dulces y divinas palabras, el senador preparó un copioso expediente para el amigo Flaminio, así como para otros elementos del senado, enviando a Comenio a Roma, como portador de su entera confianza.

Odiando a Palestina, que tantas y tan amargas pruebas le reservara, pero preso a ella por la desaparición misteriosa del pequeño Marcus, el senador solicitaba a Flaminio su intervención particular para que su tío Salvio regresase a la sede de sus servicios en la Capital del Imperio, intentando librarse de la presencia de Fulvia en aquellos lugares, por cuanto le decía el corazón, en la intimidad del pensamiento, que aquella mujer tenía una influencia nefasta en su destino y en el de su familia. Al mismo tiempo, saturado de terrible aversión por la personalidad de Poncio Pilatos, ponía al amigo distante a la par de numerosos escándalos administrativos que él, después del incidente de la Pascua, resolviera corregir con el máximo de severidad. Prometía, entonces, a Flaminio Severus, conocer más de cerca las necesidades de la provincia, a fin de que las autoridades romanas estuviesen conscientes de las graves ocurrencias en la administración, de modo que, en el tiempo oportuno, fuese el gobernador removido para otro sector del imperio, y prometiendo relacionar, sin demora, todas las injusticias de la actuación de Pilatos en la vida pública, en vista de las reclamaciones reiteradas y consecutivas que le llegaban a los oídos, de todos los rincones de la provincia.

En esas cartas particulares pedía aun, al amigo, las providencias necesarias, a fin de que le fuese enviado un profesor para la hijita, pero, absteniéndose, de referirse a los dolorosos dramas de la vida privada, con excepción del caso del hijito, citado por él en estos documentos como causa única de su demora indefinida, en tales lugares.

Comenio partió de Jope, con la máxima preocupación, obedeciendo rigurosamente a sus órdenes y llegando a Roma en algún tiempo, donde haría llegar aquellas noticias a las manos de sus legítimos destinatarios.

En Cafarnaúm, la vida corría triste y silenciosa.

Publio se apegara a su voluminoso archivo, a sus procesos, a sus estudios y a sus meditaciones, preparando los planes educativos de la hija u organizando proyectos concernientes a sus actividades futuras, haciendo lo posible para reerguirse del abatimiento moral en que se sumergiera con los dolorosos sucesos de Jerusalén.

En cuanto a Livia, esta, conociendo la inflexibilidad del carácter orgulloso del marido, y sabiendo que todas las circunstancias aparentaban su culpa, encontrara en el alma dedicada de la sierva una confidente extremada en el afecto, viviendo casi permanentemente sumergida en oraciones sucesivas y fervorosas. Los sufrimientos experimentados se le hicieron patentes en el rostro, revelando profundos vestigios en los surcos de la faz demacrada. Sin embargo, los ojos, demostrando el temperamento y el vigor de la fe, le clareaban, las expresiones fisonómicas de brillo singular, a pesar de su visible abatimiento.

En Cafarnaúm, los seguidores del Maestro de Nazaret organizaron inmediatamente una gran comunidad de creyentes del Mesías, convirtiéndose muchos en apóstoles abnegados de su doctrina de renuncia, de sacrificio y de redención. Algunos predicaban, como Él, en la plaza pública, mientras otros curaban a los enfermos en su nombre. Criaturas rústicas habían sido tomadas, extrañamente, del más alto soplo de inteligencia e inspiración celeste, porque enseñaban con la mayor claridad las tradiciones de Jesús, organizándose con la palabra de esos apóstoles los pródromos del Evangelio escrito, que quedaría, más tarde, en el mundo, como el mensaje del Salvador de la Tierra a todas las razas, pueblos y naciones del planeta, cual luminoso derrotero de las almas para el Cielo.

Todos cuantos se convertían a la idea nueva, confesaban en la plaza pública los errores de su vida, en señal de la humildad que les era exigida, puertas adentro de la comunidad cristiana. Y para que el dulce profeta de Nazaret jamás fuese olvidado en sus martirios redentores en el Calvario, el pueblo simple y humilde, de entonces, organizó el culto de la cruz, creyendo que fuese ese el mejor homenaje a la memoria de Jesús de Nazaret.

Livia y Ana, en su profundo amor al Mesías, no escaparon a esa adhesión natural a las tradiciones populares. La cruz era objeto de toda su veneración y absoluto respeto, no obstante, representar, en aquel tiempo, el instrumento de punición para todos los criminales y malvados.

Ana continuó frecuentando las márgenes del lago, donde algunos apóstoles del Señor proseguían cultivando sus lecciones divinas, junto a los sufridores y desheredados de la suerte. Y era común ver a esos antiguos compañeros y oyentes del Mesías, como pastores humildes, atravesando caminos agrestes, en el más absoluto ascetismo, a fin de llevar, a todos los hombres, las palabras consoladoras de la Buena Nueva. Prototipos impresionantes de hombres simples y abnegados recorrían los más largos y

escabrosos caminos, con las vestiduras rotas y calzando alpargatas rústicas, pero, predicando con perfección y sentimiento, las verdades de Jesús, como si sus frentes humildes estuviesen tocadas de la gracia divina. Para muchos de ellos, el mundo no pasaba de Judea o de Siria; pero la realidad es que sus palabras valientes y serenas iban a permanecer en el mundo para todos los siglos.

Más de un mes había pasado sobre la Pascua del 33, cuando el senador, en una tarde hermosa y caliente de Galilea, se aproximó a la esposa para hablarle de sus nuevos propósitos.

- Livia – comenzó él, reservado -, vengo a comunicarle que pretendo viajar algún tiempo, apartándome de esta casa tal vez por dos meses, en cumplimiento de mis deberes de emisario del Emperador, en condiciones especiales en esta provincia.

Como este viaje se verificará a través de numerosos puntos, por cuanto intento para un poco en todas las ciudades del itinerario, hasta Jerusalén, no me es posible llevarla en mi compañía, dejándola, en este caso, como guardiana de mi hija.

Como sabe, nada más existe entre nosotros que le otorgue el derecho de conocer mis preocupaciones más íntimas; sin embargo, reservada en esta casa, apenas por su tarea maternal, le confió durante mi ausencia la guarda de Flavia, hasta que llegué de Roma el viejo profesor que pedí a Flaminio.

Deseo firmemente que crea en la confianza que deposito en su propósito de regeneración, como madre de familia, y que procure restablecer su idoneidad que, otrora, no le negaría en tales circunstancias, y espero, así, que se abstenga de cualquier acto indigno, que venga a perder a mi pobre hija para siempre.

- ¡Publio!... – pudo aún exclamar la esposa del senador, aflictivamente, intentando aprovechar aquel fugaz minuto de serenidad del marido, a fin de defenderse de las calumnias que le eran achacadas por las más complicadas circunstancias; pero, apartándose repentinamente, cerrado en su severidad orgullosa, el senador no le dio tiempo de continuar, integrándola, cada vez más, en el conocimiento de su amarga situación dentro del hogar.

Pasada una semana, partía él para su venturoso viaje.

Lo animaba, por encima de todo, el deseo de aliviar el corazón de tantos pesares, la tentativa de la búsqueda del hijito desaparecido y el objetivo de catalogar los errores e injusticias de la administración de Pilatos, para retirarlo de los poderes públicos en Palestina, en el tiempo oportuno.

Pero, en su resolución, había un error grave, cuyas consecuencias dolorosas no consiguiera o no pudiera prever en su íntimo atribulado. La circunstancia de dejar a la esposa y a la hija expuestas a los peligros de una región, donde eran consideradas como intrusas, debía ser examinada más detenidamente por su visión de hombre práctico. Además de eso, él no podía contar, en esa ausencia, con la dedicación vigilante de Comenio, en viaje con destino a Roma, donde lo conducían las determinaciones del patrón y leal amigo.

Todas esas preocupaciones andaban en el espíritu de Livia, dotada, como mujer, del sentimiento más puro y más justo, en el plano de las conjeturas y previsiones.

Fue así, con el alma afligida, que vio partir al marido, no obstante, hubiese él recomendado a numerosos siervos el máximo de vigilancia en los trabajos de la casa, junto a sus familiares.

Festividades solemnes fueron determinadas por Herodes, en el Tiberíades, avisado previamente por el senador, con respecto a su visita personal a aquella ciudad, que representaba la primera etapa de su larga excursión. Todas las localidades de mayor relevancia constaban como puntos de parada de la caravana, recibiendo Publio, en todas ellas, los más expresivos homenajes de las administraciones y contingentes de escolta e innumerables siervos, que le auxiliaban los servicios, en aquella lenta excursión a través de las unidades políticas de menor importancia en Palestina.

Entretanto, debemos consignar, que Sulpicio Tarquinius se encontraba justamente en misión junto a Antipas, en el momento de la festiva llegada de Publio Léntulus a la gran ciudad de Galilea. Sin embargo, procuró no hacerse notar por el senador, regresando el mismo día a Jerusalén, donde vamos a encontrarlo en conferencia íntima con el gobernador, en estos términos:

- ¿Sabéis que el senador Léntulus – decía Sulpicio, con el placer de quien da una noticia deseada e interesante.- se dispone a efectuar largo viaje por toda la provincia?

- ¿Qué? – dijo Pilatos enormemente sorprendido.

- Pues es verdad. Lo dejé en Tiberíades, de donde se dirigirá hacia Sebaste en pocos días, creyendo incluso, según el programa del viaje, que pude conocer gracias al concurso de un amigo, que no volverá a Cafarnaúm en estos cuarenta días.

- ¿Qué intención tendrá el senador con un viaje tan incómodo y sin atractivo? - ¿Alguna determinación secreta de la sede del Imperio? – inquirió Pilatos, receloso de alguna punición a sus actos injustos en la administración política de la provincia.

Pero, después de algunos segundos de meditación, como si el hombre privado sobrepujase las cogitaciones del hombre público, preguntó al lictor, con interés:

- ¿Y la esposa? ¿No lo acompaño? ¿Tendría el senador el coraje de dejarla sola, entregada a las sorpresas de este país, donde se anidan tantos malhechores?

- Reconociendo que tendríais interés en tales informes – tomó Sulpicio, con fingida dedicación y satisfecha malicia -, busqué enterarme del asunto con un amigo que sigue al viajero, como elemento de su guardia personal, viniendo a saber que la señora Livia quedó en Cafarnaúm, en compañía de la hija, y allí aguardará el regreso del esposo.

- Sulpicio – exclamó Pilatos, pensativo -, supongo que no ignoras mi simpatía por la adorable criatura a la que nos referimos...

- Bien lo sé, incluso porque, fui yo mismo, como debéis recordar, quien la introdujo en vuestro gabinete particular, no hace mucho tiempo.

- ¡Es verdad!

- ¿Por qué no aprovecháis esta ocasión para una visita personal a Cafarnaúm? – preguntó el lictor, con segundas intenciones, pero sin abordar directamente el melindroso asunto.

- ¡Por Jupiter! – contestó Pilatos, satisfecho. – Tengo una invitación de Cusa y otros funcionarios graduados de Antipas, en aquella ciudad, que me autoriza a pensar en eso. Pero, ¿a qué viene tu sugestión en ese sentido?

- Señor – exclamó Sulpicio Tarquinius, con hipócrita modestia -, antes de todo, se trata de vuestra alegría personal con la realización de ese proyecto y, después, tengo igualmente gran simpatía por una joven sierva de la casa, de nombre Ana, cuya belleza admirable y simple es de las más seductoras que he visto en las mujeres nacidas en Samaria.

- ¿Qué es esto? Nunca te observé apasionado. Creo que ya pasaste la época de los arrebatos de la juventud. En todo caso, eso quiere decir que no me encuentro solito en la satisfacción que me trae la idea de ese viaje imprevisto – replicó Pilatos, con visible buen humor.

Y, como si en aquel mismo instante hubiese elaborado todos los detalles de su plan, exclamó al lictor, que lo oía entre satisfecho y envanecido:

- Sulpicio, te quedarás aquí en Jerusalén apenas el tiempo necesario para tu descanso ligero e inmediato, regresando pasado mañana, para Galilea, donde irás directamente a Cafarnaúm avisando a Cusa de mis propósitos de visitar la ciudad y, hecho eso, irás hasta la residencia del senador Léntulus, donde informarás a su esposa de mi decisión, en tono discreto, informándole del día previsto para mi partida y llegada hasta allá. Espero que, con la actitud desconsiderada del marido, dejándola tan sola en tales regiones, venga ella personalmente a Cafarnaúm a encontrarse conmigo, para distraerse de la compañía de los galileos groseros e ignorantes, y recordar, por algunas horas, sus días felices de la Corte, junto a mi conversación y mi amistad.

- Muy bien – contestó el lictor, sin caber en sí de contento – Vuestras órdenes serán rigurosamente cumplidas.

Sulpicio Tarquinius salió alegre y recomfortado en sus sentimientos inferiores, gozando por anticipado el instante en el que se aproximaría nuevamente a la joven samaritana, que despertara la codicia de sus sentidos materiales, codicia que no había tenido tiempo de manifestar durante su permanencia al servicio personal del Publio Léntulus.

Cumpliendo las determinaciones recibidas, vamos a encontrarlo pasados cuatro días en Cafarnaúm, donde los avisos del gobernador fueron recibidos con gran contentamiento por parte de las autoridades políticas.

Pero, lo mismo no aconteció en la residencia de Publio, donde su presencia fue recibida con reservas por los empleados y esclavos de la casa. A su llamado, se le presentó Máximus, sustituto de Comenio en la jefatura de los servicios usuales, pero que estaba lejos de poseer su energía y experiencia.

Atendido, solícitamente, por el antiguo siervo, que era su conocido personal, le pidió el lictor la presencia de Ana, de quien decía necesitar de una entrevista personal para la solución de determinado asunto.

El viejo criado de Léntulus no vaciló en llamarla a la presencia de Sulpicio, que la envolvió en miradas ávidas y ardientes.

La criada le preguntó, entre intrigada y respetuosa, la razón de la visita inesperada, a lo que Tarquinius esclareció que se trataba de la necesidad de entrevistarse, por un momento, con Livia, en particular, intentando al mismo tiempo colocar a la pobre moza al corriente de sus pretensiones inconfesables, dirigiéndole las propuestas más indignas e insolente.

Después de algunos minutos, en los que se hacía oír en sus expresiones insultantes, con la voz sofocada, que Ana escuchaba extremadamente pálida, con el máximo de cuidado y paciencia para evitar cualquier nota escandalosa por su causa, respondió la digna sierva con la voz austera y valerosa:

- Señor lictor, llamaré a mi señora para atenderos, dentro de pocos instantes. En cuanto a mí, debo afirmaros que estáis engañado, porque no soy la persona que suponéis.

Y, encaminándose resueltamente para el interior de la casa, informó a la señora del persistente propósito de Sulpicio en hablarle personalmente, sorprendiéndose Livia no solo con el acontecimiento inesperado, sino también con la expresión fisionómica de la sierva, presa de la más extrema palidez, después del choque sufrido. Ana trató de no enterarla de pronto de lo sucedido, mientras murmuraba:

- Señora, el lictor Sulpicio parece estar con prisa. Presumo que no tenéis tiempo que perder.

Entretanto, sin dejarse dominar por las circunstancias, Livia buscó atender al mensajero con el máximo de su habitual atención.

Ante su presencia, se inclinó el lictor con profunda reverencia, dirigiéndosele respetuoso, en cumplimiento de los deberes que lo traían:

- Señora, vengo de parte del señor Procurador de Judea, que tiene la honra de comunicaros su llegada a Cafarnaúm en los primeros días de la próxima semana...

Los ojos de Livia brillaron de justificada indignación, mientras innumerables conjeturas le asaltaron el espíritu; pero, movilizándolo sus energías, tuvo el coraje necesario para responder a la altura de las circunstancias.

- Señor lictor, agradezco la gentileza de vuestras palabras, pero, me corresponde esclarecer que mi esposo se encuentra de viaje, en este momento, y nuestra casa a nadie recibe en su ausencia.

Y, con una leve señal, le hizo sentir que era tiempo de retirarse, lo que Sulpicio comprendió, íntimamente encolerizado, despidiéndose con reverencias respetuosas.

Sorprendido con aquella actitud, porque a los ojos del lictor la prevaricación de Livia representaba un hecho incontestable, se retiró sumamente desilusionado, pero no sin antes conjeturar los acontecimientos en su depravada malicia.

Fue así que, encontrándose con uno de los soldados de guardia en la residencia, su conocido y amigo personal, le observó con fingido interés:

- Octavio, antes de una semana tal vez esté aquí de vuelta y desearía encontrar de nuevo, en esta casa, la joya rara de mi felicidad y de mis esperanzas...

- ¿Qué joya es ésta? – preguntó, curioso, el interpelado.

- Ana...

- Está bien. El trabajo que me pides es fácil.

- Pero, óyeme bien – exclamó el lictor, presintiendo, ya, que la presa haría cualquier cosa por huirle de las manos. – Ana acostumbra ausentarse frecuentemente y, en caso que eso se verifique, espero que tu amistad no me falte con los informes necesarios, en el instante oportuno...

- Puede contar con mi dedicación.

Acabando de oír el pormenor más importante de ese diálogo, volvamos al interior, donde Livia, con el alma oprimida, confía a la sierva amiga y consagrada las conjeturas dolorosas que le pesaban en el corazón. Después de exteriorizarle sus justificados temores, plenamente admitidos por Ana que, por

su parte, la colocó al corriente de las insolencias de Sulpicio, la pobre señora deshilo a su confidente, simple y generosa, el rosario interminable de sus amarguras, relatándole todos los sufrimientos que le dilaceraban el alma cariñosa y sensibilísima, desde el primer día en que la calumnia encontrara guarida en el espíritu orgulloso del compañero. Las lágrimas de la sierva, ante la singular narrativa, eran un buen reflejo de su alta comprensión de las angustias de la señora, perdida en aquellos rincones casi salvajes, considerando su educación y la nobleza de su origen.

Al finalizar el penoso relato de sus desdichas, la noble Livia acentuó con patente amargura:

- En verdad, todo lo he hecho por evitar los escándalos injustificables e incomprensibles. Pero, ahora, siento que la situación se agrava cada vez más, en vista de la insistencia de mis verdugos y de la displicencia de mi marido en vista de los acontecimientos, perdiéndose mi espíritu en conjeturas amargas y dolorosas.

Si mando a llamarlo con un mensajero, poniéndolo al corriente de lo que pasa, a fin de que nos proteja con sus providencias inmediatas, tal vez no comprenda la marcha de los acontecimientos en su intimidad, encarando mis celos como síntoma de culpas anteriores, o tomando mis escrúpulos como deseo de regeneración por faltas que no cometí, en virtud de sus enérgicas reprimendas y penosas amenazas; y si no lo aviso de esas graves ocurrencias, del mismo modo se produciría el escándalo, con la venida del gobernador a Cafarnaúm, aprovechando la ocasión de su ausencia.

¡Tomo, únicamente, a Jesús por mi juez en esta causa dolorosa, en que los únicos testigos deben ser mi corazón y mi conciencia!...

Lo que más me preocupa, ahora, mi buena Ana, no es tan solo la obligación de velar por mí, ya que probé la hiel amarga de la desilusión y de la calumnia impiadosa. Es, justamente, por mi pobre hija, que temo porque tengo la impresión de que aquí en Palestina los malhechores están en los lugares donde deberían permanecer los hombres de sentimientos puros e incorruptibles...

Como no ignoras, mi desventurado hijito ya se fue, arrebatado por ese torbellino de peligros, tal vez asesinado por manos indiferentes y criminales... Me dice el corazón de madre que mi desgraciado Marcus aún vive, ¿pero, dónde y cómo? ¡En balde hemos procurado saberlo, en todos los rincones, sin la más leve señal de su presencia o pasaje... Ahora, manda la conciencia que resguarde a la hijita contra las celadas tenebrosas!...

- Señora – exclamó la sierva, con extraño fulgor en la mirada, como si se hubiera encontrado una solución repentina y apreciable para el asunto -, lo que dijisteis revela el máximo buen sentido y prudencia... También yo participo de vuestros temores y supongo que debemos hacer cualquier cosa por salvar a la niña y a vos misma de las garras de esos lobos asesinos... ¿Por qué no refugiamos en algún sitio de nuestra entera confianza, hasta que los malditos abandonen estos parajes?

- Pero considero que sería inútil procurar amparo en Cafarnaúm, en tales circunstancias.

- Iríamos a otra parte.

- ¿A dónde? – indagó Livia, con ansiedad.

- Tengo un proyecto – dijo Ana esperanzada. – En caso que asintieseis en su plena realización, saldríamos ambas de aquí, con la pequeñita, refugiándonos en Samaria de Judea, en casa de Simón, cuya edad respetable nos resguardaría de cualquier peligro.

- Pero, Samaria – replicó Livia, algo desalentada – queda muy distante...

- Sin embargo, mi señora, la realidad es que necesitamos de un sitio de esa naturaleza. Conuerdo en que el viaje no será tan corto, pero partiríamos con urgencia, alquilando animales descansados, tan pronto como reposásemos un poco, a nuestro paso por Naim. Con un día o dos de marcha, alcanzaríamos el valle de Siquem, donde se yergue la vieja propiedad de mi tío. Máximus sería informado de vuestra deliberación, sin otro pretexto que no sea el de la necesidad de vuestras decisiones en el momento y, en la hipótesis del regreso inmediato del senador, estaría vuestro esposo integrado en el conocimiento directo de la situación, procurando enterarse, por sí mismo, en cuanto a vuestra honestidad.

- De hecho, esa idea es el recurso más viable que nos resta – exclamó Livia más o menos confortada. – Por encima de todo, confío en el Maestro, que no nos abandonará en pruebas tan rudas.

Hoy mismo, haremos nuestros aprestos de viaje e irás a la ciudad a providenciar, no sólo en cuanto a los animales que nos deban conducir hasta Naim, sino también sobre la partida de uno de tus familiares con nosotros, para

marchar con la mayor simplicidad, sin provocar la atención de los curiosos, pero igualmente bien acompañados contra los sinsabores de cualquier eventualidad.

No te preocupes con los gastos, porque estoy provista de los recursos financieros necesarios.

Y así fue hecho.

En víspera de la partida, Livia llamó al siervo que desempeñaba entonces las funciones de mayordomo de la casa, esclareciéndolo en estos términos:

- Máximus, motivos imperiosos me llevan mañana a Samaria de Judea, donde me demoraré algunos días, junto a mi hija. Llevaré a Ana en mi compañía y espero de tu esfuerzo la misma dedicación de siempre a tus señores.

El interpelado hizo una reverencia, como quien se sorprendiese con semejante actitud de la patrona, poco afecta a los ambientes exteriores del hogar, pero entendiendo que no le asistía el derecho de analizar sus decisiones, dijo, respetuoso:

- Señora, espero designéis a los siervos que deberán acompañaros.

- No, Máximus. No quiero las solemnidades de costumbre en las excursiones de esa naturaleza. Iré con personas amigas, de Cafarnaúm, pretendo viajar con mucha simplicidad. Me interesa avisarte de mis propósitos, tan solo por la necesidad de redoblar los servicios de vigilancia en mi ausencia, y considerando la posibilidad del regreso inopinado de tu amo, a quien informarás de mi resolución, en los términos en que me estoy expresando.

Y, mientras el criado se inclinaba respetuoso, Livia regresaba a los aposentos, solucionando todos los problemas relativos a su tranquilidad.

Al siguiente día, antes de la aurora, salía de Cafarnaúm una caravana humilde. La componían Livia, la hijita, Ana y uno de sus viejos y respetables familiares, que se dirigían por el camino que contorneaba el gran lago, casi en caprichoso semicírculo, acompañando el curso de las aguas del Jordán que descendían susurrantes y tranquilas hacia el Mar Muerto.

En una breve parada en Naim, cambiaron de animales, siguiendo los viajeros la misma ruta en dirección del valle de Siquem, donde, a la tardecita, se apearon frente a la casa empedrada de Simón, que recibió a los huéspedes, llorando de alegría.

El anciano de Samaria parecía lleno de una gracia divina, tal era el movimiento notable que se desarrollara en toda la región, no obstante su edad avanzada, esparciendo las consoladoras enseñanzas del profeta de Nazaret.

Entre los olivos frondosos que proporcionaban sombra, se irguiera una gran cruz, pesada y tosca, colocando en sus proximidades amplia mesa rústica, en torno de la cual se sentaban los creyentes, en bancos sencillos e improvisados, para oírle la palabra amiga y confortadora.

Cinco días venturosos transcurrieron allí para las dos mujeres, que se encontraban a voluntad en aquel ambiente simple.

De tarde, bajo las caricias de la Naturaleza libre y saludable, en el seno verde del paisaje armonioso, se reunía la asamblea humilde de los samaritanos, inclinados a aceptar los pensamientos de amor y de misericordia sublime del Mesías Nazareno.

Simón, que vivía allí sin la compañera que Dios ya le había llevado y sin los hijos que, por su parte, ya habían constituido familia, en aldeas distantes, asumía la dirección de todos, como patriarca venerable en su calma senectud, relatando los hechos de la vida de Jesús como si la inspiración divina lo iluminase en tales instantes, tal era la profunda belleza filosófica de los comentarios y de las plegarias improvisadas con la amorosa sinceridad de su corazón. Casi todos los presentes, en aquella misma poesía simple de la Naturaleza, como si estuviesen aún bebiendo las palabras del Maestro junto al Gerizim, lloraban de conmoción y deslumbramiento espiritual, tocados por su palabra profunda y cariñosa, magnetizados por la hermosura de sus evocaciones saturadas de enseñanzas raras, de caridad y de dulzura.

En esa época, los cristianos no poseían los evangelios escritos, que solamente aparecieron, en el mundo, un poco después escritos por los Apóstoles, razón por la cual todos los predicadores de la Buena Nueva coleccionaban las máximas y las lecciones del Maestro, de su propio puño o con la cooperación de los escribas de su tiempo, catalogándose de ese modo, las enseñanzas de Jesús para el estudio necesario en las asambleas públicas de las sinagogas.

Simón, que no poseía una sinagoga, seguía, también el mismo método.

Con la paciencia que lo caracterizaba, escribió todo lo que sabía del Maestro de Nazaret, para recordarlo en sus reuniones humildes y sencillas, disponiéndose del mejor grado a registrar todas las lecciones nuevas del acerbo de recuerdos de sus compañeros, o de aquellos apóstoles anónimos del Cristianismo naciente, que, de paso por su vieja aldea, cruzaban Palestina en todas las direcciones.

Hacía seis días que los huéspedes se reanimaban en aquel ambiente caricioso, cuando el respetable anciano, en aquella tarde, en sus acostumbradas evocaciones del Mesías, parecía envuelto de influencias espirituales de las más excelsas.

Las últimas claridades del crepúsculo entornaban en el paisaje un tono de esmeraldas y topacios, eterizándose bajo un cielo azul indefinible.

En el seno de la asamblea heterogénea, se notaba la presencia de seres sufrientes, de todos los matices, que al espíritu de Livia recordaban la tarde memorable de Cafarnaúm, cuando oyera al Señor por primera vez. Hombres desamparados y mujeres harapientas se codeaban con los niños escuálidos, mirando, ansiosamente, al anciano que explicaba, conmovido, con su palabra simple y sincera:

- ¡Hermanos, era digno de verse la suave resignación del Señor, en el último instante!...

¡Con la mirada fija en el cielo, como si ya estuviese gozando la contemplación de las beatitudes celestes, en el reino de nuestro Padre, vi que el Maestro perdonaba caritativamente todas las injurias! Sólo uno de sus discípulos más queridos se conservaba al pie de la cruz, amparando a su madre en el angustioso trance... De sus habituales seguidores, pocos estaban presentes en la hora dolorosa, ciertamente porque nosotros, los que tanto lo amábamos, no podíamos exteriorizar nuestros sentimientos ante la turba enfurecida, sin graves peligros para nuestra seguridad personal. No obstante, deseábamos todos sufrir los mismos padecimientos!...

¡De vez en cuando, alguno de sus verdugos de los más atrevidos se aproximaba al cuerpo herido en el martirio, dilacerándole el pecho con la punta de las lanzas impiadosas!...

Una que otra vez, el generoso anciano limpiaba el sudor de la frente, para continuar con los ojos húmedos:

- ¡Noté, en dado momento, que Jesús desviara los ojos calmos y lúcidos del firmamento contemplando la multitud amotinada en criminosa furia!... ¡Algunos soldados ebrios lo azotaron, una vez más, sin que de su pecho oprimido, en la angustia de la agonía, escapase un solo gemido!...¡Sus ojos suaves y misericordiosos se expplayaron, entonces, del monte del sacrificio hacia el caserío de la ciudad maldita! Cuando lo vi mirando ansiosamente, con la ternura cariñosa de un padre, para cuantos lo insultaban en los suplicios extremos de la muerte, lloré de vergüenza por nuestras impiedades y flaquezas...

La masa se movía, entones, en medio de numerosas alteraciones... Gritos ensordecedores e improperios indignantes le rodeaban en la cruz, donde se le notaba el copioso sudor del instante supremo!... Pero el Mesías, como si visualizase profundamente los secretos de los destinos humanos, leyendo en el libro del futuro, miró de nuevo a las Alturas, exclamando con infinita bondad: - “¡Perdónales, mi Padre, porque no saben lo que hacen!”

El viejo Simón tenía la voz embargada de lágrimas, al evocar aquellos recuerdos, mientras la asamblea se conmovía profundamente con la narrativa.

Otros hermanos de la comunidad tomaron la palabra, descansando el anciano de sus esfuerzos.

Pero, uno de ellos, contrariamente a los temas versados aquel día, exclamó, con sorpresa para todos los concurrentes:

- Mis hermanos, antes de retirarnos, recordemos que el Mesías repetía a sus discípulos la necesidad de la vigilancia y de la oración, porque los lobos rondan, en este mundo, el rebaño de las ovejas!...

Simón oyó la advertencia y se puso con actitud de profunda meditación, con los ojos fijos en la gran cruz que se elevaba a pocos metros de su blanco humilde.

Al cabo de algunos minutos de espontánea concentración, tenía los ojos cubiertos de lágrimas, fijos en el madero tosco, como si en su tope vagase alguna visión desconocida de cuantos lo observaban...

Después, cerrando las prédicas de la tarde, habló conmovido:

- ¡Hijos, no sin motivo justo que nuestro hermano se refiere hoy a la enseñanza de la vigilancia y de la plegaria! Algo, que no sé definir, me habla al corazón que el instante de nuestro testimonio está muy próximo... Veo, con mi vista espiritual, que nuestra cruz está hoy iluminada, anunciando, tal vez, el glorioso minuto de nuestros sacrificios... Mis pobres ojos se hinchen de llanto, porque, entre las claridades del madero, oigo una voz suave que me penetra a los oídos con una entonación dulce y amiga, exclamando: "¡Simón, enseña a tu rebaño la lección de la renuncia y de la humildad, con el ejemplo de tu dedicación y de tu propio sacrificio! ¡Ora y vigila, porque no está lejos el instante dichoso de tu entrada en el Reino, mas preserva a las ovejas de tu aprisco de las arremetidas tenebrosas de los lobos hambrientos de la impiedad, sueltos en la Tierra, a lo largo de todos los caminos, pero, consciente, de que si a cada uno se dará según sus propias obras, los malos tendrán, igualmente, su día de lección y castigo, de conformidad con sus propios errores!..."

El viejo samaritano tenía el rostro lavado en lágrimas, pero dulce serenidad se irradiaba de su mirada cariñosa y compasiva, demostrándole las energías inquebrantables y valerosas.

Fue entonces que, alzando las manos enflaquecidas y largas al firmamento, donde brillaban ya las primeras estrellas, se dirigió a Jesús, en oración ardiente:

- ¡Señor, perdonad nuestras flaquezas y vacilaciones en las luchas de la vida humana, donde nuestros sentimientos son muy precarios y miserables!... ¡Benedicid nuestro esfuerzo de cada día y relevad vuestras faltas, si alguno de nosotros, que aquí nos reunimos, viene a vuestra presencia con el corazón saturado de pensamientos que no sean los del bien y del amor que nos enseñaste!... Y, si ha llegado la hora de los sacrificios, auxiliáanos con vuestra misericordia infinita, a fin de que no vacilemos en nuestra fe, en los dolorosos momentos del testimonio!...

La oración conmovedora señaló el fin de la reunión, dispersándose los asistentes, que regresaban impresionados a sus humildes y pobres chozas.

Entretanto el anciano consiguió reposar muy poco, aquella noche, preocupado por Livia y la sobrina, que lo habían informado de las graves ocurrencias que las llevaron a solicitar su protección. Le parecía que llamados cariñosos del mundo invisible le henchían el espíritu de indefinible ansiedad y de singulares impresiones, que no le era posible librar del raciocinio para los necesarios minutos de reposo.

Ahora, mientras ocurrían esos hechos en el valle de Siquem, volvamos a Cafarnaúm, donde, la misma tarde, llegara el gobernador con gran aparatosidad.

En el vocerío de las numerosas festividades, organizadas por los delegados de Herodes Antipas, el primer pensamiento del viajero ilustre no nos puede ser olvidado.

Entretanto, Sulpicio, después de conversar largamente con su amigo Octavio, en las proximidades de la residencia del senador, donde fue puesto al corriente de todos los hechos, volvió para informarle que las dos presas codiciadas habían huido como aves viajeras, hacia los bosques de Samaria.

El gobernador se sorprendió con la resistencia de aquella mujer, tan acostumbrado estaba él a las conquistas fáciles, admirándole, íntimamente, el noble heroísmo y pensando que, al final, constituía una actitud injustificable de su parte tal obstinación en el asedio, porque, no le faltarían mujeres tentadoras y hermosas, deseosas de captar su estimación en el camino de su alta posición social en Palestina.

Al mismo tiempo que daba curso a esos pensamientos, el espíritu perverso del lictor, gozando con anticipación la trabajosa conquista de su víctima, le murmuraba al oído:

- Señor gobernador, si lo consentís, iré a Samaria de Judea a informarme del asunto. De aquí al valle de Siquem debe mediar poco más de treinta millas, lo que viene a ser un salto para nuestros caballos. Llevaría conmigo seis soldados, bastando esos hombres para mantener el orden en cualquier lugar de esos parajes.

- Sulpicio, por mi no veo más necesidad de semejantes providencias – exclamó Pilatos, resignado.

- Pero, ahora – explicó el lictor, con interés -, sino es por vos, debe ser por mí, porque me siento esclavizado a una mujer que debo poseer de cualquier manera.

Soy yo ahora quien os pide, humildemente, la concesión de esas medidas – acentuó él, desesperado, en el auge de sus pensamientos impuros.

- Está bien, - murmuró Pilatos, con displicencia, como quien hace un favor al siervo de confianza -, te concedo lo que me pides. Creo que el amor de un romano debe superar cualquier obstáculo de los esclavos de este país.

Puedes partir, llevando contigo los elementos de tu amistad, pero sin olvidarte que debemos regresar a Nazaret, de hoy a tres días. ¿No te bastarán dos días para ese cometimiento?

- Pero – continuó el lictor, maliciosamente -, ¿Y si hubiese alguna resistencia?

- Para eso llevas a tus hombres, autorizándole yo a tomar las iniciativas necesarias a tus propósitos. En cualquier misión, jamás te olvides prestar a los patricios los favores de nuestra consideración, pero, a los que no lo sean, haz la justicia de nuestro dominio y de nuestra fuerza implacable.

Esa misma noche, Sulpicio Tarquinius escogió a los hombres de más confianza, y, por la madrugada, siete caballeros audaces se pusieron en camino, cambiando de montura los fogosos jinetes, en las paradas más importantes, en demanda de Samaria.

El lictor se encaminaba a su aventura, como quien va hacia lo desconocido, con el propósito firme de alcanzar los fines sin pensar en los medios. Como un torbellino le venían al cerebro pensamientos condenables, ahogando el corazón inquieto y loco en una onda de anhelos criminales indefinibles.

Entretanto, volviendo nuestra atención a la casa humilde del valle, vamos a encontrar a Simón en grandes actividades, en aquella mañana inolvidable de su vida.

Después del almuerzo frugal, organizadas todas sus anotaciones y pergaminos, después de más de una hora de meditación y plegarias fervorosas, y cuando el sol ya declinaba, reunió a los huéspedes, hablándole gravemente:

- Hijas, la visión de mis pobres ojos, en nuestras oraciones de ayer, representa una seria advertencia para mi corazón. Aun esta noche y hoy, durante el día, he oído llamados suaves que me llaman y, sin explicar la justa razón de ellos, estoy íntimamente saturado de suave serenidad, en la suposición de que no debe tardar mucho mi ida para el Reino... Pero, algo me habla al espíritu que aún no sonó la hora de vuestra partida y, considerando la enseñanza de nuestro Maestro de bondad y misericordia, sobre los lobos y las ovejas, debo resguardaros de cualquier peligro. Es por eso que os pido me acompañéis.

Diciendo así, el respetable anciano se puso de pie y, caminando por su modesta casa, apartó bloques de piedra de una abertura en la pared empedrada, exclamando imperativamente, en su serena simplicidad:

- Entremos.

- Pero, mi tío – obtemperó Ana, con cierta extrañeza -, ¿serán necesarias tales providencias?

- Hija, nunca discutas el consejo de aquellos que envejecieron en el trabajo y en el sufrimiento. El día de hoy es decisivo y Jesús no me podría engañar el corazón.

- ¡Oh! ¿pero será posible, entonces, que el Maestro nos va a privar de vuestra presencia cariñosa y consoladora? – exclamó la pobre muchacha bañada en llanto, mientras Livia los acompañaba sensibilizada, trayendo de la mano a la hija estremecida.

- Sí, para nosotros – contestó Simón, con sereno coraje, mirando el azul del cielo -, debe existir para una sola voluntad, que es la de Dios. Cúmplase, pues, en los esclavos los designios del Señor.

En este momento, penetraron los cuatro en una galería que, a pocos metros de distancia, iba a dar a un modesto refugio tallado de piedras rústicas, afirmando el anciano en tono solemne:

- Hace más de veinte años que no abro este subterráneo a persona alguna... Recordaciones sagradas de mi esposa me hicieron cerrarlo para siempre, como túmulo de mis ilusiones más queridas; pero, hoy por la mañana, lo reabrí resueltamente, retiré los tropiezos del camino, coloqué aquí los pertrechos necesarios para el descanso de un día, pensando en vuestra seguridad hasta la noche. Este refugio está oculto en las rocas que, junto a los olivares, hacen el ornamento de nuestro rincón de oraciones y, no obstante parecer oculto, el ambiente recibe el aire puro y fresco del valle, como nuestra propia casa.

Quedaos aquí tranquilas. Algo me dice al corazón que estamos atravesando horas decisivas. Traje el alimento necesario para las tres, durante las horas de la tarde, y en caso que yo no vuelva hasta la noche, ya saben cómo deben mover la puerta empedrada que da a mi cuarto. Desde aquí, se oyen los rumores de las cercanías, lo que os posibilitará la comprensión de cualquier peligro.

- ¿Y más nadie conoce este refugio? – preguntó Ana, ansiosa.

- Nadie, a no ser Dios y mis hijos ausentes.

Livia, profundamente conmovida, irguió entonces la voz de su sincero agradecimiento:

- Simón – dijo ella -, yo, que conozco el carácter del enemigo, justifico vuestros temores. Jamás olvidaré vuestro gesto paternal, salvándome del verdugo impiadoso e implacable.

- Señora, no me agradezcáis a mí, que nada valgo. Agradecemos a Jesús sus designios preciosos, en el momento amargo de nuestras pruebas...

Y arrancando una pequeña cruz de madera tosca de los dobleces de la túnica humilde, la entregó a la esposa del senador, exclamando con la voz serena.

- Sólo Dios conoce el minuto que se aproxima, y esta hora puede señalar los últimos momentos de nuestra convivencia en la Tierra. Si así fuere, guardad esta cruz como recordación de un siervo humilde... Ella traduce la gratitud de mi espíritu sincero...

Como Livia y Ana comenzasen a llorar con sus palabras conmovedoras, continuó el anciano con la voz pausada:

- ¡No lloréis, si este minuto constituye el instante supremo! Si Jesús nos llama a su trabajo, a unos antes que a otros, recordémonos que un día, nos reuniremos todos en las luces acariciantes de su reino de amor y misericordia, donde todos los afligidos han de ser consolados...

Y, como si su espíritu estuviese en plena contemplación de otras esferas, cuyas claridades lo llenasen de intuiciones divinatorias, prosiguió, dirigiéndose a Livia, conmovedoramente:

- ¡Estemos confiantes en la Providencia Divina! ¡En caso de mi testimonio esté previsto para dentro de breves horas, os confío a mi pobre Ana, como os entregaría mi recordación más querida!... Después que abracé las lecciones del Mesías, todos los hijos de mi sangre me desampararon, sin comprenderme los propósitos más santos del corazón... Sin embargo, Ana, a pesar de su juventud, entendió, conmigo, al dulce Crucificado de Jerusalén!...

En cuanto a ti, Ana – dijo posando la diestra en la frente de la sobrina -, ¡ama a tu patrona como si fueses la más humilde de sus esclavas!

Pero, en ese instante, un ruido fuerte penetró en el recinto, como si un barullo incomprensible proviniese de las rocas, pareciéndose más bien a un tropel de numerosos caballos que se iban aproximando.

El anciano hizo un gesto de despedida, mientras Livia y Ana se arrodillaron ante su figura austera y cariñosa; ambas, entre lágrimas, le tomaron las manos arrugadas, cubriéndolas de besos afectuosos.

En un momento, Simón traspuso la pequeña galería reajustando las piedras en la pared con el máximo cuidado.

En pocos minutos, abrió las puertas de la casa humilde y generosa a Sulpicio Tarquinius y a sus compañeros, comprendiendo, finalmente, que las advertencias de Jesús, en el silencio de sus oraciones fervorosas, no habían fallado.

El lictor le dirigió la palabra sin ningún respeto, haciendo lo posible por eliminar la impresión que le causaba la majestuosa apariencia del anciano, con sus ojos altivos y serenos y las largas barbas encanecidas.

- Viejo – exclamó desabrido -, por intermedio de tus conocidos ya sé que te llamas Simón, e igualmente que hospedas aquí a una noble señora de Cafarnaúm, con su sierva de confianza. Vengo de parte de las más altas autoridades para hablar particularmente con esas señoras, en la mayor intimidad posible.

- Os equivocáis, lictor – murmuró Simón, con humildad – De hecho, la esposa del senador Léntulus pasó por estos parajes; pero, solo por la circunstancia de que se hacía acompañar de una de mis sobrinas nietas, me dio la honra de reposar en esta casa algunas horas.

- Pero debes saber dónde se encuentran en éste momento.

- No puedo decirlo.

- ¿Lo ignoras, por ventura?

- Siempre entendí – replicó el anciano valientemente. – que debo ignorar todas las cosas que vayan a ser conocidas para el mal de mis semejantes.

- Eso es otra cosa – contestó Sulpicio, encolerizado, como un mentiroso a quien se le descubriesen los pensamientos más secretos - ¿Quiere decir, entonces, que me ocultas el paradero de esas mujeres, por simple capricho de tu vejez caduca?

- No es eso. Conociendo que en el mundo somos todos hermanos, me siento en el deber de amparar a los más débiles contra la perversidad de los más fuertes.

- Pero, yo no las busco para hacerles mal alguno y te llamo la atención a esas insinuaciones insultantes, que merecen la punición de la justicia.

- Lictor – contestó Simón, con gran serenidad -, si podéis engañar a los hombres, no engañáis a Dios, con vuestros sentimientos inconfesables e impuros. Sé de los propósitos que os traen a estos sitios y lamento vuestra impulsividad criminal... Vuestra conciencia está oscurecida por pensamientos delictuosos e impuros, pero todo momento es una buena ocasión para la redención, que Dios nos concede en su infinita bondad... Volved atrás de la insidia que os trajo, id en otros caminos, porque, así como el hombre debe salvarse por el bien que practica, puede también morir por el fuego devastador de las pasiones que lo arrastran a los crímenes más hediondos...

- Viejo infame... - exclamó Sulpicio Tarquinius, rojo de cólera, mientras los soldados observaban, admirados, el sereno coraje del valeroso anciano de Samaria -, ¡bien me dijeron tus vecinos, al informarme a tu respecto, que eres el mayor fetichero de estos parajes!

¿Adivino maldito, cómo osas afrontar de este modo a los mandatarios del Imperio, cuando te puedo pulverizar con una simple palabra? ¿Con qué derecho escarneces del poder?

- Con el derecho de las verdades de Dios, que nos mandan a amar al prójimo como a nosotros mismos... Si sois delegados de un Imperio que no posee otra ley aparte de la violencia impiadosa en la ejecución de todos los crímenes, ¡siento que estoy subordinado a un poder más soberano que el vuestro, lleno de misericordia y bondad! Ese poder y ese Imperio son de Dios, cuya justicia misericordiosa está por encima de los hombres y de las naciones.

Comprendiéndole el coraje y la energía moral inquebrantables, el lictor, si bien temblando de odio, contestó en tono fingido:

- Está bien, pero yo no vine aquí para conocer tus brujerías o tu fanatismo religioso. De una vez por todas: ¿quieres o no prestarme las informaciones precisas, acerca de tus huéspedes?

- No puedo, - replicó Simón valientemente -, mi palabra es una sola.

- Entonces, ¡prendedlo! – dijo, dirigiéndose a sus auxiliares, pálido de cólera al verse derrotado en aquel duelo de palabras.

El viejo cristiano de Samaria fue sometido a los primeros vejámenes por parte de los soldados, pero, entregándose, sin la mínima resistencia.

A los primeros golpes de espada, exclamó Sulpicio sarcásticamente:

- Entonces, ¿dónde se encuentran las fuerzas de tu Dios, que no te defiende? ¿Su imperio es así tan precario? ¿por qué no te socorren los poderes celestiales, eliminándonos con la muerte, en tu beneficio?

Una carcajada general siguió a esas palabras, partida de los soldados que acompañan, gustosamente, los ímpetus criminales de su jefe.

Pero, Simón tenía las energías preparadas para el testimonio de su fe ardiente y sincera. Con las manos amarradas, pudo aun replicar, con su serenidad habitual:

- Lictor, aunque fuese yo un hombre poderoso como tu César, nunca erguiría la voz para ordenar la muerte de quien quiera que fuese, en la faz de la Tierra. Soy de los que niegan incluso el derecho de la llamada legítima defensa, porque está escrito en la Ley que “No matarás”, sin ninguna cláusula que autorice al hombre a eliminar a su hermano, en esa o en aquella circunstancia... Toda nuestra defensa, en este mundo, está en Dios, porque sólo Él, es el Creador de toda la vida y solamente Él puede disponer de nuestros destinos.

Sulpicio experimentó el apogeo de su odio frente a aquel coraje indomable y esclarecido y, avanzando hacia uno de los guardianes, exclamó lleno de rabia:

- Mercio, toma bajo tu responsabilidad a este viejo imbécil y fetichero. Guárdalo con atención y no te descuides. ¡En caso que intente huir, mávalo con la espada!

El venerable anciano, consciente de que atravesaba sus horas supremas, encaró al agresor con heroica humildad.

Sulpicio y los compañeros le invadieron la casa y el terreno, expulsándole a una vieja sierva, a palabras y pedradas. En su cuarto encontraron las anotaciones evangélicas y los pergaminos amarillentos, además de pequeños recuerdos que guardaba en la memoria de sus afectos más queridos.

Todos los objetos de sus recordaciones más sagradas fueron traídos a su presencia, donde fueron quebrados sin piedad. Ante sus ojos, serenos y buenos, se dilaceraron túnicas y papiros antiguos, entre sarcasmos e ironías repugnantes.

Terminada la invasión, el lictor, con las manos en la espada, examinando, íntimamente, la mejor manera de arrancarle la deseada confesión sobre el paradero de sus víctimas, andó por los alrededores más de dos horas, volviendo a la misma sala, donde lo interpeló nuevamente.

- Simón – dijo él, con interés -, satisfice mis deseos y te concederé la libertad.

- Por ese precio, toda la libertad me sería penosa. Debe preferirse la Muerte a transigir con el mal – respondió el anciano con el mismo coraje.

Sulpicio Tarquinius rechinó los dientes de furia, al mismo tiempo que gritaba poseso:

- ¡Miserable! Sabré arrancarte la confesión necesaria.

Diciendo eso, encaró fijamente la enorme cruz que se levantaba a pocos metros de la puerta y, como si hubiese escogido el mejor instrumento de martirio para arrancarle la revelación deseada, se dirigió a los soldados en voz excitada:

- Amarrémoslo a la cruz, como al Maestro de sus feticherías.

Recordándose de los grandes momentos del Calvario el anciano se dejó llevar sin ninguna resistencia, agradeciendo, íntimamente, a Jesús, por su aviso providencial, a tiempo para salvar de las manos del enemigo a aquellas que consideraba como hijas muy amadas.

En un momento, los soldados lo amarraron en la base del pesado madero, sin que la víctima demostrase un solo gesto de resistencia.

Se acercaba el crepúsculo, y Simón recordó que, horas antes, había sufrido el Señor con mayor intensidad. En plegaria ardiente, suplicó al Padre Celestial ánimo y resignación para el angustioso trance. Se recordó de los hijos ausentes, rogando a Jesús que los acogiese en el manto de su infinita misericordia. Fue en ese ínterin que, amarrado a la base de la cruz por los brazos, por el tronco y por las piernas, vio como se aproximaban algunos de los compañeros de sus oraciones habituales, para las reuniones del crepúsculo, los cuales fueron inmediatamente detenidos por los soldados y por el jefe implacable.

Inquiridos, en cuanto al anciano que se encontraba allí, con el dorso semidesnudo para los tormentos del azote, todos, sin excepción de uno solo, alegaron no conocerle.

Más que los ataques de los impiadosos romanos, semejante ingratitud le dolió profundamente, en el espíritu generoso y sincero, como si envenenada espina le penetrase el corazón.

No obstante, recompuso inmediatamente sus energías espirituales y, contemplando a lo Alto, murmuró bajito, en una oración ansiosa y ardiente:

- También vos, Señor, fuiste abandonado!... ¡Erais el cordero de Dios, inocente y puro, sufristeis los dolores más amargos, experimentando la hiel de las traiciones más penosas!... ¡No sea pues vuestro siervo, mísero y pecador, quien reniegue los martirios purificadores del testimonio!...

A esa hora, ya el recinto se encontraba repleto de personas que, de conformidad con las determinaciones de Sulpicio, deberían permanecer en los bancos toscos, dispuestos en semicírculo, para que asistiesen a la escena salvaje, a título de escarmiento para cuantos fuesen a desobedecer a la justicia del Imperio.

El primer soldado, a la orden del jefe, inició el flagicidio. Pero, a la tercera vez que sus manos blandían las extremas tiras de cuero, en la execrable tortura, sin que el anciano dejase escapar el más ligero gemido, paró, súbitamente, exclamando a Tarquinius en voz baja y en tono discreto:

- Señor lictor, en lo alto del madero hay una luz que paraliza mis esfuerzos.

Encolerizado, mandó Sulpicio que un nuevo elemento lo sustituyese, pero se repitió lo mismo con sus verdugos llamados al trabajo siniestro.

Fue entonces que, desesperado de odio incomprensible, tomó Sulpicio los azotes, blandiéndolos, él mismo, en el cuerpo de la víctima, que se contorcía en sufrimientos angustiosos.

Simón, bañado de sudor y sangre, sentía el estallido de los huesos envejecidos que se quebraban a pedazos, cada vez que el azote le lamía las carnes debilitadas. Sus labios murmuraban plegarias fervorosas, llamados a Jesús para que los tormentos no se prolongasen infinitamente. Todos los presentes, no obstante el terror que los llevara a la defeción para con el viejo discípulo de Jesús, le veían con lágrimas, los innominables padecimientos.

En dado momento, la frente pendió, casi desfallecida, anunciando el final de toda resistencia orgánica, en vista del martirio recibido.

Sulpicio Tarquinius paró, entonces, por un minuto su obra nefasta y, aproximándose al anciano, le habló al oído, con ansiedad:

- ¿Confiesas ahora?

Pero el viejo samaritano, templado en las luchas terrestres, por más de setenta años de sufrimiento, exclamó, exhausto con la voz sumisa:

- El... cristiano... debe... morir... con Jesús... por... el bien... y... por... la verdad...

- ¡Muere, entonces, miserable!... – gritó Sulpicio, con la voz estentórica, y, tomando la espada, le enterró el acero en el pecho deprimido.

Se vio la sangre chorrear en borbotones rojos y abundantes.

En esa hora, cansado ya del martirio, el anciano vio sin temor el acto supremo que pondría término a sus padecimientos. Experimentó la sensación de un instrumento extraño que le abría el pecho dolorido, sofocado por mortal angustia.

Pero en un momento, vio dos manos de nieve, diáfanas, que parecían alisarle cariñosamente los cabellos emblanquecidos.

Notó que el escenario se había transformado, mientras cerrara ligeramente los ojos, en el momento doloroso.

El cielo no era el mismo, ni, ante sí, veía más traidores y verdugos. El ambiente estaba saturado de luz suave y reconfortante, mientras a sus oídos llegaban los ecos apacibles de una cavatina del cielo, entonada, tal vez, por artistas invisibles. Oía cánticos esparcidos, exaltando los dolores de todos los desventurados, de todos los afligidos del mundo, divisando, maravillado, la sonrisa acogedora de entidades lúcidas y hermosas.

Parecía reconocer el paisaje que lo recibía. Se suponía transportado a los deliciosos rinconcitos de Cafarnaúm, en los instantes dulces en que se preparaba para recibir la bendición del Mesías, jurando haber aportado, por un proceso misterioso, en una Galilea de flores más ricas y de firmamento más bello. Habían aves de luz, como lirios con alas del paraíso, cantando en los árboles abundantes y frondosos, que debían ser las del edén celestial.

Buscó señorearse de sus emociones en las claridades de esa Tierra Prometida, que a sus ojos debería ser el país encantado del “Reino del Señor”.

Por un momento, se recordó del orbe terrestre, de sus últimas preocupaciones y de sus dolores. Una sensación de cansancio le dominó, entonces, el espíritu abatido, pero una voz que sus oídos reconocerían, entre millares de otras voces, le habló dulcemente al corazón:

- ¡Simón, ha llegado el tiempo del reposo!... ¡Descansa ahora de las amarguras y de los dolores, porque llegaste a mi Reino, donde disfrutarás eternamente de la misericordia infinita de Nuestro Padre!...

Finalmente, le pareció, que alguien lo cargara en los brazos, con el máximo de cuidado y de cariño.

Un bálsamo suave adormeció a su espíritu exhausto y amargado. El viejo siervo de Jesús cerró, entonces, los ojos, plácidamente, acariciado por una entidad angélica que posó, levemente, las manos diáfanas sobre su corazón desfallecido.

Entretanto, volviendo, al doloroso espectáculo, vamos a encontrar, junto a la casa del anciano de Samaria, regular masa del pueblo que asistía, transida de pavor, a la escena tenebrosa.

Amarrado al madero, el cadáver del viejo Simón brotaba sangre por la enorme herida abierta en el corazón. La frente pendida para siempre, como si reclamase el reposo de la tierra generosa, sus barbas venerables se teñían de rubro, a los salpicados de sangre de los azotes, porque Sulpicio, aún sabiendo que el golpe de espada era el debate final del monstruoso drama, continuaba golpeando el cadáver pegado a la cruz infamante del martirio.

Diríase que las fuerzas desencadenadas de las Tinieblas se habían apoderado completamente del espíritu del lictor, que, tomado de furia epiléptica, intraducible, castigaba el cadáver sin piedad, en un torrente de improperios, para impresionar a la masa popular que lo observaba aterrorizada de asombro.

- Ved – gritaba él furiosamente -, ¡ved como deben morir los samaritanos bellacos y los feticheros asesinos!... ¡Viejo miserable!... ¡Lleva a los infiernos este otro recuerdo!...

Y el azote caía, impiadoso, sobre los despojos destrozados de la víctima, reducidos ahora a una pasta sangrienta.

Pero, en eso, fuese por la poca profundidad de la base de la cruz, que se inclinara con los movimientos reiterados y violentos del suplicio, o por la punición de las fuerzas poderosas del mundo invisible, se vio que el enorme madero caía al suelo con la velocidad de un relámpago.

En balde intentó el lictor eximirse de la horrible muerte, examinando la situación por una milésima de segundo, porque el tope de la cruz le abatió la cabeza de un solo golpe, inutilizándole el primer gesto de fuga. Tirado en la tierra con una rapidez espantosa, Sulpicio Tarquinius no tuvo tiempo de dar un gemido. Por la base del cráneo, aplastado, se escurría la masa encefálica mezclada de sangre.

En un momento, todos fueron hacia el cuerpo abatido del lobo, triturado después del sacrificio de la oveja. Uno de los soldados le examinó, detenidamente, el pecho, donde el corazón aún pulsaba en las últimas expresiones de automatismo.

La boca del verdugo estaba abierta, no más para la gritería blasfematoria, y de la garganta enrojecida descendía un espumarajo de saliva y sangre, que parecía la baba repelente e ignominiosa de un monstruo. Sus ojos estaban desmesuradamente abiertos, como si mirasen, eternamente, en los espasmos del terror, a una interminable falange de fantasmas tenebrosos...

Impresionados con el accidente imprevisto, en el cual adivinaban la influencia de la misteriosa luz que habían divisado en el tope de la cruz, los soldados ignoraban como actuar en aquella coyuntura, igualmente confundidos en la onda de espanto y sorpresa general de los primeros momentos.

Fue en ese instante que asomó a la puerta la figura noble de Livia, pálida de amarga perplejidad.

Ella y Ana, en el interior de la cueva donde se habían refugiado, presintieron el peligro, permaneciendo ambas en fervorosas oraciones, implorando la piedad de Jesús en aquellas horas angustiosas.

A sus oídos llegaban los débiles rumores de las discusiones y del vocerío del pueblo en alteraciones ruidosas, en los minutos del incidente, encarado, por todos los asistentes, como castigo del cielo.

Ambas, afligidas y ansiosa, considerando lo avanzado de la hora, deliberaron salir, fuesen cuales fuesen las consecuencias de su resolución.

Llegando a la puerta y observando el espectáculo horrendo del cadáver de Simón, reducido casi a una pasta espantosa, bajo la base de la cruz, y viendo el cuerpo de Sulpicio extendido a distancia de pocos pasos, con la base del cráneo despedazado, sufrieron, naturalmente, un pavor indefinible.

Pero el paroxismo de las emociones, duró pocos minutos.

Mientras la sierva se deshacía en llanto, Livia, con la energía que le caracterizaba el espíritu y la fe que le clarificaba el corazón, comprendió, en un momento, lo que había pasado y, entendiendo que la situación exigía la fuerza de una voluntad poderosa para que el equilibrio general se restableciese, exclamó a la sierva, entregándole la hija resueltamente:

- ¡Ana, te pido el máximo de coraje en este angustioso trance, porque nos corresponde recordar que la bondad de Jesús nos preparó para soportar, dignamente, otra prueba más, aspérrima y dolorosa! ¡Guarda a Flavia contigo, mientras voy a providenciar para que la tranquilidad se restablezca!...

Con pasos rápidos, avanzó hacia la turba que se iba aquietando a su paso.

Aquella mujer, de belleza noble y graciosa, mostraba en la mirada una llama de profunda indignación y amargura. Su aspecto severo denunciaba la presencia de un ángel vengador, surgiendo entre aquellas criaturas ignorantes y humildes, en el momento oportuno.

Aproximándose a la cruz, donde yacían los dos cadáveres, rodeados por la confusión, imploró de Jesús el coraje y la fortaleza necesarias para dominar el nerviosismo y la inquietud de todos los que la rodeaban. Sintió que una fuerza sobrehumana se posesionara de su alma en el momento preciso. Por un minuto, pensó en el esposo, en las convenciones sociales, en el escándalo rumoroso de aquellos acontecimientos, aunque el sacrificio y la muerte gloriosa de Simón eran para ella el ejemplo más confortador y más santo. Todo lo olvidó para recordar que Jesús estaba por encima de todas las cosas transitorias de la Tierra, como el más alto símbolo de verdad y de amor, para la felicidad eterna de toda la vida.

Uno de los soldados, lleno de veneración y conociendo ante quien sus ojos se encontraba, se le acercó, exclamando con el máximo respeto:

- Señora, cúpleme presentaros nuestros nombres, a fin de que podáis utilizarnos para lo que juzguéis necesario.

- Soldados – exclamó resuelta -, no necesitáis declinar nombres. Agradezco vuestra dedicación espontánea, que podría haber sido, minutos antes, de una inconsciencia criminal; lamentando, apenas, que seis hombres aliados a esta multitud permitiesen la consumación de este acto de infamia y suprema cobardía, que la justicia divina acaba de punir ante vuestros ojos!...

Todos se habían callado, como por encanto, al oír esas enérgicas palabras.

La masa popular tiene de esas versatilidades misteriosas. Basta, a veces, un gesto, para que se despeñe en los abismos del crimen y del desorden; y palabra penetrante para hacerla regresar al silencio y al equilibrio necesarios.

Livia comprendió que la situación era suya, y, dirigiéndose a los guardias de Sulpicio, habló valientemente:

- Vamos, providenciamos el restablecimiento de la calma, retirando esos cadáveres.

- Señora – expuso uno de ellos respetuosamente -, nos sentimos en la obligación de enviar un mensajero a Cafarnaúm, para que el Señor gobernador sea avisado de estos acontecimientos.

Sin embargo, con la misma expresión de serenidad, respondió ella firmemente:

- Soldado, yo no permito la retirada de ninguno de vosotros, mientras no diereis sepultura a estos cuerpos. Si vuestro gobernador posee un corazón de fiera, me siento ahora en la obligación de proteger la paz de las almas bien formadas. No deseo que se repita, en esta casa, una nueva escena de cobardía y de infamia. Si la autoridad, en este país, alcanzó el terreno de las crueldades más absurdas, yo prefiero asumirla rescatando una deuda del corazón con los despojos de este apóstol venerado, asesinado con la colaboración de vuestra inconsciencia criminal.

- ¿No deseáis consultar a las autoridades de Sebaste, sobre este asunto? – preguntó uno de ellos, tímidamente.

- De ningún modo – respondió ella, con audaz serenidad. – Cuando el cerebro de un gobierno está envenenado, los corazones de los gobernados padecen de la misma ponzoña. Esperaríamos en vano cualquier medida a favor de los más humildes y de los más infelices, porque Judea está bajo la tiranía de un hombre cruel y tenebroso. Al menos hoy, quiero afrontar el poder de la perversidad, invocando en mi auxilio la misericordia infinita de Jesús.

Silenciaron los soldados romanos, en vista de su actitud serena e imperturbable. Y, obediéndole las órdenes, colocaron los despojos inertes de Simón sobre la enorme y rústica mesa de las oraciones acostumbradas.

Fue entonces que los mismos compañeros, que habían negado al viejo maestro del Evangelio, se acercaron piadosamente a su cadáver, besándole las manos arrugadas, con enternecimiento, arrepentidos de su cobardía y flaqueza, cubriéndole de flores los despojos sangrientos.

Anocheía, pero las tenues claridades del crepúsculo, en el hermoso paisaje de Samaria, aún no habían abandonado, del todo, el horizonte.

Una fuerza indefinible parecía amparar al espíritu de Livia, sugiriéndole todas las medidas necesarias.

En poco tiempo, bajo el esfuerzo hercúleo de numerosos samaritanos, fueron retiradas pesadas piedras del grupo de rocas que protegía la cueva, donde se habían resguardado las tres fugitivas, mientras, a las órdenes de Livia, los seis soldados abrieron una sepultura rasa lejos de aquel lugar, para el cuerpo de Sulpicio.

Brillaban, ya, las primeras constelaciones del firmamento, cuando terminó la improvisación de los servicios dolorosos.

En el instante de transportar los despojos del anciano, que Livia envolvió, personalmente, en blanco sudario de lino, ella sugirió que orasen rogando al Señor para que recibiese, en su Reino de Luz y Verdad, el alma generosa de su apóstol valeroso.

Arrodillóse, como una figura angélica junto aquel banco humilde y tosco, donde tantas veces se había sentado el servidor de Jesús, entre sus olivares frondosos y bienamados. Todos los presentes, inclusive los mismos soldados que se sentían presos de misterioso temor, postraránse en genuflexión acompañándole la reverencia, mientras, a la claridad de algunas antorchas, soplaban perfumadas las brisas leves de las noches hermosas y estrelladas de la Samaria de hace dos mil años...

- Hermanos – comenzó ella, emocionada, asumiendo por primera vez la dirección de una asamblea de creyentes -, ¡elevemos a Jesús el corazón y el pensamiento!...

Una sensación más fuerte parecía embargarle la voz, inundándole los ojos de lágrimas dolorosas...

Pero, como si fuerzas invisibles y poderosas la atentasen, continuó serenamente:

- ¡Jesús, dulce y divino Maestro, fue hoy el día glorioso en que partió para el cielo un valeroso apóstol de tu Reino!... ¡Fue él, aquí en la Tierra, Señor, nuestra protección, nuestro amparo y nuestra esperanza!... ¡en su fe, encontramos la precisa fortaleza, y fue en su corazón compasivo que conseguimos absorber el consuelo necesario!... ¡Más, juzgaste oportuno que Simón fuese a descansar en tu regazo amoroso y compasivo! Como tú, sufrió él los tormentos de la cruz, revelando la misma confianza en la Providencia Divina, en los dolorosos sacrificios de su amargo testimonio... ¡Recíbelo, Señor, en tu Reino de Paz y Misericordia! Simón se tornó bienaventurado por sus dolores, por su denuedo moral, por sus angustiosas aflicciones soportadas con el valor y la fe que nos enseñaste!... ¡Ampáralo en las claridades del Paraíso de tu amor inagotable, y que nosotros, exiliados en la nostalgia y en la

amargura, aprendamos la lección luminosa de tu valeroso apóstol de Samaria!... Si, algún día, nos juzgareis también dignos del mismo sacrificio, fortalécenos la energía, para que probemos al mundo la excelencia de tus enseñanzas, ayudándonos a morir con valor, por tu paz y por tu verdad, como tu misionero cariñoso a quien prestamos en esta hora el homenaje de nuestro amor y de nuestro reconocimiento...

En ese ínterin, hubo en su oración un interregno. Sin embargo, continuó:

- Jesús, a ti que viniste a este mundo, más para los desesperados de la salvación, levantando a los más enfermos y a los más infelices, dirigimos, igualmente, nuestra súplica por el perverso que no vaciló en tripudiar sobre tus leyes de fraternidad y amor, martirizando a un inocente, y que fue arrebatado por la muerte para el juicio de tu justicia. Queremos olvidar su infamia, como perdonaste a tus verdugos de lo alto de la cruz infamante del martirio... Ayúdanos, Señor, para que comprendamos y practiquemos tus enseñanzas!...

Levantándose, conmovida, Livia descubrió el cadáver del apóstol y le besó las manos por última vez, exclamando en lágrimas, cariñosa:

- Adiós, mi maestro, mi protector y mi amigo... Que Jesús te reciba el espíritu iluminado y justo en su Reino de luces inmortales, y que mi pobre alma sepa aprovechar, en este mundo, tu lección de fe y valeroso heroísmo.

Reposando en una urna improvisada, el cuerpo inerte de Simón fue conducido a su última morada. Numerosas antorchas habían sido encendidas para el oficio amargo y doloroso.

Y mientras el cadáver del lictor Sulpicio descendía a la tierra húmeda, sin otro auxilio aparte de la cooperación de sus guardias, el noble anciano iba a reposar frente a su templo y a su nido, entre las brisas acariciantes del valle, a la sombra fresca de los olivares que le eran tan queridos...

Livia despachó, enseguida, a los soldados del gobernador y, resguardada por hombres valerosos y dedicados, pasó el resto de la noche en compañía de Ana y de la hijita, en profundas meditaciones y dolorosas reflexiones.

Al rayar la aurora, se retiraban definitivamente del valle de Siquem, acompañadas por un vecino de Simón, encaminándose, de regreso, a Cafarnaúm, y llevando, en lo íntimo, numerosas lecciones para toda la vida.

Sabiendo que no se harían esperar las represalias de las autoridades administrativas, regresaron por caminos diferentes, que constituían preciosos atajos, sin tocar en Naim para el cambio de animales. Con algunas horas sucesivas, de marcha forzada, alcanzaban el solar tranquilo, donde iban a descansar de los golpes sufridos.

Livia remuneró espléndidamente a su dedicado compañero de viaje, retirándose para sus aposentos, donde fijó, en una preciosa base, la pequeña cruz de madera que le había dado el apóstol, algunas horas antes del cruento martirio.

Algunos días pasaron sobre los infaustos acontecimientos.

Entretanto, Poncio Pilatos, informado de todos los pormenores de lo ocurrido, rugió de odio salvaje. Reconociendo que pormenores de lo ocurrido, rugió de odio salvaje. Reconociendo que enfrentaba a poderosos enemigos, como Publio Léntulus y su mujer, buscó accionar por otro lado el mecanismo de siniestras represalias. Recogiéndose inmediatamente a su palacio de Samaria, hizo que todos los habitantes de la región pagasen muy caro la muerte del lictor, humillándolos a través de medidas envilecedoras y vejatorias. Asesinatos nefastos fueron practicados entre los elementos de la población pacífica del valle, propagándose por Sebaste y otros núcleos más adelantados la red de crímenes y crueldades de su mentalidad vengativa y tenebrosa.

Estacionemos, todavía, en Cafarnaúm y aguardemos ahí la llegada de un hombre.

Al cabo de algunos días, en efecto, regresaba el senador de su viaje a través de Palestina. Después de su regreso, Livia le informó de cuanto había ocurrido en su ausencia. Publio Léntulus le oía el relato silenciosamente. En la medida en que se le tornaban conocidas las ocurrencias, se sentía íntimamente lleno de indignación y de rebeldía contra el administrador de Judea, no solo por su incorrección política, sino también, por la extrema antipatía personal que su figura le inspiraba, resolviendo, en vista de lo acontecido, no vacilar un segundo en procesarlo acerbamente, como quien juzgaba un deber perseguir al más cruel de los enemigos.

El lector podrá, tal vez, suponer que el orgulloso romano tendría el corazón sensibilizado y modificados los sentimientos con respecto a la esposa, de quien presumía poseer las más flagrantes pruebas de deslealtad y perjurio, en el santuario de hogar y de la familia. Pero, Publio Léntulus era humano, y, en esa condición precaria y miserable, tenía que ser un fruto de su tiempo, de su educación y de su medio.

Al oír las últimas palabras de su mujer, pronunciadas en tono conmovedor, como el de alguien que pide apoyo y reclama el derecho de un cariño, replicó austeramente:

- Livia, yo me regocijo con tu actitud y ruego a los dioses por tu edificación. Tus actos simbolizan para mí la realidad de tu regeneración, después de la fragorosa caída vista con mis ojos. Bien sabes que para mí la esposa no debe existir más; sin embargo, alabo a la madre de mis hijos, sintiéndome confortado porque, sino acordastes a tiempo de ser feliz, despertaste aún con la posibilidad de vivir... ¡Tu repulsa tardía por ese hombre cruel me autoriza a creer en tu dedicación maternal y eso basta!

Esas palabras, pronunciadas en tono de superioridad y segura, demostraron a Livia que la separación afectiva entre ambos debería continuar en el ambiente doméstico, irremediamente.

Excitada en las conmociones de su martirio moral, se retiró al cuarto, donde se postró ante la cruz de Simón con el alma desalentada y abatida. Allí, meditó angustiosamente en su penosa situación, pero, en cierto momento, vio que el humilde recuerdo del apóstol de Samaria irradiaba una luz acariciante y resplandeciente al mismo tiempo que una voz suave y dulce murmuraba a sus oídos:

- ¡Hija, no esperes de la Tierra la felicidad que el mundo no te puede dar!... ¡Ahí, todas las venturas son como neblinas fugitivas, de las más siniestras desilusiones o destrozadas al sople devastador de las más siniestras desilusiones!... ¡Mientras tanto, espera el Reino de la misericordia divina, porque, en las moradas del Señor, hay bastante luz para que florezcan las más santificadas esperanzas de su corazón maternal!... No aguardes, pues, de la Tierra, más que la corona de espinas del sacrificio...

La esposa del senador no se sorprendió con el fenómeno. Conociendo, de oídas, la resurrección del Señor, tenía plena convicción que se trataba del alma redimida de Simón, que, a su manera de ver, volvía de las luces del Reino de Dios para confortarle el corazón.

Por varias semanas, recibió Publio Léntulus la visita de numerosos samaritanos, que le venían a solicitar enérgicas medidas contra los desmanes de Poncio Pilatos, instalado entonces en su palacio de Samaria, donde permanecía raramente, ordenando el asesinato o la esclavitud de numerosos elementos, en señal de venganza por la muerte de aquel que consideraba como el mejor áulico de su casa.

Pasado algún tiempo, regresaba Comenio de su viaje a Roma, con un profesor competente para la pequeña Flavia. Aparte de ese preceptor notable, que le mandaba la cariñosa solicitud de Flaminio Severus, le llegaban también nuevas noticias, que el senador consideraba confortalecedoras. En virtud de su solicitud, las altas autoridades del Imperio determinaron el regreso del pretor Salvio Léntulus, con la familia, a la sede del gobierno imperial, pidiéndole el amigo, particularmente la remesa de datos positivos en cuanto a la administración de Pilatos en Judea, a fin de que el senado luchase por su remoción.

En virtud de esas circunstancias, de ahí a algún tiempo, volvía Comenio a Roma llevando a Flaminio un voluminoso proceso relacionando todas las crueldades practicadas por Pilatos, entre los samaritanos. En vista de las distancias, por mucho tiempo rodó el proceso en los gabinetes administrativos, hasta que en el año 35 fue el Procurador de Judea llamado a Roma, donde fue destituido de todas las funciones que ejercía en el gobierno imperial, siendo desterrado por Viena, en las Galias, donde se suicidó, tres años después, atormentado de remordimientos, de privaciones y de amarguras.

Publio Léntulus permaneció con sus esperanzas de padre, en la misma vivienda de Galilea, dedicándose casi exclusivamente a sus estudios, a sus procesos administrativos y a la educación de la hija, que manifestara, muy pronto, cualidades literarias al lado de apreciables dotes de inteligencia.

Livia conservó a Ana junto a su tutela y ambas continuaron orando junto a la cruz que les diera Simón en el instante extremo, rogando a Jesús la fuerza necesaria para las penosas luchas de la vida.

En balde la familia Léntulus esperaba que el destino le trajese, de nuevo, la sonrisa encantadora del pequeño Marcus y, mientras el senador y la hijita se preparaban para el mundo, junto a Livia y Ana, que traían sus esperanzas puestas en el Cielo, dejemos pasar más de diez años sobre la dolorosa serenidad de la Villa de Cafarnaúm, más de diez años que pasaron lentos, silenciosos, tristes.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

SEGUNDA PARTE

I

LA MUERTE DE FLAMINIO

El año 46 corría en calma.

En Cafarnaúm, vamos a encontrar, de nuevo, a nuestros personajes sumergidos en una relativa serenidad.

Las autoridades administrativas, en Roma, no eran las mismas. Entre tanto, apoyando en el prestigio de su nombre y en las considerables influencias políticas de Flaminio Severus, ante el senado, Públio Léntulus continuaba comisionado en Palestina, donde gozaba de todos los derechos y regalías políticas, en la administración providencial.

En balde continuara allí el senador, a despecho de todo su inmenso deseo de volver a la sede del gobierno imperial, esperando la ocasión de encontrar al hijo, que el tiempo continuaba reteniendo en el dominio de las sombras misteriosas. En los últimos años, perdiera, por completo, la esperanza de alcanzar su desiderátum, porque consideraba, entonces, que Marcus Léntulus debería estar en su primer período de juventud, volviéndole irreconocible a los ojos paternos.

Otras veces, ponderaba el orgulloso patricio que el hijo no vivía más; que, ciertamente, las fuerzas perversas y criminales que lo habían arrebatado del hogar habrían exterminado, igualmente, al gracioso niño bajo las fauces de la muerte, temiendo una punición inexorable. Pero, allá adentro, en lo íntimo del alma, latía la intuición de que Marcus aún vivía, razón por la que, entre las

indecisiones y alternativas, de todos días, resolviera, antes de todo, oír la voz del deber paternal, echando mano de todos los recursos para reencontrarlo, permaneciendo allí indefinidamente, contra sus proyectos más decididos y más sinceros.

Por ese tiempo, vamos a encontrarlo con los trazos fisonómicos ligeramente alterados, aunque hubiesen devanado trece años sobre los dolorosos acontecimientos del 33. Sus cabellos aún guardaban integralmente el color natural y apenas algunas arrugas, casi imperceptibles, habían venido a acentuar su aspecto de profunda austeridad. Serena tristeza le emanaba del semblante, llevándolo, invariablemente, a aislarse de la vida común, para sumergirse tan solo en el océano de sus papeles y de sus estudios, con la única preocupación de mayor importancia, que era la educación de la hija, buscando dotarla de las más elevadas cualidades intelectuales y sentimentales. Su vida, en el hogar, continuaba siendo la misma, aunque el corazón le pidiese muchas veces atar de nuevo el lazo conyugal, atendiendo a aquellos trece años de separación íntima, con la más absoluta renuncia de Livia a todas las distracciones que no fuesen las de la vida doméstica y de su creencia, fervorosa y sincera. A solas con sus meditaciones, Publio Léntulus dejaba divagar el pensamiento por los recuerdos más dulces y más distante y, en esas horas de introspección, oía la voz de la conciencia que subía del corazón al cerebro, como un llamado a la razón inflexible, intentando destruirle los preconceptos, pero el orgullo vencía siempre, con su rigidez inquebrantable. Algo le decía, en lo íntimo, que su mujer estaba limpia de toda mácula, pero su espíritu de vanidad y orgullo le hacía ver, inmediatamente, la escena inolvidable de la esposa al dejar el gabinete privado de Pilatos, con vestiduras de disfraz, oyendo aún, siniestramente, las palabras irónicas de Fulvia Prócula, en sus calumnias extrañas y ominosas...

Entretanto, Livia, se aislara, envuelta en un velo de triste resignación, como quien espera las providencias sobrenaturales, que nunca aparecen en el inquieto curso de una existencia humana. El esposo la conservaba junto a la hija, atendiendo simplemente a la condición de madre, pero, sin permitirle, de ningún modo, interferir en sus planes y trabajos educativos.

Para Livia aquel golpe rudo fuera el mayor sufrimiento de su vida. La misma calumnia no le doliera tanto; pero, el reconocerse como dispensable junto a la hija de su corazón, constituía a sus ojos la más dolorosa humillación

de su existencia. Era por ese motivo que más se abroquelaba en la fe, procurando enriquecer el alma sufridora, con las luces de la creencia fervorosa y sincera.

Lejos de conservar las energías orgánicas, tal como aconteciera al marido, su rostro testimoniaba las injurias del tiempo, con su pesado bagaje de sufrimientos y amarguras. En su frente, que los dolores habían santificado, pendían ya algunos hilos plateados, mientras los ojos profundos se llenaban de un brillo misterioso, como si hubiesen intensificado su fulgor, de tanto fijarse en lo infinito de los cielos. Sus trazos fisonómicos, si bien denotasen vejez prematura, revelaban aún la antigua belleza transformada ahora en indecible y noble expresión de martirio y de virtud. Un solo pedido le hiciera al esposo, cuando se vio aislada de sus afectos más queridos, en el ambiente doméstico, lejos inclusive del contacto espiritual con la hija, circunstancia que aún le afligía más el corazón amargado: - fue apenas que le permitiese continuar en sus prácticas cristianas, en compañía de Ana, la que tanto se le apegara, con aquel espíritu de dedicación que le conocemos, al punto de despreciar las oportunidades que se le ofrecieron para constituir familia. El senador le dio todos los premisos en tal sentido, llegando a facultarle recursos financieros para atender a los numerosos operarios de la doctrina que la buscaban, discretamente, amparándose en sus posibilidades materiales para iniciativas renovadoras.

Ahora, nos falta presentar a Flavia Lentulia a los que la vieron en la infancia, enferma y tímida.

En el esplendor de sus veintidós años, ostentaba el fruto de la educación que el padre le diera, con la fuerte expresión personal de su carácter y de su formación espiritual.

La hija del senador era Livia, en la encantadora gracia de sus dotes físicos, y era Publio Léntulus, por el corazón. Educada por eminentes profesores, que se sucedieron en el curso de los años, bajo la escogencia de los Severus, que jamás se descuidaron de sus amigos distantes, sabía el idioma patrio a fondo, manejando el griego con la misma facilidad y manteniéndose en contacto con los autores más célebres, en virtud de su constante convivencia con la intelectualidad paterna.

La educación intelectual de una joven romana, en esa época, era sin duda secundaria y deficiente. Los espectáculos arrebatadores de los anfiteatros, así

como la ausencia de una ocupación seria, para las mujeres de aquel tiempo, en vista de la incesante multiplicación y el abaratamiento de los esclavos, perjudicaron sensiblemente la cultura de la mujer romana, en el fastigio del Imperio, cuando el espíritu femenino se arrastraba en el escándalo, en la depravación moral y en la vida absoluta.

No obstante, el senador hacía lo posible por ser un hombre antiguo. No perdiera de vista las virtudes heroicas y sublimadas de las matronas inolvidables, de sus tradiciones familiares, y fue por eso que, huyendo a la época, buscó preparar a la hija para la vida social, con la cultura más perfeccionada posible, aunque igualmente se le hinchase el corazón de orgullo y vanidad, con todos los preconceptos de su tiempo.

La joven amaba a la madre con extrema ternura, pero en vista de las órdenes del padre, que la conservaba invariablemente junto a él, en sus gabinetes de estudio o en los pequeños viajes acostumbrados, no hacía misterio de su predilección por el espíritu paterno, de quien presumía haber heredado las cualidades más fulgurantes y más nobles, sin conseguir entender la dulce humildad y la resignación heroica de la madre, tan digna y tan desventurada.

El senador buscara desenvolverle las tendencias literarias, posibilitándole las mejores adquisiciones de orden intelectual, admirándole la facilidad de expresión, principalmente en el arte poético, tan exaltado en aquella época.

El tiempo transcurría con relativa calma para todos los corazones.

De vez en cuando, se hablaba de la posibilidad de regresar a Roma, plan ese cuya realización era siempre aplazado en vista de la esperanza de reencontrar al desaparecido.

En un día suave del mes de marzo, cuando los árboles frondosos se cubrían de flores, vamos a encontrar en la casa del senador a un mensajero que llegaba de Roma a toda prisa.

Tratábase de un emisario de Flaminio Severus, que en extensa carta le comunicaba al amigo su precario estado de salud, añadiendo que deseaba abrazarlo antes de morir. Conmovedores llamados constaban en ese documento privado, suscitando al espíritu de Publio las más cuidadosas ponderaciones. Entre tanto, la lectura de una carta firmada por Calpurnia, que viniera por separado, era decisivo. En ese desahogo, la venerada señora lo informó del estado de salud del marido, que, a su ver, era muy precario, acentuando los penosos sinsabores y angustiosas preocupaciones que ambos experimentaban

acerca de los hijos, que, en plena mocedad, se entregaban a las mayores disipaciones, siguiendo la corriente de los desvaríos sociales de la época. Terminaba la conmovedora carta pidiendo al amigo que volviese, que los asistiese en aquel trance, de modo que su amistad y paternal interés representasen una fuerza moderadora junto a Plinio y Agripa, que hombres hechos, ya se dejaban llevar por el torbellino de los placeres más nefastos.

Publio Léntulus no vació un instante.

Mostró a la hija los documentos recibidos y, después de examinar, juntos, los pormenores de su contenido, comunicó a Livia su propósito de volver a Roma en la primera oportunidad.

La noble señora se recordó, entonces, de cuan diferente le sería la vida en la gran ciudad de los Césares, con las ideas que poseía ahora, y pidió a Jesús que no le faltase el coraje necesario para vencer en todos los embates que hubiese de sustentar en la sociedad romana, para conservar íntegra su fe.

La vuelta a Roma no reclamó, de ese modo, mayor demora. El mismo emisario llevó las instrucciones del senador para sus amigos de la Capital del Imperio y, en poco tiempo, una galera los esperaba en Cesárea, conduciendo a la familia Léntulus, de regreso, después de la permanencia de quince años en Palestina.

Es innecesario comentar los pequeños incidentes del retorno, tal era la trivialidad de los viajes antiguos, con su monotonía, aliado a las vagarosas perspectivas y al doloroso espectáculo del martirio de los esclavos.

Entretanto, nos corresponde acrecentar que, en vísperas de la llegada, el senador llamó a la hija y a la mujer, dirigiéndoles la palabra en tono discreto:

- Antes de que aportemos, conviene que les explique mi resolución sobre nuestro pobre Marcus.

Hace muchos años, que guardo el mayor silencio en torno al asunto, para con mis amistades de Roma, y no deseo ser considerado mal padre en nuestro ambiente social. Solamente una circunstancia como la que nos impone este viaje, me llevaría a regresar, por cuanto no se justifica que un padre abandone al hijo en tales parajes, aunque esté torturado por la incertidumbre de la continuidad de su existencia.

Así, resolví comunicar, a cuantos me lo pregunten, que el hijo está muerto hace más de diez años, como, de hecho, deberá estar nosotros, vista la imposibilidad de reconocerlo, en la hipótesis de su reaparecimiento.

Si supiesen de nuestras amarguras, no faltarían embusteros que desearan escarnecer nuestra buena fe, explotando el sentimentalismo familiar.

Ambas asintieron en la decisión, que les parecía la más acertada, y, en poco tiempo, el puerto de Ostia estaba a la vista, ahora preparado lindamente por el cielo del Emperador Claudio, que mandara a ejecutar allí obras interesantes y monumentales.

En esa hora, no se observaba el contentamiento, natural de tales circunstancias.

La partida, quince años antes, había sido un cántico de esperanza en las expectativas suaves del futuro, pero el regreso estaba lleno del silencio amargo de las más penosas realidades.

Aparte del desencanto de la vida conyugal, Publio y Livia no veían allí entre los rostros amigos que los esperaban, las siluetas de Flaminio y Calpurnia, que consideraban hermanos muy amados.

Sin embargo, dos jóvenes simpáticos y fuertes, de gestos desembarazados, en sus togas irreprochables, se dirigieron a ellos inmediatamente, en botes confortables, tan pronto la embarcación había anclado, jóvenes esos que el senador y la esposa reconocieron de pronto, en un afectuoso y conmovido abrazo.

Tratábase de Plinio y su hermano que, encomendados por sus padres, venían a recibir a los queridos ausentes.

Presentados a Flavia, ambos hicieron un movimiento instintivo de admiración, recordando el día de la partida, cuando le habían acomodado en el camarote, entre sus gemidos y muecas de niña enferma.

La joven se impresionara, también, con la figura de ambos, de quien poseía apagadas reminiscencias, entre las recordaciones remotas de su infancia. Principalmente Plinio Severus, el más joven, la había impresionado profundamente, con sus veintiséis años completos, del mismo porte elegante y distinguido con que ella había idealizado al héroe de su imaginación femenina.

Notávase, igualmente, a simple vista, que el chico no quedara indiferente a aquellas mismas emociones, porque, intercambiadas las primeras impresiones del viaje y examinada la situación de salud de Flaminio Severus, considerada por los hijos como excesivamente grave, Plinio ofreció el brazo a la joven, mientras Agripa le observaba con un leve tono de celos:

- ¡Pero ¿qué es eso, Plinio? Flavia puede susceptibilizarse con tu excesiva intimidación!...

- Vaya, Agripa – respondió él, con una franca sonrisa -, ¿estás muy perjudicado por los formalismos de la vida pública. Flavia no puede extrañar nuestras costumbres, en su condición de patricia por nacimiento y, por lo demás, no nací para las disciplinas del Estado, tan a tu gusto!...

A esas palabras, dichas con visible buen humor, agregó Publio Léntulus, confortado por el ambiente de su predilección:

- ¡Vamos, mis hijos!

Y dando el brazo a la esposa, para desempeñar la comedia de su felicidad conyugal en la vida común de la gran ciudad, seguido de Plinio, que amparaba a la joven en su brazo fuerte y conquistador en asuntos del corazón, desembarcaron junto a Agripa, a fin de descansar un poco, antes de seguir directamente para Roma, y, para lo cual, todas las providencias habían sido tomadas por los hermanos Severus, con el máximo de cariño y espontánea dedicación.

Livia no se olvidó de Ana, tomando las medidas necesarias para su comodidad, junto a los demás siervos de la casa, en todo el curso del camino que los separaba de la residencia.

En dirección a la ciudad, pensó entonces el senador que, finalmente, iba a rever al amigo muy amado. Hacía largos años que acariciaba la idea de confesarle de viva voz, todos sus disgustos en la vida conyugal, exponiéndole, con franqueza y sinceridad, sus preocupaciones acerca de los hechos que lo separaban de la esposa, en la intimidad del hogar. Tenía sed de sus palabras afectuosas y de explicaciones consoladoras porque sentía que amaba a la mujer por encima de todo, a pesar de todos los sinsabores experimentados. No creyendo sinceramente en su caída, solo su orgullo de hombre lo apartaba de una reconciliación que, cada día, se tornaba más imperiosa y necesaria.

En breve llegaban a la antigua residencia, lindamente ornamentada para recibirlos. Numerosos siervos se movilizaban, mientras los recién llegados hacían el reconocimiento de los lugares más íntimos y más familiares.

Hacía quince años que el palacio de Aventino aguardaba a los dueños, bajo el cariño de esclavos dedicados y dignos.

Después se servía una refección frugal en el triclinio, mientras los hermanos Severus, que participaban de esa ligera comida, esperaban a sus amigos, a fin de seguir todos juntos para la residencia de Flaminio, donde el enfermo los aguardaba ansiosamente.

Plinio, en dado momento, como quien trae a colación una noticia interesante y agradable, exclamó, dirigiéndose al senador:

- Hace bastante tiempo, conocimos a vuestro tío Salvio Léntulus y su familia, que residen cerca del Foro.

- ¿Mi tío? – preguntó Publio, impresionado, como si los recuerdos de Fulvia le trajese a lo íntimo un aluvión de fantasmas. Pero, al mismo tiempo, como si estuviese haciendo lo posible por adormecer sus propias amarguras, acentuó con supuesta serenidad:

- ¡Ah! ¡es verdad! Hace más de doce años que él regresó de Palestina...

Fue en este instante que Agripa intervino como para vengarse de la actitud del hermano, cuando aún no habían desembarcado, exclamando intencionalmente:

- Por cierto de Plinio parece inclinado a desposarle la hija, de nombre Aurelia, con quien mantiene las mejores relaciones afectivas, desde hace mucho tiempo.

Al oír estas palabras, Flavia Léntulus miró al interpelado, como entre su corazón y el hijo más joven de Flaminio ya hubiesen los más fuertes lazos de compromisos sentimentales, dentro de las leyes misteriosas de las afinidades psíquicas.

Mientras pasaba ese duelo de emociones, Plinio miró al hermano casi con odio, dando a entender la impulsividad de su espíritu y respondiendo con énfasis, como defendiéndose de una acusación injustificable, ante la mujer de su preferencia:

- Otra vez, Agripa, estás engañado. Mis relaciones con Aurelia no tienen otro fundamento, aparte de la más pura amistad recíproca incluso porque considero muy remota cualquier posibilidad de casamiento, en la fase actual de mi vida.

Agripa esbozó una sonrisa burlona, mientras el senador, comprendiendo la situación, calmaba los ánimos, exclamando con bondad:

- Está bien, hijos; pero hablaremos después sobre mi tío. Me siento ansioso por abrazar al querido enfermo y no tenemos tiempo que perder.

En pocos minutos un grupo de literas se encaminaba para la noble residencia de los Severus, donde Flaminio aguardaba al amigo, ansiosamente.

Su fisonomía no acusaba más aquella movilidad antigua y la extasiante expresión de energía que la caracterizaba, pero, en compensación, gran placidez se le irradiaba de los ojos, sensibilizando a cuantos lo visitaban en sus últimos días de luchas terrestres. La expresión del semblante era la del luchador derribado y abatido, exhausto de combatir a las fuerzas misteriosas de la muerte. Los médicos no tenían la menor esperanza de cura, considerando el profundo desequilibrio físico, aliado a la muy fuerte desorganización del sistema cardíaco. Las menores emociones determinaban alteraciones en su estado, dando lugar a las más amplias aprehensiones de la familia.

De vez en cuando, los ojos serenos y tranquilos se fijaban detenidamente en la puerta de entrada, como si esperasen a alguien con el máximo interés, hasta que rumores más fuertes, venidos del vestíbulo, anunciaron a su corazón que iba a cesar una ausencia de quince años consecutivos, entre él y los amigos siempre recordados.

Calpurnia, igualmente muy abatida, abrazó a Livia y a Publio, derramada en lágrimas y apretando a Flavia en los brazos, como si recibiese a una hija.

Allí mismo, en el vestíbulo, intercambiaron impresiones y hablaron de sus intensas nostalgias y de las numerosas preocupaciones, hasta que Publio deliberó dejar a las dos amigas en franca expansión afectiva y se encaminó con Agripa a uno de los compartimentos próximos del tablino, donde abrazó al gran amigo, con lágrimas de alegría.

Flaminio Severus estaba delgadísimo y sus palabras, a veces, eran cortadas por la impresionante disnea, dando a percibir que muy poco tiempo le quedaba de vida.

Sabiendo de la satisfacción del padre en la compañía íntima del leal amigo, Agripa se retiró del vasto aposento, donde las sombras del crepúsculo comenzaban a penetrar caprichosamente, como si lo hiciesen en el silencio sagrado de las naves religiosas.

Publio Léntulus se sorprendió, encontrando al viejo compañero en tal estado. No suponía volver a verle tan depauperado. Ahora, se daba cuenta de que era él, sí, a quien le competía auxiliarlo en sus consejos, levantándole las fuerzas orgánicas y espirituales, con sus exhortaciones amigas y cariñosas.

Una vez a solas, contempló al amigo y mentor, como si estuviese viendo a un niño enfermo.

Flaminio, por su parte, lo miró cara a cara y, con los ojos rasos de agua, le tomó las manos con las suyas, dándole a entender que recibía allí, en aquel momento, a un hijo muy amado.

En un gesto tierno y delicado, procuró sentarse más cómodamente y, amparándose en los hombros de Léntulus, murmuró conmovedoramente a su oído:

- Publio, aquí ya no te recibe el compañero enérgico y resuelto de otros tiempos. Siento que solo te esperaba para poder entregar el alma a los dioses, tranquilamente, suponiendo ya cumplida la misión que me competía en la Tierra, con mi conciencia rectilínea y mis honestos pensamientos.

Hace más de un año presiento el instante irremediable y fatal, que, ahora, satisfecho mi ardiente deseo, debe estar acercándose con la velocidad del relámpago. No deseaba, pues, partir sin apretarte en mis brazos, haciéndole las últimas confidencias en este lecho de muerte...

- Pues, Flaminio – le respondió el amigo, con serenidad dolorosa -, todo me autoriza a creer en tus mejoras inmediatas, y todos nosotros aguardamos la bendición de los dioses, de manera que podamos contar con tu compañía indispensable, por mucho tiempo aún, en este mundo.

- No, mi buen amigo, no te ilusiones con esas suposiciones y pensamientos. Nuestra alma jamás se engaña cuando se acerca a las sombras del sepulcro. ¡No me demoraré en penetrar el misterio de la gran noche, pero creo, firmemente, que los dioses me saludarán con las luces de sus auroras!...

Y, dejando la mirada, profunda y serena, divagar por el aposento, como si las paredes marmorosas se dilatasen al infinito, Flaminio Severus se concentró un minuto en íntimas meditaciones, y continuó hablando, como si desease imprimir a la conversación un nuevo rumbo:

- ¿Recuerdas aquella noche en que me confiaste los pormenores de un sueño misterioso, en el auge de tu emotividad dolorosa?

- ¡Oh! ¡si me acuerdo! – contestó Publio Léntulus recordando, de modo inexplicable, no solo la remota conversación que resolviera el viaje a Palestina, sino también, otro sueño, en el cual testimoniara los mismos fenómenos intraducibles, en la noche de su encuentro con Jesús de Nazaret. Al recordarse de aquella personalidad maravillosa, se le estremeció el corazón, pero hizo de todo por evitar al amigo una impresión más fuerte y dolorosa, agregando con aparente serenidad: -¿Pero, a qué viene tu pregunta, si hoy estoy más que convencido, de acuerdo contigo mismo, que todo aquello no pasaba de simples impresiones de una fantasía sin importancia?

- ¿Fantasía? – replicó Flaminio, como si hubiese encontrado una nueva fórmula de la verdad. – Ya modifiqué por completo mis ideas. La enfermedad tiene, igualmente, sus bellos y grandioso beneficios. Retenido en el lecho, desde hace muchos meses, me habitué a invocar la protección de Temis, de modo que no llegase a ver en mis padecimientos más que el resultado penoso de mis propios méritos, ante la incorruptible justicia de los dioses, hasta que una noche tuve impresiones iguales a las tuyas.

No me recuerdo de haber guardado ninguna preocupación con tu narrativa, pero lo cierto es que, hace cerca de dos meses, me sentí llevado en sueño a la misma época de la revolución de Catilina, y observé la veracidad de todos los hechos que me relataste hace dieciséis años, llegando a ver a tu propio ascendiente, Publio Léntulus Sura, que era como tu retrato, tal era su profunda semejanza contigo, mayormente ahora que te encuentras en tus cuarenta y cuatro años, en plena fijación de trazos fisonómicos.

Interesante es que me encontraba a tu lado, caminando contigo en la misma senda de clamorosas iniquidades. Me recuerdo de vernos firmando sentencias inicuas e impiedosas, determinando el suplicio de muchos de nuestros semejantes... Sin embargo, lo que más me atormentaba era observarte

la terrible actitud, determinando la ceguera de muchos de nuestros adversarios políticos y asistiendo, personalmente, al desenvolvimiento de las flagelaciones de hierro en brasas, quemando numerosas pupilas para siempre, a los gritos dolorosos de las víctimas indefensas!...

Publio Léntulus abrió desmesuradamente los ojos, de espanto, participando, igualmente, de aquellas recordaciones que dormían profundamente en su alma entristecida, y contestó, por fin:

- ¡Mi buen amigo, tranquiliza el corazón... Semejantes impresiones parecen reflejos de alguna emoción muy fuerte que perdurase en lo profundo de tu memoria, por mis narraciones en aquella noche de hace tantos años!...

Flaminio Severus esbozó, entonces, una leve sonrisa, como quien comprendía la intención generosa y consoladora, redargüiendo con serena bondad:

- Debo decirte, Publio, que esos cuadros no me amedrentaron y solo te hablo de ese complejo de emociones, porque tengo la certeza de que voy a partir de esta vida y aún quedarás, tal vez por mucho tiempo, en la corteza de este mundo. Es posible que las recordaciones de tu espíritu afloren nuevamente y, entonces, quiero que aceptes la verdad religiosa de los griegos y de los egipcios. Creo, ahora, que tenemos numerosas vidas, a través de distintos cuerpos. Siento que mi pobre organismo está presto a deshacerse; entretanto, mi pensamiento está vivaz como nunca y solo en tales circunstancias presumo entender el gran misterio de nuestras existencias. Me pesa, íntimamente, haber practicado el mal en el pretérito tenebroso, aunque haya transcurrido más de un siglo sobre los tristes acontecimientos de nuestras visiones espirituales; sin embargo, aquí estoy delante de los dioses, con la conciencia tranquila.

Publio lo oía atentamente, entre apenado y conmovido. Procuraba dirigirle palabras confortadoras, pero la voz parecía morirle en la garganta, embargada por las emociones de aquel doloroso momento.

Flaminio, entonces, le dio un abrazo emocionado, y con los ojos rasos de lágrimas, le susurró al oído:

- Mi amigo, no tengas duda sobre mis palabras... Quiero creer que estas horas sean las últimas... en mi escritorio están todos tus documentos y el memorial de los negocios de orden material que movilicé en tu nombre, en tu

ausencia y en lo concerniente a nuestros problemas de orden político y financiero. No encontrarás dificultades para catalogar, convenientemente, todos los papeles a que me refiero...

- Pero, Flaminio – replicó Publio, con enérgica serenidad -, creo que tendremos mucho tiempo para cuidar de eso.

En ese momento, Livia y la hija, Calpurnia y los jóvenes, se acercaron al noble enfermo, trayéndole sonrisas amigas y palabras consoladoras.

El enfermo dio muestras de ánimo y alegría para cada uno de ellos, encareciendo el abatimiento de Livia y la belleza exuberante de Flavia, con palabras dulces y cálidas.

Quedando a solas, nuevamente, el generoso senador que la molestia desfigurara, entre los linos claros del lecho, exclamó con bondad:

- He, aquí mi amigo, las mariposas risueñas del amor y de la juventud, que el tiempo hace desaparecer, célere, en su torbellino de impiedades...

Y bajando la voz, como si quisiese transmitir al amigo una delicada confianza del alma, continuó hablando pausadamente:

- Llevo conmigo, para el túmulo, numerosas preocupaciones por mis pobres hijos. Les di todo lo que me era posible, en materia educativa, y, aun reconociendo que ambos poseen sentimientos generosos y sinceros, noto que sus corazones son víctimas de las penosas transiciones de los tiempos que pasan, en los cuales tenemos a disgusto que observar los más degradantes rebajamientos de la dignidad del hogar y de la familia.

Agripa viene haciendo lo posible por adaptarse a mis consejos, entregándose a las labores del Estado; pero Plinio tuvo la poca suerte de dejarse seducir por amigos pérfidos y desleales, que no desean sino su ruina y lo arrastran a las mayores inmoralidades, en los ambientes sospechosos de nuestras más altas camadas sociales, llevando muy lejos su espíritu de aventuras.

Ambos me proporcionan los mayores sinsabores con los actos que practican, dando testimonio de reducidas nociones de responsabilidad individual. Disipando gran parte de nuestra fortuna, no sé que futuro será el de mi pobre Calpurnia si los dioses no me permitieren la gracia de buscarla, en breve, en el exilio de su nostalgia y de su amargura, después de mi muerte!...

- Pero a mí – respondió con interés el interpelado – ellos me parecen dignos del padre que los dioses les concedieron, con su gentileza generosa y con la hidalguía de sus actitudes.

- En todo caso, mi amigo, no puedes olvidar que tu ausencia de Roma fue muy larga y que muchas innovaciones se procesaron en este período.

¡Parecemos caminar vertiginosamente hacia un nivel de absoluta decadencia de nuestras costumbres familiares, así como nuestros procesos educativos, a mi manera de ver, van desmantelados en dolorosa falencia!..

Y como si desease traer de nuevo la conversación para los asuntos de orden inmediato, de la vida práctica, acentuó:

- Ahora que veo a tu hija radiante de juventud y de energía, renuevo, íntimamente mis antiguos proyectos de traerla al círculo de nuestra comunidad familiar.

Era mi deseo que Plinio la desposase, pero mi hijo más joven parece inclinado a comprometerse con la hija de Salvio, no obstante la oposición de Calpurnia a ese proyecto; no por tu tío, siempre digno y respetable a nuestros ojos, sino por su mujer que no parece dispuesta a abandonar las antiguas ideas e iniciativas del pasado. Pero, debo considerar que me resta aún a Agripa, a fin de concretar mis numerosas esperanzas.

¡Si pudieras, algún día, no te olvides de esta mi recomendación *in extremis!*...

- Esta bien, Flaminio, pero no te canses. Da tiempo al tiempo porque no faltará ocasión para discutir el asunto – contestó Publio Léntulus, conmovido.

En ese momento, Agripa entró en la alcoba, dirigiéndose al padre, afectuosamente:

- Mi padre, el mensajero enviado a Masilia ¹ acaba de llegar, trayendo las deseadas informaciones con respecto a Saúl.

- ¿Y él nada nos manda a decir sobre su venida? – preguntó el enfermo, con bondadoso interés.

¹ Nota de la Editora: Actualmente, Marsella.

- No. El portador solo comunica que Saúl partió para Palestina, después de alcanzar la consolidación de su fortuna, con los últimos lucros comerciales, acrecentando haber deliberado ir a Judea, para ver de nuevo al padre que reside en las cercanías de Jerusalén.

- Pues bien – dijo el enfermo, resignado -, en vista de eso, recompensa al mensajero y no te preocupes más con mis anteriores deseos.

Al oírlos, Publio dio vueltas al cerebro para recordarse de algo que no podía definir con precisión. El nombre de Saúl no le era extraño. Con la circunstancia de localizarse la residencia del padre en las proximidades de Jerusalén, se recordó, finalmente, de los personajes de sus reminiscencias, con fidelidad absoluta. Rememoró el incidente en el que fuera obligado a castigar a un joven judío de ese nombre, en las cercanías de la ciudad, remitiéndolo a las galeras como punición de su acto de irreflexión, y recordando, igualmente, el instante en que un agricultor israelita fuera a reclamar la libertad del prisionero, dándolo como su hijo. Experimentando un anhelo vago en el corazón, exclamó intencionalmente:

- ¿Saúl? ¿No es un nombre característico de Judea?

- Sí – respondió Flaminio con serenidad -, se trata de un esclavo liberto de mi casa. Era un cautivo Judío, aún joven, adquirido por Valerio, en el mercado, para las bigas de los muchachos, al ínfimo precio de cuatro mil sestercios. Tan bien se portó en los quehaceres, que le era designados comúnmente, que, después de ganar varios premios con sus proezas en el Campo de Marte, destinados a mis hijos, resolví concederle la libertad, dotándolo con los recursos necesarios para vivir y promover empresas por su propia cuenta. Y parece que la mano de los dioses lo bendijo en el momento preciso, porque Saúl es hoy señor de una fortuna sólida, como resultado de su esfuerzo y trabajo.

Publio Léntulus silenció íntimamente aliviado, pues su prisionero, según noticias recibidas por los guardias del gobierno provincial, se había evadido para el hogar paterno, huyendo, de ese modo, a la esclavitud humillante.

Las horas de la noche iban ya avanzadas.

El visitante se recordó, entonces, de que esperaba entrevistarse con Flaminio para una conversación sustanciosa y larga, con respecto a múltiples asuntos, como, por ejemplo, su penosa situación conyugal, la desaparición misteriosa del hijito, y su encuentro con Jesús de Nazaret. Pero, observaba que Flaminio estaba exhausto, siendo justo y necesario aplazar sus confidencias amargas y penosas.

Fue entonces que se retiró del aposento para aguardar al día siguiente, lleno de esperanzas consoladoras.

Los dos amigos intercambiaron largas y significativas miradas en el instante de aquellas despedidas, que ahora parecían comunes, como las afectuosas saluciones diarias de otros tiempos.

Confortadoras exhortaciones y promesas amigas fueron intercambiadas, entre expresiones de fraternidad y cariño, antes que Calpúrnia recondujese a los visitantes al vestíbulo, con su bondad generosa y acogedora.

Sin embargo, en las primeras horas de la mañana siguiente, un mensajero apresurado paraba a la puerta del palacete de los Léntulus, con la noticia alarmante y dolorosa.

Flaminio Severus empeoraba inesperadamente sin que los médicos diesen a sus familiares la menor esperanza. Todas las mejoras ficticias habían desaparecido. Una fuerza inexplicable le desequilibrara la armonía orgánica, sin que remedio alguno le paralizase las angustiosas aflicciones.

Dentro de pocas horas, Publio Léntulus y los suyos se encontraban, de nuevo, en la vivienda confortable de los amigos.

Mientras penetra él, ansioso, en el cuarto del viejo compañero de luchas terrestres, Livia en la intimidad de un apartamento, se dirige a Calpurnia en estos términos:

- Mi amiga, ¿ya oíste hablar de Jesús de Nazaret?

La orgullosa matrona, que no perdía la línea de sus vanidades en familia, aún en los momentos de las más angustiosas preocupaciones, abrió desmesuradamente los ojos, exclamando:

- ¿Por qué me lo preguntas?

- Porque Jesús – respondió Livia, humildemente – es la misericordia de todos los que sufren y no puedo olvidarme de su bondad, ahora que nos vemos en pruebas tan ásperas y tan dolorosas.

- Supongo, querida Livia – contestó Calpurnia, gravemente -, que olvidaste todas las recomendaciones que te hice antes de partir para Palestina, porque, de tus advertencias, estoy deduciendo que aceptastes de buena fe las teorías absurdas de la igualdad y de la humildad, incompatibles con nuestras tradiciones más añejas, dejándote llevar por las aguas engañosas de las creencias erróneas de los esclavos.

- Pero, no es eso. Me refiero a la fe cristiana, que nos anima en las luchas de la existencia y consuela el corazón atormentado en las pruebas más ríspidas y más amargas...

- Esa creencia está llegando ahora a la sede del Imperio y por cierto ha encontrado la repulsión general de nuestros hombres más sensatos e ilustres.

- Sin embargo, yo conocí a Jesús de cerca y su doctrina es de amor, de fraternidad y de perdón... ¡Conociendo tus justos recelos por Flaminio, me recordé de apelar al profeta de Nazaret, que, en Galilea, era la providencia de todos los afligidos y de todos los sufridores!

- Bien sabes, mi hija, que la fraternidad y el perdón de las faltas no se compadecen, de modo alguno, con nuestras ideas de honras, de patria y de familia, y lo que más me admira es la facilidad con la que Publio te permitió tan íntimo contacto con las concepciones erróneas de Judea, al punto de modificar tu personalidad moral, según me dejas entrever.

- Pero...

Iba Livia a esclarecer, de la mejor manera, sus puntos de vista, con respecto al asunto, cuando Agripa entró sorpresivamente en el gabinete, exclamando con la más fuerte emoción:

- ¡Madre mía, venga de prisa, muy de prisa!... ¡Mi padre parece agonizante!...

En un instante, ambas penetraron en el aposento del moribundo, que tenía los ojos fijos como si fuera acometido, inesperadamente, de un deliquio irrefrenable.

Publio Léntulus guardaba, entre las suyas, las manos del moribundo, mirándole ansiosamente el fondo de las pupilas.

Pero, poco a poco, el tórax de Flaminio parecía moverse de nuevo a los impulsos de una respiración profunda y dolorosa. En seguida, los ojos revelaron fuerte claridad de vida y conciencia, como si una lámpara del cerebro

se hubiese encendido nuevamente en un último movimiento. Contempló, a su alrededor, a los familiares y amigos muy amados, que se inclinaban sobre él, inquietos y ansiosos. Un médico muy amigo, que lo asistía invariablemente, comprendiendo la gravedad del momento, se retirara al atrio, mientras en torno al agonizante sólo se oía la respiración oprimida de nuestros conocidos de estas páginas.

Flaminio paseó la mirada brillante e indefinible por todos los rostros, como si buscara, más detenidamente, a la esposa y a los hijos, exclamando con frases entrecortadas:

- Calpurnia, estoy... en la hora extrema... y doy gracias a los dioses... por sentir la conciencia... limpia y tranquila... te esperaré en la eternidad... un día... cuando Júpiter... tuviere a bien... llamarte a mi lado.

La venerada señora ocultó el rostro en las manos, dando expansión a las lágrimas, sin conseguir articular palabra.

- No llores... - continuó él, como aprovechando los últimos momentos -, la muerte... es una solución... cuando la vida... ya no tiene más remedio... para nuestros dolores...

Y mirando a los dos hijos, que lo contemplaban con ansiedad, llorando, tomó la mano del más joven, murmurando:

- Desearía... mi Plinio... verte feliz... muy feliz... ¿Es tu intención... desposar a la hija de Salvio?...

Plinio comprendió las alusiones paternas en aquel momento grave y decisivo, haciendo una leve señal vengativa con la cabeza, al mismo tiempo que fijaba los ojos grandes y ardientes en Flavia Lentulia, como indicando al padre su preferencia.

El moribundo, por su parte, con la profunda lucidez espiritual de los que se aproximan a la muerte, con plena conciencia de la situación y de sus deberes, entendió la actitud silenciosa del hijo, estremecido y, tomando la mano de la joven, que se inclinaba afectuosamente sobre su pecho, apretó las manos de ambos junto a su corazón, murmurando con íntima alegría:

- Eso es... una razón más... para que yo parta... tranquilo... Tú, Agripa haz de ser también... muy feliz... y tu... mi querido Publio... junto a Livia... habrás de vivir...

Sin embargo, un sollozo más fuerte se le escapara inopinadamente y la sucesión de los singultos violentos y dolorosos lo obligó a callarse, mientras Calpurnia se arrodillaba y le cubría las manos a besos...

Livia también, en genuflexión, miraba a lo alto como si desease descubrir sus arcanos. A sus ojos, se presentaba aquella cámara mortuoria repleta de figuras luminosas y de otras sombras indefinibles, que se deslizaban tranquilamente en torno al moribundo. Oró en lo íntimo del alma, rogando a Jesús fuerza y paz, luz y misericordia para el gran amigo que partía. En ese instante, divisó la radiante figura de Simón, rodeada de claridad azulina y resplandeciente.

Flaminio agonizaba...

En la medida que transcurrían los minutos, los ojos se le tornaban vítreos y descoloridos. Todo el cuerpo vertía un sudor abundante, que empapaba el lino blanquísimo de las sábanas.

Livia notó que todas las sombras presentes se habían arrodillado también y solamente la figura imponente de Simón quedara de pie, como si fuera un centinela divino, colocando las manos radiantes en la frente abatida del moribundo. Notó, entonces, que sus labios se entreabrían, para la oración, al mismo tiempo que las dulces palabras le llegaban, nítidas a los oídos espirituales:

- ¡Padre Nuestro que estás en el Cielo, santificado sea vuestro nombre, venga a nos vuestro reino de misericordia, y hágase tu voluntad, así en la Tierra como en los cielos!...

En ese instante, Flaminio Severus dejaba escapar el último suspiro. Marmórea palidez le cubrió los trazos fisonómicos, al mismo tiempo que una infinita serenidad se estampaba en su máscara cadavérica, como si el alma generosa hubiese partido para la mansión de los bienaventurados y de los justos.

Solamente Livia, con su creencia y su fe, pudo conservarse serena, entre cuantos la rodeaban en el doloroso trance. Publio Léntulus, entre lágrimas conmovedoras se certificaba de haber perdido el mejor y el mayor de los amigos. Nunca más la voz de Flaminio le hablaría de las más bellas ecuaciones

filosóficas, sobre los problemas grandiosos del destino y del dolor, en las corrientes interminables de la vida. Y, mientras se abrían las puertas del palacio para los homenajes de la sociedad romana; y mientras se celebraban solemnes exequias implorando la protección de los manes del muerto, su corazón amigo consideraba la realidad dolorosa de haberse rasgado, para siempre, una de las más bellas páginas afectivas, en el libro de su vida, dentro de la obscuridad espesa e impenetrable de los secretos de un túmulo.

II

SOMBRAS Y NUPCIAS

A las exequias de Flaminio comparecieron numerosos amigos del extinto, además de las muchas representaciones sociales y políticas de todas las organizaciones en las que radicara su nombre digno e ilustre.

Entre tantos elementos, no podía faltar la figura del pretor Salvio Léntulus que, en los homenajes póstumos, se hizo acompañar de la mujer y de la hija, que hicieron lo posible por representar bien la comedia de su fingido pesar por la muerte del gran senador, junto a Calpurnia que se deshacía en las lágrimas de sus más dolorosos sentimientos.

Allí mismo, en el palacio de los Severus, se encontraron los miembros de la familia Léntulus, con la evidente adversión de Publio por la presencia de la esposa del tío, mientras las señoras intercambiaban impresiones dolorosas, en la afectada etiqueta de las trivialidades sociales.

Fulvia y Aurelia notaron, con profundo desagrado, la expresión cariñosa de Plinio Severus para con Flavia Lentulia, a quien distinguía con especial atención, en las solemnidades fúnebres, como demostrando las preferencias de su corazón.

He aquí, el porqué, de ahí a algún tiempo, vamos a encontrar a la madre y a la hija en una conversación animada sobre el asunto, en la intimidad del hogar, dando a entender la mezquindad de sus sentimientos, aunque los cabellos blancos infundieran veneración en la frente materna, que, a pesar de eso, no se dejaba vencer por los argumentos de la experiencia y de la edad.

- Yo también – exclamaba Fulvia, maliciosamente, respondiendo a una interpelación de la hija – mucho me sorprendí con las actitudes de Plinio, por juzgarlo un joven celoso del cumplimiento de sus deberes; pero no me interesé por los modos de Flavia, por cuanto siempre creí que los hijos tienen que heredar fatalmente las cualidades de los padres y, más particularmente, en el presente caso, cuando la herencia es materna, con más bases de certidumbre irrefutable para nuestro juicio.

- ¡Oh! Madre, ¿Quieres decir, entonces, que conoces la conducta de Livia hasta ese punto? – preguntó Aurelia, con bastante interés.

- No dudes que sea de otra forma...

Y la imaginación calumniosa de Fulvia pasó a satisfacer la curiosidad de la hija, con los hechos más inverosímiles y terribles, sobre la esposa del senador, durante su permanencia en Palestina, comentados por las expresiones de ironía y desprecio de la joven, dominada por los más acerbos celos, terminando la narrativa en estos términos:

- Solamente tu tía Claudia podría contarte literalmente, lo que sufrimos, en vista del perjurio de esa mujer que hoy vemos tan simple y tan retraída, como sino conociese las experiencias más fuertes de éste mundo. No podemos olvidar que nos encontramos ante personas tan poderosas en la política, como en la astucia. ¡El sobrino de tu padre, además de ser un marido profundamente infeliz, es un hombre público orgulloso y malvado!...

No me consta que hubiese corregido él a la esposa relajada e infiel, después de haber verificado, con sus propios ojos, su traición conyugal; pero, bastó que ella lo hiciese sufrir con sus deslealtades para que todos nosotros, los romanos que nos encontrábamos en Judea, pagásemos el hecho con los más horribles tributos de sufrimiento.

Poseíamos un gran amigo en la persona del lictor Sulpicio Tarquinius, que fue asesinado bárbaramente en Samaria, en trágicas circunstancias, sin que nadie, hasta hoy, pudiese identificar a sus asesinos, para el merecido castigo...

Nuestra familia, que tenía intereses importantes en Jerusalén, fue obligada a volver precipitadamente a Roma, con graves perjuicios financieros para su padre y, por último – proseguía la palabra venenosa de la calumniadora -, el gran corazón de mi cuñado Poncio sucumbió bajo las pruebas más injuriosas y más rudas... Destituido del gobierno provincial y atormentado por las más duras humillaciones, fue desterrado para las Galias, suicidándose en Viena, en penosas circunstancias, acarreándonos inextinguible disgusto!...

¡En vista de los martirios soportados por Claudia, en virtud de la nefasta influencia de esa mujer, no me sorprende, por lo tanto, con las actitudes de la hija, procurando robarte el novio venturoso!...

- Urge que trabajemos para que tal cosa no acontezca, mi madre – replicó la joven bajo la fuerte impresión de sus nervios vibrátiles. – Ya no puedo vivir sin él, sin su compañía... Sus besos me ayudan a vivir en el torbellino de nuestras preocupaciones de cada día...

Fulvia irguió, entonces, los ojos, como examinando mejor la ansiedad que se estampara en la fisonomía de la hija, contestando con aire inteligente y malicioso:

- ¿Pero tú te vienes entregando a Plinio, de esa manera?

Sin embargo, la joven, temblando de cólera, recibió la indirecta dentro de los infelices principios educativos a los que obedecía desde la cuna, exclamando con furia:

¿Qué piensas, entonces, que hacemos yendo a las fiestas y a los circos? ¿Por ventura, seré yo diferente de las otras jóvenes de mi tiempo?

Y, levantando la voz como alguien que necesitase defenderse pronunciando un libelo contra el acusador, se desató en consideraciones inconvenientes, a través de términos asquerosos, rematando.

- Y tú, madre, no tienes igualmente...

Pero, Fulvia, de un salto, se coló al cuerpo de la hija en una actitud acriminadora y severa, exclamando con la fría serenidad:

- ¡Cállate! ¡Ni una palabra más, pues no era mi propósito calentar una víbora en mi propio seno!...

Y comprendiendo, que la situación podía volverse más penosa en virtud de sus grandes culpas, como madre, como esposa y en calidad de mujer, exclamó con la voz casi meliflua, como dando una triste lección a la propia hija:

- ¡Vaya, Aurelia! ¡No te aborrezcas!... Si hablé de ese modo fue para insinuarte que no podemos cautivar a un hombre, para nuestras garantías femeninas en el matrimonio, dándole todo de una vez. Un hombre nervioso y galanteador, como el hijo de Flaminio, se conquista por etapas, haciéndole pocas concesiones y muchos cariños.

Bien sabes que el primer problema de la vida de una mujer de nuestra época se resume, antes de todo, a la obtención de un marido, porque los tiempos son malos y no podemos dispensar la sombra de un árbol que nos abrigue de sorpresas penosas, entre las esperezas del camino...

- Es verdad, madre – respondió la joven totalmente modificada, merced a aquellas astutas ponderaciones -; lo que me dices es la realidad y ya que son tan grandes tus experiencias, ¿qué me sugieres para la realización de mis deseos?

- Antes de todo – contestó Fulvia, perversamente – debemos recurrir a los argumentos de los celos, que son siempre muy fuertes, cuando existe un interés más o menos sincero, de conseguir alguna cosa en asuntos de amor. Y ya que te entregaste tanto al hijo de Flaminio, ve si aprovechas las primeras fiestas del circo, provocándole impulsos de envidia y despecho.

¿No has sido cortejada por el protegido del cuestor Britanicus?

- ¿Emiliano? – preguntó la joven, interesada.

- Sí, Emiliano. Se trata igualmente de un buen partido, pues su futuro en las clases militares parece lleno de óptimas perspectivas. Procura seducirle la atención, delante de Plinio, de modo que hagamos todo lo posible para conseguirte el descendiente de los Severus, que, al final, es el partido más ventajoso de cuantos han aparecido.

- ¿Pero si el plan fallase, para nuestro disgusto?

- Restaría recurrir a las ciencias de Araxes, con sus ungüentos y artes mágicas...

Pesado silencio se hiciera entre ambas, en el examen de aquella perspectiva de recurrir, más tarde, a las fuerzas tenebrosas de uno de los más célebres feticheros de la sociedad de entonces.

Los días pasaron sobre los días, pero el hijo más joven de Flaminio no volvió a cortejar a la hija del pretor Salvio Léntulus, y cuando, de ahí a algún tiempo, volvió a frecuentar los circos festivos y ruidosos, no tuvo gran sorpresa

encontrando, en la intimidad de Emiliano, a aquella a quien se sentía ligado tan solo por los lazos frágiles y artificiales de la lascivia y de los hábitos viciosos del tiempo.

Sin embargo, Aurelia no se conformaba, íntimamente, con el abandono al que fuera botada, planeando la mejor manera de ejercer, oportunamente, su venganza, porque Plinio, ante las vibraciones cariciosas del amor de Flavia Lentulia, parecía un hombre enteramente modificado. Se alejara espontáneamente de los bacanales comunes de la época, huyendo, igualmente, de los vicios y liviandades. Parecía, inclusive, que una nueva fuerza lo guiaba ahora para la vida, tallándole de nuevo el corazón para los ambientes cariciosos y lúcidos de la familia.

En el palacio de los Léntulus, la vida transcurría con relativa tranquilidad.

Calpurnia pasaba allí los primeros meses, después del fallecimiento del marido, en compañía de los hijos, mientras Plinio y Flavia tejían su romance de esperanza y de amor, en las luces de la mocedad, bajo la bendición de los dioses, de quien no se olvidaban, en la culminación radiante de su dulce amor.

Alejándose de las inquietudes de la época, Plinio se recogía, siempre que le era posible, en sus aposentos en el palacio de Aventino, entregándose a la pintura, o a la escultura, en las que era eximio, modelando, en preciosos mármoles, bellos ejemplares de Venus y de Apolo, que eran dados a Flavia como recordación de su intensa amor. Ella, por su parte, componía delicadas joyas poéticas, musicalizadas en la lira por sus propias manos, ofreciendo las flores del alma al novio idolatrado, en cuyo espíritu generoso colocara los más bellos sueños del corazón.

Sólo una persona no toleraba aquel hermoso encuentro de dos almas gemelas. Esa persona era Agripa. Desde el instante en que viera a la hija del senador, en el puerto de Ostia, pensó haber encontrado a la futura esposa. Se suponía el único candidato al corazón de aquella joven romana, enigmática e inteligente, en cuya faz ruborizada jugaba siempre una sonrisa de bondad superior, como si Palestina le hubiese impuesto una belleza nueva, llena de misteriosos y singulares atractivos.

Pero, en vista de los proyectos de casamiento del hermano con Flavia, sus planes habían fracasado totalmente. En balde, presumiera haber encontrado

la mujer de sus sueños, porque la ternura, y los caprichos de ella pertenecían al hermano, únicamente. Fue por ese motivo que, a la par con el retraimiento de Plinio Severus, dentro del hogar, para una larga serie de actos impensados, acentuando, cada vez más, la manera extravagante de su personalidad, prefiriendo las compañías más nocivas y los ambiente más viciosos.

En el curso de sus numerosos desvíos, enfermara gravemente, inspirando cuidados de su madre, que se desvelaba por los hijos con el mismo cariño de siempre.

Vamos a encontrarlo, de este modo, por una bella tarde romana, en la misma terraza donde vimos a Publio Léntulus en amargas meditaciones, en las primeras páginas de éste libro.

Brisas acariciantes refrescaban el crepúsculo, saturado aún de las claridades del sol hermoso y caliente.

A su lado, Calpurnia examinaba algunas piezas de lana, echándole miradas afectuosas. En dado momento, la venerada señora le dirige la palabra en estos términos:

- Entonces, hijo mío, rindamos gracias a los dioses, porque ahora te veo mucho mejor y camino del más franco restablecimiento.

- Sí, madre – murmuró el joven convaleciente -, estoy mucho mejor y más fuerte; sin embargo, espero que nos transfiramos para nuestra casa dentro de dos días, a fin de poder consolidar mi cura, procurando olvidar...

- ¿Olvidar qué? – preguntó Calpurnia, sorprendida.

- ¡Madre mía! – respondió el joven, enigmáticamente -, la salud no puede volver al cuerpo cuando el espíritu continúa enfermo!...

- ¡Vaya, hijo, debes abrirme el corazón con más sinceridad y más franqueza. Confíame tus amarguras más íntimas, pues es posible que te pueda dar algún consuelo!...

- ¡No, madre, no debo hacerlo!

Y, hablando así, Agripa Severus, fuese por el estado de abatimiento en el que aún se encontraba, fuese por la necesidad de un desahogo más intenso, desató en llanto, sorprendiendo amargamente el corazón materno con su inesperada actitud.

-¿Pero qué es eso, hijo? ¿Qué pasa en tu íntimo, para que sufras de esa forma? – le preguntó Calpurnia, extremadamente afligida, enlazándolo en los brazos cariñosos. - ¡Dímelo todo!... – prosiguió afligida. – No me ocultes tus amarguras, Agripa, porque yo sabré remediar la situación de cualquier modo!

- ¡Madre, mi madre!... – dijo él, entonces, en un largo desahogo – yo sufro desde el día en que Plinio me arrebató la mujer deseada... Siento en el alma una atracción misteriosa por Flavia y no puedo conformarme con la dolorosa realidad de ese casamiento que se aproxima.

Creo que, si mi padre viviese, aún procuraría salvar mi situación, conquistando para mi ese matrimonio, con las resoluciones providenciales que le conocíamos...

Esperé siempre, a través de todas las venturas de la juventud, que me surgiese, en el camino, la criatura idealizada, en mis sueños, para organizar un hogar y constituir una familia y, cuando aparece la mujer de mis aspiraciones, he aquí que me la arrebatan, y ¿quién?... ¡Porque la verdad es que, si Plinio no fuera mi hermano, no vacilaría en usar y abusar de los más violentos procesos para alcanzar la consecución de mis deseos!...

Calpurnia lo oía en silencio, compartiendo sus angustias y sus lágrimas. Ignoraba aquel duelo silencioso de sentimientos y solamente ahora podía comprender la molestia indefinida que devoraba al hijo mayor, avasalladoramente.

Pero, su corazón poseía bastante experiencia de la vida y de las costumbres del tiempo, para analizar, con el máximo acierto, la situación y, transformando la sensibilidad femenina y los celos maternos en rígida fortaleza, le respondió conmovida, acariciándole los cabellos en una dulce actitud:

- ¡Mi Agripa, yo te comprendo el corazón y sé evaluar la intensidad de tus padecimientos morales; pero, necesitas, comprender que hay en la vida fatalidades, dolorosas, cuyos problemas angustiantes debemos resolver con el máximo de coraje y paciencia... No fue para otra cosa que los dioses nos colocaron en las más altas esferas sociales, de modo que enseñemos, a los más ignorantes y más débiles, las tradiciones de nuestra superioridad espiritual, teniendo en cuenta todas las penosas eventualidades de la vida y del destino.

Sofoca en tu íntimo esa pasión injustificable, porque siento que Flavia y tu hermano nacieron en este mundo con sus destinos entrelazados... Plinio aún era un niño de pecho, cuando tu papá ya proyectaba ese matrimonio, ahora presto a consumarse.

Sé fuerte – continuaba la noble matrona enjugándole las lágrimas silenciosas y tristes -, porque la existencia exige de nosotros, algunas veces, esos gestos de renuncia ilimitada!...

¡Entretanto, levantemos nuestras súplicas a los dioses! De Júpiter ha de llegar, para tu alma ulcerada, el necesario consuelo.

Agripa, después de oír la voz materna, se sentía más o menos aliviado, como si su íntimo se hubiese serenado después de una tempestad de los más antagónicos sentimientos.

Consideró que las ponderaciones maternas representaban la verdad y se preparaba, íntimamente, aun con la penosa impresión psíquica que lo atormentaba, para resignarse, infinitamente, con la situación dolorosa e irremediable.

Calpurnia dejó pasar algunos minutos, antes de dirigirle la palabra nuevamente, como si aguardase el efecto saludable de sus primeras ponderaciones, continuando:

- ¿No te interesaría, ahora, un viaje a nuestra propiedad del Avenio? Bien sé que, por la fuerza de tu vocación y por el imperativo de las circunstancias, tu lugar es aquí, como sucesor de tu padre; pero, ese viaje representaría la solución de varios problemas urgentes, inclusive tu caso íntimo.

Agripa oyó la sugestión con el máximo interés, replicando al final:

- Mi madre, tus palabras cariñosas me reconfortaron y acepto la sugestión, a ver si consigo encontrar el maravilloso elixir del olvido; pero, desearía partir con atribuciones de Estado, porque, de ese modo, podría demorarme en la Masilia, permaneciendo allá con la autoridad que me será necesaria en tales circunstancias...

- ¿Y no podrías conseguir fácilmente ese propósito?

- Creo que no. Para demandar ese viaje con atribuciones oficiales, solo conseguiría mis intentos, en carácter de militar.

-¿Y por qué no movilizamos nuestras prestigiosas relaciones de amistad

para obtener lo que deseas? Bien sabes que, con el auxilio de Publio y del senador Cornelio Docus, Plinio aguarda una promoción oficial en breves días, con amplias perspectivas de progreso y nuevas realizaciones futuras, en el cuadro de nuestras clases armadas. Incluso dicen que el Emperador Claudio, consolidando la centralización de poderes con la nueva administración, se muestra satisfecho cuando transforma las regalías políticas en regalías militares.

A mí, solo me causaría orgullo y satisfacción ofrecer mis dos hijos al Imperio, para consolidación de sus conquistas soberanas.

- Así lo haré – replicó Agripa, ya con los ojos enjutos, como si las sugerencias maternas constituyesen suave remedio para sus penosas preocupaciones.

A poco tiempo, se evadían en el horizonte los últimos resplandores rubros de la tarde, que daban lugar a una hermosa noche llena de estrellas.

Amparado por los brazos maternos, el joven patricio se recogió más confortado a sus aposentos, esperando la ocasión de tomar providencias en cuanto a sus nuevos planes.

Después de acomodarlo convenientemente, volvió Calpurnia a la terraza, donde procuró reposar de las intensas fatigas morales. Suplicando la piedad de los dioses, fijó en los cielos estrellados los ojos lacrimosos.

Parecía que el corazón se le había parado en el pecho para asistir al desfile de las recordaciones más cariciosas y más dulces, aunque tenía la mente torturada por pensamientos amargos y dolorosos.

Más de seis meses habían transcurrido después de la muerte del esposo, y la noble matrona se sentía ya completamente extraña en la sociedad y en el mundo. Hacía prodigios mentales para enfrentar dignamente su situación social, porque sentía, en su vejez resignada, que el curso del tiempo va aislando a determinadas criaturas al margen del río infinito de la vida. Sentía, en el ambiente y en los corazones que la rodeaban, una diferencia singular, como si faltase una pieza del mecanismo de su raciocinio, para completar un juicio preciso de las cosas y de los acontecimientos. Esa pieza era la presencia del esposo, que la muerte había arrebatado; era su palabra ponderada y amorosa, dulce y sabia.

Desde los primeros días de permanencia en la casa de los amigos, recibiera de Livia y Publio, por separado, las más dolorosas confidencias sobre los acontecimientos de Palestina, que les comprometieron para siempre la ventura y tranquilidad conyugal. Pero, movilizándolo, todas sus facultades de observación y de análisis, no consiguiera pronunciarse en definitiva sobre los acontecimientos a favor de la inocencia de su bondadosa y leal amiga. Si, a sus ojos, Publio Léntulus era el mismo hombre integrado en el conocimiento de sus muy nobles deberes junto al Estado y de las más queridas tradiciones de la familia patricia, Livia le pareció excesivamente modificada en sus modos de creer y de sentir.

En su concepción de orgullo y vanidad raciales, no podía admitir aquellos principios de humildad, aquella fraternidad y aquella fe activa de la que Livia daba pleno testimonio junto a los propios esclavos, dentro de los postulados de la nueva doctrina que invadía todos los departamentos de la sociedad.

Cuando deseaba tener ella aún al esposo a su lado, para poder comentarle aquellos asuntos íntimos, a fin de adoptarle la opinión siempre llena de ponderaciones y sabiduría... Pero, ahora, estaba solita para razonar y actuar, con plena emancipación de conciencia, y por más que buscara en lo íntimo una solución para el doloroso problema conyugal de los amigos, nada podía decir, en sus observaciones y en el examen de las tradiciones familiares, cultivadas, por su espíritu, con el máximo de orgullo y de cuidados.

En el cielo brillaban miríades de constelaciones, dentro de la noche, acentuando el misterio de sus penosas divagaciones, cuando a sus oídos llegaron algunos rumores de pasos que se aproximaban.

Era Publio que, terminaba la refección, venía igualmente a la terraza, a descansar el pensamiento.

- ¿Por aquí? – preguntó la matrona con bondad.

- ¡Sí, mi amiga, me place volver, en espíritu, a los días que ya se fueron... A veces, aprecio el reposo en esta terraza, a fin de contemplar el cielo. Para mí, es de allá, de esa cúpula inmensa y estrellada, que recibimos luz y vida; es allá que debe estar nuestro inolvidable Flaminio, arrullado por el cariño de los dioses generosos!...

¡Y, de hecho, noble Calpurnia – prosiguió el senador, atento -, era este uno de los lugares predilectos de nuestras charlas y divagaciones, cuando el siempre recordado amigo me daba la honra de sus visitas a esta casa. Además, fue aquí que, muchas veces, intercambiábamos ideas e impresiones sobre mi partida para Judea, en vísperas de mi prolongada ausencia de Roma, hace más de dieciséis años!...

Larga pausa sobrevino, pareciendo que los dos aprovechaban las claridades suaves de la noche, con idéntica vibración espiritual, para descender al túbulo del corazón, exhumando los recuerdos más queridos, en resignado y doloroso silencio.

Después de algunos minutos, como si deseara modificar el curso de sus recordaciones, exclamó la venerada matrona:

- Acordándonos de tu viaje, en el pasado, necesito avisarte que Agripa debe partir para Avenio, tan pronto como se sienta restablecido.

¿Pero, qué motiva esa novedad? – preguntó Publio, con gran interés.

- Hace muchos días vengo reflexionando en la necesidad de examinar, allí, los numerosos intereses de nuestras propiedades, pues, incluso, antes de morir, era la intención de mi muerto, cuidar personalmente de este asunto.

- ¿Pero, la solución del problema, es tan urgente así? ¿Y el casamiento de Plinio? ¿Acaso, Agripa no estará presente?

- Creo que no; sin embargo, en la hipótesis de su ausencia, él será representado por Saúl, antiguo liberto de nuestra casa, que ya nos mandó un mensajero de Masilia, comunicando su presencia en las ceremonias.

- ¡Es una pena!... – murmuró el senador, sensibilizado.

- Debo decirte, aun más – continuó la matrona, con serenidad -, que espero el prestigioso favor de tu amistad, junto a Cornelio Docus, a fin de que consigas del Emperador Claudio una buena situación para nuestro viajero, que desea partir con atribuciones oficiales, necesitando para tal fin que sean transformados en regalías militares los derechos políticos que le competen por nacimiento.

- No será difícil conseguirlo. La actual administración se interesa mucho más por la valorización de las clases armadas.

Nuevo silencio se verificó en la conversación, volviendo el senador a exclamar, después de larga pausa, como si deseara aprovechar la oportunidad para la solución decisiva del amargo problema:

- Calpurnia – dijo ansiosamente -, al hablar de mi excursión en el pasado, me informaste del viaje forzado de nuestro Agripa, en el presente. ¡Y yo continuó recordando mi ventura deshecha, la felicidad perdida, que nunca más volvió!

El senador observaba todas las actitudes psicológicas de su venerable amiga, ansioso por sorprenderle un gesto de supremo consuelo. Deseaba que ella, como consejera de Livia, casi como la misma madre de ésta, por los lazos eternos y sacrosantos del espíritu, le disipase todas las dudas, hablase de la inocencia de la esposa, proporcionándole una certeza de que su corazón caprichoso y egoísta de hombre estaba engañado; pero, en vano aguardó esa defensa espontánea, que no apareció en el instante necesario y decisivo. La respetable viuda de Flaminio dejara en el aire el punto mismo de la dolorosa interrogación, murmurando con la voz triste, mientras un rayo de luna le coronaba los cabellos blancos:

- Si, mi amigo, los dioses pueden darnos la felicidad y pueden tomárnoslas nuevamente... ¡Somos dos almas llorando sobre el sepulcro de los sueños más gratos del corazón!...

Aquellas palabras desalentadoras penetraban en el pecho sensible y orgulloso del senador, como sable afilado que lo rasgase lentamente.

- Pero, finalmente, mi noble amiga – exclamó él, casi enérgico, como si esperase una respuesta decisiva para la angustiosa indecisión de su alma -, ¿qué piensas de Livia actualmente?

- Publio – respondió Calpurnia con serenidad -, no sé si la franqueza sería un mal en ciertas circunstancias, pero prefiero ser sincera.

Desde las penosas confidencias que me hiciste, sobre los hechos que se desarrollaron en Palestina, vengo observando a nuestra amiga par poder ahogar la causa de su inocencia ante tu corazón, pero, desgraciadamente, noto en Livia las más singulares e imprevistas diferencias de orden espiritual. Es humilde, dulce, inteligente y generosa, como siempre, pero parece menospreciar todas nuestras tradiciones familiares y nuestras creencias más queridas.

En nuestras discusiones y charlas íntimas, no me revela más aquella timidez encantadora que le conocí en otros tiempos, demostrando, por el contrario, demasiada desenvoltura de opinión con respecto a los problemas sociales, que ella juzga haber resuelto al contacto de una nueva fe. Sus ideas

me escandalizan con las más injustificables concepciones de igualdad; no vacila en clasificar a nuestros dioses como ilusiones nocivas de la sociedad, para la cual tiene, en todas las palabras, las más severas recriminaciones, revelando singulares modificaciones en el pensamiento, yendo al extremo de confraternizar con las propias siervas de su casa, como si fuera una simple plebeya.

¿Sería una perturbación mental, después de alguna caída en que su dignidad individual fuese llamada a una rígida reacción? ¿serían tal vez, influencias del medio o inclusive de las esclavas con quienes se habituó a convivir en esa prolongada ausencia de Roma? No sé... La realidad es que, en sana conciencia, no puedo manifestarme, por lo pronto, en definitiva, sobre tus amarguras conyugales, aconsejándote a esperar mejor las demostraciones del tiempo.

Después de ligera pausa, terminó la vieja matrona sus observaciones, inquiriendo, con interés:

- ¿Por qué permitiste el ingreso de Livia en esas ideas nuevas, dejándola a merced de ese reformador judío, conocido como Jesús de Nazaret?

- Tienes razón – murmuró Publio Léntulus, extremadamente desalentado -, ¡pero, el motivo se basó en circunstancias imperiosas, porque Livia creyó que el profeta Nazareno nos había curado la hijita!...

- Fuiste ingenuo, porque no podías admitir esa hipótesis, en vista de la evolución de nuestros conocimientos, salvando, de esas peligrosas influencias espirituales, el espíritu maleable de tu mujer. Está comprobado que ese nuevo credo preconiza actitudes mentales humillantes, perturbando las más íntimas disposiciones de las criaturas que lo aceptan. ¡Hombres ricos y de ciencia, que se someten a esos odiosos principios dentro del Imperio, a favor de un reino imaginario, parecen desvariados por terrible narcótico, que los hace olvidar y despreciar la fortuna, el nombre, las tradiciones y la propia familia!...

Colaboraré contigo, apartando a Flavia de esos prejuicios morales, llevándola para mi compañía, tan pronto se realice el casamiento de nuestros queridos hijos, porque la verdad es que, en cuanto a Livia, hice ya de todo para convencerla, inútilmente.

- Entretanto, mi buena amiga – murmuró el senador, sensibilizado, como

defendiéndose ante la noble patricia -, observo que Livia continúa siendo una criatura simple y modesta, sin exigir de mi nada que alcance el terreno de lo exorbitante o de lo superfluo. En estos casi diecisiete años de separación íntima dentro del hogar, solamente me solicitó autorización necesaria, para proseguir en sus prácticas cristianas junto a una antigua sierva de nuestra casa, permiso ese que le fui obligado a conceder, considerando la continuidad de sus renunciaciones silenciosas y tristes, en el ambiente familiar.

- También considero que es pedir muy poco, mayormente ahora que todas las mujeres de la ciudad, según la costumbre, exigen de los maridos las mayores extravagancias en lujo del Oriente; sin embargo, me corresponde aconsejarte, a ti que conservas intactas nuestras tradiciones más queridas, que esperes algún tiempo antes de olvidar las eventualidades dolorosas del pasado, para que observemos si Livia vendrá a beneficiarse con la continuidad de nuestras actitudes, volviendo, finalmente, al seno de nuestras tradiciones y de nuestras creencias!...

Doloroso silencio se hizo sentir, entonces, entre ambos, después de estas palabras:

Calpurnia supuso haber cumplido su deber y Publio se recogió, aquella noche, desalentado como nunca.

En pocos días, conseguidos sus intentos, partía Agripa en demanda de Avenio, no obstante los ruegos del hermano y de Flavia para que esperase las solemnidades del matrimonio. Pero, su resolución era firme, y el hijo más viejo de Flaminio, enflaquecido bajo el peso de sus desilusiones, iba a ausentarse de Roma, por espacio de algunos años, prolongados y dolorosos.

Pasaban los días rápidamente y, como somos obligados a caminar en nuestra historia en compañía de todos los personajes, debemos registrar que, viéndose completamente abandonada por el hombre de sus preferencias, Aurelia, atormentada por venenoso despecho, resolvió aceptar la mano abnegada y afectuosa que el joven Emiliano Lucius le ofrecía.

Fulvia, que acompañara la lucha silenciosa, intoxicada por sus sentimientos inferiores, deliberó aguardar el tiempo; para ejercer sus siniestras represalias.

Y, en poco tiempo, el casamiento de Plinio y Flavia se realizaba con discreta suntuosidad, en el palacio de Aventino. El novio, lleno de galardones

militares y títulos honoríficos, así como la futura compañera, tocada de indefinible hermosura y de adorable simplicidad, se sentían venturosos como si la felicidad perfecta se resumiese tan solo en la eterna fusión de sus corazones y de sus almas. Aquel día, indudablemente, señalaba la hora más sagrada y más hermosa de sus destinos.

En la reducidísima asistencia, que se componía de relaciones de la mayor intimidad, se notaba la presencia de un hombre aún joven, que representaba una figura destacada en aquel cuadro, caracterizado, esencialmente, de acuerdo con la época.

Sus ojos impetuosos y ardientes se habían posado sobre la novia con misterioso y extraño interés.

Ese hombre era Saúl de Gioras, que, abandonando el apellido paterno, exhibía ahora una nueva denominación romana, según la antigua autorización de Flaminio, para valorizar, cada vez más, la expresión social de su fortuna.

En balde, el senador hizo lo posible para identificar a aquel judío, que le parecía un viejo conocido personal. Sin embargo, Saúl, reconociera a su verdugo de otrora; lo reconoció y guardó silencio, serenando las grandes emociones de su fuero íntimo, porque, como el padre, tenía el corazón inmerso en los propósitos tenebrosos de una venganza cruel.

III

PLANES DE LA TINIEBLA

Después de las solemnidades del casamiento de Plinio, contrariamente a lo que se podía esperar, el liberto judío no regresó a Masilia, con el pretexto de numerosos negocios que lo retenían en la Capital del Imperio.

Instalado en el palacete de los Severus, para donde se habían transferido los recién casados, junto a Calpurnia, Saúl tuvo numerosas oportunidades de entrevistarse con el senador Publio Léntulus, manteniendo ambos varias conversaciones sobre Judea y sus regiones importantes.

Intrigado con aquella mirada ardiente y aquellos trazos fisonómicos, que no le eran totalmente extraños, y recordándose perfectamente de aquel padre que lo buscara ansioso y afligido, en Jerusalén, acompañemos al senador en una de sus charlas íntimas con el interesante desconocido, en la cual lo abordó con ésta pregunta inesperada:

- Señor Saúl, ya que sois hijo de las cercanías de Jerusalén, vuestro padre, por ventura, ¿no se llamará André de Gioras?

El liberto mordió los labios, ante aquel ataque directo al asunto más delicado de su existencia, respondiendo disimuladamente:

- No, senador. Mi padre no tiene ese nombre. En aquel tiempo en que fui esclavizado por manos impiedosas y crueles, por cuanto yo no era sino un niño mal educado e irresponsable – acentuó con profunda ironía -, mi padre era un agricultor miserable que no poseía otra cosa aparte de sus brazos para el trabajo de cada día... Sin embargo, tuve la felicidad de encontrar las manos generosas de Flaminio Severus, que me guiaron a la libertad y a la fortuna y, hoy, mi progenitor, con lo poco que le suministré, aumentó sus posibilidades de trabajo, disfrutando no sólo de cierta importancia social en Jerusalén, sino también de funciones superiores del Templo.

Pero, ¿por qué me lo preguntáis?

El senador frunció el seño, en vista de tanta desenvoltura en la respuesta, pero, sintiéndose aliviado, por parecerle que no se trataba de hecho, del Saúl de sus penosos recuerdos, respondió con más desahogo de conciencia:

- es que yo conocí, ligeramente, a un agricultor israelita, de nombre André de Gioras, cuyos trazos fisonómicos no eran muy diferentes de los vuestros...

Y la conversación seguía el ritmo normal de las conversaciones sin importancia en los ambientes convencionales de la vida social.

Saúl, entretanto, mostraba un fulgor extraño en la mirada como quien se encontraba extremadamente satisfecho con el destino, a la espera de una ocasión para ejecutar sus tenebrosos planes de venganza.

Un móvil oculto e inconfesable lo retenía en Roma, cuando numerosas operaciones comerciales requerían su presencia en Masilia, donde su nombre se consolidaba con grandes intereses de orden financiero y material. Ese móvil era el intenso deseo de hacerse notar por la joven esposa de Plinio, cuya mirada parecía atraerlo hacia un abismo de amor violento e irreprimible.

Desde el instante en que la viera con los adornos del noviazgo, en el día venturoso de su enlace, parecía haber encontrado a la criatura ideal de sus sueños más íntimos y remotos.

En realidad, los hijos de sus antiguos señores merecían su respeto y el mayor acatamiento; sin embargo, una fuerza mayor que todos sus sentimientos de gratitud lo llevaba a desear la posesión de Flavia Léntula, a cualquier precio, aunque fuese el de su propia vida.

Aquellos ojos hermosos y pensativos, la gracia amorosa y espontánea, la inteligencia lúcida y delicada, todos sus atributos físicos y espirituales, que observara agudamente, en los pocos días de permanencia en la ciudad, lo autorizaban a creer que aquella mujer era el tipo de sus idealizaciones.

Y fue engolfado en ese torbellino de pensamientos sombríos que dos meses pasaron, de expectativas inconfesables y angustiosas, sin que perdiese la más ligera oportunidad para demostrar a Flavia el grado de su afecto, de su admiración, y estima, la mirada amiga y confiante de Plinio.

En la soledad de sus preocupaciones íntimas, consideraba Saúl que, si ella lo amase, si correspondiese al sentimiento violento de su espíritu impetuoso y egoísta, jamás accedería a ejercer la planeada venganza sobre el corazón de su padre, yendo a buscar al joven Marcus Léntulus para traerlo al hogar paterno y liquidando el pretérito de visiones tenebrosas; pero, si aconteciese lo contrario, ejecutaría sus diabólicos proyectos, dejándose embriagar por el vino odioso de la muerte.

En esa época, corría ya el año 47, y sin olvidarnos de Fulvia y su hija, vamos a encontrarlas, de nuevo, bajo el dominio de los mismo sentimientos crueles y tenebrosos.

En vano desposara Aurelia y Emiliano Lucius, que, para ella, no representaba, de modo alguno, el tipo de hombre que su temperamento suponía haber encontrado en el hijo más joven de Flaminio.

Y fue así que, después de los primeros desencantos y atritos en el ambiente doméstico, aconsejada por su madre y en su propia compañía, buscó recurrir a las ciencias extrañas de Araxes, célebre fetichero egipcio, que tenía una tienda de mercaderías exóticas en las proximidades del Esquilino.

Araxes, cuyo comercio criminal todos conocían como fuente inagotable de filtros milagrosos del amor, de la enfermedad y de la muerte, era un iniciado del antiguo Egipto, pero, desviado, de la misión sacrosanta de la caridad y de la paz, en su violenta pasión por el dinero de la numerosa clientela romana, entonces en plétora de vicios clamorosos y en la disolución de las más bellas costumbres del sagrado instituto de la familia.

Explotándole las pasiones inferiores y los hábitos viciosos, el mago egipcio empleaba casi toda su ciencia espiritual en la ejecución de todos los maleficios y crímenes, motivando enormes daños con sus drogas venenosas y sus extraños consejos.

Buscando, discretamente, por Fulvia y la hija, se enteró de los fines de la visita y allí mismo, entre grandes retortas y paquetes de plantas y diversas sustancias, se cubrió la cabeza con las manos, como si su espíritu estuviese averiguando los menores secretos del mundo invisible, ante un trípode y otros pertrechos de ciencias ocultas, con que él, psicólogo profundo, buscaba impresionar la mente sugestionable de los numerosos consultantes que le solicitaban la solución de los problemas de la vida.

Al cabo de largos minutos de concentración, con los ojos brillando extrañamente, el mago egipcio se dirigió a Aurelia, afirmándole con palabras impresionantes:

- ¡Señora, veo en mi frente dolorosos cuadros de su vida espiritual, en el pasado lejano!... ¡Veo a Delfos, en los días gloriosos de su oráculo y contemplo su personalidad buscando seducir a un hombre que no le pertenecía!... ¡Ese hombre es el mismo de la actualidad!... ¡Las mismas almas deambulan ahora en otros cuerpos y la señora debe pensar en la realidad de los días que pasan, conformándose con la nítida separación de las líneas del destino!...

Aurélia oía, entre sorprendida y asombrada, mientras el alma astuta de su madre acompañaba la conversación tocada de indefinible impresión.

- ¿Qué me decís? – replicó la joven señora, en el auge de su sensibilidad herida. - ¿Otras vidas? ¿Un hombre que no me pertenecía?... ¿Qué viene a ser todo eso?

- ¡Sí, nuestro espíritu, en este mundo – replicó el fetichero, con imperturbable serenidad -, tiene larga serie de existencias, que enriquecen nuestro íntimo con el máximo de conocimientos sobre los deberes que nos competen en la vida!

¡La señora ya vivió en Atenas y en Delfos, en una gran fase de profundas irreflexiones en materia de amor, y, sintiéndose hoy próxima al objetivo de sus ardientes y pecaminosas pasiones de otrora, se juzga con las mismas posibilidades de satisfacer sus deseos violentos e indignos!...

Por aquí, han pasado innumerables criaturas. A muchas aconsejé perseverancia en los propósitos, a veces injustificables e inferiores, pero para

su caso, hay una voz que habla más alto a mi conciencia. ¡Si su irreflexión fuera al punto de provocar a ese hombre, en conciencia honesto hasta ahora, es posible que su corazón también inquieto vaya a corresponder a sus caprichos; sin embargo, busque no entregarse al desvarío de esa provocación, porque el destino lo reunió, ahora, a su alma gemela y un camino áspero de pruebas amargas los espera en el futuro, para la consolidación de su confianza mutua, de su amor y de su grandeza espiritual!... ¡No se interponga en el camino de esa mujer considerada por su espíritu como poderosa rival!... ¡Interponerse entre ella y el esposo sería agravar la señora sus propias penas, , porque la verdad es que su corazón no se encuentra preparado para las grandes renunciaciones santificantes, y aquello que supone ser profundo y sublimado amor, nada más es que un capricho perjudicial de su corazón de mujer voluntariosa y poco dispuesta a sacrificarse por el cariño del compañero amoroso y leal, y, sí, multiplicar los amantes por el número de sus voluntades artificiales...

Aurelia estaba lívida, oyendo esas palabras, que consideraba atrevidas e injuriosas.

Deseaba defenderse, pero una fuerza poderosa parecía comprimirle la garganta, anulándole el esfuerzo de las cuerdas vocales.

Pero, Fulvia, llena de rencor por las expresiones insultantes de aquel hombre, tomó la defensa de la hija, arguyendo con energía:

- Araxes, fetichero impúdico, ¿qué quieres decir con esas palabras? ¿Nos insultas? ¡Podremos hacer caer sobre tu cabeza el peso de la justicia del Imperio, conduciéndote a la cárcel y revelando a la sociedad tus siniestros secretos!...

- ¿Y acaso no los tendréis también, noble señora? – contestó él imperturbablemente -; ¿estaréis, así, tan sin culpa, para no vacilar en condenarme?

Fulvia mordió los labios, temblando de odio y exclamando con furia:

- ¡Callate, infame! ¿No sabes que tienes delante de tus ojos a la esposa de un pretor?

- No me parece – murmuró el fetichero, con serena ironía -, pues las nobles matronas de esa estirpe no vendrían a esta casa a solicitar mi cooperación para un crimen... y, por lo demás ¿qué dirían en Roma de una patricia, que descendiese al extremo de procurar, en la intimidad, a un viejo fetichero del Esquilino?

Es verdad que muchos males he practicado en mi vida, pero, lo saben todos que procedo así y no busco la sombra de las buenas situaciones sociales para cubrir la hediondez de mi miserable existencia!... Aun así, quiero salvar la juventud de tu hija del lóbrego camino de tus perversidades, porque en la hipótesis de seguirte ella los rastros de víbora, en la senda de esposa criminal e infiel, su único fin será la prostitución y el infortunio, rematados con la muerte ignominiosa en la punta de una espada...

Fulvia deseó replicar enérgicamente a los insultos de Araxes, repeliendo aquellas expresiones injuriosas, recibidas como atrevimiento supremo, pero, Aurelia, recelosa de nuevas complicaciones y comprendiendo la culpabilidad de su madre, le tomó del brazo, retirándose ambas silenciosamente, bajo la mirada burlona del viejo egipcio, que volviera a empilar paquetes de plantas entre numerosos vasos de sustancias extrañas.

Pero, poco tiempo pudo él emplear en su faena solitaria y silenciosa.

Dentro de dos horas, un nuevo personaje le batía a la puerta.

Araxes se sorprendió frente aquel judío insinuante que lo buscaba. El brillo de los ojos, la nariz característica, la armonía de los trazos israelitas, hacían de aquel hombre, aún joven, una figura singular y sugestiva.

Era Saúl, que recurría a los mismos procesos misteriosos, en el ansia de poseer, a cualquier precio, a la esposa de Plinio, buscando el talismán o el elixir milagroso del fetichero, al servicio de sus pretensiones descabidas.

Recibido en las mismas circunstancias en que lo fueron los dos personajes de nuestro penoso drama, Saúl exponía al adivino sus torturas amorosas, junto a aquella mujer honesta y digna.

Después de la habitual concentración, ya de nuestro conocimiento, junto al trípode en el que hacía las oraciones acostumbradas, Araxes esbozó leve y discreta sonrisa, como quien había encontrado una extraña coincidencia más en sus amplios estudios de la psicología humana. Pero, su hesitación, duró pocos instantes, porque, en breve, se hacía oír con voz pausada y triste:

- ¡Judío! – dijo él, austeramente – alaba al Dios de tus creencias, porque tu cara fue erguida del polvo por las manos del hombre que hoy te empeñas en

traicionar... Mandan las leyes severas de tu patria que no vayas a desear, ni siquiera por pensamiento, a la mujer de tu prójimo y mucho menos a la compañera consagrada y fiel de uno de tus mayores benefactores. ¡Da un paso atrás en tu triste y mal aventurado camino! Hubo un tiempo en que tu Espíritu vivió en el cuerpo de un sacerdote de Apolo, en el templo glorioso de Delfos... Perseguiste a una joven mujer de los ministerios sagrados, conduciéndola a la miseria y a la muerte, con tus desvaríos nefastos y dolorosos. ¡No te entrometas en el destino de dos seres que las fuerzas del cielo tallaron uno para otro!...

Sin embargo, el joven judío, a pesar de quedar impresionado con aquella exhortación incisiva, no seguía la orientación violenta de las dos mujeres que lo precedieron en la misteriosa visita.

Extrayendo una bolsa de monedas, la acarició en las manos como excitando la concupiscencia del adivino, exclamando con la voz casi suplicante:

- Araxes, yo tengo oro... mucho oro, y te daré lo que quisieres, por el valioso auxilio de tu ciencia... Por el amor de tus dioses, consígueme la simpatía de esta mujer y te recompensaré generosamente la preciosidad de los esfuerzos despendidos...

Los ojos del mago egipcio brillaron a la claridad de un sentimiento extraño, contemplando la bolsa en forma de cornucopia, reluciente de oro, como si la desease intensamente, murmurando con más delicadeza:

- ¡Mi amigo, esa mujer no es codiciada tan solo por ti y supongo que deberías contribuir para que ella no se alejase de la compañía del esposo!...

- ¿Pero, existe, entonces, aún otro hombre?

- Sí, me revelan los signos del destino que esa criatura es también deseada por el hermano del marido.

Saúl hizo un gesto de enfado, como quien se sentía amargamente atormentado por los más acerbos celos, murmurando entre dientes:

- ¡Ah! ¡sí... ahora entiendo mejor el viaje precipitado de Agripa, en busca de Avernio!...

Y, elevando la voz como quien estuviese jugando el último lance de su ambición, habló con ansiedad:

- ¡Araxes, te lo pido aún una vez más!... ¡Haz todo!... ¡Te pagaré regiamente!...

La frente del mago se curvó de nuevo, en actitud de profunda meditación, como si el espíritu buscara, en lo invisible, alguna fuerza tenebrosa, propicia a sus siniestros designios.

Al cabo de algunos minutos, volvió a decir en tono benevolente y amigo:

- ¡Parece que habrá una oportunidad para su amor, de aquí a algún tiempo!...

El joven judío lo oía con angustiosa expectativa, mientras las afirmaciones continuaban:

- ¡Dicen los signos del destino que los dos cónyuges, para la consolidación de su profundo amor, de su confianza recíproca y progreso espiritual, están destinados a dolorosas pruebas de aquí a algunos años! Habrá algo que los separará dentro del mismo hogar, sin que yo pueda precisar lo que sea. Sé, tan solo, que corresponde a ambos un gran período de ascetismo y dolorosa abnegación, en el instituto sagrado de la familia... En esa ocasión, tal vez, ¿quién sabe? podrá mi amigo intentar esa pasión ardientemente codiciada!...

- ¿Se dará, entonces, algo? – Preguntó Saúl, curioso y afligido, en su curiosidad por el trascendente asunto - ¿pero qué podrá acontecer que los separe en el ambiente doméstico?

- Yo mismo no sabría decirlo...

- ¿Y cada cual será obligado a un ascetismo fiel y a una dedicación inquebrantable?

- Manda el determinismo del destino que así sea, pero no solo el esposo, sino también la compañera, pueden interferir en esas pruebas, contrayendo nuevo débito moral, o rescatando el pasado doloroso con el necesario valor moral en los sufrimientos, empleando, en el determinismo de las pruebas purificadoras, su buena o mala voluntad... Sepa que las tendencias humanas son más fuertes para el mal, volviéndose posible que sus pretensiones sean satisfechas en esa época.

- ¿Y, cuánto tiempo deberé esperar para que eso acontezca? – preguntó el liberto, profundamente preocupado.

- Algunos años.

- ¿Y será inútil intentar cualquier esfuerzo antes de eso?

- Perfectamente inútil. Sé que el noble cliente tiene numerosos intereses en una ciudad distante y es justo que, en este intervalo, cuide de sus negocios materiales.

Saúl miró detenidamente a aquel hombre que parecía conocer los más recónditos secretos de su vida, pasando sus observaciones por el tamiz de la conciencia.

Dióle la bolsa repleta, agradeciendo la atención y prometiendo volver oportunamente.

De ahí a algunos días, el joven judío, en vísperas de la despedida, aprovechando algunos minutos de pura y simple intimidad con la joven Flavia, le dirigía la palabra en estos términos:

- Noble señora – comenzó con un tono de voz casi tímida, pero con el mismo brillo extraño irradiándole de los ojos -, ignoro la razón del hecho íntimo que os voy a revelar, pero la realidad es que voy a partir para Masilia, guardando vuestra imagen en lo más íntimo y recóndito de mi pensamiento!...

- ¡Señor – le dijo Flavia Lentulia, ruborizada, triste -, debo vivir tan solo en el pensamiento de aquel con quien los dioses iluminaron mi destino!...

- Noble Flavia – contestó el judío astuto, percibiendo que el golpe era prematuro e inoportuno -, mi admiración no se prende a ningún pensamiento indigno. Para mí, sois doblemente respetable, no solo por vuestra alta condición de patricia, sino también, por la circunstancia de que sois la compañera de uno de los mayores benefactores de mi vida.

Quedad tranquila en cuanto a mis palabras, porque en mi corazón solo existe el más leal interés por vuestra felicidad personal, junto al digno esposo que escogisteis.

Siento por vos los que un esclavo debe sentir por una benefactora de su existencia, ya que en mi triste condición de liberto, no puedo presentarme a vuestra generosidad con las credenciales de hermano que mucho os venera y estima.

- Está bien, señor Saúl – dijo la joven, más aliviada -, mi marido os considera como hermano muy querido y yo me honro de asociarme a sus sentimientos.

- Mucho os lo agradezco – exclamó Saúl, fingiendo -, y ya que me entendéis tan bien el pensamiento fraternal, es con el interés de hermano que me dirijo a vuestra alma generosa para preveniros de un peligro...

- ¿Un peligro?... – preguntó Flavia, afligida.

- Sí. Os hablo confidencialmente, solicitando que guardéis el máximo secreto de esta confianza fraternal.

Y, mientras la joven lo escuchaba con la mayor atención, Saúl continuó con sus pérfidas insinuaciones.

- ¿Sabéis que Plinio fue casi novio de la hija del pretor Salvio Léntulus, vuestro tío, casada hoy con Emiliano Lucius?

- Sí... contestó la pobre señora, con el alma oprimida.

- Pues debo avisar, como hermano, que vuestra prima Aurelia, a despecho de sus austeros compromisos matrimoniales, no renunció al hombre de sus antiguas preferencias; hoy fui informado, por un amigo, de que ella ha recurrido a diversos feticheros de Roma, con el fin de recobrar su afecto de otrora, a cualquier precio!...

Oyendo esas pérfidas palabras, Flavia Léntulus sufrió la primera espina de su vida conyugal, sintiéndose íntimamente torturada por los más acerbos celos.

Plinio resumía todo su idealismo y toda su felicidad de mujer joven. Depositara en su corazón todos los sueños femeninos, todas sus mejores y más florecientes esperanzas. Asaltada por la primera contrariedad de su vida social, en la gran ciudad de sus padres, sentía, en aquel instante, la sed devoradora de un esclarecimiento amigo, de una palabra cariñosa que viniese a restablecer el equilibrio del corazón, turbado ahora por los primeros sinsabores. Le faltaba algo que pudiera completar las nobles cualidades de su corazón de mujer, algo que debía ser la actuación materna en su educación, porque Publio Léntulus, en su ceguera espiritual, le moldeara el carácter en el orgullo de la estirpe, en las tradiciones vanidosas de los antepasados, sin desenvolver sus cualidades de ponderación, que la influencia de Livia crearía, seguramente, para notables floraciones del sentimiento.

La joven patricia sintió el corazón despedazado por unos celos casi feroces; pero, comprendiendo los deberes que le competían en tales coyunturas, recobró la necesaria energía moral para reaccionar en aquel primer

embate de pruebas, respondiendo al joven judío y haciendo lo posible por aparentar el máximo de severa y tranquila nobleza:

- ¡Agradezco, llena de gratitud, el interés de vuestra comunicación; sin embargo, nada me autoriza a sospechar de la conciencia rectilínea de mi esposo, aparte que Plinio resume todos mis ideales de esposa y mujer!

- Señora – replicó el judío, mordiéndose los labios -, el espíritu femenino, en su fertilidad de imaginación, ajeno a la vida práctica, puede engañarse muchas veces, por las apariencias...

¡Ansío oídos y alabo vuestra ilimitada confianza; entretanto, quiero que quedéis convencida de que, en cualquier momento, encontraréis en mí a un sincero defensor de vuestra felicidad y de vuestras virtudes!...

Diciendo eso, Saúl de Gioras presentó atentas despedidas, dejando a la pobre señora con sus impresiones de sorpresa y amargura.

Los primeros infortunios había alcanzado la vida conyugal de Flavia Lentulia, sin que ella supiese conjurar el peligro que amenazaba su ventura para siempre.

Esa noche, Plinio Severus no encontró en casa a la criatura mimosa y adorable de su dedicación y de su amor profundo. En la intimidad de la alcoba, encontró a la compañera llena de recriminaciones descabidas e inoportunas, llena de tristezas amargas e incomprensibles, verificándose entre ambos los primeros atritos que pueden arruinar para siempre, en el curso de una vida, la felicidad de un matrimonio, cuando sus corazones no se encuentran suficientemente preparados para la comprensión espiritual, en el instituto de las pruebas remisoras, aunque la senda divina de sus almas gemelas sea un camino glorioso para los más elevados destinos.

En pocos días, Saúl regresaba a Masilia, con la esperanza de concretar algunas realizaciones de orden material, para poder regresar a Roma en el menor tiempo posible.

Y la vida de nuestros personajes continuaba, en la Capital del Imperio, casi con la misma fisonomía de siempre.

El senador Léntulus proseguía engolfado en sus cogitaciones de orden político, procurando, siempre que le era posible, la residencia de la hija, donde mantenía las más largas conversaciones con Calpurnia, sobre el pasado y las necesidades del presente.

En cuanto a Livia, apartada compulsoriamente de la hija, por la fuerza de las circunstancias, lejos de su mejor amiga de otros tiempos, por la incomprensión, y prosiguiendo distante del esposo en el ambiente de sus afectos más íntimos, se refugiara en la dedicada amistad de Ana, en las oraciones más fervorosas y sinceras.

Diariamente ambas procuraban orar, en dolorosa soledad, al pie de aquella misma cruz rústica que les diera Simón en el instante extremo.

Muchas veces, ambas, en éxtasis, notaban que el pequeño madero se llenaba de tenuísima luz, al mismo tiempo que les parecía oír lejos, en el santuario del corazón y de los pensamientos, exhortaciones singulares y maravillosas.

Parecíales que la voz suave y amiga del apóstol de Samaria volvía del Reino de Jesús para enseñarles la fe, el cumplimiento del deber de caridad fraternal, la resignación y la piedad. Ambas lloraban, entonces, como si en sus almas sensibles y cariñosas vibrasen las armonías de un divino prelude de la vida celeste.

En esa época, instruida por algunos cristianos más humildes, Ana informó a la señora de las reuniones en las catacumbas.

El Imperio fundado con Augusto, que significó la mayor expresión de un Estado fuerte en todas las épocas del mundo, después de las conquistas democráticas de la República, no toleraba a ninguna agrupación partidaria, en materia de doctrinas sociales y políticas.

Verificábase, en Roma, lo mismo que hoy con las naciones modernas, oscilando entre las más variadas formas gubernamentales, partiendo de la esencia de los extremismos y dentro de la ignorancia del hombre, que porfía en no comprender que la reforma de las instituciones tiene que comenzar en lo íntimo de los seres.

Las únicas asociaciones admitidas entonces, eran las cooperativas funerarias, en vista de sus programas de piedad y protección a los que ya no podían perturbar los poderes temporales del César.

Perseguidos por las leyes, que no le toleraban las ideas renovadoras; encarados con adversión por las fuerzas poderosas de las tradiciones antiguas, los adeptos de Jesús, no ignoraban su futura posición de angustia y sufrimiento.

Algunos edictos más rigurosos los compelián a ocultar la manifestación de la creencia, aunque el gobierno de Claudio procurase, siempre, el máximo de orden y equilibrio, sin grandes excesos en la ejecución de sus designios.

Algunos compañeros, más esclarecidos en la fe, abogaban públicamente sus tesis, en epístolas al sabor de la época; pero, mucho antes de los crímenes tenebrosos de Domicio Neron, la atmósfera de los cristianos primitivos era ya de aflicción, angustia y penosos trabajos. De ese modo, las reuniones de las catacumbas se efectuaban periódicamente, no obstante, su carácter absolutamente secreto.

Gran número de apóstoles de Palestina pasaban por Roma, trayendo a los hermanos de la metrópoli las prédicas más edificantes y consoladoras.

Allí, en el silencio de los grandes macizos de piedra, en cavernas despreciadas por el tiempo, se oían voces profundas y moralizantes, que comentaban el Evangelio del Señor o encarecían las sublimidades de su Reino, por encima de todos los precarios poderes de la perversidad humana. Antorchas brillantes iluminaban esos escondrijos subterráneos, que las yedras protegían, mientras sus puertas empedradas daban la impresión de angustia, tristeza y supremo abandono.

Siempre que un peregrino muy dedicado arribaba a la ciudad, había un aviso común a todos los conversos.

La señal de la cruz, hecha de cualquier forma, era la señal silenciosa entre los hermanos de creencia, y, hecho de ese o de aquel modo especial, significaba un aviso, cuyo sentido era comprendido inmediatamente.

A través de esas comunicaciones incesantes, Ana conocía todo el movimiento de las catacumbas, colocando a su señora a la par de todos los hechos que se desarrollaban en Roma, sobre la redentora doctrina del Crucificado.

Así es que, cuando se anunciaba la llegada de algún apóstol de Galilea o de las regiones que le son fronterizas, Livia comparecía, haciéndose acompañar por la sierva desvelada y fiel, atravesando los caminos a pie, si bien vistiese ahora su indumentaria patricia, de conformidad con la autorización del marido,

para profesar libremente sus creencias. Ella estaba consciente de que, ante la sociedad, su actitud representaba grave peligro, pero el sacrificio de Simón había sido un marco de luz señalando sus destinos en la Tierra. Adquiriera coraje, serenidad, resignación y conocimiento de sí misma, para nunca tergiversar en detrimentos de su fe ardiente y pura. Si sus antiguas relaciones de amistad, en Roma, atribuían sus modificaciones interiores a la demencia; si el marido no la comprendía y Calpurnia y Plinio cavaba, aún más, el gran abismo que Publio había abierto entre ella y la hija, poseía su espíritu, en la creencia, un camino divino para huir de todas las amarguras terrenas, sintiendo que el Divino Maestro de Nazaret le dulcificaba las úlceras del alma, compadeciéndose de su corazón estrujado de angustias. Érale la fe como una antorcha luminosa clareando la senda dolorosa, y de la cual se irradiaban las claridades de la confianza humana en la Providencia Divina, que transforma las pruebas penosas de la Tierra en gozo anticipado de las eternas alegrías del Infinito.

IV

TRAGEDIAS ESPERANZAS

La vida real siempre es prosaica, sin fantasías ni sueños.

Transcurre así la existencia de los personajes de este libro, en la trama viva de las realidades desnudas y dolorosas del ambiente terrestre.

Los que alcanzan determinadas posiciones sociales, igual que los que se aproximan al crepúsculo de la vida fragmentaria de la Tierra, pocas novedades tienen que contar, sobre el curso de cada día.

Hay un período en la existencia del hombre, en que le parece que no hay más la necesaria presión psíquica del corazón, a fin de que se le renueven los sueños y las primeras aspiraciones, pareciendo su situación espiritual estancada o estacionaria. En lo íntimo, no hay más espacio para nuevas ilusiones o el refloreCIMIENTO de viejas esperanzas, y el alma, como si estuviese en doloroso período de expectación y forzado silencio, se queda en el camino, contemplando a los que pasan, presa a los cordeles de la rutina, de las semanas uniformes e indiferentes.

Estamos viviendo, ahora, el año 57, y la vida de los actores de este doloroso drama se presenta casi invariable en el desdoblamiento incluso de sus episodios comunes y angustiosos.

Solo una gran modificación ocurriera en la residencia de Calpurnia.

Plinio Severus, en sus radiantes expresiones de vitalidad física, ya había recibido las mayores distinciones por parte de las organizaciones que garantizaban la estabilidad del Imperio. Largas y periódicas permanencias en las Galias y en España, le habían proporcionado honrosísimas condecoraciones, pero, en su íntimo, la vanidad y el orgullo habían proliferado intensamente, no obstante la generosidad de su corazón.

Los primeros celos ásperos de la esposa se hicieron acompañar de consecuencias nefastas y dolorosas.

A los criminales propósitos de Saúl se juntaron las pérfidas confianzas de las amigas mentirosas, y Flavia Lentulia, lejos de gozar la ventura conyugal a la que tenía derecho por sus elevados dotes de corazón, descendiera, inconscientemente, debido a sus celos desmesurados, a los tenebrosos abismos del sufrimiento y de la prueba.

Para un hombre de la condición de Plinio, era muy fácil la sustitución del ambiente doméstico por las festividades ruidosas del circo, en compañía de mujeres alegres, que no faltaban en todos los lugares de la metrópoli del pecado.

En poco tiempo, el cariño de la esposa fue sustituido por el falso amor de numerosas amantes.

En balde procuró Calpurnia interponer sus buenos oficios y cariñosos consejos, y, en vano, proseguía la joven esposa del oficial romano en su martirio imperturbable y silencioso.

Las raras quejas de Flavia eran guardadas por el corazón generoso de la madre de su marido, o sino, confiadas al espíritu del padre, en confianzas amargas y penosas.

Publio Léntulus, comprendiendo la importancia de la cooperación femenina en la regeneración de las costumbres y en la elevación del hogar y de la familia, incitaba a la hija al máximo de resignación y tolerancia, haciéndole sentir que la esposa de un hombre es la honra de su nombre y el alimento de su vida y que, mientras un marido se pervierte en el torbellino de las pasiones desenfrenadas, escarneciendo de todos los bienes de la vida, basta, a veces, una lágrima de la mujer para que la paz conyugal vuelva a brillar en el cielo sin nubes del afecto puro y recíproco.

Para el espíritu de Flavia, la palabra paterna tenía características de realidad patente y ella buscaba ampararse en sus promesas y en sus consejos, juzgados preciosos, esperando que el esposo volviese, un día, a su amor, entre las bendiciones del camino.

Mientras tanto, Plinio Severus disipaba en el juego y en las fiestas una verdadera fortuna. Su prodigalidad con las mujeres se tornara proverbial en los centros más elegantes de la ciudad, y pocas veces buscaba el ambiente familiar, donde, todos los afectos se conjugaban para esclarecerle dulcemente el espíritu desviado del buen camino.

La muerte del viejo pretor Salvio Léntulus, antes del año 50, obligara a la familia de Publio y a los descendientes de Flaminio a los protocolos sociales junto a Fulvia y la hija, en ocasión de los homenajes prestados a las cenizas del muerto que, envuelto en el misterio de su pasividad resignada e incomprendida, había pasado por el mundo.

Bastó esa oportunidad para que Aurelia tomase nuevamente la ocasión perdida. Una mirada, un encuentro, una palabra y el hijo más joven de Flaminio, enamorado de las bellezas pecaminosas, restableció el lazo afectivo que un amor santificado y puro había destruido anteriormente.

En breve, ambos eran vistos con significativas miradas por los teatros, por los circos o por las grandes reuniones deportivas de la época.

De todos esos dolores, hiciera Flavia Lentulia su calvario de agonías silenciosas, dentro del hogar que su fidelidad dignificaba. En sus meditaciones silenciosas, muchas veces, deploró los antiguos desahogos de celo injustificable, que constituyeran la primera puerta para que el marido se desviase de los sagrados deberes con la familia; pero, en su orgullo de patricia, ponderaba que era muy tarde para cualquier arrepentimiento de ella, considerando íntimamente, que el único recurso era aguardar el regreso del esposo a su corazón fiel y dedicado, con el máximo de humildad y paciencia. En sus instantes de aflicción, escribía páginas amargas y luminosas, por los elevados conceptos que traducían, bien implorando la piedad de los dioses, en súplicas fervorosas, bien reproduciendo sus íntimas angustias en versos conmovedores, leídos tan solo por los ojos de su progenitor que, llorando de emoción, consideraba, muchas veces, si la desventura conyugal de la pobre hija no era igualmente una herencia singular y dolorosa.

A finales del año 53, desaparecía en trágicas circunstancias, en los oscuros brazos de la muerte, una de las figuras más fuertes de esta historia.

Nos referimos a Fulvia que, dos años después del fallecimiento del compañero, acusaba las más serias perturbaciones mentales, aparte de inquietantes fenómenos orgánicos, provenientes de pasados desvaríos.

Heridas cancerosas le devoraban los centros vitales y, por dos años al hilo, el cuerpo enflaquecido era forzado a las más penosas e incómodas posiciones de reposo, mientras los ojos inquietos y aterrorizados danzaban en las órbitas, como si, en sus alucinaciones, fuese compelida a la videncia de los cuadros más siniestros y tenebrosos.

En esas ocasiones, no encontraba la dedicación de la hija, que no supiera educar, siempre atareada en sus constantes compromisos de fiestas, encuentros y numerosas representaciones sociales.

Pero la misericordia divina, que no abandona a los seres más desdichados, le diera un hijo cariñoso y compasivo para los dolores expiatorios.

Emiliano Lucius, el marido de Aurelia, era de esos hombres dignos y valerosos, raros en la paciencia y en las más elevadas virtudes domésticas.

Noches y noches sucesivas, velaba por la viejita infeliz, que los dolores físicos castigaban impiedosamente con el látigo de suplicios atroces.

En sus últimos días, vamos a oírle las palabras incoherentes y dolorosas. A media noche, cuando hasta las esclavas descansaban, subyugadas por la fatiga y por el sueño, parecía que sus oídos de loca se aguzaban, espantosamente, para oír los ruidos de lo invisible, dirigiendo improperios a sus antiguas víctimas, que volvían de las más bajas esferas espirituales, para rodearle el lecho de sufrimiento y muerte. Ojos desmesuradamente abiertos, como si se fijasen en visiones fatídicas y horrorosas, exclamaba la pobre viejita abrazándose al yerno, en el auge de sus frecuentes crisis de miedo y desesperación inconsciente:

- ¡Emiliano!... – exclamaba en actitudes de pavor supremo. - ¡Este cuarto está lleno de seres tenebrosos!... ¿No lo percibes? ¡Oye bien...! ¡Óyeles los improperios duros y las siniestras carcajadas!... ¿Conociste a Sulpicio Tarquinius, el gran lictor de Pilatos?... ¡He aquí que llega con sus legionarios

enmascarados de sombras!... ¡Me hablan de la muerte, me hablan de la muerte!... ¡Socórreme, hijo mío!... ¡Sulpicio Tarquinius tiene un cuerpo de dragón que me asusta!...

Crisis de sollozos y lágrimas se sucedían a esas observaciones angustiosas.

- ¡Cálmate, madre! – exclamaba el militar, consternado hasta las lágrimas. - ¡Tengamos confianza en la bondad infinita de los dioses!...

- ¡Ah!... ¡los dioses! – gritaba ahora la infeliz, en histéricas carcajadas - ¡los dioses!... ¿Dónde estarían los dioses de esta casa infame? ¡Emiliano, Emiliano, nosotros somos los que creamos los dioses para justificar los desvaríos de nuestra vida! ¡El Olimpo de Júpiter es una mentira necesaria al Estado!... ¡Somos una calavera adornada en la Tierra con un puñado de polvo!... ¡El único lugar que debe existir, de hecho, es el infierno, donde se conservan los demonios con sus tridentes en el brasero!... ¡Helos aquí que llegan en falanges oscuras!...

Y, apegándose fuertemente al pecho del oficial, gritaba disparatadamente, como si buscara ocultar el rostro, de sombras amenazadoras:

- ¡Nunca me llevaréis malditos!... ¡Para atrás, canallas!... ¡Tengo un hijo que me defiende de vuestras embestidas tenebrosas!...

Emiliano Lucius acariciaba bondadosamente los cabellos blancos de la desventurada señora, incitándola a implorar la misericordia de los dioses, para mitigarle los rudos padecimientos.

En otras ocasiones, Fulvia Prócula, como si tuviese la conciencia despertada por un rayo divino, decía, más calma, al hijo que el destino le había dado:

- ¡Emiliano, estoy aproximándome a la muerte y necesito confesarte mis faltas y grandes deslices! ¡Perdóname, hijo, si te he proporcionado tan grandes trabajos! ¡Mi existencia fue una larga estela de crímenes, cuyas manchas horrorosas no podrán ser lavadas ni por las mismas lágrimas de la enfermedad que ahora me conduce a los impenetrables secretos de la otra vida! Sin embargo, nunca conseguí ponderar las terribles amarguras que me esperaban. ¡Hoy, en las pesadas sombras del alma, siento que mi conciencia se tizna de carbón apagado del fuego de las pasiones nefastas que me devoraron el penoso destino!... fui esposa desleal, impiedosa, y madre desnaturalizada...

¿Quién tendrá piedad de mí, si hubiere una claridad espiritual después de las cenizas del túmulo? ¡De este lecho de locura y agonía desesperada, veo el desfile incesante de fantasmas hediondos, que parecen esperarme en el pórtico del sepulcro!... ¡Todos combaten mis crímenes pasados y se muestran jubilosos con los padecimientos que me arrastran a la sepultura!

¡Sin una creencia sincera, me siento entregada a esos dragones de lo imponderable, que me hacen evocar el pasado criminal y sombrío!...

Un torrente de lágrimas de compunción y arrepentimiento seguía a esos instantes vertiginosos de raciocinio y lucidez.

Emiliano Lucius le acariciaba, con cariño, la faz arrugada, sumergiéndose él mismo en reflexiones dolorosas.

Aquel cuadro lancinante era el fin tempestuoso de una existencia de deslices clamorosos.

Sí... él todo lo comprendía ahora. La rebeldía de la esposa, su incomprensión, los pleitos domésticos, aquella sed insaciable de fiestas ruidosas en compañía de afectos que no eran los de él, debían ser los frutos amargos de una educación viciada y deficiente. Mas, su corazón estaba lleno de generosidad sin límites. Espíritu valeroso, comprendía la situación, y quien comprende perdona siempre.

Una noche en que la enferma manifestaba crisis acentuadas y profundas, el bondadoso oficial ordenó que las siervas se recogiesen.

La pobre loca hablaba siempre, como si fuera tocada por energía inagotable e incomprensible.

Copioso sudor le inundaba la frente, tomada por la fiebre alta y constante.

- Emiliano – gritaba ella desesperadamente -, ¿dónde está Aurelia, que no busca velar en mi cabecera en vísperas de la muerte? Como las falsas amistades de mi vida, ¿tendrá ella también horror de mi cuerpo?

- ¡Aurelia – explicó generosamente el oficial – necesitaba atender hoy a un compromiso con las amigas, en la organización de algunos servicios sociales!

- ¡Ah! – exclamó la demente, en siniestras carcajadas - ¡los servicios sociales... los servicios sociales!... ¡Cómo pudiste creer en eso hijo mío? Tu mujer a estas horas, debe estar al lado de Plinio Severus, su antiguo amante, en

un lugar sospechoso de esta miserable ciudad!...

Emiliano Lucius hizo lo posible para que la infeliz clemente no prosiguiese en sus revelaciones terribles e impresionantes; pero Fulvia continuaba el libelo tremendo y doloroso:

- No, no me prives de continuar... - proseguía desesperadamente. - ¡Óyeme aún! Todas mis acusaciones representan la criminal realidad... ¡Muchas veces, la verdad está con aquellos que enloquecieron!... Fui yo misma quien indujo a mi infeliz hija a los desvíos conyugales... Plinio Severus era el enemigo que ella necesitaba vencer, en su calidad de mujer... ¡Le facilité el adulterio, que se consumió bajo este techo!... ¡Comprueba, hijo mío, la enormidad de mis faltas!... ¡Horrorízate, pero perdona!... ¡Y, vigila a tu mujer para que no continúe traicionándote con sus perfidias torpes, y no venga un día a podrirse, lamentablemente, como yo, en un lecho de sedas perfumadas.

El generoso militar acompañaba, boquiabierto y afligido, aquellas revelaciones asombrosas.

Entonces la esposa, además de no comprenderlo en su idealismo, ¿aún lo traicionaba vergonzosamente, incluso en el ambiente sacrosanto del hogar? Dolorosas emociones se le represaban en el corazón, mas, posiblemente, todas aquellas palabras no pasaban de simple delirio febril, en la incurable demencia. Una duda horrible e impiadosa se le anidara en el corazón angustiado. Algunas lágrimas le humedecieron los grandes ojos tristes, mientras la enferma daba una tregua a las penosas revelaciones.

Pero, en algunos minutos, continuaba con la voz estentórea:

- ¿Y Aurelia? ¿Qué se ha hecho Aurelia que no viene? ¿Por dónde andará mi pobre hija criminal e infiel? Mañana, mi hijo, te he de confiar los infames secretos de nuestra existencia desventurada.

Pero, alguien, penetrara en el aposento contiguo, cautelosa y silenciosamente. Era Aurelia, que volvía de una ruidosa festividad, donde el vino y los placeres habían corrido en abundancia.

Después de atravesar la puerta próxima, aún oyó las últimas palabras de la madre, en el auge de la fiebre y de la desesperación enfermiza. Ella, que oyera las tristes revelaciones de poco antes, consideró que la doliente, al siguiente día, habría de cumplir la terrible promesa y, en un momento, examinó

todas las probabilidades de ejecución de la idea tenebrosa que le pasara por la mente criminal e infeliz. Sus ojos parecían vidriosos de cólera, bajo el latigazo de un pensamiento mórbido, que le aflorara repentinamente en el corazón frío e impiedoso.

Se cambió los trajes de la fiesta, reintegrándose en los aspectos interiores del hogar, y avió una nueva puerta, dirigiéndose al lecho materno, donde acarició a la madre fingidamente, mientras el esposo incomprendido la contemplaba, con el cerebro hirviente y dolorido, bajo el dominio de las dudas más acerbas.

- Madre, ¿qué es eso? – preguntó, aparentando una preocupación imaginaria – Estás cansada... necesitas reposar un poco.

Fulvia la miró profundamente, como si un rayo de lucidez le hubiese clareado repentinamente el espíritu abatido. La presencia de la hija tranquilizaba de algún modo su corazón adolorido y la conciencia dilacerada. Sentóse, con esfuerzo en el lecho, acarició los cabellos de la hija, como siempre acostumbrara a hacer en la intimidad, acostándose en seguida y pareciendo con buena disposición de reposar.

Emiliano Lucius se retiró de la escena, considerando que su presencia ya no era necesaria.

Mas, Aurelia continuaba hablando con su fingido cariño:

- ¿Quieres, madre, una dosis del calmante para el reposo necesario?

La pobre loca, en su inconsciencia espiritual, hizo una señal afirmativa con la cabeza.

La joven se encaminó a su aposento privado y, retirando minúsculo tubo de uno de los muebles predilectos, dejó verter algunas gotas en una pequeña taza de sedativo, monologando: “- ¡Si!... un secreto es siempre un secreto... y solo la muerte puede guardarlo convenientemente!...”

Caminó, sin vacilación, para el lecho materno, donde, por más de dos años, yacía la infeliz, devorada por el cáncer y atormentada por las visiones más siniestras y tenebrosas.

En un instante, el horrible envenenamiento estaba consumado. Administrada la poción corrosiva y violenta, Aurelia determinó, entonces, que

dos esclavos velasen el sueño de la enferma, como de costumbre, al regresar de sus noches alegres y ruidosas, esperando el resultado de la acción criminal e injustificable.

En dos horas, la enferma presentaba las más evidentes señales de sofocación bajo la acción del corrosivo, que constituía una más de aquellos filtros misteriosos y homicidas de la época.

Al llamado afligido de las siervas, todas las personas de la casa se colocaron a la disposición, dado el penoso estado de la enferma.

Emiliano Lucius le contempló los ojos, que se iban apagando en el velo de la muerte, y en balde procuró hacer que la agonizante le dijese aun una palabra. Sus miembros fríos se fueron endureciendo lentamente y de la boca comenzó a escaparle espuma rosada.

En vano fueron llamados los entendidos de la medicina, en aquellos últimos instantes. En aquella época, ni los médicos conocían los secretos anatómicos del organismo, ni había policía técnica para averiguar las causas profundas de las muertes misteriosas. El envenenamiento de Fulvia corrió a cuenta de las molestias incomprensibles que, durante muchos meses, le habían minado todos los centros de vitalidad.

Sin embargo, aquella agonía rápida no pasó desapercibida para Emiliano, que añadió otra duda penosa a los amargos pensamientos que le negreaban el fuero íntimo.

Aurelia buscó representar, del mejor modo, la comedia del sentimentalismo en tales circunstancias, y después de las ceremonias simplificadas y rápidas, en vista de la inmediata descomposición cadavérica, que forzó a la incineración, en breves horas, el antiguo hogar del pretor Salvio Léntulus se tornó el abrigo de dos corazones que se odiaban mutuamente.

Si la esposa infiel, inmediatamente después de los primeros días de luto, retornaba a su existencia de regalados placeres, Emiliano Lucius nunca pudo olvidar las revelaciones de Fulvia, en la víspera de su desprendimiento, envolviéndose, entonces, en un velo de tristeza que le cubrió el corazón por más de dos años.

En el 54, subía Domicio Nerón al poder, haciéndose acompañar de una depravada corte de áulicos perversos y de concubinas tan numerosas como desalmadas.

Muy tarde, reconoció Agripina la inconveniencia de su actitud maternal, obligando al emperador Claudio al consentir el casamiento de su hija Otavia con aquél que, más tarde, iría a eliminarle su propia vida con las mayores muestras de perversidad.

El Foro y el Senado recibieron, temblando, la sombría noticia de la proclamación del nuevo César por las legiones pretorianas, no tanto por él, sino porque sabían, de antemano, que aquel príncipe ignorante y cruel iba a volverse un fácil juguete de los espíritus más ambiciosos y más perversos de la corte romana.

Sin embargo, nadie osó protestar, tal era la serie de crímenes tenebrosos, perpetrados impunemente, para que Domicio Nerón alcanzase los bastidores del supremo poder.

En el año 56, el envenenamiento del joven Britanicus ponía escalofríos de terror en todos los patricios.

Medidas ignominiosas fueron puestas en práctica para humillar a los senadores del Imperio, que no consiguieron hacer efectivas sus protestas formales. Todas las familias más importantes de la ciudad conocían que, delante de sí, tenían los filtros venenosos de una Locusta, la tiranía y la perversidad de un Tigelinus, o el puñal de un Aniceto.

Sin embargo, la muerte inesperada de Britanicus, provocara cierto descontento, dando asidero a que se manifestasen algunos espíritus más valerosos.

Entre esos, se encontraba Emiliano Lucius, que se vio enseguida en serias perspectivas de exilio, estando vigilado por los innumerables esbirros del Emperador.

El generoso oficial buscó recogerse lo máximo posible, evitando la posibilidad de conflictos. Le recrudecieron sus angustias íntimas y sus meditaciones se volvieron más profundas y dolorosas...

Y, así, en cierta oportunidad, las primeras horas de una noche tranquila, cuando se recogía al hogar, contrariamente a sus hábitos más antiguos, notó que el aposento de la esposa estaba lleno de voces animadas y alegres. Observó que Aurelia y Plinio se embriagaban en el vino de sus venenosos placeres y, con los ojos colmados de espanto, vio que la esposa lo traicionaba en el propio tálamo conyugal.

Emiliano Lucius sintió que una espina muy aguda le penetraba en el corazón sensible y generoso, al verificar, por sí mismo, aquella realidad cruel. Tuvo ímpetus de llamar al amante al campo de la honra para morir, o eliminarle la vida, pero consideró, simultáneamente, que Aurelia no merecía tal sacrificio.

Enojado de todo lo que se refería a su época y sintiéndose vencido en las desventuras de su penoso destino, el noble oficial se retiró por el antiguo gabinete del pretor Salvio, donde estableciera la sede de sus trabajos diurnos y poseído de siniestra y dolorosa resolución, abrió viejo armario donde se alineaban pequeños frascos, retirando uno de ellos, de configuración especial, a fin de satisfacer los amargos propósitos de su espíritu exhausto.

Frente a la taza de cicuta, el cerebro adolorido se perdió, por minutos, en pungentes conjeturas; pero, estudiando íntimamente todas sus probabilidades de ventura, ponderó, en el auge de la desesperación, que, a la traición de la mujer, a las amenazas de proscripción y de exilio o a la posibilidad de un ataque en las sombras, era preferible lo que él consideraba el consuelo final de la muerte.

En un instante, sin que los amigos espirituales pudiesen disuadirlo del terrible intento, tal fue lo subitáneo del gesto desesperado e irreflexivo, sorbió el contenido de la pequeña taza, descansando después la joven cabeza sobre los brazos, estirado en un lecho del triclinio mismo, pero adaptado a su gabinete antiguo, abarrotado de mármoles y pergaminos preciosos.

La muerte horrible no se hizo esperar mucho, y en el círculo numeroso de sus relaciones de amistad, mientras Aurelia representaba nueva farsa de pesares imaginarios, se comentaba el suicidio de Emiliano, no como consecuencia directa de sus profundas desilusiones domésticas, sino como fruto de la tiranía política del nuevo emperador, bajo cuyo reinado tantos crímenes fueron cometidos, diariamente, en las sombras.

Solita, ahora, en su campo de acción, Aurelia se entregó libremente a sus desvaríos, amplificando sus inclinaciones nocivas y procurando retener, cada vez más, junto a sí, al hombre de sus preferencias, objeto de sus desenfrenadas ambiciones.

En casa de los Léntulus y de los Severus, la vida continuaba desafiando el rosario de las desventuras.

Había más de cinco años, en el 57, que Saúl de Gioras se encontraba definitivamente instalado en Roma, sin haber desistido de sus deseos y propósitos con respeto a la esposa del amigo y benefactor. Consolidada su fortuna en el comercio de pieles con el Oriente, no perdía él las mínimas oportunidades para evidenciar la excelencia de su situación material, a la mujer codiciada por largos años; sin embargo, Flavia Lentulia, hiciera de la existencia un calvario de resignación, conmovedora y silenciosa.

La vida pública del marido era, para su espíritu, un prolongado y doloroso suplicio moral. Sobre el asunto, hacia Saúl, de vez en cuando, referencias indirectas con la intención de llamarle la atención hacia su afecto, pero la pobre señora no veía en él otra individualidad, que no fuera la de un amigo, o hermano. En balde, el joven judío le testimoniaba su admiración personal, con gestos de extrema gentileza, buscando ofrecerle su compañía; pero, la verdad es que requiebros de su alma impetuosa y apasionada no encontraban resonancia en el corazón de aquella mujer, que adornaba con dolor la dignidad del matrimonio.

Tocado por las expresiones de su dinero. Araxes le animaba las esperanzas sin dejarlo esmorecer en sus peligrosos instintos.

Plinio Severus solo venía al hogar de vez en cuando, alegando servicios o numerosos viajes para justificar la continuidad de su ausencia. Mal se percataba él de que los gastos astronómicos le arruinaban, poco a poco, las posibilidades financieras, conduciendo igualmente a sus familiares al agotamiento de todos los recursos.

Algunas veces, mantenía coloquios afectuosos con la esposa, a quien se sentía preso por los lazos del amor eterno y profundo, pero las seducciones del mundo eran ya muy fuertes en su corazón, para ser extirpadas. En lo íntimo, deseaba volver a la calma del hogar, a la vida cariñosa y tranquila; pero, el vino, las mujeres y los ambientes ostentosos eran la permanente obsesión de su espíritu enfermo; otras veces, si bien amando a la esposa tiernamente, no le perdonaba la circunstancia de su superioridad moral, irritándose contra la humildad que ella testimoniaba en vista de sus desatinos, y regresaba nuevamente a los brazos de Aurelia, como víctima indecisa entre las fuerzas del bien y del mal.

En el año 57, la salud de Calpurnia, abalada en extremo, obligara a la familia a reunirse en torno al lecho de la generosa matrona. Por primera vez,

después del casamiento del hermano, volvió Agripa Severus de sus largas aventuras en Masilia y en Avenio, junto a su madre enferma y abatida, atendiéndole los sentidos llamados. Reencontrar a Flavia Lentulia a participar con ella de las claridades del ambiente doméstico, fue lo mismo que reavivar viejo volcán adormecido.

De un vistazo, comprendió la situación conyugal de Plinio procurando sustituirle el afecto junto a la esposa desvelada y dulce. Deseaba confesarle todo su amor ardiente e infeliz, pero guardaba en el corazón sublime respeto fraternal por aquella mujer, que confiaba en él como en un hermano muy amado.

Fue así que, en las alternativas de mejoría de la señora enferma, Flavia le aceptó la compañía para distraerse en algunos espectáculos de la rumorosa ciudad de la época.

Todo eso bastó para que Saúl envenenase los acontecimientos, suponiendo en esas expansiones inocentes una relación indigna, que le llenaba de pavorosos celos el corazón violento e irascible.

En la primera oportunidad, insinuó a Plinio Severus todas sus cavilosas sospechas, construyendo, con su imaginación enfermiza, situaciones y acontecimientos que jamás se verificaron. El esposo de Flavia era de esos hombres caprichosos, que, organizando un círculo de libertad ilimitada para sí mismo, nada conceden a la mujer, ni siquiera en el terreno de las amistades desinteresadas y puras. De esa forma, Plinio Severus comenzó a acatar la palabra de Saúl, concediéndole a los conceptos insensatos el más amplio crédito, en su foro íntimo. Él, que dejara a la compañera afectuosa al abandono y que, por largos años, diera base a las más penosas amarguras domésticas, se sintió, entonces, atormentado de celos acerbos e inconcebibles, pasando a espiar los menores gestos del hermano y a desconfiar de los más secretos pensamientos de la esposa, esperando que la molestia irremediable de su madre tuviese una solución en la muerte, que se presumía para breve tiempo, a fin de pronunciarse con más fuerza en la reivindicación de sus derechos conyugales.

Entraba el año 58, con amargas perspectivas para nuestros personajes.

Mientras tanto, un hecho comenzaba a herir la atención de todos los personajes de esta historia real y dolorosa.

La dedicación de Livia a su vieja amiga enferma era un ejemplo raro de amor fraternal, de cariño y bondad indefinibles. Por ocho meses seguidos, su figura escuálida y silenciosa estuvo en guardia día y noche, sin descanso, junto

al lecho de Calpurnia, probándole con ejemplos la excelencia de sus principios religiosos.

Muchas veces, la noble matrona consideró, íntimamente, la superioridad moral de aquella doctrina generosa, que estaba en el mundo para levantar a los caídos, confortar a los enfermos y a los tristes, diseminando las más hermosas esperanzas con los desilusionados de la suerte, en confrontación con sus viejos dioses que amaban a los más ricos y a los que ofrecen los mejores sacrificios en los templos, y aquel Jesús humilde y pobre, descalzo y crucificado, del que le hablaba Livia en sus charlas íntimas y cariñosas.

Calpurnia estaba plenamente modificada, en vísperas de la muerte. La convivencia continua de la vieja amiga le renovara todos los pensamientos y creencias más radicadas. Trataba mejor a las esclavas que se le acercaban al lecho y pidiera a Livia que le enseñase las plegarias del profeta crucificado en Jerusalén, lo que ambas hacían con las manos unidas, cuando los aposentos de la enferma quedaban silenciosos y desiertos. En esos instantes, la viuda de Flaminio Severus sentía que los dolores cedían, como si un bálsamo suave le refrescase los centros íntimos, de fuerza; cesaban las disneas dolorosas y la respiración casi se normalizaba, como si profundas energías del plano invisible le reanimasen el corazón escleroso y fatigado.

Al espíritu de Publio no pasaban desapercibidos esos síntomas de modificación moral de la vieja matrona, ni tampoco el noble procedimiento de la esposa, que nunca más reposó, desde el instante en que la viera inerte y exhausta. Los sufrimientos de la vida habían igualmente modificado mucho la estructura de su organización espiritual y, como nunca, sentía el senador la necesidad de reconciliarse con la esposa, para enfrentar los inviernos penosos de la vejez que se aproximaba.

No solo él, sino Livia, ya no habían traspasado medio siglo de existencia, y ahora, que tan bien conocía la vida y sus dolorosos mecanismos de perfeccionamiento, se sentía apto para perdonar todas las faltas de la esposa, en el pretérito, considerando que sus veinticinco años de martirio moral, en el sacrosanto ambiente doméstico, bastaban para redimirla de las faltas que, por ventura, hubiese cometido, en las ilusiones de la juventud, en tierra extraña, conforme suponía en sus falsas observaciones, hijas aún de la calumnia que le destruyera la ventura y la paz de una existencia entera.

En los primeros días del año 58, los padecimientos de Calpurnia fueron súbitamente agravados, esperándose, a cada momento, el penoso desenlace.

Los hijos y los más íntimos le rodeaban el lecho, grandemente conmovidos, si bien reconociesen la necesidad de reposo para aquel cuerpo enfermo y agotado.

En la antevíspera de la muerte, la venerada señora pidió que la dejaran a solas con el senador, por algunas horas, alegando la necesidad de confiar a Publio Léntulus algunas disposiciones “*in extremis*”.

Atendida, inmediatamente, vamos a encontrarlos en íntimo coloquio, como si estuviesen juntos por última vez, para la decisión e asuntos importantes y supremos.

Publio, aún en pleno vigor de su constitución física, tenía los ojos llenos de agua, mientras la vieja matrona lo contemplaba, mostrando en el semblante una claridad de viva lucidez en los ojos calmos y profundos.

- Publio – comenzó ella, gravemente, como si aquellas palabras fuesen las últimas recomendaciones -, para los espíritus de nuestra formación no puede existir el recelo de la muerte, y es por ese motivo que deliberé hablarte en mis postreras horas...

- Pero, mi buena amiga – respondió el senador, frunciendo la frente y esforzándose por disimular la conmoción que tenía en el alma, recordándose que, en las mismas circunstancias, le hablara Flaminio por última vez, entre las paredes de aquel cuarto -, solamente los dioses pueden decidir nuestros destinos y solo ellos conocen nuestros últimos instantes!...

- No dudo de esas verdades – adujo la valerosa patricia -, pero, tengo la certeza de que mis horas en la Tierra llegan a su término y no quiero llevar para el túmulo el remordimiento de una falta que reconozco haber cometido hace más de diez años...

- ¿Una falta? Nunca... vuestra vida, Calpurnia, fue siempre uno de los más raros ejemplos de virtud en esta época de transición donde se han degenerado nuestras más bellas costumbres...

- Agradezco, mi gran amigo, pero tu gentileza no me exime de la penitencia ante tu espíritu, afirmando que hace más de diez años erré en un juicio, pidiéndote hoy que recibas mi rectificación, tal vez tardía, pero aún a tiempo de santificar, con el más justo respeto, una vida de sacrificios y de abnegaciones!...

Publio Léntulus adivinó que se trataba de su mujer y, con la voz embargada por la conmoción y por las lágrimas, dejó que la vieja amiga continuase, con los ojos enjutos, manifestando el más elevado valor en vista de

la muerte que se aproximaba.

- A Livia me refiero – continuó Calpurnia, en tono conmovido -, sobre quien tuve la desgracia de transmitirle una suposición errónea e injusta, cortándole la última posibilidad de ventura en la Tierra; pero, la muerte renueva nuestras concesiones de la vida y los que están prestos para abandonar este mundo poseen una visión más clara de todos los problemas de la existencia.

Hoy, mi amigo, te digo, con el alma serena, que tu esposa es inmaculada e inocente...

El senador sentía que el llanto le brotaba espontáneamente de los ojos, pero estaba íntimamente confortado por saber que la venerable amiga confirmaba, ahora, las convicciones que el tiempo le aumentara en cuanto a la muy noble compañera de su existencia.

- No te lo digo simplemente por una cuestión de egoísmo personal, en señal de agradecimiento por las supremas dedicaciones de Livia conmigo en el curso de esta dolorosa enfermedad – continuó ella, valerosamente. – Un espíritu de nuestra categoría debe estar con la verdad por encima de todo, y esta confesión mía no se verifica tan solo por las observaciones de mi flaqueza toda humana.

Sin embargo, la realidad, mi amigo, es que, desde aquella noche en que me pediste que opinase sobre tu esposa y mi desvelada amiga, siento la espina de una duda cruel en mi corazón dilacerado. Livia fue siempre mi mejor compañera, y contribuir para su desventura, injustificadamente, era a mis ojos la suprema falta de toda la vida...

Por once años, oré constantemente y ofrecí numerosos sacrificios en los templos, para que los dioses me inspirasen la verdad sobre el asunto y, por todo ese tiempo, he esperado pacientemente la revelación del cielo... ¡Pero, solo hoy, me fue dado obtenerla, ya en los pórticos del sepulcro!...

¡Es posible que mi pobre alma, ya semiliberada, esté participando en los incomprensidos misterios de la vida del más allá, y tal vez sea por eso que, hoy por la mañana, vi la figura de Flaminio en este cuarto!... Era muy temprano y yo estaba sola, con mis meditaciones y mis plegarias!...

En ese ínterin, la palabra de la enferma se tornara entrecortada de profundas emociones que la dominaban, mientras Publio Léntulus lloraba, en doloroso silencio.

- Sí... - prosiguió Calpurnia, después de larga pausa -, en medio de una luz difusa y azulada, vi a Flaminio extendiéndome los brazos cariñosos y compasivos... En la mirada, le observé la misma expresión habitual de ternura y, en la voz, el timbre familiar, inolvidable... Me avisó que dentro de dos días penetraré los misterios desconocidos de la muerte, mas esa revelación de mi próximo fin no me podía sorprender... porque, para mí... que hace tantos años que vivo en mi exilio de nostalgias y sombras... aumentado por las continuas angustias de la enfermedad larga y dolorosa... la certeza de la muerte constituye supremo consuelo... Confortada por las dulces promesas de la visión, las cuales me auguraban ese suave alivio para dentro de pocas horas... pregunté al espíritu de Flaminio sobre la duda cruel que me dilaceraba hace tantos años... Bastó que la arguyese mentalmente, para que la radiante entidad me dijese en voz alta... meneando la cabeza en un gesto delicado... como expresando infinita y dolorosa tristeza: “Calpurnia, en mala hora dudaste de aquella a quien debería amar... y proteger como a una hija querida y cariñosa... porque Livia... es una criatura inmaculada e inocente...”.

En ese instante... - continuó la enferma, con alguna dificultad -, tal fue la impresión dolorosa de mi alma... con la sorpresa de la respuesta... que no divisé más la visión cariñosa y consoladora... como si fuese repentinamente llamada a las tristes realidades de la vida práctica...

La vieja matrona tenía los ojos mareados de lágrimas mientras el senador se entregaba silenciosamente al llanto de sus penosas conmociones.

Por largos minutos estuvieron ambos así, en la actitud de quien daba curso al remordimiento y al sufrimiento...

Al final, fue todavía la valerosa patricia quien rompió el pesado silencio, tomando las manos del amigo entre sus manos descarnadas y blancas, exclamando:

- Publio, te habla el corazón de una vieja amiga, con las verdades serenas y tristes de la muerte... ¿Crees, verdaderamente, en mis dolorosas revelaciones?...

El senador hizo un esfuerzo para enjugar las lágrimas que le caían copiosamente de los ojos y movilizándolo el máximo de energías, replicó firmemente:

- Sí, creo.

- ¿Y qué haremos ahora... para reparar nuestras faltas, ante el corazón generoso y justo de tu mujer?...

Él reflejó una chispa de ternura en los ojos, y, pasando las manos inquietas por la frente, como si hubiese encontrado una solución casi feliz, se dirigió a la enferma, con una irradiación de alegría y de tranquilidad en el semblante, diciendo confortado:

- ¿Sabéis de la gran fiesta del Estado, que se realizará de hoy a pocos días, en la cual los senadores, con más de veinte años de servicio al Imperio, serán coronados con mirto y rosas, como los triunfadores?

- Sí – respondió la matrona -, tanto que ya pedí a mis hijos que... no obstante a mi muerte próxima... te acompañen en esa justa alegría... porque será uno de los agraciados por nuestras supremas autoridades...

- ¡Oh, mi gran amiga, nadie puede esperar vuestra muerte, inclusive porque no podremos prescindir de la preciosa contribución de vuestra vida; pero, ya que procuramos reparar mi grave error del pasado doloroso, esperaré una semana más para llevar al espíritu de Livia la expresión de mi reconocimiento, de mi gratitud y de mi profundo amor. Iré a esa fiesta, que ha de realizarse bajo los auspicios de Séneca, que ha hecho de todo por disimular la penosa impresión causada por la conducta cruel del Emperador, su antiguo discípulo. Después de recibir la corona de la suprema victoria de mi vida pública, traeré todas las condecoraciones a los pies de Livia, como homenaje justo a su angustiada existencia de penosos sacrificios domésticos... Me arrodillaré ante su figura santificada y, retirando de la frente la aureola del Imperio, pondré las flores simbólicas a sus pies, que besaré humildemente con mi arrepentimiento y mis lágrimas, traduciéndole gratitud y amor infinito!...

- Generosa idea, mi hijo – exclamó la enfermera sensibilizada -, y te pido que la ejecutes... en el momento oportuno. Y, en el instante... en que des testimonio a Livia de tu amor supremo... dile que me perdone... porque yo lloraré de alegría... viendo a ambos felices... allá desde las sombras tranquilas de mi sepulcro.

Ambos lloraban, conmovidos, silenciosamente.

En dado instante, la señora enferma apretó las manos del amigo, como diciéndole un supremo adiós. Calpurnia fijó en él los grandes ojos claros – desprendiendo irradiaciones misteriosas, y, con lágrimas de emoción inenarrable, exclamó conmovida:

- Publio... pido... que no te olvides... de lo prometido... Arrodíllate a los pies de Livia... como a los de una diosa... de renuncia y de bondad... No te importe... mi partida de este mundo... Ve a la fiesta del Senado... repararemos... nuestra falta grave... y ahora, mi amigo... un último pedido... Vela por mis hijos... como si fuesen tuyos... Enséñales aún la honradez... la fortaleza... Un día... todos nosotros... nos reuniremos... en la eternidad.

Publio Léntulus le apretó las manos, sensibilizado, acomodándole, en las sedosas almohadas, la cabeza encanecida, mientras lágrimas de conmoción le embargaban la voz.

Hacía mucho tiempo que la enferma era atacada, súbitamente, de periódicas y prolongadas disneas.

El senador abrió las puertas al amplio aposento donde Livia acudió, apresurada, como enfermera de todos los instantes, mientras Flavia y algunas siervas acudían con ungüentos y otras panaceas de la medicina de la época.

Sin embargo, Calpurnia, parecía atacada por las últimas aflicciones que la llevarían al túmulo. Por veinticuatro horas consecutivas, el pecho palpitó sibilante, como si la caja torácica estuviese pronta a reventar bajo el impulso de una fuerza indomable y misteriosa.

A fin de un día y una noche de mucha fatiga y angustias, la enferma parecía haber experimentado ligera mejoría. La respiración se hacía menos penosa y los ojos revelaban gran serenidad, no obstante todo el cuerpo estuviese salteado de manchas azuladas y violáceas, anunciando la muerte. Apenas la afonía continuaba, mas, en dado momento, hizo un gesto con la mano, llamando a Livia a la cabecera con la tierna familiaridad de los antiguos tiempos. La esposa del senador atendió al llamado del silencioso, arrodillándose, con los ojos llenos de lágrimas y comprendiendo, por la intuición espiritual, que había llegado el instante doloroso de la despedida. Se veía que Calpurnia deseaba hablar, inútilmente. Fue entonces que apretó a Livia, amorosamente, contra el pecho, besándole los cabellos y la frente en un esfuerzo supremo y, pegando los labios a su oído, balbuceó con infinita ternura: - “¡Livia, perdóname!” Solamente la interpelaba escuchara el suave susurro de la agonizante. Fueron esas las últimas palabras de Calpurnia. Diríase que su alma valerosa necesitaba, tan solo, de aquel último llamado para conseguir soltarse de la Tierra, elevándose al Paraíso.

Abrazada a la incansable amiga, la agonizante recostó nuevamente la cabeza en las almohadas, para siempre. Sudor abundante emanaba de todo su cuerpo, que se aquietó levemente a la suprema rigidez cadavérica y, en algunos minutos, sus ojos se cerraron, como si se preparasen para un gran sueño. La respiración se fue extinguiendo suavemente, mientras una lágrima pesada y rutilante le rodaba por la cara arrugada, como un rayo divino de la luz que le clarificaba la noche del túmulo.

Las puertas del palacio se abrieron, entonces, para los tributos afectuosos de la sociedad romana. A las exequias de la valerosa matrona compareció lo que la ciudad poseía de más noble y más fino, en su aristocracia espiritual, dado el elevado concepto en el que eran tenidas las extraordinarias virtudes de la muerta.

Terminadas las ceremonias de la incineración y guardadas las cenizas ilustres de la noble patricia en las sombras del sepulcro familiar, Flavia Lentulia asumió la dirección de la casa, mientras sus padres volvían a la residencia de Aventino, para el descanso necesario.

Faltaban solamente cuatro días para la realización de las grandes fiestas, en las que más de una centena de senadores recibiría la aureola del supremo triunfo en la vida pública. Publio Léntulus, que sería uno de los homenajeados en la fiesta memorable, no obstante el luto de la familia, aguardaba el gran momento, con ansiedad. Es que, recibida la expresión suprema de la victoria de un hombre de Estado, la llevaría a los pies de la esposa, como símbolo perenne de su afecto y de su reconocimiento de la vida entera. En su íntimo, analizaba la manera más dulce de dirigirse nuevamente a la compañera, con el timbre cariñoso y suave que su voz había perdido hacia veinticinco años, y, verificando la continuidad de su amor, cada vez más profundo, por la esposa, esperaba ansiosamente el instante de su reintegración en la felicidad doméstica.

De noche, en aquellas horas largas que pasaban, mientras el viejo corazón se preparaba para las bendiciones de la ventura conyugal, en pocos días, iba él hasta las proximidades de los apartamentos de la esposa, situados bien distantes de los suyos, en aquellos prolongados años de amarguras interminables.

En la víspera de las grandes festividades a la que nos referimos, serían las veintitrés horas, cuando su figura se apostara enfrente a los aposentos de la compañera, gozando por anticipado el dichoso momento de la penitencia, que significaba para él una alegría suprema.

Mientras el pensamiento se sumergía en los abismos del pasado lejano, su atención espiritual fue repentinamente despertada por la melodía suave de una voz de mujer, que cantaba bajito en el silencio de la noche. El senador se aproximó, lentamente, a la puerta, pegando el oído a la escucha... ¡Sí! Livia cantaba con voz suave y mansa, cual alondra abandonada, haciendo sonar levemente las cuerdas armoniosas de una lira de sus recuerdos más queridos. Publio lloraba conmovido, oyéndole las notas argentinas que se apagaban en el ambiente restringido del cuarto, como si Livia estuviese cantando para sí mismo, adormeciendo el corazón humilde y despreciado, para henchir de consuelo las horas tristes y desiertas de la noche. Era la misma composición de las musas del esposo, que le escapaban de los labios en aquel instante en que la voz tenía tonalidades extrañas y maravillosas, de indefinible melancolía, como si todo su canto fuese el lamento doloroso del ruiseñor apuñalado:

*¡Alma gemela de mi alma,
Flor de luz de mi vida,
Sublime estrella caída
De las bellezas de la creación!...
Cuando yo erraba en el mundo,
Triste y solo, en mi camino,
Llegaste, a mi destino,
Y me henchiste el corazón.*

*¡Venías en la bendición de los dioses,
En la divina claridad,
A tejerme la felicidad
En sonrisas de esplendor!...
¡Eres mi tesoro infinito,
Júrote eterna alianza,
Porque soy tu esperanza,
Como eres todo mi amor!*

*Alma gemela de mi alma,
Si yo te perdiera, algún día,
Seré la oscura agonía,
De la nostalgia en sus velos...
Si un día me abandonares,
Luz tierna de mis amores,
He de esperarte, entre las flores
De la claridad de los cielos...*

En pocos minutos, la voz armoniosa callaba, como si fuera obligada a un divino *estacato*. El senador se retiró, entonces, con los ojos mareados de lágrimas, reflexionando consigo mismo: “- Sí, Livia, de hoy a dos días he de probarte que fuiste siempre la luz de mi vida entera... Besaré tus pies con mi humildad agradecida y sabré entornar en tu corazón el perfume de mi arrepentimiento...”

Penetrando en el aposento de Livia, vamos a encontrarla en genuflexión, después de haber colocado, sobre un mueble de su predilección, la lira de sus recordaciones. Se arrodillara, como siempre, ante la cruz de Simón que, en ese día, mostraba a sus ojos espirituales una claridad más intensa.

En el curso de sus plegarias, oyó la palabra del amigo invisible, cuya tonalidad profunda parecía gravarse, para siempre, en lo íntimo de su conciencia: “Hija – exclamaba la voz amiga, del plano espiritual -, regocíjate en el Señor, porque ha llegado la víspera de tu ventura eterna e imperecedera! ¡Eleva el pensamiento humilde a Jesús porque no está lejos el instante dichoso de tu gloriosa entrada en su Reino!...”

Livia mostró en el semblante una actitud de alegría y sorpresa, pero llena de confianza y fe en la providencia divina, guardó, en los escondrijos más íntimos del corazón, el consuelo de aquellas palabras sacrosantas.

V

EN LAS CATACUMBAS DE LA FE Y EN EL CIRCO DEL MARTIRIO

En el día inmediato a la escena que acabamos de describir, vamos a encontrar, juntas, a las dos grandes amigas que, lejos de ser señora y sierva, eran dos almas unidas por los mismos ideales, ligadas por los hilos más santos del corazón.

Ana acababa de llegar a casa, después de cumplir obligaciones en el Foro Olitorium,¹ y, cuando encuentra a Livia a solas, le dice confidencialmente:

- Señora, hoy por la noche una nueva voz se levantará en el santuario de las catacumbas, para las prédicas de nuestra fe. Amigos nuestros me avisaron, esta mañana, que, ya hace algunos días, se encuentra en la ciudad un emisario de la iglesia de Antioquía, llamado Juan de Cleofas, portador de significativas revelaciones para nosotros, los cristianos de esta ciudad...

Livia mostró un brillo de íntimo contentamiento en los ojos, exclamando:

- ¡Ah! ¡Sí... habremos de ir hoy a las catacumbas. Tengo necesidad de comulgar con nuestros hermanos de creencias, en las mismas vibraciones de nuestra fe! ¡Aparte de eso, necesito agradecer al Señor la misericordia de sus gracias inmensas!...

¹ Mercado de legumbres – Nota de Emmanuel.

Y elevando un poco la voz, como si deseara comunicar a la amiga el santo júbilo de sus esperanzas más íntimas, exclamó con tierna sonrisa irradiándole del semblante calmo:

- Ana, desde la muerte de Calpurnia, noto que Publio está más sereno y más esclarecido... En estos últimos días, me ha dirigido la palabra con la ternura de otros tiempos, habiéndome afirmado, aún ayer, que su corazón me reserva dulce sorpresa para mañana, después de su victoria suprema en la vida pública. Siento que es muy tarde para que sea nuevamente feliz en este mundo, pero, en suma, estoy íntimamente satisfecha, porque nunca deseé morir en desarmonía con el compañero que Dios me concedió para las luchas y alegrías de la vida. Creo que nunca me perdonará el crimen de infidelidad que juzga haya yo practicado hace veinticinco años, pero lloro de contentamiento al reconocer que Publio me siente redimida, ante la severidad de sus ojos!...

Y lloraba, conmovida, mientras la vieja criada la afianzaba con ternura:

- Sí, mi señora, tal vez haya él reconocido sus abnegaciones santificantes en el hogar, en estos largos años de sacrificios benditos.

- Agradezco a Jesús tamaña misericordia – contestó Livia, sensibilizada. – Aunque supongo que no estoy lejos de partir para el mundo de las realidades celestes, donde todos los sufridores han de ser consolados...

Y después de ligera pausa, continuó:

- Aun ayer, cuando oraba junto a la cruz sencilla, allá en el cuarto, oí una voz que me anunciaba el Reino de Jesús para dentro de muy poco.

Oyéndola, Ana se recordó súbitamente de Simón y de las horas que antecedieron a sus sacrificios, sumergiéndose en dolorosas reflexiones. Sus recordaciones se remontaban al pasado lejano, cuando la voz de Livia nuevamente la despertó en estos términos:

- Ana – decía con las heroicas decisiones de su fe -, no sé como seré llamada por el Mesías, pero, en la hipótesis de mi breve partida, te pido que continúes en esta casa, en tu apostolado de trabajo y sacrificios, porque a Jesús ha de bendecirte las labores santificantes.

La antigua sierva de los Léntulus quería dar nuevo rumbo a la conversación pungente y exclamó con la serenidad sensata que le conocemos.

- Señora, sabe Dios cual de nosotros partirá primero. Olvidemos, hoy, este asunto para pensar tan solo en sus santificadas alegrías.

Y, como para cerrar la angustiada impresión de aquella charla íntima, remató preguntando confidencialmente:

- ¿Entonces, iremos hoy, de hecho, a las catacumbas?

- Sí. Queda decidido. Al anochecer partiremos para nuestras oraciones y cariñosos recuerdos del Mesías Nazareno. Tengo necesidad de ese desahogo espiritual, después de los largos meses que estuve retenida junto a mi noble Calpurnia; aparte de eso, deseo pedir a nuestros hermanos que oren conmigo por ella, testimoniando al mismo tiempo, al Señor, mi sincero agradecimiento por sus gracias divinas...

Al partir, quiero que me actives la memoria, pues quiero llevar al nuevo apóstol un donativo destinado a la iglesia de Antioquía.

- ¡Si mañana Publio va a recibir el supremo galardón del hombre del mundo, quiero rogar a Jesús que no le abandone el corazón intrépido y generoso, para que las vanidades de la Tierra no lo inhiban de buscar, algún día, el reino maravilloso del cielo!

Entendidas así, se separaron en las placenteras tareas domésticas. Y mientras el senador, durante todo el día, tomaba numerosas providencias para que nada faltase al brillo personal de su gran triunfo al siguiente día. Livia se pasaba las horas, con el alma vuelta hacia Cristo en plegarias fervorosas.

Al anochecer, de acuerdo como lo habían dispuesto, se fueron a la reunión secreta de las prácticas primitivas del cristianismo.

Todos los siervos graduados del palacio las vieron salir, sin preocupación, ni sorpresa. En todo el largo período de la molesta de Calpurnia, Livia y Ana nunca más habían fijado su presencia en el interior del hogar y no sería de extrañar que ambas hubiesen deliberado buscar la residencia de los Severus, en aquella noche, de donde, posiblemente, no volverían sino al día siguiente, después de confortar el espíritu abatido de Flavia, en el desdoblamiento de sus fatigantes encargos domésticos.

Fue así que las horas pasaron, tranquilas y descuidadas; y cuando el senador se aproximó a los aposentos de la esposa, gozando por anticipado las

profundas alegrías esperadas para el día siguiente, presumió, por el pesado silencio reinante allí, la significación de su calmo reposo, en las alas leves y acariciantes del sueño. Imaginando que Livia descansaba en la paz soberana de la noche. Publio Léntulus se recogió a su gabinete particular, con el cerebro repleto de radiantes esperanzas, con el propósito de arrepentirse de todos sus errores del pasado.

Entretanto, Livia, en compañía de Ana, se aprovechara de las primeras sombras de la noche para alcanzar las catacumbas.

Pasaba de las diecinueve horas, cuando ambas se ocultaban entre las piedras abandonadas que daban acceso a los subterráneos, donde se amontonaba el polvo viejo de los muertos.

En un vasto espacio abovedado, que sirviera otrora a las asambleas de las cooperativas funerarias, se reunía gran número de personas en torno a la figura simpática y generosa del culto predicador, que llegara de la Siria distante. En un canto, se erguía improvisada tribuna, donde, en pocos minutos, subía Juan de Cleofas, dentro del halo de dulzura que le aureolaba la singular individualidad.

El apóstol de Antioquía traía en la cabeza los primeros cabellos blancos y toda su figura estaba saturada de fuerte magnetismo personal, que unía íntimamente a su personalidad a cuantos se le aproximaban, llevados por la dulce afinidad de la creencia y de los sentimientos profundos.

Todos los presentes parecían extasiados por su palabra seductora e impresionante, que se hizo oír por casi dos horas sucesivas, cayendo en el corazón del auditorio como rocío sublime de la elocuencia celeste. Conceptos elevados y proféticas observaciones resonaban por las bóvedas silenciosas y sombrías, débilmente iluminadas por la claridad de algunas antorchas.

De hecho, la asamblea tenía razón de electrizarse con aquel doloroso y sublime tono profético, porque Juan de Cleofas pronunciaba profunda alocución, más o menos en estos términos:

- ¡Hermanos, sea con vosotros la paz del Cordero de Dios, Nuestro Señor Jesucristo, en la intimidad de vuestra conciencia y en el santuario de vuestro corazón!...

El santo patriarca de Antioquía, en sus plegarias y meditaciones de cada día, recibió numerosas revelaciones del Mesías, ordenando la venida de un

mensajero al ambiente de vuestros trabajos en la capital del mundo, a fin de anunciaros grandes cosas...

¡Por las revelaciones del Espíritu Santo, los cristianos de esta ciudad impiedosa fueron escogidos por el Cordero para el gran sacrificio. Y yo os vengo a anunciar nuestra breve entrada en el Reino de Jesús, en nombre de sus apóstoles bien amados!...

- Sí, porque aquí, donde todas las glorias divinas fueron escarnecidas y humilladas por la impenitencia de las criaturas, se han de trabar los primeros grandes embates de las fuerzas del bien y del mal, anunciando el establecimiento definitivo, en el mundo, del divino y eterno mensaje del Evangelio del Señor!

En la última reunión general de los creyentes de Antioquía, se manifestaron las voces del cielo, en lenguas de fuego, como aconteció en los días gloriosos del cenáculo de los apóstoles, después de la divina resurrección de nuestro Salvador; y vuestro siervo, aquí presente, fue escogido para emisario de esas noticias confortadoras, porque las voces celestiales nos prometen el Reino del Señor, en breves días...

Amados, creo que estamos en vísperas de los más atroces testimonios de nuestra fe, por los sufrimientos remisorios, pero la cruz del Calvario deberá iluminar la penosa noche de nuestros padecimientos...

¡Yo también tuve la felicidad de oír la palabra del Señor, en las últimas horas de su dolorosa agonía, en la faz de este mundo. ¿Y qué pedía él, mis queridos, sino el perdón infinito del Padre, para los verdugos implacables que lo atormentaban? Sí, no dudemos de las revelaciones del cielo... Verdugos inflexibles rondan nuestros pasos y yo os traigo el mensaje del amor y de la fortaleza en Nuestro Señor Jesucristo!

¡Roma bautizará su nueva fe con la sangre de los justos y de los inocentes; mas, también, importa considerar que el Cordero inmaculado de Dios Todo Poderoso se inmoló en el madero infamante, para rescatar los pecados y avitamientos del mundo!...

Andaremos, tal vez, en estas vías suntuosas, como en nuevas avenidas de una Jerusalén putrefacta, llena de desolación y de amargura... Claman las voces celestiales que, aquí, seremos despreciados, humillados, vilipendiados y vencidos; pero, la victoria suprema del Señor nos espera más allá de las palmas

espinosas del martirio, en las claridades dulces de su reino, inaccesible al sufrimiento y a la muerte!...

Lavaremos con nuestra sangre y nuestras lágrimas la iniquidad de estos mármoles preciosos, pero, un día, hermanos míos, toda esta Babilonia de inquietud y de pecado se derrumbará, fragorosamente, al peso de sus miserias bestiales... Un huracán destructor derrumbará los falsos ídolos y confundirá las pretenciosas mentiras de sus altares... Tormentas dolorosas del exterminio y del tiempo harán llover sobre este Imperio poderoso las ruinas de la pobreza y del más triste olvido... Los circos de la impiedad han de desaparecer bajo un puñado de cenizas, el Foro y el Senado de los impenitentes han de ser confundidos por la suprema justicia divina, y los guerreros orgullosos de esta ciudad pecadora se arrastrarán, un día, como gusanos, por las márgenes del mismo Tiber que les carga la iniquidad!...

Entonces, nuevos Jeremías han de llorar sobre los mármoles, a la piadosa luz de la noche... los suntuosos palacios, de estas colinas soberbias y donosas, caerán en penoso torbellino de asombros y, sobre sus monumentos de orgullo, de egoísmo y vanidad, gemirán los vientos tristes de las noches silenciosas y desiertas...

Felices todos aquellos que lloraren ahora, por amor al divino Maestro; venturosos todos los que derramaren su sangre por las sublimes verdades del Cordero, porque en el cielo existen las moradas divinas para los bienaventurados de Jesús...

Hablaba la voz suave y terrible del emisario de la iglesia de Antioquía y sus palabras resonaban en el profundo silencio de las bóvedas desérticas.

Cerca de dos centenares de personas se encontraban allí oyéndolo atentamente.

Casi todos los cristianos presentes lloraban, embebecidos. En lo íntimo de las almas fluía una exaltación suave y mística, haciéndoles sentir las dulces emociones de todos aquellos apóstoles anónimos, que cayeron en las arenas ignominiosas de los circos, para cimentar con sangre y lágrimas la edificación de la nueva fe.

Después de las singulares y dolorosas profecías, que hinchieron todos las miradas de brillos indefinibles de alegría interior, previendo el glorioso Reino de Jesús, Juan fue consultado por numerosos cofrades con respecto a varios asuntos de interés general para la marcha y desenvolvimiento de la nueva

doctrina, tal como acontecía en las primitivas asambleas del Cristianismo naciente, y a todos atendía con las más francas expresiones de bondad fraternal.

Interpelado por uno de los presentes, en cuanto al motivo de su alegría radiante, cuando las revelaciones del Espíritu Santo anunciaban tan grandes pruebas y tantos padecimientos, el generoso emisario respondió con sublimado optimismo:

- Sí, mis amigos, no podemos esperar sino el sagrado cumplimiento de las profecías anunciadas pero debemos considerar con júbilo que si Jesús permite a los impíos la realización de monumentos maravillosos, como los de esta ciudad suntuosa y podrida, ¿qué no reservará él, en su infinita misericordia, a los hombre buenos y justos, en las claridades de su Reino?

Aquellas respuestas consoladoras caían en el alma de la numerosa asamblea, como bálsamo dulcificante.

Palabras de amor y saluciones afectuosas eran intercambiadas entre todos, con las más dulces demostraciones de júbilo y fraternidad.

Livia y Ana tenían un semblante de alegría íntima brillándoles en los ojos calmos.

Al final de la reunión, todos se levantaron para las plegarias sencillas y espontáneas de las primitivas lecciones del Cristianismo, en fuentes puras.

La voz del emisario de Antioquía, se hizo oír de nuevo, brillante y clara:

- Padre Nuestro, que estáis en los cielos, santificado sea vuestro nombre, venga a nos vuestro Reino de misericordia, sea hecha vuestra voluntad, así en la Tierra, como en los Cielos...

Pero, en ese instante, la palabra dulce y conmovedora fue cortada por el siniestro tañir de las armaduras.

- ¡Es aquí, Lúculo!... – gritaba la voz estentórea del centurión Clodio Varrus, que avanzaba, con sus numerosos pretorianos, hacia la masa atónita de los cristianos indefensos, constituida, en su mayoría, de mujeres.

Algunos creyentes de los más inflamados comenzaron entonces a apagar las antorchas, provocando las tinieblas para la confusión y el tumulto, pero Juan de Cleofas descendiera de la tribuna con su figura radiante que impresionaba.

- ¡Hermanos – gritó con la voz extraña y vibrante en su llamado, como si estuviese saturado de extraordinario magnetismo -, ¡recomendó el Señor que

jamás colocásemos la luz debajo del celemín! ¡No apaguéis la claridad que debe iluminar nuestro ejemplo de coraje y de fe!...

Para ese momento, los dos centuriones presentes ya habían articulado sus fuerzas, en común, organizando los cincuenta hombres que habían venido bajo sus órdenes, para la hipótesis de una resistencia.

Entonces, se vio, al apóstol de Antioquía caminar valientemente, bajo el pasmo silencioso de los presentes, dirigiéndose a Luculo Quintilius, extendiéndoles los brazos pacíficamente y solicitando con empeño:

- Centurión, cumple tu tarea sin recelo, porque yo no vine a Roma sino para las glorias del sacrificio.

El delegado del Imperio no se conmovió con esas palabras y, después de blandir el rostro del misionero con los copos de su espada, en dos tiempos le amarró los brazos, imposibilitándole los movimientos.

Dos jóvenes creyentes, dando muestra de su temperamento ardiente y sincero, disgustados con la crueldad, desenvainaron las armas, que relucieron en la claridad pálida de aquel interior de penumbras, avanzando hacia los soldados en un gesto supremo de defensa y resistencia pero Juan de Cleofas advirtió una vez más, con su palabra magnética y profunda:

- Mis hijos, no repitáis en este recinto la escena dolorosa de la prisión del Mesías. Recordaos de Malcus y guardad vuestra espada en la vaina, porque los que hieren con el hierro, con el hierro serán heridos...

Hubo, entonces, en la asamblea, un movimiento de quietud y de asombro. El coraje sereno del apóstol contagiara todos los corazones.

En los grandes movimientos de la vida, hay siempre una vibración espiritual que fluye de otros mundos, para consuelo de los míseros de la jornada terrestre.

Algo inaudito e inesperado, se observó, entonces. Todos los presentes imitaron al apóstol valeroso, entregando los brazos inermes para el sacrificio.

En su doloroso momento, Livia se llenara de un coraje que nunca había poseído. Frente a su figura noble y a su indumentaria de patricia se detuvieron, largamente, las miradas significativas de los verdugos. En aquella asamblea, era ella la única mujer que ostentaba las insignias del patriciado romano.

Clodio Varrus cumplía su tarea algo respetuoso y, en pocos minutos, la pesada caravana estaba camino de la prisión, dentro de las sombras espesas de la media noche.

La cárcel donde los cristianos iban a pasar tantas horas al relente, en angustiada promiscuidad, que, de algún modo, representaba para ellos suave consuelo, quedaba anexa al gran circo, sobre cuyas proporciones gigantescas somos obligados a detener nuestra mirada, dando al lector una débil idea de su grandeza.

El Circo Máximo quedaba situado justamente en el valle que separa el Palatino del Aventino, irguiéndose, allí, como una de las más bellas maravillas de la ciudad invicta. Edificado en los comienzos de la organización romana, sus proporciones grandiosas se habían desenvuelto con la ciudad y, en la época de Domicio Nerón, su extensión era tal, que ocupaba 2190 pies de ancho, por 960 de largo, terminando en semicírculo, con capacidad para trescientos mil espectadores cómodamente instalados. De ambos lados, corrían dos órdenes de pórticos, superpuestos, ornados de columnas preciosas y coronadas de terrazas confortables. En aquel lujo de construcciones y de ornamentos en demasía, se veían numerosas tascas e innumerables lugares de libertinaje, a cuya sombra dormían los miserables y reposaba la mayoría del pueblo, embriagado y debilitado en los placeres más hediondos. Seis torres cuadradas, denotando las más avanzadas expresiones de buen gusto, de la arquitectura de la época, dominaban las terrazas, sirviendo de camarotes lujosos a las personalidades más distinguidas, en los espectáculos de gran gala. Amplios bancos de piedra, dispuestos en anfiteatro, corrían por tres lados, localizándose, en seguida, en línea recta, el espacio ocupado por las cárceles, de donde salían los caballos y carros, así como esclavos y prisioneros, fieras y gladiadores, para las diversiones preferidas de la sociedad romana. Sobre las cárceles, se erguía el suntuoso pabellón del Emperador, de donde las más altas autoridades y áulicos acompañaban al César en sus entrenamientos. La arena estaba dividida longitudinalmente por una muralla de seis pies de altura, por doce de largo, irguiéndose sobre ella altares y estatuas preciosas que ostentaban bronce finos y dorados. Igualmente en el centro de esa muralla, imprimiendo un trazo majestuoso de grandeza al ambiente, se levantaba, a la altura de ciento veinte

pies, el famoso obelisco de Augusto, dominando la arena coloreada de rojo y de verde, dando a impresión de un césped delicioso que se tiñese súbitamente de flores de sangre.

Los míseros prisioneros de aquella redada humana fueron lanzados en una larga dependencia de las cárceles, en las primeras horas de la madrugada.

Los soldados los despojaron, uno a uno, de los objetos de valor, o de los pequeños importes en dinero que traían consigo. Inclusive las señoras no escaparon al saqueo humillante, siendo despojadas de sus joyas más preciosas. Sólo Livia, por el respeto que inspiraban sus vestidos, fue dispensada del examen infamante.

Es un gabinete privado, Clodio Varrus daba certeza a su superior, Cornelio Rufus, del éxito de la diligencia que le fuera encomendada aquella noche.

- Sí – exclamaba Cornelio, satisfecho -, por lo que veo, la fiesta de mañana correrá a entera satisfacción del Emperador. Esta primera redada de cristianos era esencial al glorioso acontecimiento de los grandes homenajes a los senadores.

- Pero, escucha – continuaba él, mas discretamente, refiriéndose a Livia - ¿Quién es esa mujer que trae la toga de las matronas de la más alta clase social?

- Lo ignoro – respondió el centurión, muy pensativo. – Además, mucho me admiré de encontrarla en tal ambiente, pero cumplí severamente vuestras órdenes.

- Hiciste bien.

Pero, como si estuviese adoptando íntimamente una nueva providencia, Cornelio Rufus sentenció:

- La dejaremos aquí hasta mañana, hasta el momento del espectáculo, cuando, podrá ser puesta en libertad.

- ¿Y por qué no la liberamos desde ahora?

- Ella podría, en su condición de nobleza, provocar algún movimiento de protesta contra la decisión de César y eso nos colocaría en pésima situación. Y como esas miserables criaturas serán lanzadas a las fieras, en calidad de esclavos y condenados a la pena máxima, en la última parte del espectáculo de

la tarde, no conviene que nos comprometamos ante su familia. Reteniéndola aquí, satisfacemos los caprichos de Nerón y, soltándola en seguida, no nos incompatibilizaremos con los que gozan de los favores de la situación.

- Es verdad; esa es la solución más razonable. Pero, ¿por qué motivo esas criaturas serán condenadas como esclavos, cuando deberían morir como cristianos, pues tan sólo esa es la causa de su justa condenación? ¿La razón de su muerte no está en la humillante doctrina que profesan?

- Sí, pero tenemos que ponderar que el Emperador no se siente aún con bastante fuerza para enfrentar la opinión de los senadores, de los ediles y de otras varias autoridades, que, ciertamente, desearían abogar la causa de estos infelices, en desprestigio de él y en el de sus más íntimos consejeros... Pero, no dudo de que esa persecución a los adeptos de la doctrina del Crucificado será oficializada en pocos días ¹, tan pronto los poderes imperiales estén más fuertemente centralizados.

Esperemos, pues, algún tiempo más y, hasta allá, fortifiquemos el prestigio de Nerón, porque el detentor del poder debe representar siempre lo mejor de los amigos.

Mientras eso ocurría, todos los cristianos se dividían en grupos en el interior de la cárcel intercambiando las más íntimas impresiones sobre el angustioso trance.

Y en dado momento, se abrió una puerta, por donde surgió la figura detestable de Clodio, exclamando, irónicamente:

- Cristianos, no hay clemencia de César para los que profesan las peligrosas doctrinas del Nazareno. Si tenéis algunos negocios materiales que resolver, recordaos de que es muy tarde, porque pocas horas os separan de las fieras de la arena, en el circo.

Nuevamente, la pesada puerta se cerró sobre su figura, mientras los míseros condenados se sorprendían amargamente con la noticia inquietante y dolorosa.

¹ La mayoría de los historiadores del Imperio Romano señala las primeras persecuciones al Cristianismo solamente en el año 64; pero, desde el 58 algunos de los favoritos de Nerón consiguieron iniciar el movimiento criminal, destacándose que los cristianos de la época, antes del gran incendio de la ciudad, eran llevados a los sacrificios en calidad de esclavos misérrimos, para diversión del pueblo. – Nota de Emmanuel.

A través de las rejas reforzadas, podían observar los movimientos de los numerosos soldados que los guardaban, dando guarida, en los primeros instantes, a las más angustiosas conjeturas. No obstante, rápidamente les volviera la calma y los prisioneros se aquietaron con humildad. Algunos hacían

oraciones fervorosas, mientras otros trocaban pensamientos en voz baja.

Los carceleros no tardaron en separar a las mujeres, instalándolas en una dependencia contigua, donde cada grupo de creyentes quedó con el alma vuelta a Jesús, en los instantes supremos en que aguardaban la muerte.

Por la mañanita, mal el sol había surgido del todo en las amplitudes del hermoso firmamento romano, vamos a encontrar a Ana y Livia en conversación casi serena, a solas en una especie de biombo de los muchos existentes en la espaciosa sala reservada a las mujeres, mientras numerosas compañeras aparentaban descansar, somnolientas.

- Señora – exclamaba la sierva, algo preocupada -, noto que os tratan aquí con simpatía y deferencia. ¿Por qué no lucháis inmediatamente vuestra libertad? No sabemos qué de siniestro y terrible nos ocurrirá en las horas penosas de este día!...

- No una buena Ana – respondió Livia, tranquila -, debes quedar segura de que mi alma está convenientemente preparada para el sacrificio. Y aunque no me sintiese confortada, no deberías presentarme semejante consejo, porque Jesús, siendo el Maestro de todos los maestros y Señor del Reino de los cielos no luchó por su libertad junto a los verdugos que lo atormentaban y oprimían...

- Eso es verdad, señora. Pero, creo que Jesús sabría comprender vuestro gesto, porque tenéis aún un esposo y una hija... - acentuó la vieja empleada, como recordándole las obligaciones humanas.

- ¿Un esposo? – contestó la noble matrona, con heroica serenidad. –Sí, agradezco a Dios la paz que me concedió, permitiendo que Publio me demostrase su contrición en estos últimos días. Para mí, sólo esa tranquilidad era esencial y necesaria, porque el esposo, en su condición humana, yo lo perdí hace veinticinco largos años... En balde sacrificué todos los impulsos de mi mocedad para probarle mi amor y mi inocencia, en contraposición a la calumnia con la que humillaron mi nombre. Por un cuarto de siglo he vivido

con mis oraciones y mis lágrimas... Angustiosa ha sido mi nostalgia y dolorosísimo el triste destierro espiritual al que fui relegada, en el plano de mis afectos más puros.

No creo que pueda revivir para mí, en el corazón del viejo compañero, la antigua confianza, llena de felicidad y ternura...

En cuanto a la hija, la entregué a Jesús, desde los días de la infancia, cuando me vi obligada a la terrible separación de su afecto. Apartada de su alma por imposición de Publio, tuve que sofocar los más dulces entusiasmos del corazón materno. Sabe el Señor de mis ansiosas angustias, en las noches silenciosas y tristes en que le confiaba mis amargos padecimientos. Además de eso, Flavia, tiene hoy un marido que procuró aislarla aún más de mi pobre espíritu, receloso de mi fe, calificada por todos de demencia...

Y después de ligera pausa, en su confianza dolorosa, acentuó con serena tristeza:

- Para mí, no puede haber un nuevo florecimiento de las esperanzas aquí en la Tierra... Sólo aspiro, ahora, a morir en paz confortadora con mi conciencia.

- Pero, señora – tomó la criada con vehemencia -, hoy es el día de la mayor victoria de nuestro esposo...

- No me olvidé de esa circunstancia. Pero, hacen veinticinco años que Publio siguió el rumbo opuesto a mi camino y no será de más que, buscando él hoy la suprema recompensa del mundo, como triunfo final de sus deseos, busque yo también no la victoria del cielo, que no la merecí, sino la posibilidad de mostrar al Señor la sinceridad de mi fe, ansiosa por las bendiciones lucíferas de su infinita misericordia.

¡Después, mi querida Ana, es muy grato al corazón soñar con su reino santificado y misericordioso... Ver, de nuevo, las manos suaves del Mesías bendiciéndonos el espíritu, con sus gestos amplios de caridad y de ternura!...

Livia tenía una claridad divina en los ojos, que se mojaban en lágrimas espontáneas, como si hubiese caído sobre su corazón el rocío del Paraíso.

Veíase, claramente, que sus ideas no estaban en la Tierra, sino fluctuando, en un mundo de irradiaciones muy suaves, llena de recordaciones cariñosas del pasado y saturado de tiernas esperanzas en el amor de Jesucristo.

- Sí – continuaba hablando, como si fuera tan solo para su propia alma, en la intimidad del corazón -, últimamente, mucho me he recordado del divino

Maestro y de sus palabras imborrables... En aquella tarde de sus prédicas inolvidables, aún era el crepúsculo y ya el cielo estaba cubierto de estrellas, como si las luces del firmamento desearan también oírlo... ¡Las olas del Tiberíades, que se presentaban, frecuentemente, tan rumorosas al castigo del viento, venían, silenciosas, a deshacerse en un abanico de espuma, al encuentro de las barcas de la playa, en una dulce expresión de respeto, cuando se hacían oír en el paisaje sus divinas enseñanzas! Todo se aquietaba mansamente; era de verse la sonrisa angelical de los niños, a la claridad tierna de sus ojos de pastor de los hombres y de la Naturaleza...

En mis anhelos, mi buena Ana, deseaba adoptar a todos aquellos pequeños desharrapados y hambrientos, que surgían en las asambleas populares de Cafarnaúm; pero, mi propósito materno de amparar a aquellas mujeres despreciadas y aquellos niños andrajosos, que vivían al desamparo, no podía realizarse en este mundo... Sin embargo, supongo que he de realizar los ideales de mi alma, si Jesús me acogiese en las claridades de su Reino...

La vieja sierva lloraba emocionada, oyendo estas expansiones tocantes, conmovedoras.

Después de larga pausa, continuó como si deseara aprovechar bien las últimas horas:

- Ana – dijo con enérgica tranquilidad -, ambas fuimos llamadas al testimonio sagrado de la fe, en las horas que pasan y que deben ser gloriosas para nuestro espíritu. Perdóname, querida, si algún día te ofendí el corazón con alguna palabra indigna. ¡Antes que Simón te entregase a mi guarda, ya yo te amaba tiernamente, como si fueras mi hermana o mi propia hija!...

La sierva lloraba emocionada, mientras Livia, cariñosa, continuaba:

- Ahora, querida, tengo un último pedido que hacerte...

- Decid, señora, - susurró la sierva, con los ojos rasos de lágrimas -, antes de todo, soy vuestra esclava.

- Ana, si es verdad que tenemos que dar testimonio hoy de nuestra fe, yo deseaba comparecer al sacrificio como aquellas criaturas desamparadas, que oían las consolaciones divinas junto al Tiberíades. ¡Si pudieras atenderme, cambia hoy conmigo la toga de la señora por la túnica de la sierva! Deseaba participar del sacrificio con las vestiduras humildes y pobres de la plebe, no porque me sienta humillada ante las personas de mi condición en el momento

del testimonio, sino porque, arrancando para siempre los últimos preconceptos de mi nacimiento, daría a mi conciencia cristiana el consuelo del último acto de humildad... ¡Yo, que nací entre las púrpuras de la nobleza, deseaba buscar el Reino de Jesús con las vestiduras sencillas de los que pasaron por el mundo en el torbellino doloroso de las pruebas y de los trabajos!...

- ¡Señora!... – obtemperó la sierva, hesitante...

- No vaciles, si quieres proporcionarme la última satisfacción.

Ana no pudo rehusarse, ante los piadosos propósitos de la generosa criatura y, en un instante, en la penumbra de aquel improvisado rincón que las separaba de las demás compañeras, cambiaron la toga y la túnica, que eran tan solo una especie de manto, sobre la complicada indumentaria de la época, habiendo Livia lucido la toga de lana finísima ahora en el cuerpo de la sierva, con las joyas discretas que traía usualmente consigo. Después de entregarle dos anillos preciosos y un gracioso brazalete, apenas un adorno de valor le restaba, pero Livia, pasando la mano por el cuello y acariciando el pequeño collar, con inmensa ternura, exclamó con decisión a la compañera:

- Está bien, Ana, me queda apenas este pequeño collar, en que traigo el camafeo con el perfil de Publio, en alto relieve, y que es un regalo de él en el día lejano de nuestras nupcias. Moriré con esta joya, como si ella fuera un símbolo de unión entre mis dos amores, que son mi marido y Jesucristo...

Ana aceptó, sin protestar, todas las piadosas imposiciones de la señora y, en pocos instantes, en su antigua belleza virginal, el porte de sierva humilde estaba tocado de imponente nobleza, como si ella fuese una soberana figura de marfil viejo.

Para todos los prisioneros, en la terrible inquietud que los oprimía, no obstante las dulces claridades inferiores de la plegaria que los integraba en el

necesario coraje moral para el sacrificio, las horas del día pasaban pesadas y lentas, Juan de Cleofas, con el resignado heroísmo de su fervor religioso, consiguió mantener encendido el calor de la fe en todos los corazones: no faltaron los compañeros más animados que, en la exaltación de su confianza en la Providencia Divina, ensayaron sus propios cánticos de gloria espiritual, para el instante supremo del martirio.

En el palacio de Aventino, todos los domésticos de mayor confianza creían en la permanencia de Livia en casa de la hija; pero, un poco antes de medio día, Flavia Lentulia vino para estar con el padre, a fin de besarlo antes del triunfo.

Informada por el senador, en cuanto a sus proyectos de restablecer la antigua felicidad doméstica, con las más expresivas demostraciones públicas de confianza y de amor por la esposa, Flavia con gran sorpresa para el padre, buscaba a la madre para las manifestaciones de su justificada alegría.

Angustiosa interrogación se estampó, de ese modo, en todos los semblantes.

Después de veinticinco años, era la primera vez que Livia y Ana se ausentaban de casa, de un día para otro, provocando los más justificados celos.

El senador sintió el corazón herido de presagios angustiosos, pero los esclavos ya se encontraban preparados para conducirlo al Senado, donde las primeras ceremonias tendrían inicio después del medio día, con la presencia de César. Observándole la aflicción y las miradas ansiosas e inquietas, Flavia Lentulia buscó tranquilizarlo con estas palabras, que disimulaban sus propias aflicciones.

- Ve tranquilo, papá. Volveré ahora a casa, pero no me descuidaré de las providencias necesarias, porque, cuando regresares, esta tarde, con la aureola del triunfo, quiero abrazarte con mamá, entre las flores del vestíbulo, a fin de que podamos ambas recibirte con los pétalos de nuestro amor desvelado de todos los días.

- ¡Sí, hija – respondió el senador con una sombra de angustia -, permitan los dioses que así sea, porque las rosas del hogar serán para mí las mejores recompensas!...

Y tomando la litera, saludado por numerosos amigos que lo esperaban, Publio Léntulus demandó al Senado, donde multitudes entusiastas exultaban de alegría, en señal de agradecimiento por la abundante distribución de trigo con que las autoridades romanas habían conmemorado aquel evento, aplaudiendo a los homenajeados con la gritería ensordecedora de las grandes manifestaciones populares.

De la noble casa política, donde los más elegantes torneos de oratoria

fueron proferidos para enaltecimiento de la personalidad del Emperador y antecidos por la figura impresionante del César, que nunca desdeñó el Fausto retumbante de los grandes espectáculos, en su costumbre de antiguo comediante, se dirigieron los senadores para el famoso Templo de Júpiter, donde los homenajeados recibirían la aureola de mirto y rosas, como los triunfadores, obedeciendo a la inspiración de Séneca, que todo envidaba para deshacer la penosa impresión del gobierno cruel de su ex discípulo, que, al final, decretaría también su muerte en el año 66. En el Templo de Júpiter, el gran artista que era Domicio Nerón coronó la frente de más de cien senadores del Imperio, bajo la bendición convencional de los sacerdotes, demorándose las ceremonias en su complicada faceta religiosa, por algunas horas sucesivas. Solamente después de las 15 horas, salía del templo, en dirección al Circo Máximo, el grueso y desmesurado cortejo. La compacta procesión, tocada de su aspecto solemne, pocas veces observado en Roma en los siglos posteriores, se dirigió primeramente al Foro, atravesando por la masa formidable del pueblo, con el máximo respeto.

Para esclarecimiento de los lectores, pasemos a dar pálida idea del maravilloso cortejo, de conformidad con las grandes ceremonias públicas de la época.

En el frente, va un carro, soberbio y magníficamente ornamentado, donde se instala indolente el Emperador, siguiéndole numerosos carros en los cuales se instalaban los senadores homenajeados, así como sus áulicos preferidos.

Domicio Nerón, junto a uno de sus favoritos más queridos, pasa altivo en su traje bermejo de triunfador, con el lujo ostentoso que le caracterizaba las actitudes.

En seguida, numeroso grupo de jóvenes de 15 años pasan, a caballo y a pie, escoltando los carruajes de honor y abriendo la marcha.

Pasan, después, los cocheros guiando las bigas, las cuadrigas y las sejuges, que eran carros de dos, cuatro y seis caballos, para las locas emociones de las corridas tradicionales.

Siguiendo a los aurigas, casi en completa desnudez, surgen los atletas, que harán los números de todos los grandes y pequeños juegos de la tarde; después de ellos, van los tres coros clásicos de danzarines, el primero constituido por adultos, el segundo de los adolescentes insinuantes, y el tercero

por graciosos niños, todos ostentando la túnica escarlata apretada con una cinta de cobre, espada al lado y lanza en la mano, destacándose el capacete de bronce adornado de penachos y escárpelas, que le complementan la indumentaria extravagante. Esos bailarines pasan, seguidos por los músicos, exhibiendo movimientos rítmicos y ejecutando bailes guerreros, al son de arpas de marfil, flautas cortas y numerosos laúd.

Después de los músicos, cual bando de siniestros histriones, surgen los Sátiros y los Silenos, personajes extraños, que presentan máscaras horripilantes, cubiertos de pieles de cabra, bajo los cuales hacen los gestos más horrendos, provocando la risa frenética de los espectadores, con sus contorciones ridículas y extrañas. Se suceden nuevos grupos musicales, que se hacen acompañar por varios ministros secundarios del culto de Júpiter y otros dioses, llevando en las manos grandes recipientes a la manera de turíbulos de oro y plata, de donde subían en espiral inebriativas nubes de incienso.

Siguiendo a los ministros, con adornos de oro y piedras preciosas, pasan las estatuas de las numerosas divinidades arrancadas, por un momento, de sus templos suntuosos y sosegados. Cada estatua, en su expresión simbólica, se hace acompañar de sus devotos y de sus variados colegios sacerdotales. Todas las imágenes, con gran aparatosidad, son conducidas en carros de marfil o de plata, empujados por imponentes caballos, guiados delicadamente por niños pobres de diez a doce años, que tengan padre y madre vivos, y escoltados, con atención, por los patricios más destacados en la gran ciudad.

Era todo un deslumbramiento de coronas de oro, púrpuras, lujosos tejidos del Oriente, metales brillantes, cintilaciones de piedras preciosas.

Cierra el cortejo la última legión de sacerdotes y ministros del culto, siguiéndoles la masa interminable del pueblo anónimo y desconocido.

La gigantesca procesión penetra el Gran Circo con gran recogimiento, en observancia a las más elevadas solemnidades. El silencio es cortado solamente por las aclamaciones parciales de los diferentes grupos de ciudadanos, cuando pasa la estatua de la divinidad que les protege las actividades y la profesión, en la vida común.

Después de una vuelta solemne por el interior del circo, las silenciosas figuras de marfil son colocadas en la edícula, junto a las cárceles, bajo los fulgores radiantes del pabellón del Emperador y donde se hacen las plegarias y sacrificios de nobles y plebeyos, mientras el César y sus áulicos, en compañía de los políticos homenajeados aquella tarde, hacen numerosas y extraordinarias libaciones.

Terminadas aquellas ceremonias, desaparece, igualmente, el silencioso recogimiento de la multitud.

Comienzan, entonces, los juegos bajo las miradas ávidas de más de trescientos mil espectadores, que no se circunscriben a las masas compactas, comprimidas en las dimensiones grandiosas del lujoso recinto. Los palacios de Aventino y del Palatino, así como las elegantes terrazas del Celio, sirven también de anfiteatros para la numerosa asistencia, que no puede ver de más cerca el formidable espectáculo.

Roma se divierte y todas sus clases están deslumbradas.

La competencia de los carros es el primer número a ser presentado, pero los aplausos entusiastas solamente se verifican cuando mueren en la arena los primeros cocheros y los primeros caballos destrozados.

Los jugadores se distinguen por los colores de la túnica. Hay los que se visten de rojo, de azul, de blanco y de verde, representando varios partidos, mientras la platea se reparte en grupos exaltados y enloquecidos. Gritan apasionadamente los admiradores y los socios de cada facción, traduciendo su alegría, o su recelo, su angustia o su impaciencia. Al final de los primeros números, se verifican desoladoras escenas de lucha entre los adversarios de ese o de aquél partido, en el seno de la enorme asistencia, habiendo serios tumultos, inmediatamente degenerados en saña criminal, y de donde son retirados en seguida, algunos cadáveres.

Después de las carreras, hubo una cacería fabulosa, llevándose a efecto terribles combates entre hombres y fieras, en los cuales algunos esclavos jóvenes perdieron la vida en trágicas circunstancias, ante las aclamaciones delirantes de las masas inconscientes.

El Emperador sonríe, satisfecho, y continúa en sus libaciones personales, vagarosamente, junto a algunos amigos muy íntimos. Seis arpistas ejecutan las melodías predilectas en el pabellón, mientras los láud hacen oír, igualmente, sonidos melodiosos y claros.

Otros juegos pasaron, diferentes, divertidos y terribles, y, después de algunas danzas exóticas, ejecutadas en la arena, se vio a un áulico predilecto de Domicio Nerón inclinarse discretamente, hablándole al oído:

- Llegó el instante, ¡Oh Augusto, de la gran sorpresa de los juegos de esta tarde!...

- ¿Entrarán, ahora, los cristianos en la arena? – preguntó el Emperador en voz baja, con su impiedosa y fría sonrisa.

- Sí, ya fue dada la orden para que queden en libertad en la arena los veinte leones africanos, tan pronto se presenten al público los condenados.

- ¡Bello homenaje a los senadores! – comentaba Nerón, sarcásticamente. – Esta festividad fue una feliz sugerencia de Séneca, porque tendré oportunidad de mostrar al Senado que la ley es la fuerza y toda la fuerza debe estar conmigo.

Pocos minutos faltaban para la presentación del sorprendente número de la tarde, cuando Clodio Varrus aconsejaba a uno de sus auxiliares de confianza:

- Aton – decía él, circunspecto -, puedes dar ahora la entrada a todos los prisioneros en la arena, pero aparta con discreción a una mujer que se conserva allá con la toga del patriciado. Déjala de última, expulsándola, en seguida para la calle, porque no deseamos complicaciones con su familia.

El soldado hizo la señal, como quien había guardado fielmente la orden recibida, disponiéndose a cumplirla y, en pocos momentos, el numeroso grupo de cristianos, bajo improperios y burlas de los más bajos servidores del Circo, se encaminaban, impávidamente, para el sacrificio...

En primer lugar, iba Juan de Cleofas, murmurando íntimamente su última plegaria.

Entretanto, cuando, iba a abrirse la gran puerta, a través de la cual se oían los rugidos amenazadores de las fieras hambrientas, Aton se aproximó a Ana y, observándole la toga finísima de lana, las joyas discretas que le adornaban el porte ennoblecido, así como la delicada red de oro que le sujetaba graciosamente los cabellos, exclamó respetuosamente, admirado de la nobleza de su figura:

- ¡Señora, quedaréis aquí, hasta segunda orden!

La vieja criada de los Léntulus cambió significativa y angustiosa mirada con su señora, respondiendo, aún, con serena altivez:

- ¿Pero, por qué? ¿Pretendéis privarme de la gloria del sacrificio?

Aton y sus colegas se sorprendieron con aquella actitud de profundo heroísmo espiritual, y aquel, después de un gesto evasivo, que expresaba la vacilación de la respuesta que le competía dar, esclareció respetuosamente:

-¡Seréis la última!

Aquella explicación pareció satisfacerla, mas Livia y Ana, en ese instante decisivo de separación, intercambiaron una amorosa mirada, angustiosa e inolvidable.

Pero, todo fuera obra de algunos segundos, porque la puerta siniestra estaba ahora abierta y las armas amenazadoras de los guardias de Domicio Nerón obligaban a los prisioneros a demandar la arena, como un bloque de condenados al terror de la última pena.

El venerable apóstol de Antioquía encabezó la fila con serenidad valerosa. Su corazón se eleva al infinito, con oraciones sinceras y fervorosas. En pocos instantes, todos los prisioneros se encontraban reunidos a la entrada de la arena, saturados de una fuerza moral que, hasta entonces, les era desconocida. Es que, detrás de aquellas púrpuras suntuosas y más allá de aquellas risas estridentes e improperios siniestros, estaba una legión de mensajeros celestiales fortaleciendo las energías espirituales de los que iban a sucumbir de muerte infamante, para regar la simiente del Cristianismo con sus lágrimas fecundas. Una senda luminosa, invisible a los ojos mortales, se abriera en las claridades del firmamento y, por ella, descendía todo un ejército de arcángeles del Divino Maestro, para aureolar con las bendiciones de su gloria a los valerosos trabajadores de su causa.

Bajo los aplausos delirantes y ensordecedores de la numerosa turba, se soltaron los leones hambrientos, para la espantosa escena de impiedad, de pavor y sangre, pero ninguno de los apóstoles desconocidos, que iban a morir en el depravado festín de Nerón, sintió las torturas angustiosas de tan horrenda muerte, porque el suave anestésico de las potencias divinas les adormecía el corazón adolorido y dilacerado en el tormentoso momento.

Fustigados por la angustiada y por la aflicción del último instante, ante el público sanguinario, los míseros sacrificados no tuvieron tiempo de reunirse en la arena dolorosa. Las fieras hambrientas parecían llenas de horrible ansiedad. Y mientras se despedazaban cuerpos misérrimos, Domicio Nerón mandaba que todos los coros de danzarines y todos los músicos celebrasen el espectáculo con los cánticos y bailes de la Roma victoriosa.

Incluyéndose la considerable asistencia que se aglomeraba en las colinas, casi medio millón de personas vibraba en aplausos ensordecedores y espantosos, mientras dos centenares de criaturas humanas caían desgarradas...

Ingresando en la arena, Livia se arrodillara de frente al grande y suntuoso pabellón del Emperador, donde buscó ver la figura del esposo, por última vez, a fin de guardar en el fondo del alma la dolorosa expresión de aquel último cuadro, junto a la imagen íntima de Jesús Crucificado, que inundaba de emociones serenas su pobre corazón dilacerado en el minuto supremo. Le pareció divisar, confusamente, en la dulce claridad del crepúsculo, la figura erecta del senador coronado de rosas, como los triunfadores y, cuando sus labios se entreabrían en una última plegaria mezclada de lágrimas ardientes que le brotaban de los ojos, se vio repentinamente envuelta por las patas salvajes de un monstruo. Pero, no sintiera la conmoción violenta y ruda, que señala comúnmente el minuto obscuro de la muerte. Le pareció haber experimentado ligero choque, sintiéndose ahora arrullada en unos brazos de nieve transparente, que ella contempló altamente sorprendida. Buscó certificarse de su posición, dentro del circo, y reconoció, a su lado, la noble figura de Simón, que le sonreía divinamente, dándole la silenciosa y dulce certeza de haber pasado el pórtico de la Eternidad.

En aquel instante, dentro del camerín de honra del Emperador, Publio Léntulus sintió en el corazón inexpresable angustia. En el torbellino de aquel ensordecedor vocerío, el senador nunca sintiera tan profundo desaliento y tan amargo desencanto de la vida. Le horrorizaban ahora aquellos tremendos espectáculos homicidas, de pavor y muerte. Sin que pudiese explicar el motivo, su pensamiento envolvió a la Galilea lejana, pareciéndole divisar, nuevamente, la suave figura del Mesías de Nazaret, cuando le afirmaba: - ¡Todos los poderes de tu Imperio son bien débiles y todas sus riquezas bien miserables!...

Inclinándose hacia su amigo Eufanilo Drusos, Publio desahogó la penosa impresión, discretamente:

- ¡Mi amigo, este espectáculo de hoy me asusta!... Siento, aquí, emociones de angustia, como jamás experimenté en toda mi vida... ¿Serán esclavos destinados a la última pena los que ahora sucumben, bajo la crueldad de las fieras violentas y rudas?

- No lo creo – respondió el senador Eufanilo, secreteándole al oído: - ¡Corre el rumor que estos míseros condenados son pobres cristianos inofensivos, aprisionados en las catacumbas!...

Sin saber explicar la razón de su profundo disgusto, Publio Léntulus se recordó repentinamente de Livia, sumergiéndose, afligido, en las más penosas conjeturas.

Mientras ocurrían estos hechos, volvamos a examinar la situación de Ana, inmediatamente después de la entrada de los compañeros en la arena del sacrificio. Segura de que Jesús le había reservado el último lugar en el penoso momento del martirio, la antigua sierva mantenía el espíritu valeroso en oraciones sinceras y ardientes. Sin embargo, sus ojos, no abandonaron la figura de Livia, que se apartaba para la orilla de la arena, donde se arrodillara, llegando a ver al gran león africano que le descargara un golpe fatal a la altura del pecho. En ese instante, la pobre criatura sintió algo de debilidad, ante las tremendas perspectivas del testimonio, pero, en un momento antes que sus ideas tomaran nuevo curso, Aton y dos más de sus colegas se acercaron, exclamando:

- ¡Señora, acompañadnos!

Observando que los soldados la hacían regresar al interior, protestó con energía:

- ¡Soldados, yo nada más deseo, sino morir igualmente, en esta hora, por la fe en Jesucristo!

Pero, observándole el coraje indomable, el guardián del Imperio la agarró fuertemente por el brazo, y, trayéndola hacia un pasaje del interior de las cárceles, que comunicaba con la vía pública, Aton le dirigió la palabra, casi amenazadora:

- ¡Retiraos, mujer! ¡Huid sin demora, pues no deseamos complicaciones con vuestra familia!

Y, diciéndole así, cerraba la puerta amplia, mientras la antigua criada de Livia todo lo comprendía ahora. Angustiada, llegó inmediatamente a la conclusión que la indumentaria de la señora le salvara la vida, en el amargo trance. Sintió que el llanto le brotaba abundantemente de los ojos. Sus lágrimas eran mezcla de inenarrables sufrimientos morales y en lo íntimo se inquiría a sí misma la razón por la cual no la admitiera el Señor a la glorificación de los sacrificios de aquella tarde memorable y dolorosa.

Percibía el confuso rumor de más de trescientas mil voces, que se congregaban en gritos retumbantes de aplauso, aclamando la corrida siniestra de las fieras en su cacería humana, y, paso a paso, cargando consigo el peso torturante de una angustia sin términos, buscó el palacio Aventino, que no distaba mucho del circo ignominioso, penetrando allá desalentada y silenciosa.

Apenas algunos esclavos de mayor confianza hacían la guardia de la residencia de los Léntulus, como de costumbre en los grandes días de fiestas populares, de las cuales participaban casi todos los siervos. Nadie percibió el retorno de la sierva, que consiguió despojarse de la toga con la calma necesaria. Retiró las joyas preciosas del vestuario, de las manos y de los cabellos y, arrodillándose en el aposento, dejó que las lágrimas dolorosas corriesen libremente, al influjo de las oraciones amargas que elevaba a Jesús, bajo el peso de sus angustiosas amargas.

No llegó a saber cuántos minutos interminables permaneció en aquella actitud suplicante y dolorosa, entre rogativas ardientes y amargas conjeturas sobre su inesperado alejamiento de las torturas del circo, sintiéndose indigna de testimoniar al Salvador su fe profunda y sincera, hasta que un rumor más pronunciado le denunciaba el regreso del senador.

Era casi de noche y las primeras estrellas brillaban en el azul del hermoso cielo romano.

Penetrando en el hogar con el espíritu inquieto y desalentado, Publio Léntulus alcanzó el vestíbulo vacío, con el alma oprimida, siendo inmediatamente buscado por el siervo Fabio Tulio, que, había muchos años, sustituyera a Coménio, arrebatado por la muerte, en aquel cargo de confianza.

Acercándose al senador que entrara solo, dispensando la compañía de los amigos bajo el alegato de que su esposa se encontraba gravemente enferma, exclamó el antiguo servidor con atento respeto:

- Señor, vuestra hija manda a comunicar, con un mensajero, que continúa haciendo diligencias, a fin de que tengáis noticias de la señora, dentro del menor plazo posible.

El senador agradeció con leve señal de cabeza, acentuando sus penosas preocupaciones íntimas.

Ana, en la soledad de sus plegarias, en la habitación que le era reservada, verificando el regreso del amo, comprendió el triste deber que le correspondía en aquel instante inolvidable, para informarle de todas las ocurrencias y, en pocos minutos, Fabio volvía a procurarlo en sus apartamentos, a fin de participarle que Ana le pedía una entrevista en privado. El senador atendió inmediatamente a la vieja sierva de su casa, lleno de indefinible sorpresa.

Con los ojos hinchados de llorar y con la voz frecuente entrecortada por emociones rudas y penosas, Ana le expuso todos los hechos, sin omitir ningún detalle de los trágicos incidentes, mientras el senador, con los ojos desmesuradamente abiertos, todo lo hacía por comprender aquellas confidencias dolorosas, en su incredulidad y en su pavoroso espanto.

Al fin del terrible relato, álgido sudor le corría de la frente atormentada, mientras las sienes le batían temerosamente.

Al principio, deseó aniquilar a la criatura humilde, como si lo hiciese a una víbora venenosa, lleno de las primeras conmociones de rebeldía de su orgullo y de su vanidad. No quería creer en aquella confusión horrible y

angustiosa, pero el corazón le latía apresuradamente y sus nervios se exaltaban en vibraciones lancinantes.

Publio Léntulus experimentó el dolor más terrible de su misérrima existencia. Todos sus sueños, todas sus aspiraciones y cariñosas esperanzas se desmoronaban penosamente, irremediablemente, para todo y para siempre, bajo la marca sombría de las realidades tenebrosas.

Sintiéndose el más desventurado reo de la justicia de los dioses, en el momento en que presumía hacer efectiva su promesa de ventura, nada más divisó frente a sus ojos, sino la realidad abrumadora de su dolor sin límites.

Bajo la mirada conmovida de Ana, que lo observaba recelosa se levantó rígido y sin una lágrima, con los ojos rayando en la locura, tal era su rigidez extraña y dolorosa, y como si fuera un fantasma de rebeldía, de dolor, de venganza y sufrimiento indefinible, sin responder nada a la sierva atónita, que rogaba silenciosamente a Jesús que le serenase las angustiosas amarguras, dio algunos pasos como un autómatas en dirección a la puerta, que abrió de par en par y por donde entraron las brisas suaves y refrigerantes de la noche...

Tambaleando de dolor salvaje a través del peristilo, caminó, después, resuelto, como si fuese a disputar un duelo con las sombras, para defender a la esposa calumniada y traicionada, mártir de los criminales de aquella corte de infamia, dirigiéndose con rapidez, para el circo, sin observar el desaliño de su vestido, y donde la plebe remataba las pasiones impiedosas de su César desalmado.

Empero, un espectáculo más terrible se le deparó a los ojos angustiados, en el aislamiento de su suprema angustia moral.

Embriagados en los bajos instintos de su perversa materialidad, los soldados y el pueblo colocaron los restos siniestros del monstruoso banquete de las fieras, en aquella tarde inolvidable, en las alturas de postes y columnas improvisadas a la manera de antorchas, que iluminaban todo el exterior del gran recinto con el incendio tétrico de los fragmentos de carne humana.

Publio Léntulus sintió toda la extensión de su impotencia ante aquella demostración suprema de horror y crueldad, pero avanzó, tambaleante de dolor, como ebrio o loco, con espanto de los que lo veían a pie, en tales

lugares, contemplando boquiabierto las antorchas siniestras, hechas de cabezas disformes y combustas.

Daba largas a los pensamientos adoloridos de angustia y de rebeldía, como si su espíritu no pasase de un tigre encarcelado en el esqueleto del pecho envejecido, cuando notó la presencia de dos soldados ebrios, en lucha por causa de un delicado objetivo, que le llamó repentinamente la atención, sin que consiguiese explicar el motivo de su inesperado interés por algo.

Era un pequeño collar de perlas, del cual pendía precioso camafeo antiguo. Sus ojos se fijaron en aquel extraño objeto y el corazón adivinó el resto. Él lo reconociera. Aquella joya fuera el presente de nupcias, hecho a la esposa idolatrada y solamente ahora se recordaba del apego cariñoso de la esposa al camafeo que le guardaba su perfil de la juventud, recordando el único amor de su mocedad.

Se apostó frente a los contendores, que se formalizaron inmediatamente en actitud respetuosa, debido a su presencia.

Interpelado con severidad, uno de los soldados esclareció humilde y trémulo:

- Ilustrísimo, esta joya perteneció a una de las mujeres condenadas a las fieras, en el espectáculo de hoy...

- ¿Cuánto queréis por el hallazgo? – preguntó Publio Léntulus, sombríamente.

- La compré a un compañero por dos sestercios.

- ¡Entrégamela! – replicó el senador, en tono amenazador e imperativo.

Los soldados le entregaron el collar, humildemente, y el senador, buscando entre sus vestiduras, retiró pesada bolsa de monedas de oro, lanzándosela en un gesto de enojo y de supremos desprecio.

Publio Léntulus se apartó del ambiente nefasto, conteniendo a duras penas las lágrimas que, ahora, le subían torrencialmente, del corazón oprimido y dilacerado.

Apretando en el pecho aquella joya minúscula, parecía lleno de una fuerza misteriosa. Le parecía que, conservando aquel último vestigio de la “toilette” de su esposa, archivaría, en sí mismo y para siempre, algo de su personalidad y de su corazón.

Lejos de las siniestras luces que iluminaban macabramente en toda su extensión la vía pública, el senador penetró por una calle llena de sombras.

Después de algunos pasos, notó que al frente se elevaba al cielo un árbol gigantesco, que poetizaba todo el ambiente, con la vetustez de su majestad frondosa. Tambaleando, se recostó al viejo tronco, ávido de reposo y consolución. Contempló las estrellas que matizaban de cintilaciones cariciosas todo el firmamento romano y se recordó de que, por cierto, en tal momento, el alma purísima de la compañera debería reposar en la paz sublime de las claridades celestiales, bajo la bendición de los dioses...

En un gesto espontáneo, besó el collar minúsculo, lo apretó con delicado éxtasis junto al corazón y, considerando el desierto árido de su vida, lloró, como nunca lo había hecho en ninguna otra circunstancia dolorosa de su atribulada existencia.

Y en una retrospección profunda de todo el pasado amargo consideraba que todas sus nobles aspiraciones habían recibido el escarnio de los dioses y de los hombres. En su orgullo desventurado, pagara al mundo los más pesados tributos de angustia y de lágrimas dolorosas y, en su vanidad de hombre, recibiera las más penosas humillaciones del destino. Ponderaba, tardíamente, que Livia todo lo había hecho por tornarlo venturoso, en una vida de amor risueño, simple y sin pretensiones. Recordó los mínimos incidentes del pasado

doloroso, como si su espíritu estuviese procediendo a meticulosa autopsia de todos sus sueños, esperanzas e ilusiones, en la densa obscuridad del tiempo.

Como hombre, viviera unido a los procesos del Estado, que le rotaban los más encantadores entretenimientos de la vida doméstica y, como esposo, no tuviera suficiente energía para armarse contra las calumnias insidiosas. Como padre, se consideraba el más desgraciado de todos. ¿De qué le valía, entonces, la aureola del triunfo, si ella le llegaba como intragable cáliz de amargura? ¿De qué le valían ahora las victorias políticas y la significación social de los títulos de nobleza, así como la abultada expresión de su fortuna, bajo la mano implacable de su impiedoso destino en este mundo?

Perdíase sus meditaciones en profundos abismos de sombra y de dudas acerbas, cuando le surgió en la mente atormentada la figura suave y dulce del sublime profeta de Nazaret, con la riqueza indestructible de su paz y de su humildad.

En la plenitud de sus recuerdos, pareció oír aún las extraordinarias advertencias que le dirigiera con la voz cariñosa y compasiva, junto a las aguas

con marullo del Tiberíades. Recordándose intensamente de Jesús, se sintió poseído por un vértigo de lágrimas dolorosas, las cuales, de alguna forma, le consolaban el desierto del corazón. Arrodillándose bajo las ramas opulentas y generosas, como lo hiciera un día en Palestina, exclamó a los cielos, con los ojos mareados de llanto, recordándose de la fuera moral que la doctrina cristiana había proporcionado al corazón de la esposa, nutriéndola espiritualmente para recibir con dignidad y heroísmo todos los sufrimientos.

- ¡Jesús de Nazaret! – dijo con la voz suplicante y dolorosa - ¡Fue preciso que perdiese yo lo mejor y lo más querido de todos mis tesoros, para recordar la concisión y la dulzura de tus palabras!... ¡No sé comprender tu cruz y aún no sé aceptar tu humildad dentro de mi sinceridad de hombre, pero, si puedes ver la enormidad de mis llagas, ven a socorrer, aún una vez más, mi corazón miserable e infeliz!...

Penosa crisis de lágrimas sobrevino a esa invocación llena de una franqueza ruda, agresiva y dolorosa.

Y le pareció, que una energía indefinible e imponderable lo ayudaba, ahora, a atravesar el angustioso trance.

Terminada la súplica que le fluía de lo íntimo del alma lacerada, el orgulloso patricio observó que la presencia de inexplicable fuerza modificaba, en aquel momento inolvidable, todas las disposiciones más íntimas de su corazón y, conservándose en genuflexión, notó, con la visión interior de su espíritu, que a su lado comenzaba a surgir un punto luminoso, que se desenvolvió prodigiosamente, en la dolorosa serenidad de aquel penoso instante de su vida, sorprendiéndose con el fenómeno que le sugería el pensamiento las conjeturas más inesperadas.

Por fin, aquel núcleo de luz tomaba forma y, delante de sí, vio la figura radiante de Flaminio Severus, que le venía hablar en la tormentosa noche de su infinita amargura.

Publio le reconoció la presencia, sorprendido y espantado, identificándole los trazos fisonómicos y las saluciones acogedoras, como cuando se dirigía a él, en la Tierra. Su semblante era el mismo, en la dulce expresión de serenidad, ahora llena de una triste y amarga sonrisa. Ostentaba la misma toga de banda purpurina, pero no presentaba el aspecto marcial e

imponente de los días terrestres. Flaminio lo contempló como si estuviese arrebatado de infinita piedad y de ilimitada amargura. Su mirada penetrante de espíritu le invadía los más recónditos dobleces de la conciencia, mientras el senador se aquietaba, reverente, sensibilizado y sorprendido.

- Publio – le dijo cariñosamente la voz amiga del duende -, ¡no te rebeles con la ejecución de los designios divinos, que hoy modificaron todos los derroteros de tu vida!... ¡Óyeme bien! ¡Te hablo con la misma sinceridad y amor que nos une los corazones, desde hace largos siglos!... ¡Frente a la muerte, todas nuestras vanidades desaparecen... en sus claridades sublimadas; nuestros poderes terrenos son de una fragilidad misérrima!... ¡El orgullo, amigo mío, nos abre más allá del túmulo una puerta de tinieblas densas, en las cuales nos perdemos en nuestro egoísmo e impenitencia!... ¡Vuelve a tu casa y sorbe el contenido de la taza tan amarga de las pruebas rudas, con serenidad y valor espiritual, porque aún estás lejos de agotar el cáliz de tus purificadoras amarguras, dentro de las expiaciones redentoras y supremas... ¡Los grandes dolores, sin remedio en el mundo, han de abrir para tu raciocinio un camino

nuevo, en los eternos horizontes de la creencia!... Nuestros dioses son expresiones de fe respetable y pura, pero Jesús de Nazaret es el Camino, la Verdad y la Vida!... Mientras nuestras ilusiones sobre Júpiter nos llevan a rendir culto a los más poderosos y a los más fuertes, considerados como predilectos de nuestras divinidades, por la expresión valiosa de sus ricos sacrificios, las enseñanzas preciosas del Mesías Nazareno nos llevan a ponderar la miserabilidad de nuestros falsos poderes en la faz del mundo, abrazando a los más pobres, a los más desventurados de la suerte, como impiliendo a todas las criaturas el camino de su Reino, conquistado con el sacrificio y el esfuerzo de cada uno, en demanda de la única vida real, que es la vida del Espíritu... Hoy sé que pediste, un día, tu sublime oportunidad, pero el Hijo de Dios Todo Poderoso, en su piedad infinita e infinito amor, atiende ahora a tu llamado, permitiendo que mi vieja amistad venga a atenuar el dolor de las heridas dolorosas de tu corazón atormentado!...

El senador dejó que todo su pensamiento se perdiese en la tempestad de las más benditas lágrimas de su vida. Ahogado en los sollozos de su compunción, suplicaba, mentalmente:

- ¡Sí, mi amigo y mi maestro, yo quiero comprender la verdad y anhelo el perdón de mis enormes faltas!... ¡Flaminio, inspiración de mi alma dilacerada, sé mi guía en la tormentosa noche de mi triste destino!... ¡Ayúdame con tu ponderación y bondad!... ¡Tómame, de nuevo, por las manos y esclareceme el corazón en el tenebroso camino!... ¡¿Qué hacer para alcanzar del cielo el olvido de mis faltas?!...

La serena visión, como si se hubiera conmovido intensamente al recibir aquella súplica, tenía ahora los ojos iluminados por piadosas y divinas lágrimas.

En seguida, sin que Publio pudiese comprender el mecanismo de aquel fenómeno insólito, observó que la silueta del amigo se diluía levemente en la sombra, apartándose de la tela de sus contemplaciones espirituales; pero, aún así, percibió que sus labios murmuraban, piadosamente, una palabra: - ¡Perdona!...

Aquella suave recomendación le cayó en el alma como bálsamo dulcificante. Sintió, entonces, que sus ojos estaban ahora abiertos para las realidades materiales que lo rodeaban, como si se hubiese despertado de un sueño edificante.

Sintióse algo aliviado de sus profundos dolores y levantóse para tomar de nuevo, con decidido valor, el fardo penoso de la existencia terrena.

Regresando a casa, alrededor de las veintidós horas, se encontró allí a Plinio y Flavia, que lo esperaban afligidos.

Viéndole la fisonomía profundamente abatida y transfigurada, la hija, ansiosa, lo abrazó, en un arranque de ternura indefinible, exclamando en lágrimas:

- Mi padre, mi querido padre, hasta ahora no nos fue posible obtener ninguna noticia.

Publio Léntulus, fijó en los hijos la mirada triste y desalentada, enlazándolos silenciosamente.

En seguida, los llamó al gabinete particular, donde determinó, igualmente, la venida de Ana, y los cuatro, en consejo de familia, examinaron, emocionalmente, los inolvidables sucesos de aquel día de pruebas aspérrimas.

En la medida que el senador transmitía a los hijos las revelaciones penosas de Ana, que le acompañaba las palabras extremadamente conmovida,

se veía que Flavia y el esposo traducían en el rostro las emociones más singulares y más fuertes, bajo la angustiosa impresión de aquella narrativa.

Al fin del minucioso relato, Plinio Severus exclamó en su orgullo irreflexivo:

- ¿Pero, no podríamos imputar toda la culpa de los hechos a esta mísera criatura que hace tantos años sirve indignamente en vuestra casa?

Pronunciándose así, el oficial señalaba a la sierva, que bajó la cabeza humildemente, rogando a Jesús que le fortaleciese el espíritu para el testimonio de aquel momento, que adivinaba penoso para los sentimientos más delicados de su corazón.

Publio Léntulus pareció participar de la opinión del yerno; sin embargo, le parecía que la palabras de Flaminio aún le resonaban en lo íntimo de la conciencia y respondió con firmeza:

- Hijo, olvidemos los juicios apresurados y, si bien reconozco la falta de Ana aceptando el vestuario de su señora, quiero venerar en esta sierva la memoria de Livia, para siempre. Compañera fiel de sus angustiosos martirios de veinticinco años consecutivos, ella continuará en esta casa con las mismas regalías que le fueron otorgadas por su benefactora. Sólo le exijo que su corazón sepa guardar nuestros lúgubres secretos de esta noche, porque deseo

honrar públicamente la memoria de mi esposa, después de su tremendo sacrificio en aquella festividad de la infamia.

Plinio y Flavia le observaron, sorprendidos, la espontánea generosidad con la criada que, por su parte, agradecía a Jesús la gracia de su esclarecimiento.

El senador pareció profundamente modificado en aquel choque terrible, experimentando por sus fibras espirituales.

En ese momento, intervino Plinio Severus, esclareciendo:

- A varios amigos nuestros, que estuvieron aquí para saludaros, declaré que, en vista de nuestro luto por mi madre, no conmemorarías vuestro triunfo político en esta fecha de hoy, informando además, con la intención de justificar vuestra ausencia, que la señora Livia se encontraba gravemente enferma, en Tibur, para donde fuera en busca de mejorías, noticias esas que eran recibidas por nuestras amistades con el máximo de naturalidad, porque vuestra consorte

nunca más frecuentó la sociedad desde su regreso de Palestina, siendo comprensible que todos nuestros amigos la considerasen enferma.

El senador oyó, con interés, esas explicaciones, como si hubiese encontrado la solución para el angustioso problema que lo oprimía.

Al cabo de algunos momentos, después de examinar la posibilidad de la ejecución de la idea que le aflorara en el cerebro adolorido, exclamó más animado:

- Tu idea, mi hijo, en ese particular, vino a traerme la perspectiva de una solución razonable para la angustiosa cuestión que me aflige.

Correspóndeme defender la memoria de mi esposa – continuaba el senador, con los ojos húmedos -, y, si fuera posible, iría a luchar cuerpo a cuerpo con la mentalidad infame del gobierno cruel que actualmente nos corrompe las mejores conquistas sociales; pero, si yo fuese a gritar personalmente mi indignación y mi rebeldía, en la plaza pública, sería tachado de loco; y si fuese a desafiar a Domicio Nerón sería lo mismo que intentar la inmovilidad de las aguas del Tiber con el gajo de una flor. En este sentido, pues, sabré actuar entre bastidores políticos, para derrumbar al tirano y sus secuaces, aunque eso nos cueste el máximo de tiempo y paciencia.

Ahora, lo que me compete urgentemente es prestar todos los homenajes posibles a los sentimientos inmaculados de la compañera arrebatada en los torbellinos de la insania y de la crueldad.

Plinio y Flavia lo escuchaban, silenciosos y conmovidos, sin perturbarle el curso rápido de las palabras, mientras él proseguía sensatamente:

- Hace más de diez años que la sociedad romana veía en mi pobre compañera una enferma y una demente. Y ya que nuestros amigos fueron avisados de que Livia se encontraba en el Tibur, tal vez aguardando la muerte, partiré para allá, esta noche, llevando a Ana en mi compañía...

Y como si estuviese poseído por una idea fija, con aquella preocupación por homenajear a la muerta inolvidable, Publio Léntulus continuó:

- Nuestra casa en Tibur está deshabitada ahora, porque, hace más de veinte días, Filapatod fue a Pompeya, obedeciendo mis determinaciones... Llegaré allá con Ana, llevando una urna funeraria que, para todos los efectos, guardará los restos de mi pobre Livia... ¡Nuestros siervos deben partir mañana, igualmente, y entonces mandaré mensajeros a Roma, notificándoles el acontecimiento para satisfacer las costumbres de la vida social!... En Tibur,

prestaremos a la memoria de Livia todos los homenajes, trasladando, enseguida, públicamente, las cenizas hasta aquí, donde haré celebrar las más solemnes exequias, en la visitación pública, dando así testimonio, si bien tardíamente, de mi veneración por la santa criatura que se sacrificó, por nosotros, la vida entera...

- Pero... ¿y la incineración? – preguntó Plinio Severus, prudentemente, al analizar el posible éxito del proyecto.

El senador, no vaciló, resolviendo el asunto con la habitual energía de sus decisiones:

- Si esa ceremonia requiere la presencia de los sacerdotes, sabré conducirme junto al ministro del culto, en la ciudad, alegando el deseo de hacerlo todo en el más reducido círculo de mi intimidad familiar.

Lo que resta, tan sólo, es esperar, de ustedes que me oyen, silencio tumulario sobre las medidas dolorosas de esta noche, a fin de no herir las susceptibilidades del preconcepto social.

Sorprendido con aquella energía en tan penosas circunstancias, Plinio Severus le hizo compañía en aquellas horas avanzadas, para la compra de la urna mortuoria, que fue adquirida en pocos minutos, de un comerciante que

nada indagó del extraño cliente, atendiendo a la circunstancia de su posición social y política, así como a la importante operación de la compra, efectuada con significativas ventajas para su interés.

En aquella misma noche, Publio Léntulus y Ana se dirigieron con algunos esclavos para la ciudad de reposo de los antiguos romanos, venciendo en algunas horas las sombras espesas de los caminos y llegando con la posible tranquilidad, para llevar a cabo los últimos homenajes a la memoria de Livia.

Todas las medidas fueron adoptadas con profunda sorpresa para todos los siervos, que no osaban discutir las órdenes recibidas, e incluso para los patricios de la ciudad, que sabían enferma a la esposa del senador, pero ignoraban el doloroso episodio de su muerte.

Flavia y Plinio fueron llamados al día siguiente, satisfaciéndose todos los imperativos de orden social, en aquella penosa representación de condolencias.

Un donativo importante y generoso de Publio Léntulus al culto de Júpiter le conquistaba la plena autorización del clero tiburtino, en lo referente a su decisión de incinerar el cadáver de la esposa en la intimidad de la familia, siendo la memoria de Livia homenajeada con todos los ceremoniales del antiguo culto de los dioses, invocándose la protección de los manes y de las divinidades domésticas.

Numerosos mensajeros fueron enviados a Roma y en dos días la urna funeraria llegaba a la sede del Imperio, penetrando pomposamente en el palacio de Aventino, donde la esperaba un soberbio catafalco.

Durante tres días sucesivos las cenizas simbólicas de Livia estuvieron expuestas a la visitación del pueblo, habiendo mandado el senador a distribuir importantes donativos en alimentos y dinero, a la plebe querida. Largas romerías visitaron la residencia, día y noche, dándole el aspecto imponente de un templo abierto a todas las clases sociales. Toda la nobleza romana, inclusive el cruel Emperador, se hizo representar en las pompas de aquellas exequias, que eran como una expresión de remordimiento y una tentativa de reparación de parte del esposo amargado. Publio Léntulus consideraba que, solamente así, podría ahora arrepentirse, públicamente, con respecto a su esposa, que volvía a ocupar el lugar de veneración en el numeroso círculo de amistades aristocráticas de su familia.

Terminado el último número de aquellas ceremonias, el senador pidió que la hija y el yerno, así como Agripa, pasasen a residir en el palacio de Aventino, en su compañía, en lo que fue atendido en carácter provisional, según aseveraba Plinio a la esposa, y, aquella misma noche, con el alma dilacerada de nostalgia y de angustias, transportó, en compañía de Ana, todos los objetos de uso personal de la esposa para sus aposentos particulares.

Terminada la tarea, Publio Léntulus exclamó a la sierva, con singular interés:

- ¿Todo conforme?

Recibiendo respuesta afirmativa, insistió, como si le faltase aún algo, refiriéndose a la cruz de Simón, guardaba cuidadosamente por la dedicación de Ana, como si más nadie pudiese apreciar la significación especial de aquel tesoro.

- ¿Dónde está una pequeña cruz de madera tosca, que mi esposa tanto veneraba?

- ¡Ah! ¡es verdad!... – exclamó la sierva, satisfecha por observar la modificación de aquella alma austera.

Y, retirando de su cuarto el modesto recuerdo del apóstol de Samaria, la entregó con reverencia afectuosa. El senador, entonces, la colocó en un mueble secreto. Y, quien le acompañase la amarga existencia, podría verlo, todas las noches, en la soledad de su aposento, junto al precioso símbolo de las creencias de la compañera.

Cuando las luces del palacio se apagaban, suavemente, y cuando todos buscaban el reposo en el silencio de la noche, el orgulloso patricio retiraba del cofre de sus recuerdos más queridos, la cruz de Simón y, arrodillado como lo hacía Livia, paraba la máquina del convencionalismo mundano, para meditar y llorar amargamente.

VI

ALBORADAS DEL REINO DEL SEÑOR

Reportándonos a la dolorosa y conmovedora escena del sacrificio de los márgenes cristianos, en la arena del circo, somos compelidos a acompañar al espíritu de Livia en su augusta trayectoria hacia el Reino de Jesús.

Nunca los horizontes de la Tierra fueron brindados con paisajes de tanta belleza, como los que se abrieron en las esferas más próximas del planeta, cuando la partida en masa de los primeros apóstoles del Cristianismo, exterminados por la impiedad humana, en los tiempos áureos y gloriosos de la consoladora doctrina del Nazareno.

En aquel día, cuando las fieras hambrientas despedazaban a los indefensos adeptos de las ideas nuevas, toda una legión de espíritus sabios y benévolos, bajo la égida del Divino Maestro, les rodeaba los corazones dilacerados en el martirio, saturándolos de fuerza, resignación y coraje para el supremo testimonio de su fe.

Sobre las nefastas pasiones desencadenadas en aquella asistencia ignorante e impiedosa, desdoblaban los poderes del cielo el manto infinito de su misericordia, y más allá de aquel vocerío siniestro y ensordecedor había voces que bendecían, proporcionando a los mártires del Señor una fuente de suaves y dichosas consolaciones.

Atardecía ya, cuando caían las últimas víctimas al choque brutal de los leones furiosos e implacables.

Abriendo los ojos entre los brazos cariñosos de su viejo y generoso amigo, Livia comprendió, inmediatamente, la consumación del angustioso trance. Simón tenía en los labios una sonrisa divina y le acariciaba los cabellos, paternalmente, con afabilidad y dulzura. Extraña emoción vibraba, en el alma liberta de la esposa del senador, que se vio presa de lágrimas dolorosas. A su lado notó, con penosa sorpresa, los despojos sangrientos del cuerpo dilacerado y entendió, no obstante su espanto, el dulce misterio de la resurrección espiritual, del que hablaba Jesús en sus lecciones divinas. Deseó hablar, para traducir sus pensamientos más íntimos pero, tenía, aún, el corazón repleto de emociones indefinibles y angustiosas. En seguida, notó que, de la arena ensangrentada, se erguían entidades, como ella, ensayando pasos vacilantes, amparadas, por criaturas etéreas, con su aureola de gracia incomparable, como

jamás contemplara en ninguna circunstancia de la vida. A sus ojos desapareció el escenario colorido y tumultuoso del circo de la ignominia y en sus oídos no resonaron más aquellas carcajadas irónicas y perversas de los espectadores impiedosos. Notó que, del firmamento cubierto de estrellas, fluía una luz misericordiosa y compasiva, figurándosele que la nueva claridad, desconocida en la Tierra, se encendiera maravillosamente dentro de la noche. Inmensa multitud de seres, que le parecían con alas, los rodeaban a todos, llenando el ambiente de vibraciones divinas.

Deslumbrada, vio, entonces, que entre la Tierra y el Cielo se formaba radiante camino...

A través de una estela de luz intraducible, que no llegara a ofuscar el brillo acariciante y tierno de las estrellas que bordaban, titilando, el azul fino del firmamento, observó nuevas legiones espirituales que descendían, apresuradamente, de las maravillosas regiones del infinito...

Extasiados con las sonoridades delicadas de aquel ambiente indescriptible, sus oídos escucharon, entonces, sublimes melodías del plano invisible, como si, cubiertos con liras y flautas, arpas y laúd, cantasen en lo Alto las divinas aves del Paraíso, proyectando las alegrías siderales en los paisajes oscuros y tristes de la Tierra...

Su espíritu, como si fuese impulsado por una energía misteriosa, consiguió, entonces, manifestar las emociones más íntimas y más queridas.

Abrazándose al viejo y generoso amigo de Samaria, pudo murmurar, bañada en lágrimas:

- Simón, mi benefactor y maestro, ruega conmigo a Jesús para que esta hora me sea menos dolorosa...

- ¡Sí, hija – respondió el venerable apóstol acurrucándola en su pecho, como si lo hiciese a un niño -, el Señor, en su infinita misericordia, reserva su cariño a cuantos le recurren a la magnanimidad, con la fe ardiente y sincera del corazón!... ¡Calma tu espíritu porque estás ahora, camino del Reino del Señor, destinado a los corazones que mucho amaron!...

Y en aquel instante, una fuerza incomprensible parecía impeler hacia las Alturas a cuantos se conservaban allí sin la pesada indumentaria de la Tierra...

Livia sintió que el terreno le faltaba y que todo su ser volitaba en pleno espacio, experimentando extrañas sensaciones, si bien se encontraba fuertemente amparada por los brazos generosos del venerado amigo.

¡Era, de hecho una radiante caravana de entidades purísimas, que se elevaba en conjunto, a través de aquel centellante camino trazado de luz, en pleno éter!...

Experimentando singulares sensaciones de levedad, la esposa del senador se sintió sumergida en un océano de vibraciones suavísimas.

Todos los compañeros le sonreían y, contemplándolos, igualmente amparados por los mensajeros divinos, ella identificaba, uno a uno, a cuantos habían sido sus hermanos en la cárcel, en el martirio y en la muerte infamante. En dado momento, como si la memoria fuese llamada a todos los pormenores de la realidad del ambiente, se recordó de Ana, sintiéndole la falta en aquella jornada de glorificación en Jesucristo.

Bastó que la recordación le aflorase en lo íntimo, para que la voz de Simón esclareciese con proverbial bondad:

- Hija, más tarde podrás saber todo... En tu nostalgia, inclínate siempre a los designios divinos, inspirados en toda la sabiduría y misericordia... No te impresiones con la ausencia de Ana en este banquete de alegrías celestiales, porque autorizó Jesús conservarla aún algún tiempo en el taller de sus bendiciones, entre las sombras del exilio terrestre...

Livia oyó y se resignó, silenciosa.

Reconoció que seguían siempre por la misma senda maravillosa, que, a sus ojos, parecía ligar el Cielo y la Tierra en un fraternal abrazo de luz, figurándosele que todos los divinos componentes de la luminosa caravana fluctuaban en un movimiento de ascensión, en pleno espacio, demandando regiones gloriosas y desconocidas. En el seno de los elementos aéreos, se admiraba de conservar todo el mecanismo de sus sensaciones físicas, a través del etérico y radiante camino.

A lo lejos, en los abismos de lo ilimitado, parecía divisar nuevos firmamentos estrellados, que se multiplicaban maravillosamente en el seno del Infinito, y observaba radiaciones fulgurantes que, a veces, le ofuscaban los ojos deslumbrados...

Otras veces, mirando furtivamente hacia atrás, veía un acerbo de sombras compactas y movedizas, donde se localizaban las esferas de la vida en la Tierra distante.

En las márgenes del camino verificó la existencia de flores graciosas y perfumadas, como si los lirios terrestres, con expresiones más delicadas, se hubiesen transportado a los jardines del Paraíso.

¡La eternidad se le presentaba con encantos y venturas indecibles!...

Simón hablaba cariñosamente de su adaptación a la vida nueva y de las bellezas sublimadas del reino de Jesús, recordando con alegría las penosas angustias de la vida en la Tierra, cuando a sus oídos llegó el eco de las voces argentinas y armónicas de los ruseñores siderales que festejaban, en las Alturas, la redención de los mártires del Cristianismo, como si estuviesen llegando a las cercanías de una nueva Galilea, saturada de melodías y perfumes deliciosos, erguida a la plena luz del infinito, como si fuese un nido de almas santificada y puras balanceándose, con los vientos perfumados de interminable Primavera, en el árbol maravilloso y sin fin de la Creación...

Aquel himno suave y claro, bien se elevaba a las Alturas en sonoridades prodigiosas, como si fuera un incienso sutil de las almas procurando el solio de siempre Eterno en hosannas de amor, de alegría y de reconocimiento, bien descendía en melodías arrebatadoras, demandando las sombras de la Tierra, como si fuese un clamor de fe y esperanza en Jesucristo, destinado a despertar en el mundo los corazones más perversos y más empedernidos...

El lenguaje humano no traduce fielmente las armoniosas vibraciones de las melodías de lo Invisible, pero aquel cántico de gloria, al menos pálidamente, debe ser recordado por nosotros como suave reminiscencia del Paraíso:

- ¡Gloria a Ti, Señor del Universo, Creador de todas las maravillas!...

¡"Es por tu sabiduría inaccesible que se encienden las constelaciones en los abismos del Infinito y es por tu bondad que se desenvuelve la hierba tierna en la costra oscura de la Tierra!...

¡"Por tu grandeza inapreciable y por tu justicia misericordiosa, abre el tiempo sus ilimitados tesoros para las almas!...

¡"Por tu amor, sacrosanto y sublime, florecen todas las risas y todas las lágrimas en el corazón de las criaturas!...

¡"Bendice, Señor del Universo, las sagradas esperanzas de este Reino. Jesús es para nosotros tu Verbo de amor, de paz, de caridad y belleza!... Fortalece nuestras aspiraciones de cooperar en tu Santa Mies!...

"Multiplica nuestras energías y haz llover sobre nosotros el fuego sagrado de la fe, para que esparzamos por la Tierra las divinas simientes del amor de tu Hijo!...

"Basta una gota de rocío divino de tu misericordia para que se purifiquen todos los corazones, sumergidos en el lodo de los crímenes y de las desgracias terrestres, y basta un solo rayo de tu poder para que todos los Espíritus se conviertan al bien supremo!...

"Y ahora, ¡Oh! Jesús, Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo, recibe nuestras súplicas ardiente y fervorosas!

"Bendice ¡Oh Divino Maestro, a los que llegan redimidos con el anhélito creador de tus bendiciones sacratísimas!...

"Víctimas de la perversidad humana, cumplieron, valerosamente, tus misioneros, todas las obligaciones que los prendían a la cárcel del penoso destierro!...

"El mundo, en el torbellino de sus inquietudes e iniquidades, no les comprendió el corazón amantísimo, pero, en tu bondad y misericordia, abres a los mártires de la verdad las puertas divinas de tu reino de Luz..."

¡Estrofas de profunda belleza esparcían en las sendas claras y sublimadas del éter universal las bendiciones de la paz y de las alegrías armoniosas!

Los seres inferiores, de las esferas espirituales más próximas al planeta, recibían aquellos efluvios sacrosantos del celeste banquete reservado por Jesús a los mártires de su doctrina de redención, como se fuesen también por la misericordia del Divino Maestro, y muchos de ellos, recibiendo en lo íntimo aquellas vibraciones maravillosas, se convirtieron para siempre al amor y al bien supremos.

Suavísimas armonías saturaban todas las atmósferas espirituales, derramando sobre la Tierra claridades augustas y soberanas.

En aquella región de bellezas ignotas y prodigiosas, intraducibles en la pobreza del lenguaje humano, Livia recobró las fuerzas morales, después del austero cumplimiento de su misión divina.

Allí, comprendió la extensión del concepto de “muchas moradas”, de las enseñanzas de Jesús, contemplando, junto a Simón, las más diversas esferas de trabajo, localizadas en las cercanías de la Tierra, o estudiando la grandeza de los mundos diseminados por la sabiduría divina en el océano inconmensurable del éter, en la inmortalidad. Obedeciendo a las tendencias de su corazón, no se olvidó de las antiguas amistades en los círculos espirituales, colocados en las zonas terrestres.

Después de algunos días de emociones suaves y cariñosas, todos los Espíritus, reunidos en aquel paisaje luminoso, se prepararon para recibir la visita del Señor, como cuando estaba su divina presencia en el bucólico cuadro de Galilea.

En un día de rara e indefinible belleza, en que una claridad de cambiantes divinos entornaba la sabrosa miel de la alegría en todos los corazones, descendía el Cordero de Dios de la esfera superior de sus glorias sublimes y, tomando la palabra en aquel cenáculo de maravillas, recordaba sus inolvidables prédicas junto a las aguas tranquilas del pequeño “mar” de Galilea. De ningún modo se podría traducir fielmente, en la Tierra, la nueva belleza de su palabra eterna, sustancia de todo el amor, de toda la verdad y de toda la vida, mas constituye para nosotros un deber, en este escorzo, recordar su ilimitada sabiduría, osando reproducir, imperfectamente y por encima, la esencia de su lección divina en aquel momento inolvidable.

Figurábase, a todos los presente, la copia fiel de los cuadros graciosos y claros del Tiberíades. La palabra del Maestro derramábase en lo íntimo de las almas, con sonoridades profundas y misteriosas, mientras de sus ojos venía la misma vibración de misericordia y de serena majestad.

- “¡Venid a mí, vosotros todos que sembrasteis con lágrimas y sangre, en la viña celeste de mi reino de amor y verdad!...

“En las moradas infinitas del Padre, hay bastante luz para disipar todas las tinieblas, consolar todos los dolores, redimir todas las iniquidades...

“¡Glorificaos, pues, en la sabiduría y en el amor de Dios Todopoderoso, vosotros que ya sacudisteis el polvo de las sandalias miserables de la carne, en

los sacrificios purificadores de la Tierra! Una paz soberana os aguarda, para siempre, en el reino dilatado y sin fin, prometido por las divinas aleluyas de la Buena Nueva, porque no alimentasteis otra aspiración en el mundo, sino la de procurar el reino de Dios y su justicia.

“Entre el Pesebre y el Calvario, tracé para mis ovejas el eterno y luminoso camino... El Evangelio florece, ahora, como la mies inmortal e inagotable de las bendiciones divinas. Pero no descansen, mis amados, porque tiempo vendrá en la Tierra, en que todas sus lecciones han de ser pisoteadas y olvidadas... Después de extensa era de sacrificios para consolidarse en las almas, la doctrina de la redención, será llamada a esclarecer el gobierno transitorio de los pueblos; ¡pero el orgullo y la ambición, el despotismo y la crueldad han de revivir los abusos nefastos de su libertad! El culto antiguo, con sus ruinas pomposas, buscará restaurar los templos abominables del becerro de oro. Los preconceptos religiosos, las castas clericales y los falsos sacerdotes, restablecerán nuevamente el mercado de las cosas sagradas, ofendiendo el amor y la sabiduría de Nuestro Padre, que calma la ola minúscula en el desierto del mar, y enjuga la más recóndita lágrima de la criatura, vertida en el silencio de sus oraciones o en la dolorosa serenidad de su indecible amargura!...

“Soterrado el Evangelio en la abominación de los lugares santos, no podrán los abusos religiosos, sepultar la claridad de mis verdades, robándolas al corazón de los hombres de buena voluntad!...

“¡Cuándo se verifique este eclipse de la evolución de mis enseñanzas, no por eso dejaré de amar intensamente al rebaño de mis ovejas extraviadas del aprisco!...

“¡De las esferas de la luz que dominan todos los círculos de las actividades terrestres, caminaré con mis rebeldes tutelados, como otrora entre los corazones impiedosos y empedernidos de Israel, que escogí, un día, para mensajero de las verdades divinas entre las tribus desgarradas de la inmensa familia humana!...

“¡En nombre de Dios Todopoderoso, mi Padre y vuestro Padre, me regocijo aquí con vosotros, por los galardones espirituales que conquistasteis

en mi reino de paz, con vuestros sacrificios benditos y con vuestras renunciadas purificadoras! Numerosos misioneros de mi doctrina caerán aún, exánimes, en la arena de la impiedad, mas han de constituir con vosotros la caravana apostólica, que nunca más se disolverá, amparando a todos los trabajadores que perseveraren hasta el fin, en el largo camino de la salvación de las almas!...

“¡Cuando la obscuridad se hiciere más profunda en los corazones de la Tierra, determinando la utilización de todos los progresos humanos para el exterminio, para la miseria y para la muerte, derramaré mi luz sobre toda carne y todos los que vibraren con mi reino y confiaren en mis promesas, oirán nuestras voces y llamados santificadores!...

“¡Por la sabiduría y por la verdad, dentro de las suaves revelaciones del Consolador, mi verbo se manifestará nuevamente en el mundo, para las criaturas desorientadas en el camino escabroso, a través de vuestras lecciones, que se perpetuarían en las páginas inmensas de los siglos del porvenir!...

“¡Sí! Amados míos, porque el día llegará en el cual todas las mentiras humanas han de ser confundidas por la claridad de las revelaciones del cielo. Un soplo poderoso de verdad y vida barrerá toda la Tierra, que pagará, entonces, a la evolución de sus institutos, los más pesados tributos de sufrimientos y de sangre... Exhaustos de recibir los fluidos venenosos de la ignominia y de la iniquidad de sus habitantes, el planeta mismo protestará contra la impenitencia de los hombres, rasgando las entrañas en dolorosos cataclismos... Las impiedades terrestres formarán pesadas nubes de dolor que reventarán, en el instante oportuno, en tempestades de lágrimas en la faz obscura de la Tierra y, entonces, de las claridades de mi misericordia, contemplaré mi rebaño desdichado y diré como a mis emisarios: “¡Oh Jerusalén, Jerusalén!...”

“¡Pero Nuestro Padre, que es la sagrada expresión de todo el amor y sabiduría, no quiere que se pierda una sola de sus criaturas, extraviadas en las tenebrosas sendas de la impiedad!...

“Trabajaremos con amor, en el taller de los siglos venideros, reorganizaremos todos los elementos destruidos, examinaremos detenidamente todas las ruinas buscando el material posible de nuevo aprovechamiento y, cuando las instituciones terrestres reajustaren su vida en la fraternidad y en el bien, en la paz y en la justicia, después de la selección natural de los Espíritus y dentro de las convulsiones renovadoras de la vida planetaria, organizaremos,

para el mundo, un nuevo ciclo evolutivo, consolidando, con las divinas verdades del Consolador los progresos definitivos del hombre espiritual”.

La voz del Maestro parecía henchir los ámbitos del Infinito mismo, como si Él la lanzase, cual señal divina de su amor, en lo ilimitado del espacio y del tiempo, en el seno radiante de la Eternidad.

Terminando la exposición de sus profecías augustas, su figura sublimada se elevaba a las Alturas, mientras un océano de luz azulada, mudándose a los sonidos de melodías divinas e incomparables, invadía aquellos dominios espirituales, con las tonalidades cariciosas del zafiro terrestre.

Todos los presentes, en genuflexión y emocionados, lloraban de reconocimiento y alegría, hinchándose de santificado coraje para las elevadas tareas que les competía llevar a efecto, en el curso incesante de los siglos. Flores de maravilloso azul celeste llovían de lo Alto sobre todas las frentes, deshaciéndose, al tocar en las delicadas substancias que formaban el suelo de aquel paisaje de soberana armonía, como si fuesen lirios fluídicos, de perfumada neblina.

Livia lloraba de conmoción indefinible, mientras Simón, con sus generosas enseñanzas, la instruía sobre las nuevas misiones de trabajo santificante, que le aguardaban la dedicación en el plano espiritual...

- ¡Mi amigo – dijo ella, entre lágrimas -, las agonías terrestres son un precio mísero para estas recompensas radiantes e inmortales!... Si todos los hombres tuviesen conocimiento directo de semejantes venturas, no poseerían otra preocupación que la de buscar el glorioso reino de Dios y su justicia.

- ¡Sí, hija – agregó Simón, como si sus ojos se posasen serenamente en los cuadros del futuro -, un día, todos los seres de la Tierra han de conocer el

Evangelio del Maestro, observándole las enseñanzas!... Para eso, habremos de sacrificarnos por el Cordero de Dios, cuantas veces fueren necesarias. Organizaremos nuestros puestos avanzados de trabajo entre las sombras terrestres, buscaremos despertar a todos los corazones adormecidos en las reencarnaciones dolorosas para las armonías sublimes de estas divinas alboradas!...

¡Si fuese necesario, volveremos de nuevo al mundo, en misiones santificadoras de paz y de verdad... Sucumbiremos en la cruz infamante, o daremos la sangre en alimento a las fieras de la ambición y del orgullo, del

odio y de la impiedad, que adormecen en las almas de nuestros compañeros de la existencia terrestre, convirtiendo todos los corazones al amor de Jesucristo!...

En ese instante, Livia notó que un grupo gracioso de entidades angélicas distribuía las gracias del Señor en aquel paisaje floreado del Infinito, organizado en el Más Allá como estancia de reposo, recompensando así a los que habían partido de las angustias terrenas, después del cumplimiento de su misión divina.

Todos los que habían alcanzado la victoria celestial con sus esfuerzos, en los martirios santificantes, recobraban ahora las fuerzas morales y deseaban conocer nuevas esferas de gozo espiritual, nuevas expresiones de la vida en otros mundos, recibiendo variados conocimientos en los templos radiantes y sublimes de la Eternidad y restableciendo, al mismo tiempo, el equilibrio de sus emociones.

Junto a la magnanimidad de los mensajeros de Jesús, sublimes planos fueron desarrollados. Nuevos escenarios, nuevos talleres de estudio, nuevas emociones en el reencuentro de afectos inolvidables, que habían antecedido a los misioneros del Señor en la noche oscura y fría de la muerte.

Mas, llegándole la ocasión de exteriorizar sus más recónditos deseos, la noble compañera del senador, después de auscultar sus sentimientos más profundos, respondió, entre lágrimas, al emisario de Jesús que le interpelaba:

- ¡Mensajeros del Bien – las maravillas del Reino del Señor tendrían para mí una nueva belleza, si yo pudiese penetrarles la excelsitud, en compañía del corazón que es la mitad del mío, del alma gemela de mi alma, que la sabiduría de Dios, en sus profundos y dulces misterios, destinó a mi modo de ser, desde la aurora de los tiempos!...

¡No deseo menospreciar la gloria sublime de estas regiones de felicidad y de paz inenarrables, pero, en el medio de todas estas alegrías que me rodean, siento nostalgia del alma que es el complemento de mi propia vida!...

¡Dadme la gracia de volver a las sombras de la Tierra y erguir, del lodazal del orgullo y de las vanidades impiedosas, al compañero de mi destino!... ¡Permitid que pueda protegerlo, en espíritu, a fin de que un día pueda traerlo a los pies de Jesús, igualmente, de modo que también reciba sus divinas bendiciones!...

La entidad angélica sonrió con profunda comprensión y tierna complacencia, exclamando:

- Sí – el amor es el lazo de luz eterna que une a todos los mundos y a todos los seres de la inmensidad; sin él, la misma "Creación Infinita no tendría razón de ser, porque Dios es su expresión suprema... Las perspectivas deslumbrantes de las esferas felices perderían la divina belleza, si no guardásemos la esperanza de participar, un día, de sus ilimitadas venturas, junto a nuestros bien amados, que se encuentran en la Tierra o en otros círculos de prueba, del Universo...

Y, fijando la lúcida mirada en los ojos serenos y fulgurantes de Livia, continuó como si le adivinase los pensamientos más secretos y más profundos:

- ¡Conozco toda tu historia y sé de tus luchas incesantes y redentoras, en las encarnaciones del pasado, justificando así tus propósitos de proseguir, en espíritu, trabajando en la Tierra por el perfeccionamiento de aquellos a quien mucho amaste!...

También el Cordero de Dios, por mucho amar a la humanidad, no desdeñó la humillación, el martirio, el sacrificio...

¡Ve, hija mía. Podrás trabajar libremente entre las radiantes falanges que operan en la faz sombría del planeta terrestre. Volverás aquí, siempre que necesites de nuevos esclarecimientos y nuevas energías. Regresarás junto a Simón, tan pronto como lo desees. Ampara a tu infeliz compañero en la extensa estela de sus expiaciones rudas y amargas, incluso porque el desventurado Publio Léntulus no está lejos de su más angustiosa prueba en la actual existencia, perdida, desgraciadamente, por su desproporcionado orgullo y por su vanidad fría e impiedosa!...

Livia sintióse poseída de inenarrable emoción en vista de aquella revelación dolorosa, pero, simultáneamente, exteriorizó todo su reconocimiento a la misericordia divina, en la intimidad de su corazón sensible y amoroso.

En aquel mismo día, en compañía de Simón, la generosa criatura volvía a la Tierra, apartándose provisionalmente de aquellos dominios esplendorosos.

A través de su excursión espiritual, sublime y vertiginosa, observó las mismas perspectivas encantadoras y deslumbrantes del camino, recibiendo, extasiada, elevadas enseñanzas del venerado amigo de Samaria.

En poco tiempo se aproximaban ambos a la gran mancha oscura.

Ya en la atmósfera de la Tierra, Livia sintió la singular diversidad de la naturaleza de aquel ambiente, sufriendo los más penosos choques fluídicos.

En un ápice, notó que se encontraban en la misma Roma de su infancia, de su juventud y de sus amargas pruebas.

Era media noche. Todo el hemisferio estaba inmerso en los abismos de la sombra.

Amparada por los brazos y por la experiencia de Simón, llegó a su antiguo palacio de Aventino, identificándole los mármoles preciosos.

Penetrando, Livia y Simón, se dirigieron inmediatamente al cuarto del senador, iluminado entonces por tenue claridad.

Con excepción de las calles, donde se movilizaban ruidosamente los esclavos, en los servicios nocturnos de transporte, según las costumbres de la época, toda la ciudad reposaba en la sombra.

De rodillas ante la reliquia de Simón, como era su reciente costumbre, Publio Léntulus meditaba. Su pensamiento descendía a los abismos tenebrosos del pasado, donde buscaba ver, de nuevo, angustiosamente, sus afectos inolvidables que lo habían precedido en las sendas tristes de la muerte. Hacía más de un mes que la esposa había demandado, igualmente, los misterios del túmulo, en trágicas circunstancias.

Sumergido en las nieblas de su exilio de amarguras y profundas nostalgias, el orgulloso patricio serenaba las inquietudes dolorosas del día, a fin de consultar mejor los misterios del ser, del sufrimiento y del destino... En

dato momento, cuando eran más profundas y melancólicas las penosas reminiscencias, notó, a través del velo de sus lágrimas, que la pequeña cruz de madera como que emitía delicados hilos de luz plateada, como si fuera bañada por la luna misericordiosa y suave.

Publio Léntulus, absorto en las vibraciones pesadas y oscuras de la carne, no vio la noble silueta de su esposa, que se encontraba allí junto al

venerable apóstol de Samaria, regocijándose en el Señor, al verificar las profundas y benéficas modificaciones espirituales del alma gemela de la suya, en la peregrinación iterativa de las encarnaciones terrenas. Llena de alegría y reconocimiento con la Divina Providencia, Livia le besó la frente en un arranque de indefinible ternura, mientras Simón elevaba a los cielos una plegaria de amor y agradecimiento.

El senador no les percibió, directamente, la presencia suave y luminosa, pero en lo íntimo del alma se sintió poseído por una nueva fuerza, al mismo tiempo que su corazón dilacerado se vio envuelto en la luz cariciosa de una consolación inefable y hasta entonces desconocida.

VII

TRAMAS DEL INFORTURNIO

Parecía que el año 58 estaba destinado a señalar los más penosos incidentes para la vida del senador Léntulus y la de su familia.

La muerte de Calpurnia y el fallecimiento inesperado de Livia, dolorosos acontecimientos que impusieron a la casa un luto permanente, obligaron a Plinio Severus a acercarse un poco más al ambiente doméstico, donde instituyera una tregua a sus desatinos de hombre aún joven, para vivir, en relativa calma, al lado de la esposa.

Pero, Aurelia, en la violencia de sus pretenciones, no descansaba. Consiguiendo introducir una sierva astuta junto a Flavia, de conformidad con antiguo proyecto de su mentalidad enfermiza, inició la siniestra ejecución de un plan diabólico, en el sentido de envenenar, lentamente, a la rival retraída y desdichada.

Al principio, observó la hija del senador que le surgían algunas erupciones cutáneas que, consideradas de menor importancia, fueron tratadas tan solo con pasta de migajas de pan mezclada a la leche de burra, medicamento habido en la época como específico, de los más eficaces para la conservación de la piel. Entretanto, la esposa de Plinio, se quejaba incesantemente de debilidad general, presentando el más profundo desánimo.

En cuanto a Plinio, retornar a la normalidad de la vida pública y entregarse, de nuevo, al violento amor de Aurelia, fue cuestión de pocos días, regresando a la vida de los espectáculos, con la amante y, ahora, con la situación sentimental muy agravada por las calumniosas denuncias de Saúl, acerca de las relaciones afectuosas de Agripa con la esposa.

Plinio Severus, si bien generoso, era impulsivo: en el régimen familiar, su espíritu era de esos tiranos domésticos, que, adoptando la conducta más desordenada e incomprensible, no toleran la mínima falta en el santuario de la familia. A despecho de su orientación errónea y condenable, pasó a vigilar constantemente al hermano y a la esposa, con la feroz impulsividad de un león ofendido.

Saúl de Gioras, por su parte, despechado con el sublime y fraternal afecto entre Flavia y Agripa, no perdía ocasión para envenenar el corazón impetuoso del oficial, llevándole las calumnias más torpes e injustificables.

Agripa, en su generosidad y en su sentimentalismo, no podía adivinar las celadas que lo enredaban en la vida común y proseguía con la preciosa atención de su amistad, junto a la mujer que no podía amarlo sino con sublimado amor fraternal.

El ex-esclavo de los Severus no perdía, tampoco, las esperanzas. Procurando frecuentemente al viejo Araxes, que aumentaba en codicia y ambición en la medida que se le multiplicaban los años, aguardaba ansiosamente el instante de realizar su apasionada aspiración.

Observando que Flavia Lentulia dispensaba profundo cariño a Agripa, no vaciló en ver sinceramente en sus menores gestos una prueba de amor intenso y correspondido, procurando insinuarse por todos los modos, a fin de captarle, igualmente, el interés y la atención.

Una noche, después de más de dos meses de expectativa ansiosa para alcanzar sus fines innobles, consiguió aproximarse a la joven señora, cuando solita, reposaba en el amplio diván de la espaciosa terraza.

De lo alto, se contemplaban los más bellos panoramas de la ciudad, clareada entonces por el brillo de las primeras estrellas, en la languidez suave del crepúsculo. Las brisas cariciosas de la tarde tranquila traían sonidos de laúd y arpas, tañidos en las cercanías, como si fuesen voces armoniosas del seno inmenso de la noche.

¡Saúl miró a la mujer, codiciada, observándole el hermoso y delicado semblante de madona, de una palidez de nieve, bajo el dominio de un abatimiento enfermizo e inexplicable!... Aquella criatura representaba el objeto de todas sus aspiraciones violentas y rudas, la meta de su felicidad imposible e impetuosa. En la materialidad de sus sentimientos, no podía amar como si fuera un hermano, sino con la brutalidad de sus deseos impuros.

- Señora – dijo resuelto, después de mirarle en el rostro detenidamente -, hace muchos años que espero un minuto como este, para poder confesaros el enorme afecto que os dedico. ¡Os quiero por encima de todo, hasta de mi propia vida! Sé que para mí estáis en un plano inaccesible, pero, ¿qué hacer, si no consigo dominar esta adoración, este intenso amor de mi alma?

Flavia abrió desmesuradamente los ojos serenos y tristes, poseída de penosa sorpresa...

- Señor Saúl – contestó valientemente, triunfando de su emoción -, ¡serenad vuestro ánimo... Y, si me tenéis tamaño afecto, dejadme en el camino de mis deberes, donde precisa conservarse toda mujer cuidadosa de su virtud y de su nombre! ¡Callad, por tanto, vuestras emociones en este sentido, porque el amor que me confesáis no puede pasar de un deseo violento e impuro!...

- ¡Imposible, señora! – agregó el liberto, desesperado – Ya hice de todo para olvidaros... ¡He hecho todo lo que era posible para apartarme definitivamente de Roma, desde el día infausto en que os vi por primera vez!... ¡Regresé para Masilia decidido a nunca más volver, pero, cuanto más me apartaba de vuestra presencia, más se me henchía el alma de tedio y de amargura! ¡Me fijé aquí, nuevamente, donde he vivido con mi alma desventurada y con mis tristes esperanzas!!... Por más de diez años, señora, he esperado pacientemente. Siempre tributé a vuestras indiscutibles virtudes, aguardando que, un día os cansaseis del esposo infiel que el destino colocó, impiedosamente, en vuestro camino!...

¡Ahora, presiento que agotasteis el cáliz de las amarguras domésticas, porque no hesitasteis en ceder al afecto de Agripa... desde que os vi en la compañía de un hombre que no es vuestro marido, tiemblo de celos, porque siento que fuisteis tallada sólo para mí... Ardo en celos, señora, y todas las noches sueño intensamente con vuestros cariños y con la dulce ternura de vuestras palabras, que me llenan el alma toda, como si de vos tan solo dependiese toda la felicidad de mi vida!...

¡Atended a los llamados de mi amor interminable! No me hagáis esperar más tiempo, porque yo podría morir!...

Flavia Lentulia lo oía, ahora, entre sorprendida y aterrada. Quiso levantarse, pero le faltó el ánimo necesario. Pero, aún así, tuvo el suficiente coraje para responderle:

- ¡Sufrís un engaño! – entre yo y Agripa existe solo una amistad santificada y pura, de hermanos que se identifican en las pruebas y en las luchas de la vida.

No acepto vuestras insinuaciones irónicas sobre la vida particular de mi marido, porque, tenga él la conducta que le plazca en la existencia, yo debo ser la centinela de su hogar y la honra de su nombre...

¡Si pudieréis comprender el respeto debido a una mujer, os retiraríais de aquí, porque vuestros propósitos de traición me causan la más profunda repugnancia!

- ¿Dejaros? ¡Nunca!... – exclamó Saúl, con terrible entono. - ¿Esperar tantos años y no conseguir nada? ¡Nunca, nunca!...

Y, avanzando hacia la señora indefensa, que se levantara en un esfuerzo supremo, le abrazó por el busto, con ansias apasionadas, reteniéndola en los brazos impulsivos, por un rápido minuto.

Sin embargo, Saúl, en su excitación y terrible impulsividad, no tuvo ánimo para resistir la fuerza sobrehumana con que la pobre señora se defendió en aquel trance penoso para su alma sensible, y perdió la presa que se le escapó inopinadamente de las manos criminales, descendiendo inmediatamente a sus aposentos, donde se recogió, llorando las lágrimas de su dignidad ofendida, pero evitando cualquier nota escandalosa sobre el incidente.

Sólo al día siguiente, por la noche, Plinio Severus regresó a la casa, encontrando a la esposa desalentada y abatida.

Censurándole la ausencia, en la intimidad conyugal, el esposo infiel le respondió secamente:

- ¿Una escena más de celos? ¡Bien sabes que eso es inútil!

- ¡Plinio, querido mío – esclareció entre lágrimas -, no se trata de celos, sino de la justa defensa de nuestra casa!...

Y, en rápidas palabras, la desventurada criatura lo puso al corriente de todos los hechos; sin embargo, el oficial esbozó una sonrisa de incredulidad, acentuando con cierta indiferencia:

- ¡Si esa larga historia es un artificio más de mujer celosa, para retenerme en la insipidez del ambiente doméstico, todo el esfuerzo es dispensable, porque Saúl es mi mejor amigo. Incluso ayer, cuando me encontraba en serios aprietos financieros para rescatar algunas deudas, fue él, quien me prestó ochocientos mil sestercios. Por tanto, sería mejor que apreciases más alto la honra de nuestro nombre, abandonando tus relaciones con Agripa, ya excesivamente comentadas, para que yo alimente cualquiera duda!

Y, hablando así, se retiró nuevamente a los placeres de la vida nocturna, mientras la consorte sufría, en silencio, su innominable martirio moral, sintiéndose abandonada e incomprendida, sin ninguna esperanza.

Algunos días corrieron lentos, amargos, dolorosos.

Flavia, dado su natural retraimiento femenino, no tuvo el coraje de confiar al padre, ya por si tan abrumado por los golpes de la vida, su enorme desdicha.

Agripa, observándole el abatimiento, buscaba confortarle el corazón con generosas palabras, examinando las perspectivas de mejores días en el porvenir.

Entretanto, la pobre señora, enflaquecía a simple vista, bajo el dominio de las inexplicables molestias que le dominaban los centros de fuerza y bajo la tortura íntima de sus penosos secretos.

Saúl de Gioras, como si tuviese todos sus instintos estimulados por aquel minuto en que tuviera entre los brazos impetuosos a la mujer de sus deseos impulsivos, juraba, íntimamente, poseerla a cualquier precio, hinchiéndose de los más terribles propósitos de venganza contra el hijo mayor de Flaminio. Fue así que continuó frecuentando el palacio de Aventino, poseído de las intenciones más siniestras.

Respetando las antiguas tradiciones de la familia Severus, que siempre hiciera lo posible por darle, a aquel liberto, un perfecto tratamiento de amigo íntimo, Publio Léntulus, no obstante la poca simpatía que le inspiraba, le concedía el máximo de libertad en su residencia, sin sospechar, ni siquiera

levemente, de sus condenables propósitos. Ahora, Saúl, no buscaba la intimidad de la familia ni procuraba encontrarse de modo alguno, con la esposa de Plinio o con el padre, conservándose en la compañía de los siervos de la

casa o permaneciendo en los aposentos particulares de Agripa o del hermano, que nunca le habían negado la más sincera confianza.

De su permanencia en las sombras, procuraba observar los mínimos gestos del hermano mayor de Plinio, que, atendiendo a la situación de abatimiento de Flavia Lentulia, se conservaba horas seguidas, muchas veces, en compañía del viejo senador, en sus apartamentos privados, bien prolongando sus tristes esperanzas en el futuro, con la posible comprensión del hermano, bien dándole a conocer los versos más admirados de la ciudad, comentándole, fraternalmente, las bagatelas encantadoras de la vida social.

Diariamente, el sicofante Saúl buscaba al marido de Flavia, para colocarlo al corriente de hechos injustificables e inverosímiles, sobre la vida íntima de su mujer.

Plinio Severus daba todo el crédito a los disparates del falso amigo, mostrando cada vez mayor fervor y dedicación por Aurelia, que le cautivaba el corazón, asediado y enceguecido por las más torpes tentaciones de la vida material.

Envenenado por las intrigas criminales y reiteradas de Saúl, el oficial tomara una licencia, para realizar un viaje por las Galias, con la amante, para satisfacerle caprichosos deseos manifestados hacía mucho.

En el día de la partida para Masilia, de donde pretendía demandar el interior de la provincia, fue solicitado por Saúl, en la residencia de Aurelia, la cual quedaba próxima al Foro, oyéndole, enfiebrado de odio, las más tremendas calumnias, terminadas con esta alevosa sugestión:

- Si quisieras verificar por ti mismo la traición de Agripa y tu mujer, vuelve hoy a la noche, furtivamente, a tu casa y busca penetrar inesperadamente en tu cuarto. No necesitarás, entonces, de los celos de mi dedicación amiga, porque encontrarás a tu hermano en actitudes decisivas.

En aquel momento, Plinio Severus ultimaba los preparativos del viaje, habiendo presentado por la mañana sus despedidas de casa, a los más íntimos familiares; para justificar los imperativos de su ausencia, alegara expresar determinaciones de la comandancia de sus actividades militares, si bien fuesen

muy diferentes los verdaderos e inconfesables motivos de la partida.

Oyendo las graves denuncias del liberto judío, el oficial se preparó para enfrentar cualquier eventualidad, dirigiéndose a la noche, al palacio de Aventino, con el espíritu atormentado por crueles sentimientos.

El ex-esclavo, que planeaba ejecutar sus proyectos criminales, en sus intenciones impiedosas y terribles, se apostó, a la nohcecita, con la complicidad natural de todos los servidores de la casa, en los apartamentos particulares de Agripa, procediendo de tal modo que los mismos esclavos no podrían atinar con su permanencia en los referidos aposentos.

A la noche, Plinio Severus procuró la casa, inopinadamente, con sorpresa para algunos criados, que tenían la seguridad de su despedida y, sin decir palabra, enceguecido por las calumnias injuriosas del falso amigo, penetró cautelosamente en el gabinete de la esposa, oyendo la voz despreocupada del hermano, si bien no consiguiera identificar lo que decía.

Abriendo un poco la cortina sedosa y delicada, vio a Agripa en sus gestos de cariño íntimo y fraterno, acariciando las manos de Flavia, con una leve y dulce sonrisa.

Por mucho tiempo les observó, ansioso, los menores gestos, sorprendiéndoles las recíprocas demostraciones de suave estima fraternal, representados, ahora, a sus ojos ciegos de odio y celos, como los más francos indicios de prevaricación de adulterio.

En el auge de la desesperación abrió las cortinas en un gesto brusco, penetrando a la cámara conyugal, como si fuera un tigre atormentado.

- ¡Infames! – acentuó en voz baja y enérgica, procurando evitar la escandalosa asistencia de los criados. – Entonces, ¿es de este modo como manifiestan el respecto debido a la dignidad de nuestro nombre?

Flavia Lentulia, con sus padecimientos físicos profundamente agravados, se puso pálida como la nieve, mientras Agripa enfrentaba la terrible mirada del hermano, singularmente sorprendido.

- Plinio, ¿con qué derecho me insultas de esta forma? – preguntó él enérgicamente. – Salgamos de aquí, inmediatamente. Discutiremos tus injuriosas interpelaciones en mi cuarto. ¡Aquí permanece una pobre criatura

enferma y abandonada por el esposo, que le humilla el nombre y la susceptibilidad con la vileza de un proceder criminal e injustificable, una señora que requiere nuestro amparo y nuestro respeto!...

Los ojos de Plinio Severus lo fusilaban de odio, mientras el hermano se levantó serenamente, retirándose para sus aposentos, acompañado del oficial que rugía de rabia, agravada por la humillación que le infligía la calma superior del adversario.

Llegados a los aposentos de Agripa, el impulsivo oficial, después de numerosas acusaciones y reprimendas, explotaba en exclamaciones de este jaez:

- ¡Vamos! ¡Explícate, traidor!... ¡¿Entonces, lanzas el lodo de tu ignominia sobre mi nombre y te acobardas en esta serenidad incomprensible?!

- Plinio – dijo ponderadamente Agripa, obligando al interlocutor a callar por algunos momentos -, es tiempo de que pongas término a tus desatinos.

¿Cómo podrás probar semejante calumnia contra mí, que siempre te deseé el mayor bien? Cualquier comentario indigno acerca de la conducta de tu esposa, es un crimen imperdonable. Te hablo en esta hora grave de nuestros destinos, invocando la memoria irreprochable de nuestros padres y nuestro pasado de sinceridad y confianza fraternal!...

El impetuoso oficial casi se inmovilizara, como un león herido, oyendo esas ponderaciones superiores y calmas, mientras Agripa continuaba exteriorizando sus impresiones más íntimas y más sinceras:

- Y ahora – proseguía con serenidad -, ¡ya que reclamas un derecho que nunca cultivaste, en vista de la sucesión interminable de tus desatinos en la vida social, debo afirmarte que adoré a tu esposa por encima de todo, en toda la vida!... ¡Cuando gastabas tu mocedad junto al espíritu turbulento de Aurelia, vimos a Flavia, en su juventud, por primera vez, inmediatamente después de su regreso de Palestina y descubrí en sus ojos la claridad afectuosa y tierna que debería iluminar la placidez del hogar que yo idealicé en los días que se fueron!... ¡Pero, descubriste, simultáneamente, la misma luz y no vacilé en reconocer los derechos que te pertenecían al corazón, porque ella correspondió a la intensidad de tu afecto, pareciéndome unida a ti por lazos indefinibles de santificado misterio!... ¡Flavia te amaba, como siempre te amó, y a mí solo me

competía olvidar, buscando ocultar mis ansiedades torturantes y angustiosas!...

¡En la ocasión de tu casamiento, no resistí verla partir en tus brazos y, después de oír la palabra materna, amorosa y sabia, demandé otras tierras con el corazón deshecho! Por diez años amargos y tristes, peregriné entre Masilia y nuestra propiedad de Avénio, en aventuras locas y criminales. Nunca más pude acariciar la idea de la constitución de una familia, atormentado por las recordaciones de mi desventura silenciosa e irremediable.

Recientemente, volví a Roma con los últimos resquicios de mi ilusión dolorosa malograda...

Encontrándote en el abismo de los amores ilícitos no reprobé tus deslices injustificables.

Sé que gastaste las tres cuartas partes de nuestros bienes comunes, satisfaciendo la loca prodigalidad de tus aventuras infelices y degradantes, y no te censuré el procedimiento insólito.

¡Y aquí, en esta casa, bajo este techo que constituye para nosotros dos la prolongación cariñosa del techo paternal, no he sido para tu noble esposa sino un hermano dedicado y amigo!...

Viéndose acusado, claramente, por sus faltas y sintiéndose herido en sus vanidades de hombre, Plinio Severus reaccionó con mayor ferocidad, exclamando exaltado en su desesperación:

- ¡Infame, es inútil que aparentes esta superioridad increíble! ¡Somos iguales, en los mismos sentimientos, y no creo en tu dedicación desinteresada en esta casa. Hace mucho tiempo que vives con Flavia, ostensiblemente, en aventuras criminales, pero resolveremos, ahora, toda nuestra cuestión por la espada, porque uno de nosotros debe desaparecer!...

Y, arrancando el arma de la que fue provisto para cualquier eventualidad, avanzó decididamente hacia el hermano, que se cruzó de brazos, serenamente, esperándole el golpe implacable.

- ¿Entonces, dónde se encuentras tus bríos de hombre? – exclamó Plinio, desesperado. - ¡Esta serenidad expresa bien tu cobardía... Colócate en defensa de la vida, porque, cuando dos hermanos disputan la misma mujer, uno de ellos debe morir!

Pero, Agripa Severus, sonrió tristemente, contestando:

- No retardes mucho la consumación de tus propósitos, porque me prestarás el bien supremo de la sepultura, ya que mi vida, con sus torturas de cada instante, no representa nada más que un camino escabroso y largo hacia la muerte.

Reconociéndole la nobleza y el heroísmo, pero creyendo en la infidelidad de la esposa, Plinio guardó nuevamente la espada, exclamando:

- ¡Está bien! Yo podía eliminarte, pero no lo hago, en consideración a la memoria de nuestros inolvidables padres; sin embargo, continuó creyendo en tus infamias, y partiré de aquí para siempre, llevando en lo íntimo la certeza de que tengo en tu espíritu de traidor el mayor y peor enemigo.

Sin más palabras, Plinio se retiró a grandes pasos, mientras el hermano, caminando hasta la puerta, le lanzaba un último llamado afectuoso para que no se fuese.

Pero, alguien, acompañaba la escena, detalle a detalle. Ese alguien era Saúl que, saliendo de su escondrijo y apagando inopinadamente la luz del cuarto, alcanzó a Agripa de un salto certero, por las espaldas, dándole violento golpe. El pobre cayó redondamente en un pozo enorme de sangre, sin que le fuese posible articular una palabra. En seguida al acto criminal, huyó el liberto, aparentando despreocupación, sin que nadie pudiese atinar con la dolorosa ocurrencia.

Mientras tanto, en su cuarto, Flavia Lentulia se sorprendía con la demora de la solución de un caso en el que se veía envuelta y considerado, también por ella, a primera vista, como un acontecimiento sin importancia.

Levantándose, después de considerable esfuerzo, se dirigió a la puerta que comunicaba los apartamentos de Agripa con el peristilo, pero, sorprendida con la obscuridad y el silencio reinante, apenas escuchó, viniendo del interior, un leve rumor, semejante a los sonidos roncós de una respiración fatigada y oprimida.

Dominada por dolorosos presentimientos, la desventurada criatura sintió batir su corazón desacompasadamente.

La ausencia de luz, aquel ruido de respiración estertorosa y, sobre todo, el profundo y pavoroso silencio, la hicieron retroceder, buscando el socorro y la experiencia de Ana, que le había conquistado igualmente el corazón, por la

dedicación y por la humildad, en todos los días de aquel amargo período de su existencia.

Gozando del respeto y de la estimación de todos, la vieja criada de Livia era, ahora, casi la ama de la casa, a quien, por determinación de los señores, todas las esclavas del palacio de Aventino debían obediencia.

Llamada por Flavia a sus aposentos particulares, la vieja servidora de los Léntulus, después de oír la apresurada confidencia de la señora, compartiéndole los recelos, la acompañó al cuarto de Agripa, en cuya puerta de entrada se paró también, pensativa, aunque ya no se oyese más la respiración oprimida, observada minutos antes por la esposa de Plinio.

- Señora – le dijo afectuosa -, estáis abatida y aún necesitáis de reposo. Volved al cuarto; y si algo hubiere que justifique vuestros recelos, procuraré resolver el asunto junto a vuestro padre, a quien informaré de lo que hubiere, allá en su gabinete particular.

- Agradecida, Ana – respondió la señora, visiblemente emocionada -, concuerdo contigo, pero esperaré aquí en el peristilo el resultado de tus investigaciones.

Con una oración, la antigua criada penetró en el aposento, haciendo un poco de luz y parando la mirada, casi aterrorizada.

En el tapete, el cadáver de Agripa Severus, caído boca abajo, descansaba en un pozo de sangre, que aún corría de la profunda herida abierta por el arma homicida de Saúl.

Ana necesitó movilizar todas las reservas de serenidad de su fe, para no gritar escandalosamente, alarmando a la casa entera. Pero, ella, que tantos padecimientos había experimentado ya en todo el curso de la vida, no tenía gran dificultad en juntar otra nota angustiosa al concierto de sus amarguras, sufridas siempre con resignación y serenidad.

Sin embargo, sin poder disimular la angustia y la profunda palidez, volvió nuevamente al peristilo, exclamando algo inquieta, a Flavia Lentulia, que le observaba los mínimos gestos, ansiosamente.

- Señora, no os asustéis, pero el señor Agripa está herido...

Y a los primeros movimientos de curiosidad angustiosa de la hija del senador, la cual se recordaba de la profunda desesperación del esposo, momentos antes, Ana la calmó con estas palabras:

- ¡No tenemos tiempo que perder! Busquemos al senador, para las primeras providencias; pero, supongo que debo cuidar solita de esa tarea, aconsejándoos buscar la tranquilidad en vuestro cuarto.

Pero, silenciosas e inquietas, se dirigieron las dos, apresuradamente al gabinete de Publio, absorto en numerosos procesos políticos, en el seno tranquilo de la noche.

- ¡¿Agripa herido?! – preguntó altamente sorprendido el senador, después de enterarse de lo ocurrido por la palabra de Ana: - Pero, ¿quién habrá sido el autor de semejante atentado en esta casa?

- ¡Mi padre – respondió Flavia, entre lágrimas -, hace poco, Plinio y Agripa tuvieron un serio altercado en el interior de mis aposentos!...

Publio Léntulus percibió el peligro de las palabras confidenciales de la hija, en tales circunstancias, y, como no podía creer que los hijos de Flaminio, siempre tan unidos y generosos, fuesen al extremo de las armas, acentuó decisivamente:

- Mi hija, no creo que Plinio y Agripa se abalanzasen a tales extremos.

Y como estaban en presencia de Ana, que por más respetada que fuese, ahora, en su confianza personal, no podía modificar la estructura de sus rígidas tradiciones familiares, agregó, como si quisiese prevenir al espíritu de la hija contra cualquier revelación inconveniente que pudiese envolver su nombre en escándalos sociales irremediables:

- Aparte de eso, no me pareces muy acertada en tus observaciones, porque Plinio se despidió esta mañana, siguiendo viaje para Malasia. No podemos olvidar esta circunstancia.

¿No se vio a algún desconocido en esta casa?

- Señor – respondió Ana, con humildad -, hace algunos minutos ví que el señor Saúl se retiraba apresurado de allá, del cuarto del herido. De acuerdo con mis observaciones y atenta a su familiaridad con vuestros amigos, lo supongo la persona indicada para darnos cualquier esclarecimiento.

Los ojos del viejo senador brillaron extrañamente, como si hubiese encontrado la llave del enigma.

Pero, en ese instante, mientras organizaba sus papeles, apresuradamente,

a fin de prestar los primeros auxilios al herido, Flavia Lentulia, como si las observaciones de Ana le suscitasen nuevas explicaciones, rompió sollozante.

- ¡Mi padre, mi padre, sólo ahora me recuerdo de que os debería informar de cosas muy graves!...

- Hija – acudió con decisión – estás enferma y fatigada. ¡Recógete al cuarto, procuraré remediarlo todo!... ¡Es muy tarde para cualquier ponderación! ¡Las cosas graves son siempre malas y el mal que no se corta por la raíz, con el esclarecimiento oportuno, es siempre una simiente de calamidad guardada en nuestro corazón, para reventar en lágrimas de amarguras, en las horas inesperadas de la vida!... Hablaremos, pues, más tarde. Corresponde ahora providenciar lo que sea más urgente y necesario.

Retirándose apresurado, con la sierva, en demanda de los apartamentos del herido, notó que Flavia obedecía, sin discusión, a sus determinaciones, recogéndose al cuarto.

Penetrando en los aposentos de Agripa, en compañía de la vieja sierva, Publio Léntulus consiguió medir toda la extensión de la tragedia ocurrida allí, bajo su techo respetable.

Cerrando la puerta de acceso, el senador verificó que el hijo mayor de su inolvidable Flaminio estaba muerto, restando saber los íntimos detalles de aquel drama doloroso, cuyo final sangriento era la única escena que allí se deparaba.

Arrodillándose al lado del cadáver, en lo que fue acompañado por la sierva y amiga leal, habló compungidamente:

- ¡Ana, es muy tarde!... ¡Mi pobre Agripa ya no vive, ni habría posibilidad de socorro para una herida de esta naturaleza!... ¡Parece haber expirado hace pocos momentos!...

Alzando a lo Alto la mirada mareada de lágrimas, exclamó amargamente.

- ¡Oh, manes de mi desventurado hijo, acoged nuestras súplicas por el descanso perpetuo de su alma!...

Sin embargo, aquella súplica le muriera en lo íntimo. La voz se le tomara débil y oprimida. Aquel espectáculo hediondo le conmoviera profundamente. Quería hablar, sin conseguirlo, por cuanto tenía la garganta como si estuviese dilacerada y rebelde, bajo la fuerza de los sollozos del corazón, que le morían latentes en la soledad de la imperiosa fortaleza espiritual.

Ana lo contempló afligida, porque sus ojos nunca lo habían observado en actitudes tan íntimas, en todo el largo tiempo de servicio en aquella casa.

Publio Léntulus, a sus ojos, era siempre el hombre frío e impiedoso, en cuyo pecho pulsaba un corazón de hierro, que no podía vibrar sino para las locas vanidades mundanas.

Sin embargo, en aquel instante, entre asustada y conmovida, observaba que también el senador tenía lágrimas para llorar. De sus ojos siempre altivos, caían lágrimas ardientes, que rodaban, silenciosas y tristes, sobre la cabeza inerte de aquel hombre, considerado también por él, un hijo, como si nada más le restase, aparte del consuelo supremo de abrazar cariñosamente sus despojos, a través del velo obscuro de sus dudas angustiosas.

Ana, profundamente tocada por la amargura de aquella escena íntima, exclamó con humildad, deseosa de confortar el dolor inmenso de aquel mal sin remedio:

- ¡Señor, tengamos coraje y serenidad! ¡En mis oraciones oscuras, siempre pido al profeta de Nazaret que os ampare desde el cielo, confortándoos el corazón sufridor y desalentado!

El pensamiento del senador vagaba en el dédalo de las dudas tenebrosas. Cotejando las observaciones de la hija y las palabras de Ana, buscaba descubrir, en lo íntimo, la intuición sobre la culpabilidad del delito. ¿A cuál de los dos, entre Plinio y Saúl, debería imputar la autoría del atentado nefasto? ¡Él, que decidiera tantos procesos difíciles en su vida, él, que era senador y no perdía tampoco la ocasión de participar en los esfuerzos de la edilidad romana, sentía ahora el dolor supremo de ejercer la justicia en su propia casa, con la perspectiva de la destrucción de toda la ventura de sus hijos muy amados!...

Pero, oyendo, las expresiones consoladoras de la sierva, recordó la figura extraordinaria de Jesús de Nazaret, cuya doctrina de piedad y misericordia a tantos fortalecía para afrontar las situaciones más rípidas de la vida, o para morir, heroicamente, como su propia esposa. Dirigiéndose, entonces, a la criada, con imprevista intimidad, en un gesto conmovedor de simplicidad generosa, como la sierva jamás le observara, en cualquier circunstancia de la vida doméstica, dijo:

- ¡Ana, nunca dejé de ser un hombre enérgico, en toda la vida, pero llega siempre un momento en que nuestro corazón se siente agobiado ante la rudeza de las luchas que el mundo nos ofrece con sus desilusiones amargas y dolorosas! ¡Si eres tan solo una sierva, yo sé hoy apreciarte el corazón, si bien tardíamente!...

Una lágrima espontánea le embargaba la voz, sin embargo, el viejo patricio continuaba:

- ¡En toda mi existencia, he juzgado una inmensidad de procesos de varias naturalezas, relativos a la justicia del mundo: pero, de un tiempo a esta parte, me parece que estoy siendo juzgado por la fuerza superior de una justicia suprema, cuyos tribunales no se encuentran en la Tierra!...

Desde la muerte de Livia, siento el corazón modificado, camino a una sensibilidad, para mí desconocida hasta entonces.

¡La aproximación de la vejez parece un prenuncio de la muerte de todos nuestros sueños y esperanzas!...

Frente a este cadáver, que ciertamente, va a aumentar la sombra de nuestros secretos de familia, siento cuan dolorosa es la tarea de justificar a nuestros seres amados; y, ya que te refieres al Maestro de Nazaret, cuya doctrina de paz y fraternidad a tantos ha enseñado a morir con resignación y heroísmo supremo, por la victoria de la cruz de sus martirios terrestres, ¿cómo procedería él en un caso de estos, en que las más tremendas dudas me brotan el corazón, sobre la culpabilidad de un hijo muy amado?

- Señor – respondió Ana, con humildad, profundamente conmovida ante aquella prueba de consideración y afecto -, muchas veces nos enseñó Jesús que jamás debemos juzgar, para no ser juzgados.

El senador se sorprendía, al recibir, de una criatura tan simple y tan inculta a sus ojos, esa maravillosa síntesis de la filosofía humana, repasando, en el espíritu, su doloroso pretérito.

- Pero – enunció, como si quisiese justificarse a sí mismo de los errores profundos de sus pasado de hombre público – los que no juzgan, perdonan y olvidan; ¡y, si mandan las leyes de la vida que seamos agradecidos al bien que se nos haga, no podemos perdonar el mal que se nos lanza en el camino!...

Ana, entretanto, no perdió la ocasión de consolidar la enseñanza evangélica, agregando con dulzura:

- Incluso en mi tierra, la Ley antigua mandaba que se cobrase ojo por ojo y diente por diente, pero Jesús de Nazaret, sin destruir la esencia de las enseñanzas del Templo, esclareció que los que más yerran en el mundo son los más infelices y más necesitados de nuestro amparo espiritual, recomendando, en su doctrina de amor y caridad, no perdonásemos una sola vez, sino setenta veces siete veces.

Publio Léntulus, se admiraba de aprender aquellos generosos conceptos de su criada, dentro de los principios del perdón sin restricciones ¿Perdonar? Nunca lo hiciera en sus porfiadas luchas en el mundo. Su educación no admitía piedad o conmiseración para los enemigos, porque todo perdón y toda humildad significaban, para los de su clase, traición o cobardía.

Recordábase, ahora, que en numerosos procesos políticos podría haber perdonado y que, en muchas circunstancias de su vida, podría haber cerrado los ojos de su severidad con amoroso olvido.

Sin saber la razón, como si una energía ignorada le recondujese el pensamiento a los tiempos idos, sus recuerdos se transportaron al período remoto de su viaje a Judea, viendo de nuevo con los ojos de la imaginación la escena en que, con su rigor, esclavizara impiedosamente a un mísero joven. Sí, también aquel joven se llamaba Saúl y él traía ahora el cerebro atormentado por dudas atroces, entre aquel Saúl, liberto de sus amigos, y la figura de Plinio, siempre guardaba en su concepto en un halo de amor y generosidad.

¿Perdonar?

Y el pensamiento del senador se quedaba en meditaciones amargas y penosísimas, en aquellos minutos angustiosos y largos. Era, tal vez, una de las pocas veces en la vida, en que su cerebro dudaba, receloso de hacer caer la austeridad del juicio sobre la frente de un hijo muy querido.

Mas, saliendo de esa apatía de algunos minutos, exclamó con resolución:

- ¡Ana, el profeta Nazareno debía ser, de hecho, una figura divina aquí en la Tierra!... Pero, yo soy humano y carezco de fuerzas nuevas para vivir una existencia fuera de mi época... Quiero perdonar y no puedo... Quiero juzgar en

este caso y no sé cómo hacerlo... ¡Pero, he de saber decidir, en cuanto a la solución de este terrible problema! ¡Haré lo posible por observar los preceptos de tu maestro, guardando una actitud de silencio, hasta que conozca al verdadero culpable, y entonces, buscaré no juzgar como los hombres, sino pedir a esa justicia divina que se manifieste, amparando mis pensamientos y esclareciendo mis actos...

Y como si retomase usual para las luchas de la vida, el viejo patricio sentenció:

- Ahora, tratemos de la vida en sus realidades dolorosas.

Colocó el cadáver de Agripa en el lecho y, recomendando a la sierva que preparase el espíritu de la hija, amparándole el corazón en el angustioso trance, abrió las puertas del aposento, requirió la presencia de todos los siervos de la casa, llevando la ocurrencia al conocimiento de las autoridades y procediendo, simultáneamente, a riguroso interrogatorio, a fin de esclarecer la procedencia del crimen, aunque un episodio de aquella naturaleza fuese considerado corriente en los días atribulados de la Roma de Domicio Nerón.

Algunos criados alegaban haber visto a Plinio Severus con el hermano, durante la noche; pero la palabra del senador les anulaba las informaciones, con la afirmativa de que el hermano de la víctima había partido, durante el día, en demanda del puerto de Masilia.

Saúl era, de ese modo, la persona naturalmente indicada para prestar declaraciones e, incluso antes que se realizasen las ceremonias fúnebres, el senador, interrogándolo particularmente, suponía tener razones para creer en su culpa, observándole las evasivas y alusiones descabidas, que no satisfacían las exigencias de su investigación psicológica. Sus afirmaciones e indirectas no coincidían con las aseveraciones incisivas de Ana, cuya rectitud de palabra él bien conocía. En algunos tópicos de sus informaciones, negó que estuviese presente en los aposentos de Agripa y eso fue suficiente para que el senador verificase que mentía.

En cuanto a Plinio, no fuera de hecho encontrado, obteniéndose tan solo la lacónica participación de su partida para Masilia, lo que realmente ocurriera la misma noche de la tragedia, después del altercado decisivo con el hermano, en el palacio de Aventino.

Y, así, en compañía de Aurelia, demandaba él, las Galias, en suntuosa galera, surcando las aguas calmas del antiguo mar romano.

Sin embargo, el senador, apenas deseaba oír mejor las confidencias de la hija, para arrancar la confesión suprema del mísero liberto de Flaminio, de cuya culpabilidad no tenía más dudas.

Procuró de esa manera, realizar con la mayor discreción los funerales del hijo de su inolvidable amigo, a los cuales Saúl de Gioras tuvo la desfachatez de asistir, con toda la serenidad venenosa de su espíritu mezquino.

Bajo el efecto pernicioso de tóxicos letales, que le habían sido aplicados por Ateia, la sierva traidora, pagada por Aurelia, la cual, en su inconsciencia, había envenenado todos los cosméticos del uso de su ama, destinados al tratamiento de la piel y de los cilios, Flavia Lentulia tenía, ahora, todos sus padecimientos físicos singularmente agravados aparte de la terrible situación moral en vista de la penosa ocurrencia y de su aflicción por fuerza de insolubles dudas.

Aquel mal de la infancia parecía revivir, porque el cuerpo nuevamente se abría en llagas dolorosas, mientras los ojos parecían seriamente atacados por una molestia implacable.

Tres días después de las exequias de Agripa, Publio Léntulus, profundamente apenado, le oyó el testimonio íntimo y angustioso, con el máximo de atención amorosa e interesada. Finalizado el relato minucioso de la hija, cuyas desventuras conyugales le tocaban lo íntimo del corazón, el viejo senador requirió nuevo interrogatorio de Saúl, con su presencia, pero, enviando un emisario a la búsqueda del liberto de Flaminio, quedara atónito con una nueva sorpresa.

Saúl de Gioras, después de responder a las investigaciones particulares de Publio Léntulus, cuando aún no se habían realizado los funerales de Agripa Severus, percibió claramente la actitud mental de aquel para consigo, concluyendo que no le sería posible engañar el tacto psicológico del viejo senador.

Dos días después de las ceremonias fúnebres, el liberto procuró a Araxes en su miserable refugio del Esquilino, con el espíritu exacerbado e inquieto.

Creando sinceramente en las intervenciones maravillosas del mago, frente a sus facultades divinatorias, aprovechadas, además, por fuerzas tenebrosas del plano invisible, ligadas a sus siniestras ambiciones de dinero, notó Saúl que el adivino lo recibía con la misteriosa tranquilidad de siempre. Dejó bien visible la voluminosa bolsa, repleta, como para mostrarle las ricas posibilidades financieras, para la adquisición del talismán de su ventura.

El viejo fetichero, arrugado por los años, reconociéndole las disposiciones generosas, se deshacía en sonrisas de benevolencia ambiciosas y enigmáticas, pareciendo descubrir la mirada asustadiza e inquieta, con sus ojos agudos y penetrantes.

- Araxes – exclamó Saúl, con la voz casi suplicante -, ¡estoy cansado de esperar el amor de la mujer que adoro! Estoy afligido y preocupado... Necesito serenar mis penosas aflicciones. ¡Óyeme! ¡Quiero de tus manos el talismán de la felicidad para mi desventurado amor!...

El viejo adivino guardó por minutos la cabeza entre las manos, en el gesto que le era peculiar y, después, respondió con la voz casi sumida:

- Señor, me dicen las voces de lo invisible que vuestras aflicciones no son resultantes de un amor incomprendido y desesperado...

Pero el liberto de Flaminio, que sufría la más profunda desesperación de conciencia por haber eliminado a un amigo y benefactor, en plena floración de juventud, le cortó la palabra, exclamando incisivamente:

- ¿Cómo osas contradecirme, fetichero infame?

Entretanto, Araxes, con un brillo extraño en los ojos agitados, contestó con presteza.

- ¿Entonces, me juzgáis, un fetichero infame? No por eso, dejaré de hablar la verdad, cuando la verdad me convenga.

- ¡Pues repito lo que dije! Más, ¿a qué verdades misteriosas aludes en tus vagas afirmativas? – habló el liberto, profundamente desesperado.

- ¡La verdad, mi amigo – decía el mago, con serenidad casi siniestra -, es que si estáis tan perturbado es solamente porque sois un criminal. Asesinasteis, fríamente, a un benefactor y un amigo, y la conciencia del malvado teme la implacable acción de la justicia!

- ¡Cállate, miserable! ¿Cómo lo supiste? – exclamó Saúl, excitadísimo, al mismo tiempo que arrancaba el puñal de entre los dobleces del manto.

Y avanzando hacia el viejo indefenso, agregaba con la voz cavernosa:

- ¡Ya que tus ciencias ocultas te proporcionan conocimientos perniciosos a la tranquilidad ajena, debes desaparecer también!...

Araxes comprendió que el momento era decisivo. Aquel hombre arrebatado era capaz de eliminarlo de un solo golpe. Midiendo la situación en un instante y movilizándolo toda su argucia para conservar los bienes de la vida, esbozó una sonrisa fingida y complaciente, exclamando:

- Vaya, vaya, si hablé la verdad fue solamente para que pudieses evaluar mis poderes espirituales, por cuanto, si es vuestro deseo, podré integraros, inmediatamente, en la posesión del necesario talismán. Con él, seréis profundamente amado por la mujer de vuestras preferencias... Con él, modificaréis los más íntimos sentimientos de esa criatura que adoráis y que os hará, entonces, la felicidad de toda la vida, que todos los días me aparecen feligreses en vuestras condiciones, tocando a estas puertas. Aparte de eso, entre nosotros debe existir gran confianza recíproca, porque sois mi cliente desde hace más de diez años.

Oyéndole las palabras benevolentes y serenas, el liberto de Flaminio guardó nuevamente el arma, considerando nuevas perspectivas de felicidad y concordando en todo con el adivino, que, haciéndolo sentarse, le ocupó la atención por más de una hora con la descripción de hechos idénticos a los que le ocurrían, demostrando teóricamente la eficiencia de sus amuletos milagrosos. Iba la conversación en buena forma, cuando Saúl le solicitó la entrega inmediata del talismán, porque deseaba experimentar el efecto en aquel mismo día, a lo que Araxes respondió presuroso:

- Vuestro talismán está pronto. Puedo entregaros esa preciosidad ahora mismo, dependiendo tan solamente de vos mismo, porque precisaréis beber el filtro mágico, que os colocará en la situación espiritual requerida por el cometimiento.

Saúl no hizo oposición para someterse a las imposiciones del viejo egipcio, en sus maniobras extrañas y misteriosas, penetrando a una cámara, ornamentada de varios símbolos extravagantes, que le eran totalmente desconocidos.

Araxes llevaba a efecto las escenificaciones más sugestivas. Le vistió,

sobre la toga común, larga túnica igual a la suya y, después de fingidas posiciones de magia incomprensibles, fue al interior del pequeño laboratorio, donde tomó de un tóxico violento, monologando íntimamente consigo mismo: - “Váis a recibir el talismán que más te conviene en este mundo”.

Echó algunas gotas del peligroso filtro en una taza de vino, y, con extensos gestos espectaculares, como si estuviese obedeciendo a un ritual ignorado, le dio a beber el contenido, prosiguiendo en los gestos exóticos, que eran las expresiones pintorescas y siniestras de la extravagante magia de la muerte.

Ingiriendo el vino con la mejor intención de guardar el amuleto de su felicidad, el peligroso liberto sintió que los miembros se le relajaban bajo el imperio de una fuerza desconocida y destructora, por cuanto, le faltaba la voz para exteriorizar las emociones más íntimas. Quiso gritar, pero no lo consiguió, e inútiles fueron todos los esfuerzos para levantarse. Al poco tiempo, los ojos se le turbaron lúgubrementes, como nublados por una sombra espesa e indefinible. Deseó manifestar su odio al mago asesino, defenderse de aquella angustia que le sofocaba la garganta, pero la lengua estaba hirta y un frío penetrante le invadió los centros vitales. Dejando pender la cabeza sobre los codos apoyados a lo largo de la mesa amplia, comprendió que la muerte violenta le destruía todas las fuerzas vivas del organismo.

Araxes cerró tranquilamente el cuarto, como si nada hubiese acontecido, y volvió a la tienda, ateniendo solícito a la numerosa clientela, sin quebrar su habitual serenidad.

Antes de la noche, penetró en la cámara mortuoria y vació en una bolsa el cadáver, guardando las monedas silenciosamente entre sus abundantes reservas de avariento.

Después de las veintitrés horas, cuando la ciudad dormía, el viejo fetichero del Esquilino se mezclaba con los esclavos que hacían el servicio nocturno de los transportes, conduciendo una pequeña carroza de mano, dentro de la cual iba un gran bulto.

Después del largo trayecto, ganaba las cercanías del Foro, entre el Capitolio y el Palatino, donde descansó, esperando la madrugada, cuando, despejó la carga en un ángulo oscuro de la vía pública, volviendo tranquilamente para su sueño de cada noche.

Por la mañana, el cadáver de Saúl fue fácilmente identificado y, cuando el senador buscaba al liberto para declaraciones, recibió la sorpresa de aquella noticia, inquiriendo a sí mismo las razones de aquella muerte imprevista y extraña, aturcido con el engranaje del mecanismo de la justicia divina y preguntando íntimamente, a su propia conciencia, si Saúl no sería de aquellos criminales inmediatamente ajusticiados por la ley de las compensaciones, en el camino infinito de los destinos.

Su corazón, más que nunca inclinado al examen de las profundas cuestiones filosóficas, se perdía en un abismo de conjeturas, recordando la recomendación del Espíritu de Flaminio y las elevadas lecciones de Ana, calcadas en el Evangelio: procuraba, con la mayor buena voluntad, resolver el problema del perdón y de la piedad. Deseoso de satisfacer su propia conciencia en las actividades de la vida práctica, buscó contrariar sus tradiciones y costumbres en vista del acontecimiento, y, dirigiéndose a la residencia del verdugo de sus hijos, tomó todas las providencias para que no le faltasen la decencia y el respeto en las ceremonias fúnebres. Algunos esclavos y siervos de confianza estaban habilitados para resolver todos los problemas relativos a los negocios dejados por el muerto, mas, cooperando en las exequias, Publio Léntulus se sentía satisfecho por vencer la adversión personal, homenajando, al mismo tiempo, la memoria de Flaminio.

Localizándose con la nueva compañera en Avenio, Plinio Severus supo, por intermedio de amigos, de la tragedia que se desarrollara en Roma la noche de su ausencia, siendo igualmente informado de las dudas penosas que existían a su respecto. Profundamente tocado en sus fibras emotivas, recordándose del hermano que, tantas veces, le diera testimonio de las más altas pruebas de afecto, deseó regresar, para esclarecer convenientemente el asunto, vengándole la muerte; sin embargo, entorpecido en los brazos de Aurelia y receloso del juicio del viejo senador, respetado como un padre, aparte de la sospecha que le causaba la noticia de la inexplicable enfermedad de la esposa, se quedó en su vida incomprensible, a través de Avenio, Masilia, Arelate, Antipolis y Niza, buscando olvidar, en el vino de los placeres, las grandes responsabilidades que le cabían.

Junto a Aurelia, la vida del oficial transcurrió en una condenable tranquilidad, por tres largos años, cuando un día tuvo la dolorosa sorpresa de

encontrar a la compañera, pérfida e insensible, en los brazos del músico y cantor Sergio Acerronius, llegado a Masilia con las ruidosas alegrías de la Capital del Imperio.

En ese día amargo de su existencia, el hijo de Flaminio invistió sobre la mujer traidora, con el arma en la mano, dispuesto a quitarle la vida criminosa y disoluta. Pero, en el instante de su venganza, consideró íntimamente que el asesinato de una mujer, aunque diabólicamente perversa, no debería entrar en los trámites de su vida, suponiendo aun que, dejarla vivir en el camino escabroso de sus crueldades, sería la mejor venganza de su corazón traicionado y desventurado.

Abandonó, entonces, para siempre, a aquella mísera criatura, que fue eliminada más tarde, en Ansio, por el puñal implacable de Sergio, que no le toleró la infidelidad y la perseverancia en el crimen.

Sintiéndose solo, Plinio Severus consideró, amargamente, los errores clamorosos de su vida. Revisó el pasado de futilidades condenables y actitudes locas. Casi pobre, se vio misérrimo para volver al ambiente romano, donde tantas veces brillara en la juventud, en aventuras pródigas y felices.

En balde le enviara el senador apelaciones afectuosas. Llamado a bríos por las lecciones dolorosas de su destino, el oficial, amparado por algunos amigos de Roma, prefirió esforzarse por la rehabilitación en las ciudades de las Galias, donde permanecería largos años en trabajo silencioso y rudo, por el reerguimiento de su nombre ante los parientes y amigos más íntimos.

Ya entrado en la edad madura, de las profundas reflexiones, grande le fue el esfuerzo de rehabilitación, distante de los seres más queridos.

En cuanto al viejo senador, resistió, decididamente, dentro de su rígida estructura espiritual, a los golpes aspérrimos del destino. Haciendo de la lucha de cada día el mejor camino de esclarecimiento, vio pasar los años sin desánimo y sin ociosidad.

Desde los trágicos acontecimientos en que Agripa y Saúl habían perdido la vida misteriosamente, con el abandono definitivo del marido. Flavia Lentulia tenía la salud perdida para siempre. En la epidermis, los venenos de Ateia habían sido anulados y vencidos por las sustancias medicamentosas aplicadas, pero la luz de sus ojos fuera aniquilada para siempre. Desalentada y ciega, encontró, en el corazón generoso de Ana, el cariño materno que le faltaba en tan penosas circunstancias de la vida.

Entretanto, la constitución física del senador, resistía todos los embates e infortunios.

Entre los esfuerzos de cariñosa asistencia a la hija y las lid políticas que le tomaban el máximo de atención, sus días transcurrían llenos de luchas acerbas, pero silenciosas y tristes, como siempre. En su espíritu, había ahora las mejores y más sinceras disposiciones para aprender la esencia sagrada de las enseñanzas del Cristianismo y fue así que su corazón penetró el crepúsculo de la vejez, como si las sombras fuesen clarificadas por estrellas cariciosas y suaves. En su íntimo, permanecía una serenidad imperturbable, pero, en la vida del hombre, corría el soplo inquieto del esfuerzo por las desilusiones penosas y amargas del destino, pero en el poder supremo del Imperio estaba un tirano, que necesitaba caer, en beneficio de las construcciones del derecho y de la familia; y por eso, junto a numerosos compañeros, se entregó al trabajo sutil de la política interna, para la caída de Domicio Nerón, que proseguía avasallando a la ciudad con los odiosos espectáculos de su nefasto reinado.

Caius Pisao, Séneca, así como otras figuras venerables de la época, más exaltadas en el patriotismo y amor por la justicia, cayeron bajo las manos criminales del perverso que ceñía la corona, pero. Publio Léntulus, al lado de otros hermanos de ideal que trabajaron en el silencio y en la sombra de la diplomacia secreta, junto a los militares y al pueblo, esperó por la muerte o por el destierro del tirano, aguardando las claridades del futuro, surgidas con el efímero reinado de Sergio Sulpicio Galba, que según Tácito, habría sido considerado por todos digno del gobierno supremo del Imperio, sino hubiese sido Emperador.

VIII

EN LA DESTRUCCIÓN DE JERUSALÉN

Más de diez años transcurrieron, silenciosamente amargados, después del 58, sobre la vida común de los personajes de esta historia.

Solamente en el 68, consiguiera la política conciliatoria de gran número de patricios, entre los cuales estaba Publio Léntulus, el definitivo alejamiento de Domicio Nerón y sus nefastas crueldades. Sin embargo, la ascensión de Galba durara pocos meses y aquel año 69 iba a definir grandes acontecimientos en la vida del Imperio.

Numerosas luchas llenaron la ciudad de pavor y sangre.

La terrible contienda entre Otan y Vitelio, dividiera a todas las clases de la familia romana en facciones hostiles, que se odiaban al extremo.

Al final, la famosa batalla de Bedriaco daba el trono a Vitelio, que instauró un nuevo círculo de crueldades en todos los sectores políticos.

Entretanto, la diplomacia interna, vigilaba en la sombra, examinando atentamente la situación, para no permitir la continuidad de un nuevo brote de exterminio y de infamia.

Vitelio apenas conservó el gobierno por ocho meses y días, porque, en el mismo año 69, las legiones del territorio africano, trabajadas por la orientación

sutil de los que habían derribado a Nerón y sus secuaces, proclamaron a Vespasiano para la suprema investidura del Imperio. El nuevo emperador, que aún se encontraba en el campo de sus hechos de armas, empeñado en la pacificación de la Judea distante satisfacía las exigencias más avanzadas de todas las clases civiles y militares, siendo recibido en triunfo para el puesto supremo, iniciándose, así, la era prestigiosa de los Flavios.

Vespasiano integraba aquel grupo de patricios operosos que contribuyeron, sin alardes, para la caída de los tiranos.

Amigo personal de Publio Léntulus, el emperador se tornara famoso, no sólo por sus victorias militares, sino también por su agudo criterio político, evidenciado en Roma desde los días turbulentos de Calígula.

Bajo su orientación administrativa, iba a abrirse una tregua en las inmoralidades gubernamentales, se inauguraría un nuevo período de comprensión de las necesidades populares y, en la ruta de sus planes económicos y financieros, el Imperio iba a caminar hacia los días regeneradores de una nueva era.

Publio recibió todos los acontecimientos con la velada alegría posible a sus 67 años de luchas y fuertes experiencias de la vida. Sin embargo, bajo la claridad serena de la vejez, su fibra moral y resistencia física eran las mismas de siempre.

Dentro de la perspectiva de mejores días para las realizaciones patrióticas, consideraba, ahora, como bien empleado, todo el tiempo que robara a la hija ciega, para atender al trabajo del bien colectivo; y fue en ese estado de espíritu, con la conciencia satisfecha por el deber cumplido, de conformidad con sus concepciones, que se dirigió a palacio para atender a un llamado especial del emperador, que, muchas veces, no dejó de recurrir al consejo de sus más antiguos compañeros de ideal.

- Senador – le dijo Vespasiano, en la intimidad tranquila de uno de los magníficos gabinetes de la residencia imperial -, mandé a llamarlo para ampararme con su tradicional dedicación al Imperio, en la solución de un asunto que juzgo de suma importancia ¹.

- ¡Decid, Augusto!... – respondió Publio, conmovido.

¹ Vespasiano estuvo en Roma inmediatamente después de su proclamación – Nota de Emmanuel.

Pero el emperador, gentil, le cortó la palabra:

- No, mi amigo, entendámonos con la vieja intimidad de otros tiempos. Dejemos, por un instante, los protocolos.

Y, viendo que el senador esbozaba una sonrisa de reconocimiento a su palabra fluida y generosa, continuó exponiendo la cuestión que lo interesaba:

- Llamado a Roma para el cargo supremo, no osé desobedecer las sagradas obligaciones que me impelían al cumplimiento de ese gran deber, sin bien obligado a dejar a mi hijo en la obra de pacificación de la Judea amotinada, trabajo ese que consideraré, en toda la vida, mi mejor esfuerzo por la vitalidad del Imperio, en el desdoblamiento de sus gloriosas tradiciones.

Pero, acontece, que el cerco de Jerusalén se va prolongando demasiado, acarreado las más serias consecuencias para mis proyectos económicos, en el programa restaurador que me propuse realizar en el gobierno.

Supongo que mi valeroso Tito esté necesitando de un consejo de civiles, aparte de los asistentes militares que lo acompañan en la arrojada empresa, y me propuse organizarlo tan solo con los amigos más íntimos, que conozcan Jerusalén y sus cercanías.

En cuanto a mis primeras incursiones en la edilidad, tuve conocimiento de sus procesos en la reforma administrativa de Judea, sabiendo, por tanto, de su permanencia en Jerusalén hace más de veinte años.

Era, pues, mi deseo que aceptase, con otros pocos compañeros nuestros, la incumbencia de orientar mejor la táctica militar de mi hijo. Tito está necesitado de la cooperación política de quien conozca la ciudad en sus menores rincones, así como sus idiomas populares, para vencer la situación que se va tornando cada vez más penosa.

Publio Léntulus pensó en la hija enferma, un instante, pero recordándose de la dedicación absoluta de Ana, que podría perfectamente substituir sus cuidados por algún tiempo, respondió con decisión y energía:

- Mi noble emperador, vuestra palabra augusta es la palabra del Imperio. El Imperio manda y yo obedezco, honrándome en cumplir vuestras determinaciones y correspondiendo a los impulsos generosos de vuestra confianza.

- ¡Muy agradecido! – habló Vespasiano, extendiéndole la mano, extremadamente satisfecho. – Todo estará arreglado, para que su partida y la de

otros dos o tres amigos nuestros se verifique dentro de dos semanas, a más tardar.

Y así aconteció.

Después de las dolorosas despedidas de la hija, que quedara al cuidado de la sierva dedicada, en el palacio de Aventino, el senador tomaba la suntuosa galera que, partiendo de Ostia, penetró de prisa al amplio mar rumbo a Judea.

El viejo patricio revivió, con penosa serenidad, las peripecias del viaje en sus tiempos de juventud venturosa, cuando la felicidad era para él incomprensible, en compañía de la esposa y de los dos hijitos.

Si, la pequeña figura de Marcus, el hijo desaparecido, parecía surgir nuevamente a sus ojos, bajo una aureola de radiante y santificado éxtasis.

Un día, en Cafarnaúm, llevado por las palabras calumniosas de Sulpicio Tarquinius, dudó de la honorabilidad de la esposa, creyendo, más tarde, que el rapto del niño fuese una consecuencia de su infidelidad. Pero, Livia estaba ahora redimida de todas las culpas, en el tribunal de su conciencia. Sus sacrificios domésticos y la muerte heroica en el circo constituían la prueba máxima de la sublimada pureza de su corazón. En aquellos instantes de meditación, le parecía que volvía al pasado con sus interminables sufrimientos, tropezando siempre en la sombra pesada del misterio, cuando intentaba releer las páginas de ese doloroso capítulo de su existencia.

¿A qué abismos insondables y desconocidos habría sido llevado el pequeñito que le perpetuaría la noble estirpe?

Sus emociones paternas parecían alarmarse de nuevo, después de tantos años y tantos padecimientos en familia.

Y aun, cuando le fluctuasen en lo íntimo las más penosas dudas, el senador, en la rigidez de su formación moral, prefería creer, consigo mismo, que Marcus Léntulus había sido asesinado por malhechores vulgares, dados al robo y al terrorismo, para nunca más requerir sus desvelos paternas.

Así quería creer, pero aquel viaje le parecía un análisis de sus recuerdos más queridos y más pungentes.

De tarde, a la suave claridad del crepúsculo en el Mediterráneo, le parecía ver aún la figura de Livia arrullando al pequeñito, o hablándole al corazón en términos afectuosos de consolación, suponiendo divisar, igualmente, la figura de Comenio, el siervo de confianza, entre los subalternos

y esclavos.

En compañía de otros tres consejeros civiles, llegó sin mayor dificultad a su destino, colocándose ese reducido consejo de íntimos del emperador a la inmediata disposición de Tito, que le aprovechó los pareceres, utilizando con gran éxito sus opiniones, hijas de la amplia experiencia de la región y de las costumbres.

El hijo del emperador era generoso y leal para con todos los compatriotas, que lo consideraban como benefactor y amigo. Mas, para los adversarios, Tito era de una crueldad sin nombre.

En torno a su figura ardiente y valerosa, se desdoblaban numerosas legiones de soldados que combatían encarnecidamente.

El cerco a Jerusalén, terminado en el 70, fue uno de los más impresionantes de la historia de la humanidad.

La ciudad fue sitiada, justamente cuando interminables multitudes de peregrinos, venidos de todos los puntos de la provincia, se habían reunido junto al famoso templo, para las fiestas de los panes ázimos. De ahí, el excesivo número de víctimas y las luchas aspérrimas de la célebre resistencia.

El número de muertos en los terribles encuentros se elevó a más de un millón, haciendo los romanos casi cien mil prisioneros, de los cuales once mil fueron masacrados por las legiones victoriosas, después de la escogencia de los hombres válidos, entre escenas penosas de sangre y de salvajería por parte de los soldados.

El viejo senador sentíase amargado con aquellos pavorosos espectáculos de matanza, pero le correspondía desempeñar la palabra dada y era con el mejor espíritu de coraje que daba pleno cumplimiento a su mandato.

Sus pareceres y conocimientos fueron, muchas veces, utilizados con éxito, volviéndose íntimo consejero del hijo del emperador.

Diariamente, en compañía de un amigo, el senador Pompilio Crasso, visitaba los puestos más avanzados de las fuerzas atacantes, verificando la eficacia de la nueva orientación observada por la estrategia militar de sus patricios. Los jefes de operaciones varias veces le llamaron la atención, para no avanzar demasiado en sus actividades valerosas, pero, Publio Léntulus no manifestaba el menor recelo, realizando, a su edad, minuciosos servicios de

reconocimiento topográfico de la famosa ciudad.

Al final, en la víspera de la caída de Jerusalén, ya se luchaba casi cuerpo a cuerpo en todos los puntos de penetración, habiendo incursiones de parte y parte en los campos enemigos, con recíprocas crueldades contra todos los que tuviesen la desgracia de caer prisioneros.

A pesar del celo del que estaban rodeados, Publio y el amigo, en virtud del coraje del que daban testimonio, cayeron en las manos de algunos adversarios, que, al observarles la indumentaria de altos dignatarios de la Corte Imperial, los condujeron inmediatamente a uno de los jefes de la desesperada resistencia, instalado en un caserón a la guisa de cuartel, próximo a la Torre Antonia.

Publio Léntulus, observando las escenas de salvajería y sangre de la plebe anónima y amotinada, que exterminaba a numerosos ciudadanos romanos bajo su mirada, recordó la tarde dolorosa del Calvario, en que el piadoso profeta de Nazaret sucumbiera en la cruz, bajo el vocerío aterrador de las multitudes enfurecidas. Mientras caminaba, tratado con brutalidad y aspereza, el viejo senador consideraba igualmente, que, si aquel momento señalase su muerte, debía morir heroicamente, como su propia esposa, en holocausto a sus principios, si bien hubiese fundamental diferencia entre el reino de Jesús y el imperio de César. La idea de dejar a Flavia Lentulia huérfana de su afecto le preocupaba íntimamente; sin embargo, ponderaba que la hija tendría en el mundo la dedicación generosa y asidua de Ana, así como el amparo material de su fortuna.

Fue en ese estado de espíritu, sorprendido con la sucesión de los acontecimientos, que veía a través largas calles llenas de movimiento, de gritos, de improperios y de sangre.

Jerusalén, llena de asombro, movilizaba las últimas energías para evitar la ruina completa.

Al cabo de algunas horas, extenuados de fatiga y sed, Publio y el amigo, fueron introducidos en el sombrío gabinete de un jefe Judío, que expedía las más impiedosas órdenes de suplicio y muerte para todos los romanos presos, vengando las atrocidades del enemigo.

Bastó que Publio mirase a aquel viejo israelita de rasgos característicos, para procurar, deseosamente, una figura semejante en el acervo de sus recuerdos más íntimos y más remotos.

Pero, no pudo, de pronto, identificar aquel personaje.

Sin embargo, el viejo jefe, posó en él la mirada astuta y, haciendo un gesto de satisfacción, exclamó con una chispa de odio que se le manifestaba en cada palabra:

- Ilustrísimos senadores – enfatizó con ironía y desprecio – yo os conozco desde hace largos años...

Y, fijándose en Publio, acentuó con malicia:

- Sobre todo, me honro con la presencia del orgulloso senador Publio Léntulus, antiguo enviado de Tibério y de sus sucesores en esta provincia perseguida y flagelada por las plagas romanas. Bien veo que las fuerzas del destino no me permitieron partir para la otra vida, en mi vejez trabajosa, sin que me desagravie de una injuria inolvidable.

Y avanzando hacia el viejo patricio que lo contemplaba excesivamente sorprendido, repetía con irritante insistencia:

- ¿No me reconocéis?...

Pero, el senador, tenía el semblante evidenciando su penoso abatimiento físico, en vista de aquella prueba ruda de su vida; y en balde, encaraba a la figura delgada y maquiavélica de Andrés de Gioras, ahora con el elevado ascendente en los trabajos del templo famoso, en vista de la fortuna que consiguiera amontonar.

Verificando la imposibilidad de ser identificado por el prisionero, cuya presencia, allí, más lo interesaba y que le respondiera a todas las preguntas con el silencioso gesto negativo, del viejo judío retornó con sarcasmo:

- Publio Léntulus, soy Andrés de Gioras, el padre a quien insultaste un día con el exceso de tu autoridad orgullosa. ¿Te recuerdas ahora?

El prisionero hizo una señal afirmativa con la cabeza.

Pero, viendo que su atrevimiento no lo intimidaba, el jefe de Jerusalén insistía desesperado:

- ¿Y por qué no te humillas en éste momento, frente a mi autoridad? - ¿Ignoras por ventura que puedo hoy decidir sobre vuestros destinos?... ¿Cuál es la razón por la que no me pides conmiseración?

Publio estaba exhausto. Recordó sus primeros días en Jerusalén, recordó la visita de aquel agricultor inteligente y rebelde. Procuró rememorar, íntimamente, las medidas que adoptara en calidad de hombre público, a fin de que el hijo del judío volviese al hogar paterno, sin imaginarse haber destilado tanta hiel en aquel corazón que no se pudo resignar. Deliberara no decir nada, frente a aquella figura desesperada truculenta, atendiendo a sus más íntimas disposiciones espirituales, pero, en vista de la osada insistencia, sin abdicar a las antiguas tradiciones de orgullo y vanidad que lo caracterizaban en otros tiempos, y como desease demostrar su valentía en tan penosas circunstancias, replicó, al final, con energía:

- Si os juzgáis aquí en el cumplimiento de una sagrada obligación, por encima de cualquier sentimiento particular y poco digno, no esperéis que os pida conmiseración, por el hecho de que cumpláis con vuestro deber.

Andrés de Gioras frunció el ceño, desesperado con la respuesta imprevista, andando de un lado para otro en el amplio gabinete, como si estuviese reflexionando el mejor medio de ejecutar la tremenda venganza.

Después de algunos momentos de sombrío silencio, como si hubiese llegado a una solución acorde con sus sanguinarios proyectos, llamó con voz soturna a uno de los numerosos guardias, ordenando:

- Ve de prisa y dile a Ítalo, de mi parte, que debe estar aquí mañana, a las primeras horas, para cumplir mis determinaciones.

Y mientras el emisario salía, se dirigió a los dos prisioneros en estos términos:

- La caída de Jerusalén es eminente, pero daré la última gota de sangre de mi vejez para exterminar a las víboras de vuestro pueblo. ¡Vuestra raza maldita vino a cebarse en la ciudad electa, pero yo exulto con mi venganza en vosotros dos, orgullosos dignatarios del imperio de la impiedad y del crimen! ¡Cuando se abran las puertas de Jerusalén, habré ejecutado mis implacables designios!

Callándose, bastó un gesto para que los dos amigos fuesen lanzados en una cueva oscura y húmeda, donde pasaron una noche terrible de conjeturas dolorosas, intercambiando amargas confidencias.

En la mañana siguiente, eran llamados a la prueba suprema.

Ya se oían en la ciudad los primeros rumores de las fuerzas romanas victoriosas, entregándose al terror y al saqueo de la población humillada e inerme.

Por otra parte, el éxodo precipitado de mujeres y niños en gritería infernal y angustiosa; pero, en aquel caserón de gruesas paredes de piedras, se refugiara considerable número de jefes y combatientes, para la resistencia suprema.

Publio y Pompilio fueron conducidos a una sala amplia, de donde podían oír el ruido creciente de la victoria de las armas imperiales, después de lances dramáticos y cruentos, en tanto tiempo de terror, de rapiña y de lucha; entretanto, allí, en aquel compartimiento espacioso y fortificado, tenía al frente centenares de guerreros armados y algunos jefes políticos de la resistencia israelita, que los contemplaban.

Ante el avance victorioso de las legiones romanas, era de notar la inquietud y el pavor que dominaba a todos los semblantes, pero había un interés general por los dos prisioneros importantes del Imperio, como si ellos representasen el último objeto en el que pudiesen cebar el odio y la venganza.

Modificando aquella situación indecisa, Andrés de Gioras tomó la palabra y con la voz extraña y siniestra, que retumbó por todos los ángulos de la casa, dijo:

- ¡Señores! ¡Estamos llegando al fin de nuestra desesperada defensa, pero tenemos el consuelo de guardar dos grandes jefes de la maldita política de rapiña del Imperio Romano!... ¡Uno de ellos es Pompilio Crasso, que comenzó su carrera de hombre público en esta provincia desventurada, inaugurando un largo período de terror entre nuestros compatriotas infelices! El otro, señores, es Publio Léntulus, orgulloso enviado de Tibério y de sus sucesores en la Judea humillada de todos los tiempos, que esclavizó a nuestros hijos aún jóvenes y organizó procesos criminales en todas las zonas provinciales, fomentando el pavor de nuestros hermanos perseguidos y flagelados, allá desde su residencia señorial de Galilea!... ¡Pues bien! Antes que los malditos soldados del pillaje imperial nos aprisionen y aniquilen, cumplamos con nuestros designios!...

Todos los presentes le oyeron la palabra, como si fuera la orden suprema de un jefe a quien se debiese obedecer ciegamente.

Los dos senadores fueron, entonces, amarrados con pesadas piezas de hierro a los postes del suplicio, sin libertad para cualquier movimiento, restringiendo sus expresiones de movilidad con los ojos silenciosos y serenos en el sacrificio.

- Nuestra venganza – volvía el odioso israelita a explicar – debe obedecer al criterio de la antigüedad. Primeramente, deberá morir Pompilio Crasso, por ser el más viejo y para que el vanidoso senador Publio Léntulus comprenda nuestro esfuerzo para eliminar la vitalidad de su Imperio maldito.

Pompilio miró largamente al amigo, como si estuviese haciendo su despedida angustiada y muda, en la hora extrema.

- Nicandro, este trabajo te compete – exclamó Andrés, volviéndose a uno de los compañeros.

Y dando al vigoroso soldado una espada siniestra, agregó con profunda ironía:

- Sácale el corazón para el amigo, que deberá conservar la escena de hoy en su memoria, para siempre.

Los ojos del condenado, brillaron de intensa angustia, mientras se le emblanquecía el rostro al extremo, acusando las emociones dolorosas que llevaba en el alma. Entre él y el compañero de amargura, fue intercambiada, entonces una mirada inolvidable.

En pocos minutos, Publio Léntulus asistió al desarrollo de la nefasta operación.

La cabeza blanca del ajusticiado pendió al primer golpe de espada y de su tórax envejecido fue arrancado violentamente el corazón palpitante, y sangriento.

Entretanto, el senador sobreviviente oía ya el rumor de los patricios victoriosos que se aproximaban, pareciéndole que ya se luchaba cuerpo a cuerpo, a las puertas de aquella turbulenta asamblea de la venganza y del crimen. La monstruosa escena aterrorizaba el ánimo, siempre optimista y decidido, pero no perdió la compostura altiva y rígida que él se imponía, a sí mismo, en aquel angustiioso trance.

Terminada la ejecución de Pompilio, hecha a prisa, por cuanto todos los presentes tenían conciencia de la horrorosa situación que los esperaba ante los triunfadores, Andrés de Gioras levantó nuevamente la voz:

- ¡Mis amigos – afirmó sombríamente -, al más viejo, la penalidad misericordiosa de la muerte; pero, a este patricio infame que nos oye, le concederemos la pena amarga de la vida, dentro del sepulcro de sus ilusiones desvariadas, de vanidad y orgullo!... ¡Publio Léntulus, el antiguo emisario de los emperadores, deberá vivir!... ¡Sí, pero sin los ojos que le clarearon el camino del egoísmo supremo sobre nuestros grandes infortunios!... Lo dejaremos con vida, para que en las tinieblas de su noche busque ver con los ojos de los esclavos que él oprimió en el curso de la vida.

Había un penoso silencio interior, si bien se oyese, allá afuera, el patear de los caballos y el tañir de las armaduras, aliados al rumor siniestro de voces maldicientes en el ataque y en la resistencia desesperada del último reducto.

Entretanto, Andrés de Gioras, parecía, embriagado con la voluptuosidad de su venganza y, manteniendo el equilibrio de la asistencia en aquella hora trágica del destino que a todos aguardaba, con la palabra magnética y persuasiva exclamó enérgicamente:

- Ítalo, compete a tus manos la tarea en este momento.

De la asistencia compacta e inquieta se desató un hombre, aparentando casi cuarenta años de edad, sorprendiendo al senador por sus trazos finos de patricio. Sus miradas se encontraron y él supuso descubrir en aquella alma un lazo de afinidad extraña e incomprensible.

¡Ítalo? ¿Aquél nombre no le recordaba algo de las proximidades de su Roma inolvidable? ¿Por qué motivo estaría allí aquel hombre, evidentemente de sangre noble, combatiendo al lado de los judíos amotinados e intoxicados de odio? Por su parte, el verdugo, indicado por la voz soberana de Andrés, parecía inclinado a la ternura y a la piedad por aquel hombre viejo y sereno, con las manos y los pies amarrados al poste de la injuria, como que hesitaba sobre si debía cumplir el siniestro y despiadado designio de su jefe.

En pocos momentos, surgía, de una puerta amplia y sombría, un guerrero israelita, trayendo en una bandeja de bronce una espada de hierro incandescente, cuya punta aguda reposaba entre brasas vivas.

Contemplando con interés la enigmática figura de Ítalo, en la vitalidad de la edad adulta, el senador, silencioso, no podía disimular la curiosidad en vista de su porte erecto y delicado.

Pero, Andrés, gozando el cuadro y percibiendo la minuciosa atención del condenado, lo arrancó de aquel estado de conjetura y sorpresa, ironizando:

- Entonces, senador, ¿estáis admirando el porte noble de Ítalo?... Recordaos de que si los patricios se dan el lujo de poseer esclavos israelitas, los señores de Judea también aprecian los siervos de tipo romano. Además, soy obligado a considerar que es siempre peligroso guardar un esclavo como este, en la ciudad, en vista de la plaga del patriciado, hoy excesivo por todas partes; pero yo conseguí mantener a este hombre de trabajo en el ambiente rural, hasta ahora...

Publio Léntulus mal podría descifrar el sentido oculto de aquellas irónicas palabras, no sobrándole tiempo, allí, para cualquier introspección. Observó que Andrés se callara, atendiendo a la urgencia con que debía ser llevada a efecto la operación en perspectiva, para no perder el rojo incandescente de la espada fatídica. Delante de muchas miradas atónitas y desesperada, que no sabían si miraban la escena macabra o si atendían a la ruidosa penetración de las fuerzas de Tito quebrando en aquel instante los obstáculos del último reducto, el verdugo implacable entregó a Ítalo el terrible instrumento del sacrificio.

- Ítalo – recomendó con la máxima energía -, este minuto es precioso... Vamos a quemarle las pupilas, para proporcionarle una sepultura de sombras eternas, dentro de la vida.

Sin embargo, el pobre hombre, sensibilizado hasta las lágrimas, en vista del suplicio que debería infligir por sus manos, parecía, indeciso y titubeante.

- Señor... - dijo suplicante, sin conseguir formular objeciones.

- ¿Por qué vacilas?... – contestó Andrés, tiránicamente, cortándole la palabra... - ¿Será necesario el chicote para que me obedezcas?

Ítalo tomó, entonces, la espada humildemente. Se aproximó lentamente al condenado lleno de resignación y de fortaleza interior. Antes del instante supremo, sus miradas se encontraron, intercambiando vibraciones de simpatía recíproca. Publio Léntulus aún le miró el porte, lleno de incontestable nobleza, arruinada en sus líneas más características por los trabajos más impiedosos y más rudos; y tan grande fue la atracción que experimentó por aquel hombre, mirado por sus ojos en plena luz, por última vez, que llegó a recordarse, inexplicablemente, de su pequeñito Marcus, considerando que, si él aún viviese en un ambiente tan hostil, debería tener aquel porte y aquella edad.

Las manos de Ítalo, trémulas y hesitantes, se aproximaron a sus ojos exhaustos, como si lo hiciesen en una dulce actitud de cariño; pero el hierro incandescente, con la rapidez del relámpago, le hirió las pupilas orgullosas y claras, sumergiéndole totalmente en las tinieblas para siempre.

En eso, observó la víctima que una gritería infernal retumbaba en toda la sala.

Un dolor indefinible se irradiaba de la quemadura, haciéndole sufrir atroces padecimientos.

Él nada más divisaba, aparte de las tinieblas espesas que le cubrían el espíritu, pero adivinaba que las fuerzas victoriosas llegaban tardíamente para liberarlo.

En medio de los ruidos ensordecedores, Andrés de Gioras aún se aproximó al condenado, hablándole al oído:

- ¡Podría matarte, senador infame, pero quiero que vivas. Voy a revelarte, ahora quién es Ítalo, tu verdugo del último instante!...

Pero un golpe violento de espada, blandida por un legionario romano, hiciera caer sin sentido al viejo israelita, mientras certera puñalada alcanzaba a Ítalo, indeciso en su estupefacción, que cayó pesadamente junto al torturado, abrazándole los pies, en un gesto significativo y supremo.

Voces amigas rodearon, entonces, a Publio Léntulus, en aquel ambiente tumultuoso. Le desataron inmediatamente los pies y las manos, restituyéndole la libertad de movimientos, mientras otros legionarios retiraban el cadáver de Pompilio Crasso, con el pecho vacío en un cuadro pavoroso de salvajería sangrienta.

Serenados los primeros tumultos y guardando las más penosas dudas sobre las palabras reticentes del implacable enemigo, Publio Léntulus, antes de ser llevado por el brazo de los compañeros al comando de las fuerzas en operaciones, donde recibiría los primeros socorros, recomendó que trataran con el máximo respeto el cadáver de Ítalo, que yacía al lado de un montón de despojos sangrientos, en los que fue atendido, obtemperando, entretanto, un compañero:

- Senador, antes de todo, no os olvidéis de vuestro estado, que está requiriendo de todos nosotros los más urgentes cuidados.

Y como si quisiese provocar una explicación espontánea del herido, en cuanto a su interés por el muerto, acentuó delicadamente:

- ¿No fue ese hombre quien os infligió el horrendo suplicio?

Frente a la inopinada pregunta y necesitando justificar su actitud ante los compatriotas que lo oían, Publio exclamó con voz dolorosa:

- Amigo mío, os engañáis. Ese hombre cuyo cadáver ahora no veo, era nuestro coterráneo, prisionero desde hace mucho tiempo por la saña vengativa de un poderoso señor de Jerusalén... ¡Observadle los rasgos nobles y concordaréis conmigo!...

Y mientras se retiraba amparado por los amigos, a fin de recibir auxilio inmediato e imprescindible, supuso haber cumplido un deber, al pronunciar aquellas palabras, porque misteriosas voces le hablaban al corazón, acerca de aquella mirada generosa que se posara en sus ojos por última vez.

Varios días estuvo Jerusalén entregada al saqueo y al desorden, llevados a efecto por la soldadesca del Imperio, hambrienta de placeres y envenenada en el vino siniestro del triunfo. Todos los jefes de la resistencia israelita fueron presos, a fin de comparecer a Roma para el último sacrificio, en homenaje a las fiestas conmemorativas de la victoria. Entre ellos, se incluía a Andrés de Gioras, que, restablecido de las escoriaciones recibidas, representaba uno de los que deberían ser exterminados para alegría de la asistencia festiva en la Capital del Imperio.

Después de la matanza de once mil prisioneros heridos o inválidos, masacrados por las legiones vencedoras; después de los pavorosos espectáculos de la destrucción y saqueo del magnífico templo, en el cual Israel juzgaba contemplar su obra eterna y divina para todas las generaciones de su posteridad prolífica, volvió la caravana compacta de los vencidos y vencedores, llena de riquezas ilícitas y maravillosos trofeos, para exhibir, en Roma, todos los ornamentos ilustrativos de la victoria, entre vibraciones tumultuosas y cánticos de triunfo.

En una galera confortable y tranquila, viajó Publio Léntulus, resignado dentro de la noche cerrada de su ceguera, rodeado de amigos serviciales que hacían de todo por aminorarle los sufrimientos morales.

Antes de llegar a Roma, muchas veces reflexionó sobre la mejor manera

de dirigirse directamente a Andrés, para arrancarle la verdad y serenar las dudas íntimas, en cuanto a la identidad del esclavo de tipo romano, que le hiriera para siempre, en los preciosos dones de la vista. Él, ahora, estaba ciego, y para realizar ese deseo tendría que emplear un largo proceso de providencias, de colaboración extraña, y, por eso, no había atinado con la mejor manera de oír al judío sin herir las tradiciones de dignidad personal, mantenida en todos los momentos de la vida pública.

Fue, así, en ese impase que llegó, nuevamente, al palacio de Aventino, acompañado de numerosos compañeros de labores políticas, sorprendiendo amargamente el corazón de la hija con la noticia trágica y dolorosa de su ceguera.

Ana, cual ángel fraternal, valerosa hermana de todos los infortunados, sincera discípula del Cristianismo, esperó cariñosamente a su señor, junto a Flavia que exclamaba llena de patente desaliento:

- ¡Padre mío, padre mío, pero que desgracia!...

Sin embargo, el viejo patricio, en su optimismo, le confortaba el espíritu, diciendo:

- Hija, no te des al trabajo de hacer conjeturas a fondo sobre los problemas del destino. ¡En todos los acontecimientos de la vida tenemos que loar los soberanos designios de los cielos y espero que te encorajes de nuevo, porque solamente así viviré, ahora, junto a ti, en consolución afectuosa y recíproca! Fue el propio destino que me apartó compulsoriamente de las tareas del Estado, a fin de vivir, de ahora en adelante, solamente para ti.

Entonces, se abrazaron efusivamente, fundiéndose en ósculos del mismo infortunio, vibraciones de dos almas presas a los mismos padecimientos.

Publio Léntulus, después del necesario descanso, y a pesar de la ceguera que le imposibilitaba las iniciativas, no perdió las esperanzas de oír la palabra del enemigo implacable, aún una vez más, y, para eso, aguardó el día ansiosamente esperando por el pueblo romano, de las soberanas fiestas del triunfo.

Conviene acentuar que el viejo senador fue conducido a la ciudad inmediatamente, en virtud de su especialísima situación; pero el vencedor y sus numerosas legiones entrarían en Roma con todos los fastuosos protocolos de los triunfadores, de conformidad con los numerosos reglamentos de la antigua República.

En el día señalado, toda la Capital, con su población de un millón y medio de habitantes, aproximadamente, aguardaba las magníficas conmemoraciones de la victoria.

Desde las primeras horas del día, comenzaron a agruparse a las puertas de la ciudad las legiones vencedoras, desarmadas, vistiendo delicadas túnicas de seda, ostentando soberbias aureolas de gloria. Transformando las puertas de la ciudad, bajo los aplausos estruendosos de multitudes sin fin, les fue ofrecido un esplendido banquete, presidido por el propio emperador y su hijo.

Vespasiano y Tito, inmediatamente después de la ceremonia del senado, en el Pórtico de Octavia, se encaminaron hacia la Puerta Triunfal. Allí, ofrecieron un sacrificio a los dioses y tomaron los símbolos del triunfo en las aparatosas festividades imperiales. Realizada esa ceremonia, se puso en marcha el gran cortejo, al cual Publio Léntulus no faltó, con la secreta intención de oír la palabra reveladora del jefe prisionero, cuyo cadáver, después de los sacrificios de aquel día, sería lanzado a las aguas del Tiber, de acuerdo con las tradiciones vigentes.

Todos los trofeos de las batallas sanguinolentas y todos los vencidos, en número considerable, eran llevados igualmente en procesión, en la indescriptible fiesta.

Al frente del inmenso cortejo, seguía incalculable cantidad de obras de oro puro, adornadas de colores variados y vistosos, e, inmediatamente después, piedras preciosas en número incontable, no solo en coronas de fulgurante belleza, sino también en maderas que maravillaban a los espectadores por la variedad, siendo de notar que todos esos tesoros eran cargados por jóvenes legionarios vistiendo túnicas de púrpura, con graciosos ornamentos dorados.

Después de la exhibición de los tesoros conquistados por el triunfador, venían, por centenares, las estatuas de los dioses, tallados en marfil, en oro, y en plata, de prodigiosos tamaños.

En seguida a los dioses, todo un ejército de animales, de las más variadas especies, entre los cuales se distinguían numerosos dromedarios y elefantes cubiertos de magníficas pedrerías.

Acompañando a los animales, la multitud compacta y agobiada de los prisioneros vulgares, exhibiendo su miseria y miradas tristes, procurando ocultar de los espectadores impiedosos e irreverentes los hierros pesados que los maniataban.

Después de los prisioneros sucumbidos, pasaban los simulacros de las ciudades vencidas y humilladas, confeccionados con gran esmero, sustentados en los hombros de numerosos soldados, semejantes a los modernos carros alegóricos de las fiestas carnavalescas. Habían representaciones de todas las ciudades destruidas y saqueadas, de batallas victoriosas, sin faltar el arrastramiento de los campos, la caída de murallas y los incendios devastadores.

Después de esos símbolos, iban los despojos riquísimos de los pueblos vencidos y de las ciudades conquistadas, principalmente, los de Jerusalén, cargados con mucho desvelo por los legionarios. Bajo los aplausos gritantes e irreverentes de la turba que se apiñaba por todas partes, desfilaron las estatuas representando a las figuras de Abraham y de Sara, así como de todas las personalidades reales de la familia David, y además todos los objetos sagrados del famoso templo de Jerusalén, tales como la mesa de los Panes de Proposición, hecha de oro macizo, las trompetas del jubileo, el candelabro de oro con siete brazos, los paramentos de alto valor intrínsecos, los velos sagrados del Templo, y, por fin, la Ley de los judíos, que seguía atrás de todos los despojos materiales, pillados por las fuerzas triunfadoras. Cada objeto era cargado en carruajes preciosos y bien ornamentados, en los hombros de los legionarios Romanos coronados de laureles.

Después de los textos de la Ley, seguía Simón, el desventurado jefe supremo de todos los movimientos de la resistencia de Jerusalén, acompañado de sus tres auxiliares directos, inclusive Andrés de Gioras. Todos esos jefes de la larga y desesperada resistencia vestían de negro y caminaban solemnemente al sacrificio, después de ser exhibidos en todas las conmemoraciones festivas del triunfo.

En seguida, venían los carros soberbios y magníficos de los triunfadores. Después del paso deslumbrante de Vespasiano, desfilaba Tito en un océano de púrpura, de sedas y bermejo, simbolizando al mismo Júpiter, en la embriaguez de su victoria.

En el séquito de honor, pasaba igualmente el senador valetudinario y ciego, no por el placer en los homenajes, sino con el deseo secreto de oír la palabra de Andrés, antes del trágico momento en que su cuerpo se balancease sobre las aguas lodosas del Tiber, en el instante de la consumación del último suplicio, bajo los aplausos delirantes del pueblo.

Después de los carros imperiales de los vencedores y sus áulicos más íntimos, venía el ejército compacto, entonando los himnos de la victoria, mientras todas las calles y plazas, foros y pórticos, terrazas y ventanas, se llenaban de incalculables multitudes curiosas.

El cortejo se movilizó solemnemente, desde la Puerta Triunfal hasta el Capitolio. Varias horas fueron gastadas en el trayecto, a través del sinuoso camino, por cuanto la festividad era consumada de forma que llevase sus esplendores por los rincones más aristocráticos del patriarcado romano.

En dado momento, antes de elevarse a la colina, todo el cortejo paró y los ojos ansiosos de la multitud convergieron hacia Simón y sus tres compañeros, auxiliares directos de su comando en la resistencia de la famosa ciudad.

Publio Léntulus, si bien, estaba ciego, era afecto al tradicionalismo de aquellas conmemoraciones, y comprendió que había llegado el instante supremo.

En virtud de su acaso especialísimo y considerando la deferencia que la autoridad juzgaba deberle, el emperador se preocupaba con su situación en el cortejo, recomendando al hijo, Domiciano, a atender cualquier necesidad que tuviese en tales circunstancias.

En aquel momento, bajo las vibraciones ruidosas del delirio popular, se procedía al flagicio de Simón, frente a toda Roma embriagada y victoriosa, mientras Andrés de Gioras y dos compañeros eran conducidos a la Prisión Mamertina, donde aguardarían al jefe, después de la flagelación, para la muerte en conjunto, de manera que los cadáveres pudiesen ser arrastrados a través de las Gemonias y, bajo las miradas del pueblo, lanzados a las corrientes del Tiber.

Con el alma ansiosa, pero dispuesto a realizar sus designios, el senador llamó al príncipe a cuya asistencia fuera recomendado, expresándole el deseo de dirigirle la palabra a uno de los prisioneros, en particular y en condiciones secretas, en lo que fue inmediatamente atendido.

Domiciano le tomó del brazo con atención y, conduciéndolo a una dependencia de la siniestra prisión, determinó la venida de Andrés a un cubículo aislado y secreto, conforme al deseo de Publio, aguardando el fin de la entrevista en una sala próxima, conjuntamente con algunos guardias, tan pronto penetró el condenado para el interrogatorio del antiguo político del senado.

Enfrentándose, los dos enemigos tuvieron una extraña sensación de malestar. Publio Léntulus no podía verlo más, pero si sus ojos ya no tenían expresión emotiva, chamuscadas para siempre las pupilas claras y enérgicas, su perfil erecto manifestaba las emociones que lo dominaban.

- Señor Andrés, - exclamó el senador, profundamente emocionado -, contra todos mis hábitos provoqué este encuentro secreto, para esclarecer mis dudas sobre las palabras reticentes en Jerusalén, en el día que consumasteis vuestras impiedosas determinaciones a mi respecto. No quiero, ahora, entrar en pormenores sobre vuestra actitud, sino tan solo informaros, en este momento en que la justicia de Imperio os toma a su cuenta, que todo hice por devolveros al hijo prisionero, cumpliendo un deber de humanidad, al recibir vuestras súplicas. Lamento que mis providencias tardías no alcanzasen el efecto deseado, fermentando tan violenta odiosidad en vuestro corazón. Pero, ahora, ya no ordeno más. Un ciego no puede determinar medidas de cualquier naturaleza, en vista de las penosas obligaciones de su vida, pero solicito vuestro esclarecimiento, sobre la personalidad del esclavo que me chamuscó la vista para siempre!...

Andrés de Gioras estaba igualmente abatidísimo en su decrepitud enfermiza. Conmovido por la actitud de aquel padre humillado e infeliz y haciendo la íntima retrospección de sus actos criminales, en aquellas horas supremas de su vida, respondió extremadamente compungido:

- Senador Léntulus, la hora de la muerte es diferente de todas las otras que el destino concede a nuestra existencia a la vista de este mundo... Es por eso, tal vez, que siento mi odio transformado ahora en piedad, evaluando vuestro sufrimiento amargo y rudo. Desde que fui preso, vengo considerando los errores de mi vida criminal... Trabajando en el Templo y viviendo para el culto de Ley de Moisés, sólo ahora reconozco que Dios concede libertad de acción a todos sus hijos, mayormente a sus sacerdotes, tocándoles la conciencia, en el momento de la muerte, cuando nada más resta sino la presentación del alma fallida, ante un tribunal al que nadie puede mentir o sobornar!... Sé que es tarde para reaccionar en el camino recorrido, a fin de rehacer nuestros actos; pero un sentimiento nuevo me hace hablaros aquí con la sinceridad del corazón, que, acicatado por el juicio divino, ya no puede engañar a nadie.

Hace casi cuarenta años, vuestra austeridad orgullosa, determinó la prisión de mi único hijo, remitiéndolo impiedosamente para las galeras, y en balde imploré vuestra clemencia de hombre público, para mi espíritu desamparado... De las galeras, mi pobre Saúl fue remitido para Roma, donde fue vendido, miserablemente, en un mercado de esclavos, al senador Flaminio Severus...

En ese instante, el ciego, que escuchaba atenta y eminentemente emocionado, al identificar, en aquella narrativa, al verdugo de la hija, lo interrumpió preguntando:

- ¿Flaminio Severus?

- Sí, era también, como vos, un senador del Imperio.

Profundamente emocionado, al ligar los hechos dolorosos de su familia a la persona del antiguo liberto, pero necesitando de todas las energías morales para dominarse, el senador contuvo en lo íntimo su amargura, conservándose en actitud de expresivo silencio, mientras el condenado proseguía:

- Sin embargo, Saúl, fue feliz... Abrazó la libertad e hizo fortuna, volviendo de vez en cuando a Jerusalén, donde me ayudó a prosperar; pero, debo revelaros que, no obstante los textos de la Ley predicada por mí muchas veces, que nos mandan desear al prójimo lo que deseáramos para nosotros mismos, no crucé los brazos ante vuestra arbitrariedad criminal, jurando vengarme a cualquier precio; para esto, en una noche tranquila, secuestré a vuestro pequeñito Marcus en vuestra residencia de Cafarnaúm, en complicidad con una de vuestras siervas, que más tarde tuve que envenenar para que no fuese a revelar el secreto e impedir mis siniestros propósitos, cuando vuestra ansiedad paterna instituyó, en Jerusalén, el premio de un Gran Sestercio a quien descubriese el paradero del pequeñito... Os recordaréis, por cierto, de la criada Sémele, que murió repentinamente en vuestra casa...

Mientras Andrés de Gioras se detenía en la triste confesión que le tocaba las fibras más íntimas del alma, representando cada palabra un estilete de amargura destrozándole el corazón, Publio Léntulus llegaba tardíamente al conocimiento de todos los hechos, recordando los angustiosos martirios de la compañera, como esposa calumniada y madre cariñosa.

Impresionado con su silencio doloroso, Andrés continuaba:

¡Pues bien, senador; obedeciendo a mis sentimientos condenables, rapté a vuestro hijito, que creció humillado en los más rudos trabajos del campo... le

aniquilé la inteligencia... le favorecí el ingreso en los vicios más despreciables, por el placer diabólico de humillar a un romano enemigo, hasta que culminé mi venganza en nuestro encuentro inesperado! ¡Pero, ahora, estoy ante la muerte y no sé ver más nuestra situación, sino como la de padres desventurados...! ¡Sé que voy a comparecer en breve al tribunal del más íntegro de los jueces, y, si os fuese posible, yo deseaba que me dieseis un poco de paz con vuestro perdón!

El viejo senador del Imperio no sabría explicar sus profundos dolores, oyendo aquellas revelaciones angustiosas y amargas. Oyendo a Andrés, sentía ímpetus de preguntar por el hijito cuando era niño, por sus tendencias, por las aspiraciones de la juventud; deseaba enterarse de sus trabajos, de sus predilecciones, pero cada palabra de aquella amarga confesión era una puñalada en sus sentimientos más sagrados. Cual estatua muda del infortunio, aún oyó al prisionero repetir, casi en lágrimas, arrancándolo de sus divagaciones sombrías y tormentosas:

- Senador – insistía él, suplicando tristemente -, ¡perdonadme! Quiero comprender el espíritu de mi Ley, a pesar del último instante!... ¡Perdonad mi crimen y dadme fuerzas para comparecer ante la Luz de Dios!...

Publio le oía la voz suplicante, mientras una lágrima de dolor indescriptible rodaba de sus ojos tristes y apagados.

¿Perdonar? ¿Pero cómo? ¿No fuera él, Publio, el ofendido y la víctima de una existencia entera? Singulares emociones le conmovían lo íntimo, mientras numerosos sollozos le morían en la garganta oprimida.

Frente a él estaba el enemigo implacable que lo procurara en vano, por consecutivos y largos años de infelicidad. Pero, en su introspección, sabía entender, igualmente, sus propias culpas, recordando los excesos de su severidad vanidosa. También él estaba allí como un cadáver ambulante, en el seno de las sombras espesas. ¿De qué valieron las honras y el orgullo desenfrenado? Todas sus esperanzas de ventura estaban muertas. Todos sus sueños aniquilados. Señor de considerable fortuna, no viviría más, en el mundo, sino para cargar el ataúd negro de las ilusiones despedazadas. Sin embargo, en su íntimo se negaba al perdón de la hora extrema. Fue entonces que se recordó de Jesús y de su doctrina de amor y piedad por los enemigos. El Maestro de Nazaret perdonara a todos sus verdugos y enseñara a los discípulos

que el hombre debe perdonar setenta veces siete veces. Recordó, igualmente, que, por Jesús, su esposa inmaculada muriera en las ignominias del circo infamante; por Jesús volviera Flaminio del reino de las sombras, para inclinarlo, un día, al perdón y a la piedad...

Los ruidos de afuera denunciaban que la última hora de Andrés estaba próxima. El propio Simón ya caminaba vacilante y ensangrentado, después del azote, para el interior de la prisión, culminando el suplicio.

Fue entonces que Publio Léntulus, abandonara todas las tradiciones de orgullo y vanidad, sintió que en lo íntimo del alma brotaba una fuente de linfa cristalina. Copiosas lágrimas le descendieron por la faz arrugada y malicenta, de las órbitas sin expresión, de los ojos muertos y, como si desease mirar al enemigo con los ojos espirituales, a fin de mostrarle su conmiseración, exclamó con la voz firme:

- Estáis perdonado...

Volviendo inmediatamente a la sala contigua y sin esperar ninguna respuesta, comprendió que había llegado la última hora del enemigo.

En pocos minutos, el cadáver de Andrés de Gioras era arrastrado a las Gemonias, para ser lanzado al Tíber silencioso.

El senador nada más percibió del resto de las numerosas ceremonias en el Templo de Júpiter.

El cortejo estaba ahora iluminado por la claridad de mil antorchas colocadas por los esclavos en cuarenta elefantes, por orden de Tito, al caer las primeras sombras de la noche, pero el senador, agobiado en sus padecimientos morales, regresaba en litera al palacio de Aventino, donde se encerró en sus apartamentos particulares, alegando gran cansancio.

Tanteando en su noche, se abrazó a la cruz de Simón, que le fuera dejada por la creencia de la esposa, mojándola con las lágrimas de su desventura.

En meditaciones profundas y dolorosas, pudo entonces comprender que Livia viviera para Dios y él para César recibiendo ambos compensaciones diferentes en la senda del destino. Y mientras el yugo de Jesús fuera suave y leve para su esposa, su altivo corazón estaba preso al terrible yugo del mundo, sepultado en sus dolores irremediabiles, sin claridad y sin esperanza.

IX

RECUERDOS AMARGOS

Inmediatamente después de los penosos acontecimientos del 70 y de conformidad con los deseos de Flavia, el senador pasó a residir en la vivienda confortable que él poseía en Pompeya, lejos de los bullicios de la Capital. Allí podría entregarse mejor a sus meditaciones.

Hacia allá transportara entonces, el viejo político, todo su voluminoso archivo, así como los recuerdos más cariñosos y más importantes de su vida.

Dos libertos griegos, extremadamente cultos, fueron contratados para los trabajos de escritura y lectura, y era así, como en su retiro, se mantenía al corriente de todas las novedades políticas y literarias de Roma.

En esos tiempos lejanos, cuando el hombre se encontraba lejos aún de los beneficios preciosos de la invención de Gutenberg, los manuscritos romanos eran raros y sumamente disputados por las élites intelectuales de la época. Una casa editora disponía, casi siempre, de una centena de esclavos calígrafos, inteligentes, que confeccionaban más o menos mil libros por año.

Aparte de eso, Publio, poseía en Roma sinceras y numerosas amistades a su servicio, recibiendo en Pompeya todos los ecos de los acontecimientos de la ciudad que le absorbiera las mejores energías de la vida.

A menudo, recibía también noticias de Plinio Severus, por intermedio de amigos desvelados, confortándose con las informaciones sobre su conducta, ahora digna, por cuanto, por los méritos conquistados en las Galias, fuera transferido, después del 73, para Roma, donde, por la corrección del proceder, aunque tardíamente, conquistara una posición respetable y brillantes, prosiguiendo en las tradiciones de la probidad paterna, en los cargos administrativos del Imperio.

Y Plinio, por su parte, no volviera más a procurar a la esposa ni aquél que el destino lo compelia a considerar como un padre dedicado y cariñoso, si bien no ignoraba el supremo infortunio de sus familiares. En lo íntimo, el antiguo oficial romano no desdeñaba la idea de regresar al seno de los seres queridos; pero, deseaba hacerlo en condiciones de disipar todas las dudas en cuanto al considerable esfuerzo sobre sí mismo, para su regeneración. Escalando puestos de confianza en la administración de los Flavianos, quería una posición de mayores ventajas morales, para llevar a sus íntimos, la certeza de su rehabilitación espiritual.

Corría el año 78, en la placidez de los paisajes hermosos de la Campaña. Mientras Tibur representaba una estación de cura y descanso regenerador para los romanos más ricos. Pompeya era la ciudad de los romanos más sanos y más felices. En sus vías públicas se encontraba, a cada paso, los mármoles soberbios y el buen gusto de las más bellas construcciones de la capital aristocrática del Imperio. En sus templos suntuosos, se aglomeraban asambleas brillantes, de patricios educados y cultos, que se instalaban en la hermosa ciudad, poblada de cantores y poetas, al pie del Vesubio, e iluminada por un cielo de maravillas, lleno de radiante sol o bordado de estrellas resplandecientes.

Publio Léntulus, ahora, apreciaba sobremanera la palabra simple y convincente de Ana, que envejeciera al lado de Flavia, cual bella figura de marfil antiguo. Era de ver el interés, la conmoción, la alegría al oírla sobre la excelencia de los principios cristianos, cuando se entretenían en recordaciones de la Judea distante.

En esas amables charlas, entre los tres, casi siempre posteriores a la cena, se discutía la figura de Cristo y las sublimadas ilaciones de su doctrina, consiguiendo el senador, por la fuerza de las circunstancias, meditar mejor en

los grandiosos postulados del Evangelio, aún fragmentado y casi desconocido, para ligar los principios generosos y santos del Cristianismo a la personalidad de su divino fundador.

Largas horas permanecían allí, en la terraza amplia, bajo la luz suave de las estrellas y usufructuando la caricia de las brisas de la noche, que eran como soplos de inspiraciones celestes, aquellas tres criaturas, en cuyas frentes se marcaban las experiencias de los años.

A veces, Flavia tocaba un poco de música, que le salía del arpa como vibrante gemido de dolor y de nostalgia, alcanzando el corazón paterno sumergido en el abismo de las reminiscencias dolorosas. Es que la música de los ciegos es siempre más espiritualizada y más pura, porque, en su arte, habla el alma profundamente, sin las emociones dispersas de los sentidos materiales.

Una noche, y obedeciendo al hábito de muchos años, vamos a encontrar a aquellas tres criaturas en la espaciosa terraza de la villa de Pompeya, en dulces rememoraciones.

Había más de siete años que casi todas las conversaciones versaban, allí, sobre la personalidad del Mesías y la excelsa pureza de su doctrina, observada, antes de todo, la necesaria discreción, por cuanto los adeptos del Cristianismo continuaban perseguidos, si bien con menos crueldad.

En todo caso, invariablemente, la conversación era de enfermos y de viejos, sin provocar el interés de los amigos más jóvenes y más felices.

Después de algunos recuerdos y comentarios de Ana, sobre la angustiosa tarde del Calvario, exclamaba el viejo senador en tono convencido:

- ¿Para mí, tengo la certeza de que Jesús quedará para siempre en el mundo, como el más elevado símbolo de consolación y fortaleza moral para todos los sufridores y para todos los tristes!...

Desde los primeros días de mi ceguera material procuro, íntimamente, comprenderle la grandeza y no consigo aprender todas la extensión de su excelsitud y de sus enseñanzas.

Recuérdame, como si fuese ayer, del crepúsculo hermoso en el que lo vi por primera vez, a lo largo de las márgenes del Tiberíades...

- Yo también – murmuró Ana – no consigo olvidar aquellas tardes deliciosas y claras en las que todos los siervos y sufridores de Cafarnaúm nos reuníamos a la orilla del gran lago, esperando el suave éxtasis de sus palabras.

Y como si estuviese contemplando el desfile de sus recordaciones más queridas, con los ojos de la imaginación, la vieja sierva continuaba:

- El Maestro apreciaba la compañía de Simón y de los hijos de Zebedeo y, casi siempre, era en una de sus barcas que él venía, solícito, a atender a nuestras rogativas.

- Lo que más me asombraba – decía Publio Léntulus, impresionado – es que Jesús no era, que se supiese, un doctor de la Ley o sacerdote formado por las escuelas humanas. Sin embargo, su palabra, estaba como unguida de una gracia divina. La mirada serena e indefinible penetraba el fondo del alma y la sonrisa generosa tenía la complacencia de quien, poseyendo toda la verdad, sabía comprender y perdonar los errores humanos. Sus enseñanzas, meditadas diariamente por mí, en estos últimos años, son revolucionarias y nuevas, pues arrasan con todos los preconceptos de raza y de familia, uniendo a las almas en un gran abrazo espiritual de fraternidad y tolerancia. La filosofía humana jamás nos dijo que los afligidos y pacíficos son bienaventurados en el cielo; entretanto, con sus lecciones renovadoras, modificamos el concepto de virtud, que, para el Dios soberano y misericordioso de las Alturas, no está en el hombre más rico y poderoso del mundo, sino en el más justo y más puro, aunque sea humilde y pobre.

Su palabra compasiva y cariñosa esparció enseñanzas que solamente hoy puedo comprender, en la sombra espesa y triste de mis sufrimientos...

- Papá – preguntó Flavia Lentulia, extremadamente interesada en la conversación - ¿Llegaste a ver al profeta muchas veces?...

- No, hija. Antes del día nefasto de su muerte infamante en la cruz, solamente lo vi una vez, en el tiempo en que eras pequeña y enferma. ¡Sin embargo, eso bastó, para que yo recibiese en sus palabras sublimes, luminosas lecciones para toda la vida. Sólo hoy entiendo sus exhortaciones amigas, comprendiendo que mi existencia fue una buena oportunidad perdida!... Además, ya en aquel tiempo, su profunda palabra me decía que yo enfrentaba, en el minuto de nuestro encuentro, la maravillosa ocasión de todos mis días, agregando, en su extraordinaria benevolencia, que yo podría aprovecharlo en aquella época o de ahí a milenios, sin que me fuese posible aprender el sentido simbólico de sus palabras...

- Todas las concesiones de Jesús se sustentaban en la Verdad santificada

y consoladora – acrecentó Ana, gozando ahora de toda la intimidad con sus señores.

- Sí – exclamó Publio Léntulus, concentrado en sus reminiscencias -, mis observaciones personales me autorizan a creer de la misma forma.

Si yo hubiese aprovechado la exhortación de Jesús en aquel día, tal vez hubiese aligerado más de la mitad de las pruebas amargas que la Tierra me reservaba... Si hubiese buscado comprender su lección de amor y humildad, habría procurado a Andrés de Gioras, personalmente, reparando el mal que le había hecho, con la prisión del hijo ignorante, demostrándole mi interés individual, sin confiar tan solo en los funcionarios irresponsables que se encontraban a mi servicio... Guiado por ese interés, habría encontrado a Saúl fácilmente, pues Flaminio Severus sería, en Roma, el confidente de mis deseos de reparación, evitando de esa manera la dolorosa tragedia de mi vida paternal.

Si hubiese entendido bastante su caridad, en la cura de mi hija, habría conocido mejor el tesoro espiritual del corazón de Livia, vibrando con su espíritu en la misma fe, o cayendo conjuntamente con ella en la arena ignominiosa del circo, lo que sería suave, en comparación con las lentas agonías de mi destino; habría sido menos vanidoso y más humano, si le hubiese entendido la lección de fraternidad...

- Papá – exclamaba, la hija, para confortarle las agruras del corazón -, si Jesús es la sabiduría y la verdad, de cualquier modo él sabría comprender las razones de vuestra actitud, sabiendo que fuisteis forzado por las circunstancias a mantener ese o aquel principio en vuestra vida.

- Hija mía, en estos últimos años – contestó Publio, ponderadamente – tengo la presunción de haber llegado a las más seguras conclusiones con respeto a los problemas del dolor y del destino...

Creo hoy, con la experiencia propia que las actividades penosas del mundo me ofrecían, que nosotros contribuimos, sobre todo, para agravar o atenuar los rigores de la situación espiritual, en las tareas de esta vida. Admitiendo, ahora, la existencia de un Dios Todo Poderoso, fuente de toda la misericordia y de todo el amor, creo que su Ley es la del bien supremo para todas las criaturas. Ese código de solidaridad y de amor debe regir a todos los seres y, dentro de sus dispositivos divinos, la felicidad es la determinación del

cielo para todas las almas. Toda vez que caemos a lo largo del camino, favoreciendo el mal o practicándolo, efectuaremos una intervención indebida de la Ley de Dios, con nuestra libertad relativa, contrayendo una deuda con el peso de los infortunios...

¡No refiriéndome a mis actos personales; que agravaron mis angustiosos dolores íntimos, y considerando a Jesús como medianero entre nosotros y Aquél a quien su profunda palabra llamaba Padre Nuestro, quedo hoy penando si no cometí un error, forzando su misericordia con mi súplica paternal, a fin de que continuase viviendo en este mundo, para nuestro amor en la familia, cuando eras pequeña!...

Flavia Lentulia y Ana, que acompañaban a los racioneros del senador, desde muchos años, le seguían las conclusiones morales, llenas de sorpresa, en vista de la facilidad íntima con que sabía aliar las penosas lecciones de su destino a los principios predicados por el profeta de Nazaret.

- En verdad, padre mío – dijo Flavia Lentulia, después de larga pausa -, tengo la impresión de que las fuerzas divinas habían deliberado arrebatarme del mundo, considerando los dolores penosos que me esperaban en la senda escabrosa de mi destino desventurado...

- Sí – agregó el senador, cortándole la palabra -, ahora sí que me comprendiste bien. La vida y el sufrimiento nos enseñan a entender mejor el plan de las determinaciones de orden divino.

¡Antiguos iniciados de las religiones misteriosas del Egipto y de la India creen que volvemos varias veces a la Tierra, en otros cuerpos!...

En ese instante, el viejo patricio hizo una pausa.

Recordóse de sus antiguos sueños, cuando, al verse con la indumentaria de Cónsul en el tiempo de Catilina, infligía a los enemigos políticos el suplicio de la ceguera, con el hierro incandescente, cuando se llamaba Publio Léntulus Sura.

En sus pensamientos caía como un torrente de ilaciones nuevas y sublimadas, como si fuesen renovadoras inspiraciones de la sabiduría divina.

Pero, después de algunos instantes, como si el reloj de la imaginación se hubiese parado algunos minutos, para que el corazón pudiese escuchar el tropel de los recuerdos en el desierto de su mundo subjetivo, murmuraba, confortado, en la posesión tardía del derrotero de su amargo destino...

- Hoy creo, hija mía, que, si las energías sabias del cielo habían decidido tu muerte, cuando eras pequeña – determinación esa que yo posiblemente contrarié con mi súplica angustiada de padre, descubierta en silencio por el Mesías de Nazaret en lo recóndito de mi orgulloso e infeliz corazón – es que deberías quedar libre de la cárcel que te prendía, para prepararte mejor para la resignación, para la fortaleza y para los sufrimientos. Ciertamente, renacerías más tarde y encontrarías las mismas circunstancias y los mismos enemigos, pero tendrías un organismo más fuerte para resistir a los embates penosos de la existencia terrestre.

Reconocemos hoy, por tanto, que hay una ley soberana y misericordiosa a la que debemos obedecer, sin interferir en su mecanismo hecho de misericordia y sabiduría...

En cuanto a mí, que tuve el organismo resistente y fibra espiritual saturada de energía, siento que, en otras vidas, procedí mal y cometí crímenes nefastos.

Mi actual existencia habría de ser un inmenso rosario de infinitas amarguras, pero veo tardíamente que si hubiese ingresado en el camino del bien, habría rescatado un montón de pecados del pretérito obscuro y delictuoso. ¡Ahora entiendo la lección de Cristo como enseñanza inmortal de la humildad y del amor, de la caridad y del perdón – caminos seguros para todas las conquistas del espíritu, lejos de los círculos tenebrosos del sufrimiento!

Y recordando el sueño que relataba a Flaminio, en los tiempos idos, concluía:

- La expiación no sería necesaria en el mundo, para el perfeccionamiento del alma, si comprendiésemos el bien, practicándolo en hechos, palabras y pensamientos. Si es verdad que nací condenado al suplicio de la ceguera, en tan trágicas circunstancias, tal vez hubiese evitado la consumación de estas pruebas, si abandonase mi orgullo para ser un hombre humilde y bueno.

Un gesto de generosidad de mi parte habría modificado las íntimas disposiciones de Andrés de Gioras; pero, la realidad es que, no obstante todos los preciosos avisos de lo Alto, continué con mi egoísmo, con mi vanidad y con mi criminal impenitencia. Agravé, de ese modo, mis débiles clamorosos ante la Justicia Divina, y no puedo esperar la magnanimidad de los jueces que me aguardan...

El viejo Publio Léntulus tenía una lágrima dolorosa en el canto de los ojos apagados, pero Ana, que ansiosa le escuchaba las palabras y conceptos, y que se regocijaba íntimamente verificando que el orgulloso señor llegara a las más justas conclusiones de orden evangélico, ilaciones que también ella había alcanzado en las meditaciones del la vejez, esclarecía, bondadosamente, como si sus afirmativas simples e incisivas llegasen en el momento justo para consolación de todos:

- Senador, todas vuestras observaciones son sensatas y justas. Esa ley de las vidas múltiples, a favor de nuestro aprendizaje, en las luchas penosas del mundo, yo la acepto plenamente, pues, en sus divinas lecciones, Jesús aseveró que nadie podrá penetrar el reino de los cielos sin renacer de nuevo. Presumo, que a pesar de vuestra ceguera material y de vuestros padecimientos, que sé comprender en toda su angustiosa intensidad, debéis traer el alma plena de creencias y de esperanzas en el futuro espiritual, porque también Cristo nos afianzó que Nuestro Padre no quiere que se pierda una sola de sus ovejas!...

Publio Léntulus sintió que una fuerza inexplicable le brotaba en lo íntimo, como si fuera un manantial desconocido, de extraño consuelo, preparándolo para enfrentar dignamente todas las amarguras.

- Sí – murmuró suavemente -, ¡Siempre Jesús!... ¡Siempre Jesús!... Sin él y sin las enseñanzas de sus palabras que nos hinchen de coraje y de fe para alcanzar un reino de paz en el porvenir del alma, no sé lo que sería de las criaturas humanas, encadenadas a la cárcel de los sufrimientos terrestres... ¡Siete años de padecimientos infinitos en la soledad de mis ojos muertos, se me parecen a siete siglos de aprendizaje cruel y doloroso! ¡Pero, solamente, así, podría llegar a entender la lección del Crucificado!

El viejo patricio, al pronunciar la palabra “Crucificado”, condujo nuevamente el pensamiento a Jerusalén, en la Pascua del año 33. Recordó que tuviera en las manos el proceso del Emisario Divino y, sólo entonces, ponderó la tremenda responsabilidad en la que se viera envuelto en aquel día inolvidable y doloroso, exclamando después de larga pausa:

- ¡Y pensar que, para un espíritu como aquel, no hubo siquiera un gesto decisivo de defensa, de nuestra parte, en el angustioso momento de la cruz infamante!... ¡A mí, que ahora vivo tan solo de mis recordaciones amargas, me parece, verlo aún al frente de mis ojos, en los tristes estigmas de la flagelación!...

¡En él, se concentraba todo el amor supremo del cielo para redención de las miserias de la Tierra, entre tanto, no vi a persona alguna trabajar por su libertad, o actuar efectivamente en su favor!...

- Menos alguien... exclamó Ana, inopinadamente.

- ¿Quién llegó a tener ese noble gesto? – preguntó el viejo ciego, admirado. – No me constó que nadie lo defendiese.

- Es porque ignorasteis hasta hoy, que vuestra digna consorte y mi inolvidable benefactora, atendiendo a nuestros ruegos, se dirigió inmediatamente a Poncio Pilatos, tan pronto el triste cortejo había salido de la corte provincial romana, para interceder por el Mesías de Nazaret, injustamente condenado por la multitud enfurecida. Recibida por el gobernador en su gabinete particular, fue en vano que la noble señora imploró compasión y piedad para el Divino Maestro.

- ¿Entonces, Livia llegó a dirigirse a Pilatos para suplicar por Jesús? – preguntó el senador, interesado y perplejo, recordando aquella tarde angustiada de su vida y rememorando las calumnias de Fulvia, con respecto a la esposa.

- ¡Sí – respondió la sierva -, por Jesús, su corazón magnánimo despreció todas las convenciones y todos los preconceptos, no vacilando en atender a nuestras súplicas, haciendo de todo por salvar al Mesías de la muerte infamante!

Publio Léntulus sintió, entonces, gran dificultad para exteriorizar sus pensamientos, con la garganta sofocada de emoción, dentro de sus amargos recuerdos, y con los ojos muertos, mareados de lágrimas...

Ana recordó, entonces, todos los por menores de aquel día doloroso, relatando sus pasadas emociones, mientras el senador y la hija le escuchaban la palabra, tomados de llanto en el camino del dolor, de la gratitud y de la nostalgia.

Y era de ese modo que, al fin de cada día, bajo el cielo brillante y perfumado de Pompeya, aquellas tres almas se preparaban para las realidades consoladoras de la muerte, dentro de la claridad tierna y triste de las lecciones amargas del destino, en la estela de las recordaciones amigas.

X

EN LOS ÚLTIMOS MINUTOS DE POMPEYA

En una radiante mañana del año 79, toda Pompeya despertó en rumores festivos.

La ciudad había recibido la visita de un ilustre cuestor del Imperio y, en aquél día, todas las calles se movían en alacridad barullenta, aguardándose, para breves horas, las fiestas deslumbrantes del anfiteatro, con que la administración deseaba celebrar el evento, en medio de la alegría general.

Para el viejo senador Publio Léntulus, el acontecimiento se revestía de especial importancia, por cuanto el distinguido huésped de Pompeya le traía significativo mensaje, así como honrosas deferencias de Tito Flavius Vespasiano, entonces emperador, en sucesión de su padre.

Aún más.

En el séquito del cuestor ilustre venía, igualmente, Plinio Severus en plenitud de madurez, totalmente regenerado y juzgándose ahora redimido en el concepto de la esposa y de aquél que su corazón consideraba como padre.

En ese día, mientras Ana comandaba, verbalmente, las actividades domésticas en los preparativos de la recepción, movilizando, esclavos y numerosos siervos, Publio y la hija se abrazaban conmovidos en vista de la sorpresa que el destino les reservara, aunque tardíamente. Avisados por mensajeros de la caravana de patricios ilustres, daban rienda suelta a las emociones más gratas del espíritu, en la dulce perspectiva de acoger al hijo pródigo, tantos años distante de sus brazos amigos.

Antes del medio día, un deslumbramiento de carruajes, de caballos adornados de joyas brillantes sobre vestiduras relucientes se detenía a las puertas de la villa plácida y graciosa, provocando la admiración y el interés curioso de los vecinos. Y, en seguida, fue un torbellino de abrazos, cariños, palabras confortadoras y generosas.

Casi todos los patricios, en excursión por Campaña, conocían al senador y a su familia, representando ese acontecimiento un suave encuentro de corazones.

Publio Léntulus abrazó a Plinio, demoradamente, como si lo hiciese a un hijo bien amado, que volviese de lejos y cuya ausencia hubiera sido excesivamente prolongada. Experimentada, en lo íntimo, impulsos, de demostrar su gran afecto, pero su corazón los dominó, para no provocar la admiración injustificada de los circundantes.

- ¡Padre mío, padre mío! – dijo el hijo de Flaminio en tono discreto y casi imperceptible a sus oídos, cuando le besaba la frente encanecida - ¿Ya me perdonaste?

- ¡Oh hijo! ¿Cómo tardaste tanto?... ¡Te quiero como siempre y que el cielo te bendiga!... – respondió el viejo ciego, emocionado.

De ahí a un instante, después del dulce encuentro de Plinio y su esposa, exclamó el cuestor en medio del silencio general.

- ¡Senador, me honro en traeros un precioso recuerdo de César, acompañado de un mensaje de reconocimiento de la alta administración política del Imperio, uno de los más fuertes y más justos motivos de mi permanencia en Pompeya, e incumbo a nuestro amigo Plinio Severus de entregaros, en este momento, esas reliquias que representan uno de los más significativos homenajes del Imperio al esfuerzo de uno de sus más dedicados servidores!...

Publio Léntulus sentía bien la suprema emoción de aquella hora.

El homenaje del emperador, la cariñosa presencia de los amigos, el regreso del yerno a sus brazos paternos, representaban para su corazón una alegría entontecedora.

Entretanto, sus ojos, nada podían ver. Del seno de su noche, oía aquellos comentarios generosos, como un desterrado de la luz, de quien se exhumasen las recordaciones más queridas y más dulces.

- ¡Amigos – dijo, enjugando una lágrima furtiva en los ojos apagados -, todo esto, es para mí la mayor recompensa de una vida entera. Nuestro emperador es un espíritu excesivamente generoso, porque la verdad es que nada hice para merecer el reconocimiento de la patria. Sin embargo, mi alma exulta con vosotros, mis patricios, porque nuestra reunión en esta casa es símbolo de unión y trabajo, en las elevadas responsabilidades del Imperio...

Pero, en ese instante, alguien le tomaba las manos rugosas llevándolas a los labios húmedos, dejando caer en los pequeños surcos de las arrugas, dos lágrimas ardientes.

Plinio Severus, en un gesto espontáneo, se arrodillara y, besándole las manos, daba expansión a su afecto y reconocimiento, al mismo tiempo que le hacía entrega del mensaje imperial que el viejo senador no más podía leer.

Publio Léntulus lloraba, sin poder pronunciar una sola palabra, tal era la emoción que le oprimía lo íntimo, mientras los circunstantes le acompañaban las actitudes con los ojos mareados de llanto.

En ese ínterin, el hijo de Flaminio no se pudo contener más y, consagrado a su regeneración espiritual, exclamaba enternecido:

- ¡Mi querido padre, no lloréis, si nos hallamos todos aquí para compartir vuestra alegría!... ¡Frente a todos nuestros amigos romanos, con el homenaje del Imperio, yo os entrego mi corazón regenerado para siempre!... ¡Si estáis ahora ciego, mi padre, no lo estáis por el espíritu que siempre procuró disipar las sombras y remover tropiezos de nuestro camino!... ¡Continuaréis guiando los míos, o, mejor, nuestros pasos, con vuestras antiguas tradiciones de sinceridad y de esfuerzo, en la rectitud del proceder!... ¡Volveréis conmigo a Roma y, junto a vuestro hijo rehabilitado, organizaréis nuevamente el palacio de Aventino!... ¡Seré, entonces, para siempre, y, para todo, un centinela de vuestro espíritu, para amaros y protegeros!... ¡Tomaré mi esposa a mi entero

cuidado y, día a día, tejeré para nosotros tres una aureola de venturas nuevas e indefinibles, con los milagros de mi amor eterno! ¡En nuestra casa de Aventino florecerá una alegría nueva, porque he de proveer todas vuestras horas con el amor grande y santo de quien, conociendo todas las duras experiencias de la vida, sabe ahora valorizar sus propios tesoros!...

¡El viejo senador, exhausto por los años y por los más rudos sufrimientos, se conservaba de pie, acariciando los cabellos del yerno, igualmente plateados por los inviernos de la vida, mientras pesadas lágrimas rompían la muralla de su noche par enternecer el corazón de todos, en una angustiosa e indefinible emotividad. Flavia Lentulia lloraba, igualmente, dominada por íntimas sensaciones de felicidad, al cabo de tan largas y desalentadas esperanzas!... Algunos amigos deseaban quebrar la solemnidad dolorosa de aquel cuadro imprevisto, pero el propio cuestor, que dirigía la caravana de patricios ilustres, se ocultara en un rincón, sensibilizado hasta las lágrimas.

Publio Léntulus, comprendiendo que solamente él mismo podría modificar las disposiciones de aquel paisaje sentimental, reaccionó a las emociones, exclamando:

- ¡Levántate, hijo mío!... Nada hice para que me agradezcas de rodillas. ¿Por qué me hablas de este modo?... Volveremos a Roma, sí, en pocos días, pues todos tus deseos son los nuestros... ¡regresaremos a nuestra casa de Aventino, donde, juntos, viviremos para recordar el pretérito y venerar la memoria de nuestros antepasados!...

Y, después de una pausa, continuó, con exclamaciones casi optimistas:

- ¡Mis amigos, me siento conmovido y agradado por la gentileza y el afecto de todos vosotros! Pero ¿qué es eso? ¿Todos silenciosos? Recordaos de que no os veo sino a través de las palabras. ¿Y la fiesta de hoy?...

Las exclamaciones del senador quebraron el silencio general volviéndose a los intensos ruidos de minutos antes. Al torrente de las conversaciones se casaba el tañir de las tazas de vino, en sus pesados estilos de la época.

Mientras las visitas se reunían en el espacioso triclinio para libaciones ligeras, Plinio Severus y la esposa intercambiaban confidencias tiernas, bien sobre los proyectos en perspectiva para los años que aún le restaban en el mundo, bien sobre las recordaciones de los días lentos y amargos del pasado distante.

Pero, insistentes llamados requerían la presencia del cuestor y la comitiva, en el local de los festejos.

El circo fuera preparado para la ocasión y no se perdiera ninguna oportunidad para la realización de los menores detalles propios de las grandes festividades romanas.

Y al mismo tiempo que todos se despedían del senador y de su hija, en un deslumbramiento de felicidad mundana, Plinio Severus se dirigía a Publio en estos términos, después de abrazar tiernamente a la compañera:

- Padre mío, llevado por las circunstancias, soy compelido a acompañar al cuestor en las festividades populares, pero estaré de regreso en pocas horas, para quedarme con vosotros un mes, y tratar sobre nuestro regreso a Roma.

- Muy bien, mi hijo – respondía el viejo senador, sumamente confortado -, acompaña a nuestros amigos y represéntame junto a las autoridades. Dile a todos mi emoción y mi agradecimiento sincero.

A solas, nuevamente, el senador sintió que aquellas conmociones cariciosas y alegres era, tal vez, las últimas de su vida. En el viejo pecho, el corazón le latía desacompañado, como si una pesada nube de pensamientos tristes lo envolviese. Sí, el regreso de Plinio a sus brazos paternos era la alegría suprema de su vejez desalentada, sabía ahora que la hija podría contar con el esposo, en las sendas de su tormentoso destino, y que él, Publio, solamente le competía aguardar la muerte, resignado. Ponderando las palabras afectuosas del hijo de Flaminio y sus añoranzas del pasado remoto, Publio Léntulus consideró, íntimamente, que era muy tarde para regresar a Aventino y que el regreso a Roma solo debía significar, para su espíritu precito, el símbolo de la sepultura.

En pleno espectáculo, Plinio Severus, ya en el otoño de la vida, edificaba los planes del futuro. Procuraría rescatar todas las faltas antiguas, ante sus parientes afectuosos y queridos; asumiría la dirección de todos los negocios del viejo padre por el corazón, aliviándolo de todas las angustias preocupaciones de la vida material.

De vez en cuando, los aplausos de la multitud le interrumpían los devaneos. La mayoría de la población de Pompeya estaba allí en plena fiesta, ovacionando a los triunfadores. Gente de todos los alrededores y muy particularmente de Herculano, que vinieron apresurados a la diversión predilecta de aquellas épocas lejanas. Mezclados con los atletas y gladiadores,

estaban los músicos, los cantores y los danzarines. Todo era una ostentación de sedas, un delicioso muestreo de alegrías ruidosas, al son de flautas y laúd.

Cuando en dado momento, la atención general fue solicitada por un hecho extraño e incompresible. De la cima del Vesubio se elevaba una gruesa pirámide de humo, sin que nadie atinase con la causa del insólito fenómeno.

Continuaban los juegos animadamente, pero ahora en el seno de la columna de humo que se elevaba en caprichosos rollos hacia lo alto, surgían impresionantes llamaradas...

Plinio Severus, así como todos los presentes, se sorprendía con el fenómeno extraño e inexplicable.

No obstante, en pocos minutos, se establecía en el anfiteatro la confusión y el terror.

En medio de la perturbación general e imprevista, el hijo de Flaminio aún tuvo tiempo de aproximarse al cuestor, rodeado entonces de sus familiares que residían, en la ciudad, al cual le habló con optimismo, si bien, no conseguía disimular del todo las íntimas inquietudes:

- ¡Mi amigo, tengamos clama! ¡Por las barbas de Júpiter! Entonces, ¿por dónde andarán nuestro coraje y nuestra fibra?

Mas, en breves instantes la tierra les temblaba bajo los pies, en vibraciones desconocidas y siniestras. Algunas columnas caían al suelo, pesadamente, mientras numerosas estatuas rodaban de los nichos improvisados, cubiertos de oro y pedrería.

Abrazándose, entonces, a la hija y rodeado de numerosas señoras el cuestor dijo altamente preocupado:

- ¡Plinio, demandemos las galeras, sin demora!...

Pero, el oficial romano no oyó más los llamados. Ansiosamente, se lanzó a la faena de romper la multitud que deseaba retirarse en masa del circo, motivando el atropellamiento de niños y personas de edad.

Al cabo de sobrehumano esfuerzo, consiguió alcanzar la calle, pero todos los lugares estaban tomados por gente que salía de sus casas desarbolada, a los gritos de “¡Fuego!... ¡Fuego!... El Vesubio...”

Plinio verificó que todas las vías públicas estaban repletas de gente desesperada, de carruajes y de animales despavoridos.

Con enorme dificultad, vencía todos los obstáculos, pero el Vesubio lanzaba ahora para el cielo, una hoguera indescriptible e inmensa, como si la propia Tierra se hubiera incendiado las entrañas más profundas.

Una lluvia de ceniza, al principio casi imperceptible comenzó a caer mientras el suelo continuaba temblando con ruidos sordos, aterradores.

De instante a instante, se oía el estruendo pavoroso de columnas derribadas o de edificios desmoronados por los estremecimientos sísmicos, al mismo tiempo que el humo del volcán iba eclipsando la confortadora claridad solar.

Sumergida en penumbras espesas y llena de terror indecible, Pompeya asistía a sus últimos instantes, en una aflicción desesperada...¹

En la villa de Léntulus, los esclavos percibieron inmediatamente el peligro próximo. En los primeros momentos, los caballos relinchaban extrañamente y las aves inquietas huían en desesperación.

Después de la caída de las primeras columnas que sustentaban el edificio, todos los siervos del senador abandonaron precipitadamente sus puestos, deseosos de conservar en otra parte los bienes preciosos de la vida. Solamente Ana se quedó junto a los amos dándoles conocimiento de los horrores del ambiente.

Los tres, en una justificada inquietud, escuchaban el rumor horrible de la inolvidable catástrofe del Imperio. La villa estaba ya medio destruida, penetrando las cenizas por los desvanes abiertos, por la caída de los tejados y comenzando su obra de lenta sofocación. Ansiaban todos por el regreso inmediato de Plinio, a fin de resolver las providencias a adoptar, mas el viejo senador, cuyo corazón no se engañaba en sus amargos presentimientos, exclamó en tono casi resignado:

- Ana, trae la cruz de Simón y vamos a la plegaria que te fue enseñada por los discípulos del Mesías!... ¡Me dice el corazón que ha llegado el fin de nuestra romería por la Tierra!

Mientras la sierva buscaba apresuradamente la reliquia del anciano de Samaria, afrontando el peligro de las paredes oscilantes, Publio Léntulus oía el sordo rumor de la tierra dilacerada y los gritos aterrorizantes y siniestros del pueblo, mezclados al barullo tremendo del volcán que, transformado en un horno inmenso e indescriptible, henchía toda la ciudad de cenizas y lavas hirvientes. Se recordó entonces, el senador, de las afirmativas de Cristo en los

¹ Este hecho despierta el interés y la atención del lector curioso e inteligente, por la similitud que ofrece con la descripción de otro romance mediúmnic y también precioso como *Herculanun*, del conde Rochester. – Nota de la Editora.

días idos de la Galilea, cuando le aseverara que toda la grandeza romana era bien miserable y en un breve minuto podría el Imperio ser reducido a un puñado de polvo. El corazón le latía desacompañado en aquel minuto extremo, mas la vieja sierva había regresado y se arrodillara, serena, guardando en las manos el recuerdo de Simón y de Livia, orando en voz conmovedora y profunda:

“Padre Nuestro, que estáis en el cielo... santificado sea vuestro nombre... venga a nosotros vuestro reino... sea hecha vuestra voluntad... así en la Tierra como en los cielos...”

Pero, en ese instante, la voz de la sierva enmudeció súbitamente, mientras su cuerpo rodaba bajo nuevos escombros, sintiéndose ella amparada espiritualmente, por el venerable samaritano que la condujo inmediatamente, a las más elevadas esferas espirituales, tal era la naturaleza de su corazón iluminado en los dolores y testimonios más angustiosos del aprendizaje terrestre.

- ¡Ana!... ¡Ana!... – exclamaban Publio y Flavia, sollozantes, sintiendo ambos, por primera vez, el infortunio del aislamiento supremo, sin una luz y sin un guía, en pleno desamparo!

Pero alguien, rompiera todos los destrozos y llegaba rápido hasta aquella cámara interior, y, abrazando a Publio y a su hija gritaba con la voz oprimida: “¡Flavia! ¡Padre mío! ¡aquí estoy...!”

Plinio llegaba, finalmente, para el último instante. Flavia Lentulia lo apretó cariñosamente en los brazos mientras el viejo senador medio asfixiado tomaba las manos del hijo, uniéndose los tres en un último abrazo.

Flavia y Plinio quisieron hablar, pero, gruesa camada de cenizas penetraba al interior, por las grietas enormes de la villa parcialmente destruída...

Un nuevo estremecimiento del suelo y las columnas que aún restaban de pie se abatieron sobre los tres, robándoles las últimas energías y haciéndoles caer así, enlazados para siempre bajo un montón de escombros...

Entretanto, en aquella sombras espesas, flotaban criaturas aladas y leves, en actitudes de plegaria, o confortando activamente el corazón abatido de los míseros condenados a la destrucción.

Sobre los tres cuerpos soterrados permanecía la entidad radiante de Livia, junto a numerosos compañeros que cooperaban, con devoción y precisión en los servicios de desprendimiento total de los moribundos.

Posando las manos luminosas y puras en la frente abatida del compañero exhausto y agonizante, Livia elevó los ojos al firmamento ennegrecido y oró con la suavidad de su fe y de sus sentimientos diamantinos.

- Jesús, dulce y divino Maestro, esta hora angustiosa es un buen símbolo de nuestros errores y crímenes, a través de avatares tenebrosos; pero, vos, Señor, sois toda la esperanza, toda la sabiduría y toda la misericordia!... ¡Benedicid nuestros espíritus en este momento ríspido y doloroso!... ¡Suavizad los tormentos del alma gemela de la mía, concediéndole en este instante el certificado de la libertad!... ¡Aliviad, magnánimo Salvador del mundo, todas sus contusiones pungentes, sus dolorosas amarguras!... ¡Concededle reposo al corazón angustiado y adolorido, antes de su nuevo regreso a la trama oscura de las reencarnaciones en el planeta del exilio y de las lágrimas dolorosas!... ¡Él, ya no es más, Señor, el vanidoso déspota de otrora, sino un corazón inclinado al bien y la piedad predicados por vuestra doctrina de amor y redención; bajo el peso de las pruebas amargas y remisoras, sus vocaciones se espiritualizaron camino de vuestra Verdad y de vuestra Vida!...

Y, mientras Livia oraba, el senador abrazado a los hijos ya cadáveres, emitía el último gemido con pesadas lágrimas brillándole en los ojos muertos...

Numerosas legiones de seres espirituales volitaron por varios días, en los cielos caliginosos y tristes de Pompeya.

Al cabo de largas perturbaciones, Publio Léntulus y los hijos despertaron, allí mismo, sobre el túmulo oscuro de la ciudad muerta.

En vano el senador invocó la presencia de Ana o de algún otro siervo, en la penosa ilusión de la vida material, persistiendo en su organismo psíquico las impresiones de la ceguera material, que representara el largo suplicio de sus últimos años en la indumentaria de la carne.

Con todo, después de las primeras lamentaciones, oyó una voz que le decía suavemente.

- ¡Publio, mi amigo, no apeles más a los recursos del planeta terreno, porque todos tus poderes terminaron con tus despojos en la faz oscura y triste de la Tierra! ¡Apela a Dios Todo Poderoso, cuya misericordia y sabiduría nos son dadas por el amor de su cordero que es Jesucristo!...

Publio Léntulus no llegó a divisar al interlocutor, pero identificó la voz de Flaminio Severus, desahogándose, entonces, en un torrente de plegarias y de lágrimas fervorosas.

A pesar de la dedicación constante de Livia, había ya algunos días que su espíritu se encontraba preso de pesadillas angustiosas, en los primeros instantes de la vida del Más Allá. Aunque fuese asistido, continuamente, por Flaminio y otros compañeros abnegados que lo aguardaban en el plano espiritual.

Con todo, después de aquellas súplicas sinceras que le fluían de lo más recóndito del corazón, sintió que su mundo interior se sosegara junto a los hijos queridos, recobró la visión y reconoció a los seres amados, con lágrimas de amor y gratitud, en los pórticos del más allá del túmulo.

Allí se conservaban numerosos personajes de esta historia, como Flaminio, Calpurnia, Agripa, Pompilio Grasso, Emiliano Lucius y muchos otros; pero, en vano los ojos angustiados del ex-senador buscaban a alguien en la asamblea afectuosa y amiga.

Después de todas las expansiones de cariño y alegría, se le dirigió Flaminio, intencionalmente:

- Extrañas la ausencia de Livia, - decía él con su mirada complaciente y generosa -, pero, no podrás verla, mientras no consigas eliminar por la plegaria y por los buenos deseos, todas las impresiones penosas y nocivas de la Tierra. Ella se ha conservado junto a tu corazón, en rogativas sinceras y fervorosas, por tu nuevo erguimiento, pero nuestro grupo aún es de espíritus muy apegados al orbe, y esperábamos el regreso de sus últimos componentes aún en la Tierra, para poder, en conjunto, establecer un nuevo derrotero a las reencarnaciones venideras... ¡Siglos de trabajo y de dolor nos esperan en la senda de la redención y del perfeccionamiento, pero necesitamos, antes de todo, buscar la fortaleza necesaria en Jesús, fuente de todo el amor y de toda la fe, para las elevadas realizaciones de nuestro pensamiento!...

Publio Léntulus lloraba, poseído por emociones extrañas e indefinibles...

- ¡Mi amigo – continuó Flaminio, amoroso -, pide a Jesús, por todos nosotros, la misericordia de esa claridad de un nuevo día!...

Publi, entonces, se arrodilló y, bañado en lágrimas, concentró el corazón en Jesús en una rogativa ardiente y silenciosa... Allí, en la soledad de su alma intrépida y sincera, presentaba el Cordero de Dios, su arrepentimiento, sus esperanzas para el porvenir, sus promesas de fe y de trabajo para los siglos venideros...

Todos los presentes le acompañaron la oración, tomados de llanto y sumergidos en vibraciones de consolación inefable...

Vieron, entonces, rasgarse un camino luminoso y florido en los cielos oscuros y tristes de la Campaña, y, por él, como si descendiesen de los jardines fulgurantes del Paraíso, surgieron Livia y Ana abrazadas como si aún allí enviase Jesús una enseñanza simbólica a aquellas almas prisioneras de la Tierra, para revelarles que, en cualquier posición, puede el alma encarnada buscar su reino de luz y de paz, de vida y de amor, tanto en la túnica humilde del esclavo, como en la pomposa indumentaria de los señores.

El viejo patricio contempló la figura radiante de la compañera y, extasiado, cerró los ojos bañados en el llanto de la compunción y del arrepentimiento; pero, en breve, dos labios esmeraldinos se le posaban en la frente, cual leve rozar de un lirio divino. ¡Y, mientras su corazón maravillado se lavaba en las lágrimas de la alegría y del reconocimiento a Jesús, toda la caravana, al impulso poderoso de las oraciones fervorosas de aquellas dos almas redimidas, se elevaba a esferas más altas, para reposo y aprendizaje, antes de nuevas etapas de regeneración y trabajos purificadores, sugiriendo un grupo maravilloso de luminosas falenas del Infinito!...

*En la obra “50 años Después” encontramos la reencarnación de Publio, del mismo autor.